

PRIMERA PARTE

Fantine

LIBRO PRIMERO

Un justo

En 1815, monseñor Charles-François-Bienvenu Myriel era obispo de Digne. Era un anciano de cerca de setenta y cinco años y ocupaba la sede de Digne desde 1806.

Aunque este detalle no interesa en manera alguna al fondo de lo que vamos a referir, quizá no será inútil, aunque no sea más que para ser exactos en todo, indicar aquí los rumores y las habladurías que habían circulado acerca de su persona, en el momento en que llegó a la diócesis. Verdadero o falso, lo que de los hombres se dice ocupa en su vida, y sobre todo en su destino, tanto lugar como lo que hacen. Monseñor Myriel era hijo de un consejero del departamento de Aix; nobleza de toga. Decíase de él que su padre, reservándole para heredar su puesto, le había casado muy pronto, a los dieciocho o veinte años, siguiendo una costumbre muy extendida entre las familias parlamentarias. Charles Myriel, no obstante este matrimonio, había dado —decíase— mucho que hablar. Era de buena presencia, aunque de estatura pequeña, elegante, gracioso, inteligente; toda la primera parte de su vida había estado consagrada al mundo y a las galanterías.

Sobrevino la Revolución, precipitáronse los sucesos; las familias parlamentarias, diezmadas, perseguidas, acosadas, se dispersaron, y el señor Charles Myriel, en los primeros días de la Revolución, emigró a Italia. Su mujer murió allí de una enfermedad del pecho, que padecía desde mucho tiempo atrás. No tenían hijos. ¿Qué pasó, después, en la vida del señor Myriel? El hundimiento de la antigua sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos espectáculos del 93, más espantosos aún quizá para los emigrados, que los veían de lejos con el aumento que les prestaba el terror, ¿hicieron germinar tal vez en su alma ideas de renuncia y de soledad? En medio de las distracciones y de los afectos que ocupaban su vida, ¿fue súbitamente herido por uno de estos golpes misteriosos y terribles que algunas veces llegan a derribar, lacerándole el corazón, al hombre a quien las catástrofes públicas no conmoverían, si le hiriesen en su existencia o en su hacienda? Nadie hubiera podido decirlo; sólo se sabía que, a su vuelta de Italia, era sacerdote.

En 1804, el señor Myriel era cura párroco de B. (Brignolles). Era ya anciano y vivía en un absoluto retiro.

Hacia la época de la Coronación, un pequeño asunto de su parroquia, no se sabe a punto fijo cuál, le llevó a París. Entre otras personas poderosas, fue a solicitar amparo para sus feligreses al cardenal Fesch. Un día en que el emperador fue a visitar a su tío, el digno párroco, que esperaba en la antecámara, se halló ante Su Majestad. Napoleón, al ver que aquel anciano le observaba con cierta curiosidad, se volvió y preguntó bruscamente:

—¿Quién es este buen hombre que me mira?

—Señor —dijo el señor Myriel—, vos miráis a un buen hombre, y yo miro a un gran hombre. Ambos podemos sacar provecho.

Aquella misma noche, el emperador preguntó al cardenal el nombre de aquel cura y, algún tiempo después, el señor Myriel quedó sorprendido al enterarse de que había sido nombrado obispo de Digne.

¿Qué había de verdad, por lo demás, en las habladurías sobre la primera parte de la vida de monseñor Myriel? Nadie lo sabía. Pocas familias habían conocido a la de Myriel antes de la Revolución.

Monseñor Myriel debía sufrir la suerte de todos los recién llegados a una pequeña ciudad, donde hay muchas bocas que hablan, y muy pocas cabezas que piensan. Debía sufrirla, aunque fuera obispo, y precisamente porque era obispo. Pero, después de todo, las habladurías, en las que se mezclaba su nombre, no eran más que habladurías, ruido, frases, palabras; menos aún que palabras, «palabrerías», como se dice en el enérgico lenguaje del Mediodía.

Sea como fuere, tras nueve años de episcopado y de residencia en Digne, todas estas murmuraciones, temas de conversación que ocupan en los primeros momentos a las pequeñas ciudades y a las gentes pequeñas, habían caído en un profundo olvido. Nadie se hubiera atrevido a hablar de ellas, nadie hubiera osado ni siquiera recordarlas.

Monseñor Myriel había llegado a Digne acompañado de una solterona, la señorita Baptistine, que era su hermana y contaba diez años menos que él.

Por toda servidumbre, tenían una criada de la misma edad que la señorita Baptistine, llamada Magloire, la cual, tras haber sido la sirvienta del señor cura párroco, llevaba ahora el doble título de doncella de la señorita y ama de llaves de monseñor.

La señorita Baptistine era una persona alta, pálida, delgada, dulce; encarnaba el ideal de lo que expresa la palabra «respetable»; pues parece ser necesario que una mujer haya sido madre para ser «venerable». Nunca había sido bonita; su vida, que no había sido más que una serie ininterrumpida de buenas obras, había acabado por extender sobre su persona una especie de blancura y de claridad; y, al envejecer, había adquirido lo que podría llamarse la belleza de la bondad. Lo que en su juventud

había sido flacura, en su madurez se había convertido en transparencia; esta diafanidad dejaba ver al ángel. Era más bien un alma que una virgen. Su persona parecía hecha de sombra; apenas tenía bastante cuerpo para que en él hubiera un sexo; un poco de materia que contenía un resplandor; unos grandes ojos, siempre bajos; un pretexto para que un alma permaneciese en la tierra.

La señora Magloire era una viejecita blanca, gorda, repleta, afanosa, siempre sofocada; primero a causa de su actividad, luego a causa de su asma.

A su llegada, instalaron a monseñor Myriel en su palacio episcopal, con los honores dispuestos por los decretos imperiales, que clasifican al obispo inmediatamente después del mariscal de campo. El alcalde y el presidente le hicieron la primera visita, y él, por su parte, hizo la primera al general y al prefecto.

Terminada la instalación, la ciudad aguardó los actos de su obispo.

El palacio episcopal de Digne estaba contiguo al hospital. Era un edificio amplio y hermoso, construido en piedra, a principios del siglo anterior, por monseñor Henri Puget, doctor en Teología de la Facultad de París y abad de Simore, que había sido obispo de Digne en 1712. Este palacio era una verdadera morada señorial. Todo en él respiraba grandeza: las habitaciones del obispo, los salones, las habitaciones interiores, el patio de honor, muy ancho, con galerías de arcos, según la antigua costumbre florentina, los jardines con magníficos árboles. En el comedor, una larga y soberbia galería del piso bajo, que se abría sobre los jardines, monseñor Henri Puget había ofrecido un banquete, el 29 de julio de 1714, a los monseñores Charles Brûlart de Genlis, arzobispo-príncipe de Embrun, Antoine de Mesgrigny, capuchino, obispo de Grasse, Philippe de Vendôme, gran prior de Francia, abad de Saint-Honoré de Lérins, François de Berton de Grillon, obispo-barón de Vence, César de Sabran de Forcalquier, obispo-señor de Glandève, y Jean Soanen, sacerdote del oratorio, predicador ordinario del rey, obispo-señor de Senez. Los retratos de estos siete reverendos personajes decoraban esa sala, y aquella fecha memorable, 29 de julio de 1714, estaba grabada en letras de oro sobre una mesa de mármol blanco.

El hospital era un edificio estrecho y bajo, de un solo piso, con un pequeño jardín.

Tres días después de su llegada, el obispo visitó el hospital. Una vez terminada la visita, rogó al director que tuviera a bien ir a verle a su palacio.

—Señor director del hospital —le dijo—, ¿cuántos enfermos tenéis en este momento?

—Veintiséis, monseñor.

—Son los que había contado —dijo el obispo.

—Las camas —replicó el director— están muy próximas unas a otras.

—Lo había notado.

—Las salas son más bien verdaderas celdas, donde el aire se renueva difícilmente.

—Eso me ha parecido.

—Y además, cuando penetra un rayo de sol en el jardín, éste resulta muy pequeño para los convalecientes.

—Eso me he figurado.

—En tiempo de epidemia, este año hemos tenido el tifus y hace dos años una fiebre miliar, se juntan hasta cien enfermos a veces, y no sabemos qué hacer.

—En ello había pensado.

—¡Qué queréis, monseñor! —dijo el director—, hay que resignarse.

Esta conversación tenía lugar en la galería-comedor de la planta baja.

El obispo guardó silencio por un instante; luego, se volvió bruscamente hacia el director del hospital.

—¿Cuántas camas creéis que cabrían en este comedor?

—¡En el comedor de monseñor! —exclamó el director, estupefacto.

El obispo recorría la sala con la vista, y parecía que su mirada tomaba medidas y hacía cálculos.

—¡Bien cabrían veinte camas! —dijo, como hablando consigo mismo; luego, levantando la voz, añadió—: Mirad, señor director del hospital, voy a deciros algo. Aquí, evidentemente, hay un error. En el hospital hay veintiséis personas en cinco o seis pequeñas habitaciones. Nosotros somos aquí tres, y tenemos sitio para sesenta. Hay un error, lo repito. Vos tenéis mi casa, y yo la vuestra. Devolvedme la mía. Ésta es la vuestra.

Al día siguiente, los veintiséis pobres enfermos estaban instalados en el palacio del obispo, y éste en el hospital.

Monseñor Myriel no tenía bienes, al quedar su familia arruinada por la Revolución. Su hermana recibía una renta vitalicia de quinientos francos que, en el presbiterado, bastaban para sus gastos personales. Monseñor Myriel recibía del Estado, como obispo, una asignación de quince mil francos. El mismo día en que se instaló en el hospital, monseñor Myriel determinó, de una vez por todas, el empleo de esta suma del modo que consta en una nota escrita de su puño y letra, que transcribimos aquí:

Nota para arreglar los gastos de mi casa.

Para el pequeño seminario	1500 libras
Congregación de la misión	100 »
Para los lazaristas de Montdidier	100 »
Seminario de las misiones extranjeras en París	200 »
Congregación del Espíritu Santo	150 »
Establecimientos religiosos de la Tierra Santa	100 »
Sociedades de caridad maternal	300 »

Ídem para la de Arlés	50 »
Obra para la mejora de las prisiones	400 »
Obra para el alivio y rescate de los presos	500 »
Para liberar a padres de familia presos por deudas	1000 »
Suplemento a la asignación de los maestros de las escuelas pobres de la diócesis	2000 »
Pósito de los Altos Alpes	100 »
Congregación de señoras de Digne, de Manosque y de Sisteron, para la enseñanza gratuita de niñas indigentes	1500 »
Para los pobres	6000 »
Mi gasto personal	1000 »

	Total: 15.000 libras

Durante todo el tiempo en que ocupó la sede de Digne, monseñor Myriel no cambió en nada este arreglo. Llamaba a esto, como se ha visto, tener regulados los gastos de la casa.

Este arreglo fue aceptado con absoluta sumisión por la señorita Baptistine. Para aquella santa mujer, monseñor de Digne era, a la vez, su hermano y su obispo; su amigo, según la Naturaleza, y su superior, según la Iglesia. Le amaba y le veneraba a la vez, sencillamente. Cuando él hablaba, ella se inclinaba; cuando obraba, se adhería a sus obras. Sólo la criada, la señora Magloire, murmuró un poco. El obispo, hemos podido observarlo, no se había reservado más que mil francos que, unidos a la pensión de la señorita Baptistine, sumaban mil quinientos francos por año. Con estos mil quinientos francos vivían aquellas dos mujeres y aquel anciano.

Y cuando un párroco de aldea venía a Digne, el obispo podía incluso obsequiarle, gracias a la severa economía de la señora Magloire y a la inteligente administración de la señorita Baptistine.

Un día —hacía cerca de tres meses que se hallaba en Digne— el obispo dijo:

—¡Con todo esto, no ando muy holgado!

—¡Ya lo creo! —exclamó la señora Magloire—; como que monseñor ni siquiera ha reclamado la renta que el departamento le debe para sus gastos de carruaje en la ciudad, y de visitas en la diócesis. Ésta era la costumbre de los obispos, en otros tiempos.

—¡Vaya! Tiene usted razón, señora Magloire.

Presentó su reclamación.

Algún tiempo después, el Consejo General, tomando en consideración su demanda, votó una suma anual de tres mil francos, con el siguiente epígrafe:

«Asignación a monseñor el obispo, para gastos de carruaje, de posta y de visitas pastorales».

Aquello hizo gritar bastante a la burguesía local y, con este motivo, un senador del Imperio, antiguo miembro del Consejo de los Quinientos, favorable al 18 Brumario, y agraciado, cerca de la ciudad de Digne, con una magnífica senaduría, escribió al ministro de Cultos, Bigot de Préameneu, una nota irritada y confidencial, de la cual extraemos estas líneas auténticas:

¿Gastos de carruajes? ¿Para qué, en una población de menos de cuatro mil habitantes? ¿Gastos de posta y viajes? ¿Qué falta hacen estos viajes? ¿Y cómo correrá la posta, en esta región montañosa? No hay carreteras y no se puede andar más que a caballo. El puente que hay sobre el Durance, en Château-Arnoux, apenas puede sostener las carretas de bueyes. Todos estos curas son lo mismo: avarientos y ambiciosos. Éste, al llegar, hizo el papel de buen apóstol. Ahora hace como los otros: necesita carruaje y silla de posta. Ya quiere lujo, como los antiguos obispos. ¡Oh, qué tropa! Señor conde, las cosas no marcharán bien hasta que el emperador nos haya librado de las sotanas. ¡Abajo el papa! (los asuntos con Roma estaban, entonces, algo embrollados). En cuanto a mí, siempre estoy sólo por el César, etc.

Aquello, por el contrario, regocijó a la señora Magloire.

—Bien —dijo a la señorita Baptistine—. Monseñor ha comenzado por los demás, pero ha sido preciso que acabara por sí mismo. Ya tiene arregladas todas sus obras de caridad, y estos tres mil francos serán para nosotros. ¡Por fin!

Aquella misma noche, el obispo escribió y entregó a su hermana una nota concebida de la siguiente forma:

Gastos de carruaje y viajes.

Para dar caldo de carne a los enfermos del hospital	1500 libras
Para la sociedad de caridad maternal de Aix	250 »
Para la sociedad de caridad maternal de Draguignan	250 »
Para los niños expósitos	500 »
Para los huérfanos	500 »

Total:	3000 libras

Tal era el presupuesto de monseñor Myriel.

En cuanto a los derechos episcopales, dispensa de amonestaciones, predicaciones, bendiciones de iglesias o de capillas, matrimonios, etc., el obispo cobraba a los ricos con tanto rigor como presteza tenía en dar a los pobres.

Al cabo de poco tiempo afluyeron las ofrendas de dinero. Los que tenían y los que no tenían llamaban a la puerta de monseñor Myriel, unos a buscar la limosna y otros a

depositarla. En menos de un año, el obispo se convirtió en el tesorero de todos los beneficios y el cajero de todas las estrecheces. Por sus manos pasaban considerables sumas; pero nada hizo que cambiara su género de vida, ni añadiera la menor cosa superflua a lo que le era necesario.

Lejos de esto. Como siempre hay abajo más miseria que fraternidad arriba, todo estaba, por así decirlo, dado antes de ser recibido; era como agua arrojada sobre una tierra seca; por más que recibía dinero, nunca alcanzaba para dar lo suficiente; entonces se despojaba de lo suyo.

Al ser costumbre que los obispos anunciaran sus nombres de bautismo, al encabezar sus escritos y sus cartas pastorales, los pobres de la región habían elegido, con una especie de instinto afectuoso, entre los nombres del obispo, aquel que les ofrecía un significado, y no le llamaban por otro nombre que por el de monseñor Bienvenu. Haremos como ellos, en adelante, y le llamaremos del mismo modo cuando se tercie. Por lo demás, al obispo le agradaba esta apelación.

—Me gusta ese nombre —decía—. Bienvenu suaviza lo de monseñor.

No pretendemos que el retrato que trazamos aquí sea verosímil; nos limitamos a decir que es parecido.

No porque el obispo hubiera convertido su carruaje en limosnas, dejaba de hacer sus visitas pastorales; y la diócesis de Digne es un poco fatigosa. Hay muy pocas llanuras, muchas montañas, y carece casi de carreteras, como antes ya se ha visto. La diócesis comprende treinta y dos parroquias, cuarenta y una vicarías y doscientas ochenta feligresías. Visitar todo esto es tarea ardua; pero el señor obispo llegaba para todo. Iba a pie, cuando tenía que ir a las inmediaciones; en tartana, cuando iba a la llanura; en jamuga, cuando iba a la montaña. Las dos mujeres le acompañaban siempre, salvo cuando el trayecto era demasiado penoso para ellas; entonces iba solo.

Un día llegó a Senez, que es una antigua ciudad episcopal, montado sobre un asno. Su bolsa, harto flaca en aquel momento, no le permitía otra montura. El alcalde de la población salió a recibirle a la puerta del obispado y mirole con ojos escandalizados, mientras bajaba del asno. Algunas personas se reían en derredor.

—Señor alcalde —dijo el obispo—, y señores regidores, bien sé lo que os escandaliza; creéis que es demasiado orgullo en un pobre sacerdote el subir a una montura que fue la de Jesucristo. Lo he hecho por necesidad, os lo aseguro; no por vanidad.

En sus viajes era indulgente y piadoso, y predicaba menos que conversaba. No ponía virtud alguna sobre una bandeja inaccesible. Nunca iba a buscar muy lejos sus argumentos. A los habitantes de una comarca les citaba el ejemplo de la región vecina.

En los parajes donde eran poco caritativos con los pobres, decía:

—Ved a los de Briançon. Han concedido a los pobres, a las viudas y a los huérfanos el derecho de hacer segar sus campos tres días antes que los de los demás. Les reconstruyen gratuitamente sus casas cuando están en ruinas. Es una región bendecida por Dios. Durante todo un siglo de cien años, no ha habido allí un solo asesinato.

En los pueblos cuyos habitantes eran perezosos, decía:

—Ved a los de Embrun. Si, en tiempo de la cosecha, un padre de familia tiene a sus hijos en el Ejército y a sus hijas sirviendo en la ciudad, y está enfermo o impedido, el

párroco lo recomienda desde el púlpito; y el domingo, después de la misa, todos los habitantes de la aldea, hombres, mujeres y niños, van al campo del pobre, para hacerle su siega y llevarle paja y grano a su granero.

A las familias divididas por asuntos de dinero y herencia, les decía:

—Ved a los montañeses de Devolny, comarca tan agreste que en ella no se oye al ruiseñor más que una vez cada cincuenta años. Pues bien, cuando muere el padre de una familia, los hombres se marchan a buscar fortuna y dejan los bienes a las muchachas, a fin de que puedan encontrar marido.

En las comarcas donde reinaba la manía de los litigios, y donde los granjeros se arruinaban gastando papel timbrado, decía:

—Ved esta buena gente del valle de Queyras. Son tres mil almas; ¡Dios mío!, es como una pequeña república. Allí no se conocen ni el juez ni el alguacil. El alcalde lo hace todo. Reparte los impuestos, tasa la cuota de cada uno en conciencia, juzga gratis las querellas, divide los patrimonios sin honorarios, dicta sentencias sin costas; y le obedecen, porque es un hombre justo entre los hombres sencillos.

En las aldeas donde no encontraba maestro de escuela, citaba también el ejemplo de los de Queyras:

—¿Sabéis lo que hacen? —decía—. Como un pequeño lugar de doce o quince hogares no puede alimentar a un maestro, tienen maestros de escuela pagados por todo el valle, los cuales recorren las aldeas, pasando ocho días en ésta, diez en aquélla y enseñando así. Estos maestros van a las ferias, yo los he visto. Se los reconoce por las plumas de escribir que llevan en sus sombreros. Los que enseñan sólo a leer, llevan una pluma; los que enseñan la lectura, la escritura y el cálculo, llevan dos plumas; los que enseñan la lectura, la escritura, el cálculo y el latín, llevan tres plumas. Éstos son grandes sabios. ¡Pero qué vergüenza ser ignorantes! Imitad a las gentes de Queyras.

Hablaba así, grave y paternalmente; a falta de ejemplos, inventaba las parábolas; iba derecho al fin propuesto, con pocas frases y muchas imágenes, que era la elocuencia misma de Jesucristo, convencida y convincente.

IV

Las obras parecidas a las palabras

Su conversación era afable y alegre; acomodábase a la inteligencia de las dos ancianas que pasaban la vida a su lado; cuando reía, era su risa la de un escolar.

La señora Magloire le llamaba siempre «Vuestra Grandeza». Un día, se levantó de su sillón y fue a la biblioteca a buscar un libro. Estaba en uno de los estantes de arriba. Puesto que el obispo era de corta estatura, no pudo alcanzarlo.

—Señora Magloire —dijo—, traedme una silla, porque mi Grandeza no llega a ese estante.

Una de sus parientas lejanas, la condesa de Lô, dejaba raramente escapar la ocasión de enumerar en su presencia lo que ella llamaba «las esperanzas» de sus tres hijos. Tenía varios ascendientes muy ancianos y próximos a la muerte, de los cuales, naturalmente, sus hijos eran los herederos. El más joven de los tres debía recoger de una tía más de cien mil libras de rentas; el segundo había de heredar el título de duque de su tío; el mayor tenía que suceder a su abuelo en la dignidad de senador. El obispo escuchaba habitualmente en silencio estos inocentes y disculpables desahogos maternos. Una vez, sin embargo, se quedó más meditabundo que de costumbre, mientras la señora de Lô volvía a exponer los pormenores de todas estas sucesiones y de todas estas «esperanzas». Se interrumpió, con cierta impaciencia:

—¡Dios mío, primo! ¿En qué estáis pensando?

—Pienso —contestó el obispo— en una máxima singular, que es, creo, de San Agustín: «Poned vuestra esperanza en Aquel a quien nadie sucede».

En otra ocasión, al recibir la esquila de defunción de un gentilhombre de la región, donde se expresaban, en una larga página, además de las dignidades del difunto, todas las calificaciones feudales y nobiliarias de todos sus parientes, exclamó:

—¡Qué buenas espaldas tiene la muerte! ¡Qué admirable carga de títulos le hacen llevar alegremente, y cuánto talento es menester que tengan los hombres para consagrar así la tumba a la vanidad!

A veces empleaba una sátira suave, que envolvía casi siempre un sentido serio. Durante una Cuaresma, llegó a Digne un joven vicario y predicó en la catedral. Fue bastante elocuente. El tema de su sermón era la caridad. Invitó a los ricos a socorrer a los indigentes con el fin de evitar el infierno, al que pintó lo más espantoso que pudo, y ganar el paraíso, que bosquejó adorable y encantador. En el auditorio había un rico comerciante retirado, un poco usurero, llamado Géborand, el cual había ganado medio millón fabricando gruesos paños, sargas y bayetas. El señor Géborand no había dado en su vida una limosna a un desgraciado. Desde este sermón, observaron que todos los domingos daba un cuarto a las viejas mendigas del pórtico de la catedral. Eran seis las que debían repartirse la caridad del mercader. Un día, el obispo le vio mientras hacía su caridad y dijo a su hermana, con una sonrisa:

—Ahí tienes al señor Géborand, que compra un cuarto de paraíso.

Cuando se trataba de la caridad, no retrocedía ni aun ante una negativa, y solía encontrar palabras que hacían reflexionar. Una vez, pedía para los pobres en una tertulia de la ciudad; hallábase allí el marqués de Champtercier, viejo, rico y avaro, el cual se las había ingeniado para ser a la vez ultrarrealista y ultravolteriano; es ésta una variedad que ha existido. El obispo se acercó a él y le tocó el brazo.

—Señor marqués, es preciso que me deis algo.

El marqués se volvió y respondió secamente:

—Monseñor, yo tengo mis pobres.

—Dádmelos —replicó el obispo.

Un día, en la catedral, predicó este sermón:

«Queridos hermanos míos, mis buenos amigos, hay en Francia un millón trescientas veinte mil casas de aldeanos que no tienen más que tres aberturas, un millón ochocientas diecisiete mil que tienen dos aberturas, una puerta y una ventana, y trescientas cuarenta y seis mil cabañas que no tienen más que una abertura, la puerta. Esto, a consecuencia de un impuesto que se llama de puertas y ventanas. ¡Poned allí familias pobres, ancianos, niños, y veréis cuántas fiebres y enfermedades! ¡Ay! Dios dio el aire a los hombres, y la ley se lo vende. No acuso a la ley, pero bendigo a Dios. En el Isère, en el Var, en los dos Alpes, Altos y Bajos, los campesinos no tienen ni carretillas, y han de transportar los abonos a cuestras; carecen de velas y para alumbrarse queman teas resinosas y cabos de cuerda impregnados en alquitrán. Así pasa en toda la región alta del Delfinado. Amasan pan para seis meses y lo cuecen con boñiga seca de vaca. En invierno, rompen este pan a golpes de hacha, y lo sumergen en agua durante veinticuatro horas, para poder comerlo. ¡Hermanos míos, tened piedad, ved cuánto padecen en derredor vuestro!».

Nacido en Provenza, se había familiarizado fácilmente con todos los dialectos del Mediodía, hablándolos sin dificultad. Aquello agradaba al pueblo, y no había contribuido poco a darle acceso a las voluntades. Hallábase en la choza o en la

montaña como si estuviera en su propia casa. Sabía decir las cosas más grandes en los más vulgares idiomas. Hablando todas las lenguas, se introducía en todas las almas.

Por lo demás, era siempre el mismo para las gentes de mundo y para la gente del pueblo.

No condenaba a nadie apresuradamente y sin tener en cuenta las circunstancias. Decía:

—Veamos el camino por donde ha pasado la falta.

Siendo un ex pecador, como se calificaba a sí mismo sonriendo, no tenía ninguna de las asperezas del rigorismo y profesaba muy alto, sin preocuparse del fruncimiento del ceño de los virtuosos intratables, una doctrina que podría resumirse en estas palabras:

«El hombre lleva la carne sobre sí, que es a la vez su fardo y su tentación. La arrastra, y cede a ella.

»Debe vigilarla, contenerla, reprimirla, y no obedecerla más que en última instancia. En esta obediencia puede existir aún la falta; pero la falta así cometida es venial. Es una caída, pero una caída sobre las rodillas, que puede terminar en una oración.

»Ser santo es una excepción; ser justo es la regla. Errad, desfalleced, pecad; pero sed justos.

»Pecar lo menos que sea posible, es la ley del hombre. La ausencia total de pecado es el sueño del ángel. Todo lo que es terrestre está sometido al pecado. El pecado es una gravitación».

Cuando veía que ciertas personas gritaban fuerte y se indignaban pronto, decía sonriendo:

—¡Oh, oh!, parece que éste es un gran crimen que todo el mundo comete. Las hipocresías, asustadas, se apresuran a protestar y a ponerse a cubierto.

Era indulgente con las mujeres y los pobres, sobre los que recae el peso de la sociedad humana. Decía:

—Los pecados de las mujeres, de los niños, de los servidores, de los débiles, de los indigentes, de los ignorantes, son los pecados de los maridos, de los padres, de los dueños, de los fuertes, de los ricos, de los sabios.

Decía también:

—A los ignorantes, enseñadles cuanto podáis; la sociedad es culpable, por no darles instrucción gratis; ella es responsable de la oscuridad que produce. Si un alma sumida en sombras comete un pecado, el culpable no es el que peca, sino el que no disipa las tinieblas.

Como se ve, tenía un modo extraño y peculiar de juzgar las cosas. Sospecho que lo había tomado del Evangelio.

Un día, oyó relatar en un salón un proceso criminal que se instruía y que iba a sentenciarse. Un hombre miserable, por amor a una mujer y al hijo que de ella tenía, y

falto de todo recurso, había acuñado moneda falsa. En aquella época, se castigaba aún este delito con pena de muerte. La mujer había sido apresada, al poner en circulación la primera pieza falsa fabricada por el hombre. La tenían en prisión, pero carecían de pruebas contra ella. Sólo ella podía declarar contra su amante y perderle. Negó. Insistieron. Se obstinó en negar. Entonces, el procurador del rey tuvo una idea: sugerir la infidelidad del amante. Lo consiguió, con fragmentos de cartas sabiamente combinados, persuadiendo a la desgraciada mujer de que tenía una rival y de que aquel hombre la engañaba. Entonces, exasperada por los celos, denunció al amante, lo confesó todo y todo lo probó. El hombre estaba perdido. Próximamente iba a ser juzgado en Aix, junto con su cómplice. Relataban el hecho, y todos se maravillaban ante la habilidad del magistrado. Al poner en juego los celos, había hecho brotar la verdad por medio de la cólera, y había hecho justicia con la venganza. El obispo escuchaba todo aquello en silencio. Cuando hubo terminado el relato, preguntó:

—¿Dónde los juzgarán?

—En el tribunal de la Audiencia —le respondieron.

Y él replicó:

—¿Y dónde juzgarán al procurador del rey?

En Digne sucedió una trágica aventura. Un hombre fue condenado a muerte por asesinato. Era un desgraciado, no completamente ignorante, no del todo falto de instrucción, que había sido acróbata en las fiestas, y memorialista. El proceso dio mucho que hablar a la ciudad. La víspera del día fijado para la ejecución del condenado, el capellán de la prisión cayó enfermo. Precisébase un sacerdote para que asistiera al reo en los últimos momentos. Fueron a buscar al párroco, y parece ser que se negó, diciendo:

—Esto no me concierne. Nada tengo que ver con esta tarea, ni con este saltimbanqui; también yo estoy enfermo; además, no es ése mi lugar.

Llevaron esta respuesta al obispo, el cual dijo:

—El señor párroco tiene razón; no es su lugar, es el mío.

Se dirigió inmediatamente a la cárcel y bajó al calabozo del saltimbanqui. Le llamó por su nombre, le tomó la mano y le habló. Pasó todo el día y toda la noche a su lado, olvidando el alimento y el sueño, rogando a Dios por el alma del condenado, y rogando al reo por la suya propia. Le dijo las mejores verdades, que son las más sencillas. Fue padre, hermano, amigo. Obispo, sólo para bendecir. Le enseñó todo, tranquilizándole. Aquel hombre iba a morir desesperado. La muerte era para él como un abismo. En pie, y estremecido en el umbral lúgubre de la tumba, retrocedía horrorizado. No era lo bastante ignorante para ser totalmente indiferente. Su condena, sacudida profunda, había en cierto modo roto acá y allá, en torno suyo, el cercado que nos separa del misterio de las cosas, al que llamamos vida. Miraba sin cesar fuera de

este mundo, por aquellas brechas fatales, y no veía más que tinieblas. El obispo le hizo ver una luz.

A la mañana siguiente, cuando fueron a buscar al condenado, el obispo estaba allí. Le siguió, y se presentó a los ojos de la multitud con su traje morado y con su cruz episcopal al cuello, al lado de aquel miserable amarrado con cuerdas.

Subió con él a la carreta, y con él también subió al cadalso. El condenado, taciturno y abatido la víspera, estaba radiante. Sentía que su alma se había reconciliado, y esperaba en Dios. El obispo le abrazó y, en el momento en que la cuchilla iba a caer, le dijo:

—Aquel a quien el hombre mata, Dios le resucita. Aquel a quien los hermanos apartan, encuentra al Padre. Orad, creed, entrad en la vida, el Padre está allí.

Cuando bajó del cadalso, había algo en su mirada que hizo que el pueblo le abriese camino. No sabían qué era más admirable en él, si su palidez o su serenidad. Al volver a aquel humilde alojamiento, que él llamaba sonriendo «su palacio», dijo a su hermana:

—Acabo de oficiar pontificalmente.

Como las cosas más sublimes son, por lo general, las menos comprendidas, no faltó gente que, comentando la conducta del obispo, dijera que aquello era afectación. Pero sólo fue una palabra de salón. El pueblo, que no supone malicia en las acciones santas, quedó enternecido y admirado.

En cuanto al obispo, la vista de la guillotina fue para él un golpe terrible, del cual tardó mucho tiempo en recobrase.

En efecto, el patíbulo, cuando está ante nuestros ojos, en pie, tiene algo que alucina. Es posible tener una cierta indiferencia ante la pena de muerte, no pronunciarse, no decir ni que sí ni que no, mientras no se ha visto una guillotina con los ojos; pero si se llega a encontrar una, la sacudida es violenta; hay que decidirse y tomar partido. Unos admiran, como De Maistre, y otros execran, como Beccaria. La guillotina es la concreción de la ley; se llama «vindicta»; no es neutral, y no os permite que lo seáis tampoco. Quien llega a verla se estremece con el más misterioso de los estremecimientos. Todas las cuestiones sociales alzan sus interrogantes en torno a esta cuchilla.

El cadalso es una visión. El cadalso no es un tablado, el cadalso no es una máquina, el cadalso no es un mecanismo inerte hecho de madera, de hierro y de cuerdas. Parece que es una especie de ser, que tiene no sé qué sombría iniciativa. Se diría que estos andamios ven, que esta máquina oye, que este mecanismo comprende, que este hierro, esta madera y estas cuerdas tienen voluntad. En la horrible meditación en que aquella visión sume al alma, el cadalso aparece terrible, mezclándose con lo que hace. El cadalso es el cómplice del verdugo; devora, come carne, bebe sangre. El cadalso es

una especie de monstruo fabricado por el juez y el carpintero; un espectro que parece vivir, con una especie de vida espantosa hecha con todas las muertes que ha infligido.

La impresión fue, pues, horrible. Al día siguiente de la ejecución, y durante varios días después, el obispo pareció abatido. La serenidad casi violenta del momento fúnebre había desaparecido: el fantasma de la justicia social le obsesionaba. Él, que de ordinario obtenía en todas sus acciones una satisfacción tan pura, parecía como si se acusara de ésta. A veces, hablaba consigo mismo y murmuraba, a media voz, lúgubres monólogos. He aquí uno que su hermana oyó y recogió una noche:

—No creía que eso fuera tan monstruoso. Es una equivocación de la ley humana. La muerte pertenece sólo a Dios. ¿Con qué derecho los hombres tocan esa cosa desconocida?

Con el tiempo, estas impresiones se atenuaron y probablemente se borraron. Sin embargo, observase que, desde aquel instante, el obispo evitaba pasar por la plaza de las ejecuciones.

A cualquier hora se podía llamar a monseñor Myriel a la cabecera de los enfermos y de los moribundos. No ignoraba que aquél era su mayor deber y su mayor tarea. Las familias de viudas y huérfanos no tenían necesidad de llamarle; iba él mismo. Sabía sentarse y permanecer callado largas horas al lado del hombre que había perdido a la mujer que amaba, al lado de la madre que había perdido a su hijo. Así como cuándo callar, sabía también cuándo debía hablar. ¡Oh, admirable consolador! No trataba de borrar el dolor con el olvido, sino de engrandecerlo y dignificarlo con la esperanza. Decía:

—Tened cuidado al considerar a los muertos. No penséis en lo que se pudre. Mirad fijamente. Descubriréis la luz viva de vuestro muerto bienamado en el fondo del cielo.

Sabía que la fe es sana. Trataba de aconsejar y calmar al hombre desesperado, señalándole con el dedo al hombre resignado; y de transformar el dolor que mira una fosa, mostrándole el dolor que mira una estrella.

De cómo monseñor Bienvenu hacía durar demasiado tiempo sus sotanas

La vida privada de monseñor Myriel estaba llena de los mismos pensamientos que su vida pública. Para quien hubiera podido verla de cerca, era un espectáculo grave y sublime aquella pobreza voluntaria en la cual vivía monseñor Myriel, el obispo de Digne.

Como todos los ancianos, y la mayor parte de los pensadores, dormía poco. Su corto sueño era profundo. Por la mañana, se recogía durante una hora y luego decía la misa, bien en la catedral, bien en su oratorio. Una vez terminada la misa, se desayunaba con un pan de centeno, mojado con leche de sus vacas. Después, trabajaba.

Un obispo es un hombre muy ocupado; es preciso que reciba todos los días al secretario del obispado, que de ordinario es un canónigo, y casi todos los días a sus grandes vicarios. Tenía congregaciones que inspeccionar, privilegios que conceder, toda una biblioteca eclesiástica que examinar, libros de misa, catecismos diocesanos, libros de horas, etc., pastorales que escribir, predicaciones que autorizar, párrocos y alcaldes a quienes poner de acuerdo, la correspondencia clerical, la correspondencia administrativa; por una parte, el Estado; por otra, la Santa Sede; en fin, mil asuntos.

El tiempo que le dejaban libre estas mil ocupaciones, sus oficios y su breviario, lo dedicaba primero a los necesitados, a los enfermos y a los afligidos; el tiempo que le dejaban libre los afligidos, los enfermos y los necesitados, lo dedicaba al trabajo. Tan pronto cavaba la tierra en su jardín como leía y escribía. Tenía una sola palabra para estas dos clases de trabajo; llamaba a aquello «jardinear». «El espíritu es un jardín», decía.

Hacia el mediodía, comía. La comida se asemejaba al desayuno.

Hacia las dos, cuando el tiempo era bueno, salía y se paseaba a pie por el campo o la ciudad, entrando frecuentemente en las casas pobres. Veíasele caminar solo, ensimismado, con los ojos bajos, apoyado en su largo bastón, vestido con su traje morado, bien entretelado y caliente, calzado con medias moradas y gruesos zapatos, y

tocado con un sombrero plano, que dejaba caer por sus tres puntas tres borlas de oro de gruesos canelones.

Dondequiera que aparecía, había fiesta. Se hubiera dicho que su paso esparcía luz y animación. Los niños y los ancianos salían al umbral de las puertas para ver al obispo como para buscar el sol. Él bendecía y le bendecían. Mostraban la casa del obispo a aquel que necesitara algo.

Deteníase acá y allá, hablaba a los chicos y a las niñas, y sonreía a las madres. Visitaba a los pobres, mientras tenía dinero; cuando se le terminaba, visitaba a los ricos.

Como hacía durar sus sotanas mucho tiempo, y no quería que nadie lo notase, nunca se presentaba en público sino con su traje de obispo; lo cual, en verano, resultaba un poco molesto.

Por la noche, a las ocho y media, cenaba con su hermana, y la señora Magloire, en pie detrás de ellos, les servía. Nada tan frugal como aquella comida. Sin embargo, si el obispo había invitado a cenar a alguno de sus párrocos, la señora Magloire aprovechaba la ocasión para servir a monseñor algún excelente pescado de los lagos, o alguna fina caza de la montaña. Todo párroco era un pretexto para una buena cena; el obispo dejaba hacer. Fuera de estos casos, su ordinario se componía de algunas legumbres cocidas y de sopa de aceite. Se decía en la ciudad: «Cuando el obispo no tiene mesa de párroco, tiene mesa de trapense».

Después de la cena, charlaba durante media hora con la señorita Baptistine y la señora Magloire; luego, volvía a su habitación y escribía de nuevo, bien en algunas hojas sueltas, bien en el margen de algún libro infolio. Era literato y aun un poco erudito. Dejó cinco o seis manuscritos bastante curiosos; entre otros, una disertación sobre el versículo del Génesis: «Al principio, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas». Lo confrontó con tres textos: la versión árabe que dice: «Los vientos de Dios soplaban»; Flavio Josefo, que dijo: «Un viento de lo alto se precipita sobre la tierra»; y, por fin, la paráfrasis caldea de Onkelos, que expresa: «Un viento, procedente de Dios, soplabá sobre la superficie de las aguas». En otra disertación, examina las obras teológicas de Hugo, obispo de Ptolomeos, bisabuelo del que escribe este libro, y establece que hay que atribuir a este obispo los diversos opúsculos publicados, en el siglo pasado, bajo el seudónimo de Barleycourt.

A veces, en medio de una lectura, cualquiera que fuera el libro que tuviera entre las manos, caía de repente en una meditación profunda, de la que no salía más que para escribir algunas líneas en las mismas páginas del volumen. A menudo estas líneas no tienen relación alguna con el libro que las contiene. Tenemos a la vista una nota escrita por él en uno de los márgenes de un in-cuarto titulado: Correspondencia de lord Germain con los generales Clinton, Cornwallis y los almirantes de la estación de

América, en Versalles, librería de Poinçot, y en París, librería Pissot, muelle de los Agustinos.

He aquí la nota:

«¡Oh, Vos!, ¿quién sois?

»El Eclesiastés os llama Todopoderoso; los Macabeos os llaman Creador; la Epístola a los Efesios os llama Libertad; Baruch os llama Inmensidad; los Salmos os llaman Sabiduría y Verdad; Juan os llama Luz; los Reyes os llaman Señor; el Éxodo os llama Providencia; el Levítico, Santidad; Esdras, Justicia; la Creación os llama Dios; el hombre os llama Padre; pero Salomón os llama Misericordia, y éste es el más hermoso de todos los nombres».

Hacia las nueve de la noche, las dos mujeres se retiraban y subían a sus habitaciones del primer piso, dejándole solo, hasta el día siguiente, en el piso bajo.

Es necesario, aquí, que demos una idea exacta del alojamiento de monseñor, el obispo de Digne.

VI

Por quién hacía guardar su casa

Ya hemos dicho que la casa que habitaba se componía de una planta baja y un solo piso; tres piezas en la planta baja y otras tres en el primer piso; encima había un desván. Detrás de la casa había un jardín de un cuarto de acre. Las dos mujeres ocupaban el primer piso. El obispo se alojaba en la planta baja. La primera habitación, que daba a la calle, le servía de comedor; la segunda, de habitación; y la tercera, de oratorio. No era posible salir del oratorio sin pasar por la habitación, ni salir de la habitación sin pasar por el comedor. En el oratorio, al fondo, había una alcoba cerrada, con una cama para cuando tenían un huésped. Monseñor el obispo solía ofrecer esta cama a los párrocos de aldea, cuyos asuntos o necesidades de su parroquia los llevaban a Digne.

La farmacia del hospital, pequeño edificio añadido a la casa y ganado al jardín, había sido transformado en cocina y en despensa.

Había además, en el jardín, un establo que era la antigua cocina del hospicio y donde el obispo tenía dos vacas. Cualquiera que fuera la cantidad de leche que éstas dieran, enviaba invariablemente la mitad a los enfermos del hospital. «Pago mi diezmo», decía.

Su alcoba era bastante grande y bastante difícil de caldear en la estación fría. Como en Digne la leña estaba muy cara, se le había ocurrido hacer en el establo de las vacas un compartimento cerrado con tablas. Allí era donde pasaba las veladas, en la época de los grandes fríos y, por supuesto, lo llamaba su salón de invierno.

En este salón de invierno, como en el comedor, no había otros muebles que una mesa de madera blanca y cuatro sillas de paja. El comedor estaba, además, adornado con un viejo aparador pintado de color rosa, al óleo. Otro aparador semejante a éste, revestido convenientemente con manteles blancos y falsos encajes, servía de altar en su oratorio.

Sus penitentes ricos y las mujeres devotas de Digne habían realizado frecuentemente, entre sí, colectas para costear un altar nuevo para el oratorio de

monseñor; pero éste, cada vez que recibía el dinero destinado a la obra, lo daba a los pobres.

—El altar más hermoso —decía— es el alma de un infeliz consolado en su infortunio, y que da gracias a Dios.

Había en su oratorio dos reclinatorios de paja, y en la alcoba un sillón de brazos, también de paja. Cuando, por casualidad, recibía la visita de ocho o diez personas a la vez, el prefecto, el general y la plana mayor de la guarnición, o algunos discípulos del seminario, era menester ir a buscar al establo las sillas del salón de invierno, al oratorio los reclinatorios, y el sillón a la alcoba; de este modo se podían reunir hasta once asientos para las visitas. A cada una de éstas que llegaba, se desamueblaba una habitación.

En ocasiones, sucedía que las visitas eran doce. Entonces el obispo disimulaba la dificultad de su situación manteniéndose en pie delante de la chimenea, si era invierno, o paseando por el jardín, si era verano.

Había también una silla en la alcoba cerrada; pero, además de faltarle casi todo el asiento, sólo tenía tres pies, lo cual impedía utilizarla, como no fuese apoyada contra la pared. La señorita Baptistine tenía también, en su habitación, una gran butaca de las llamadas «bergère», cuya madera había estado dorada en otro tiempo, forrada de tela pekín, floreada; mas había sido necesario subirla al primer piso por el balcón, ya que la escalera era demasiado estrecha, y hubo que prescindir de ella en casos de apuro.

La ambición de la señorita Baptistine había sido poder comprar una sillería de salón, de terciopelo de Utrecht amarillo, con flores, y un canapé de caoba, con forma de cuello de cisne. Pero esto hubiera costado por lo menos quinientos francos y, después de ver que no llegaba a economizar, para este objeto, sino unos cuarenta y dos francos y medio en cinco años, había terminado por renunciar a este deseo. ¿Quién es el que consigue realizar su ideal?

Es imposible figurarse nada más sencillo que el dormitorio del obispo. Una puerta-ventana que daba al jardín; enfrente, la cama, una cama como las del hospital, con colcha de sarga verde; en la sombra que proyectaba la cama, detrás de una cortina, los utensilios de tocador, revelando todavía los antiguos hábitos elegantes del hombre de mundo; dos puertas, una cerca de la chimenea, que daba paso al oratorio; otra, cerca de la biblioteca, que daba al comedor. La biblioteca era un armario grande con puerta vidriera, lleno de libros; la chimenea era de madera, pero pintada imitando el mármol; habitualmente sin fuego, en ella se veían un par de morillos de hierro, adornados con dos vasos con guiraldas y canelones en otro tiempo plateados, lo cual era un lujo episcopal; encima de la chimenea, un crucifijo de cobre, que en su tiempo había estado plateado como los morillos, estaba clavado sobre terciopelo negro algo raído, y enmarcado en un cuadro de madera que había sido dorada; cerca de la puerta-ventana había una gran mesa, con un tintero y una masa confusa de papeles y libros.

Delante de la mesa, el sillón de paja; delante de la cama, un reclinatorio tomado de la capilla u oratorio del obispo.

Dos retratos, en marcos ovalados, estaban colgados de la pared, a ambos lados de la cama. Pequeñas inscripciones doradas, sobre el fondo oscuro del lienzo, al lado de las figuras, indicaban que los retratos representaban: el uno, al abad de Chaliot, obispo de Saint-Claude, y el otro, al abad Tourteau, vicario general de Adge, abad de Grand-Champ, de la Orden del Císter, diócesis de Chartres. Al suceder el obispo, en este cuarto, a los enfermos del hospital, había hallado allí aquellos dos retratos y los había dejado donde estaban. Eran sacerdotes, y probablemente donadores, dos motivos para que él los respetase.

Todo lo que se sabía de aquellos dos personajes era que habían sido nombrados por el rey, el uno para un obispado y el otro para un beneficio, en el mismo día, esto es, el 27 de abril de 1785. Al descolgar los cuadros la señora Magloire, para quitarles el polvo, el obispo había hallado esta particularidad, escrita con una tinta blanquecina en un pequeño pedazo de papel, amarillo ya por el tiempo, pegado con cuatro obleas detrás del retrato del abad de Grand-Champ.

Cubría la ventana una antigua cortina de una tela gruesa de lana, que había llegado a ser tan vieja que, para evitar el gasto de una nueva, la señora Magloire tuvo que hacerle una gran costura en medio, en forma de cruz. El obispo lo hacía notar con frecuencia, diciendo que sentaba muy bien aquella cruz en la cortina.

Todos los cuartos de la casa, lo mismo del piso bajo que del principal, sin excepción, estaban blanqueados con cal, a la manera de los cuarteles o los hospitales.

Sin embargo, en los últimos años, la señora Magloire halló, como más adelante se verá, bajo el enlucido, pinturas que adornaban la habitación de la señorita Baptistine.

Antes de ser hospital, aquella casa había sido locutorio del pueblo. De ahí provenía aquel adorno. Los cuartos estaban enlosados con baldosas encarnadas que se aljofifaban todas las semanas, y delante de todas las camas había una esterilla de junco. Por lo demás, la casa, cuidada por dos mujeres, respiraba una exquisita limpieza, de un extremo al otro. Era el único lujo que el obispo se permitía. De ello decía:

—Esto no les quita nada a los pobres.

Es preciso confesar, sin embargo, que le quedaban, de lo que en otro tiempo había poseído, seis cubiertos de plata y un cucharón que la señora Magloire miraba con cierta satisfacción, todos los días, relucir espléndidamente sobre el blanco mantel de gruesa tela. Y como procuramos pintar al obispo de Digne tal cual era, debemos añadir que más de una vez se le oyó decir:

—Renunciaría difícilmente a comer con cubiertos que no fuesen de plata.

A estas alhajas deben añadirse dos grandes candelabros de plata maciza, que eran herencia de una tía segunda. Aquellos candelabros sostenían dos velas y, de ordinario,

estaban sobre la chimenea del obispo. Cuando había invitados a cenar, la señora Magloire encendía las dos velas y ponía los dos candelabros en la mesa.

A la cabecera de la cama, en el mismo cuarto del obispo, había un pequeño cajón, en el que la señora Magloire guardaba, todas las noches, los seis cubiertos de plata y el cucharón. Debemos añadir que nunca quitaba la llave.

El jardín, ya un poco estropeado por las construcciones bastante feas de las que hemos hablado, se componía de cuatro senderos en cruz, que partían de un pozo situado en el centro; otro sendero lo rodeaba por completo, y se prolongaba a lo largo de la blanca pared que le servía de cercado. Estos senderos dejaban entre sí cuatro o cinco cuadros separados por una hilera de césped. En tres de ellos, la señora Magloire cultivaba legumbres; en el cuarto, el obispo había sembrado flores; aquí y allá crecían algunos árboles frutales.

Una vez, la señora Magloire dijo a monseñor, con cierta dulce malicia:

—Monseñor, vos que sacáis partido de todo, tenéis ahí un cuadro de tierra inútil. Más valdría que produjera frutos y no flores.

—Señora Magloire —respondió el obispo—, os engañáis; lo bello vale tanto como lo útil. —Y añadió, después de una pausa—: Tal vez más.

Aquel cuadro, compuesto de tres o cuatro platabandas, ocupaba al obispo casi tanto como sus libros. Pasaba allí gustosamente una o dos horas podando, cavando, abriendo aquí y allá agujeros en la tierra y poniendo semillas en ellos. No era tan hostil a los insectos como lo hubiera deseado un jardinero. Por lo demás, no tenía pretensión alguna de botánico. Desconocía los grupos y el solidismo; no trataba, en manera alguna, de decidir entre Tournefort y el método natural; no tomaba partido ni por los utrículos contra los cotiledones, ni por Jussieu contra Linné. No estudiaba las plantas, le gustaban las flores. Respetaba mucho a los sabios; respetaba aún más a los ignorantes; y, sin faltar a ninguno de estos dos respetos, regaba sus platabandas todas las noches de verano, con una regadera de hojalata pintada de verde.

No había en la casa una puerta siquiera que cerrase con llave. La del comedor, que, como ya hemos dicho, daba a la plaza de la catedral, había estado en otro tiempo provista de cerraduras y cerrojos, como la de una cárcel. El obispo hizo quitar aquellos hierros, y la puerta, así de día como de noche, sólo quedaba cerrada con un simple picaporte. El que llegaba, cualquiera que fuera la hora, no tenía que hacer más que levantarlo y entrar. Al principio, las dos mujeres se habían asustado bastante al ver que la puerta no quedaba nunca cerrada; pero el obispo les dijo:

—Si queréis, poned cerrojos a las puertas de vuestras habitaciones.

Y al fin acabaron por participar de la confianza de monseñor, o aparentar al menos que la tenían. Sólo a la señora Magloire le asaltaban, de cuando en cuando, ciertos temores. Por lo que hace al obispo, puede verse su pensamiento explicado en estas tres líneas, escritas por él al margen de una Biblia: «La diferencia entre la puerta del

médico y la del sacerdote es que la puerta del médico no debe estar nunca cerrada, y la del sacerdote debe estar siempre abierta».

En otro libro, titulado Filosofía de la ciencia médica, había escrito esta otra nota: «¿Acaso no soy yo médico como ellos? También yo tengo mis enfermos; en primer lugar, todos los suyos, que ellos llaman pacientes, luego los míos, que yo llamo desgraciados».

En otra parte había escrito: «No preguntéis su nombre a quien os pide asilo. Precisamente, quien más necesidad tiene de asilo es el que más dificultad tiene en decir su nombre».

Sucedió que a un digno párroco, no sé si fue el de Couloubroux o el de Pompierry, se le ocurrió preguntarle un día, probablemente a instancias de la señora Magloire, si estaba seguro de no cometer una imprudencia, hasta cierto punto, dejando día y noche su puerta abierta, a disposición del primero que quisiera entrar; y si, en fin, no temía que sucediera una desgracia en una casa tan mal guardada.

El obispo le tocó en el hombro con blandura y gravedad, y le dijo: «Nisi Dominus custodierit domum, in vanum vigilant qui custodiunt eam». Luego, habló de otra cosa.

Solía decir, con cierta frecuencia: «Hay el valor del sacerdote, como existe el valor del coronel de dragones. Solamente que el nuestro debe ser pacífico».

VII

Cravatte

Tuvo lugar un hecho que no debemos omitir, porque es de los que mejor dan a conocer la clase de hombre que era monseñor el obispo de Digne.

Después de la destrucción de la banda de Gaspar Bès, que había infestado las gargantas de Ollioules, uno de sus tenientes, llamado Cravatte, se refugió en la montaña. Ocultose algún tiempo con sus bandidos, resto de la tropa de Gaspar Bès, en el condado de Niza; después pasó al Piamonte y luego volvió de pronto a reaparecer en Francia, por el lado de Barcelonnette. Viósele primero en Jauziers, y posteriormente en Tuiles. Ocultose entonces en las cavernas de Joug-de-l'Aigle, y de allí, descendiendo hacia las cabañas y aldeas por los barrancos de Ubaye y del Ubayette, llegó hasta Embrun, donde penetró una noche en la catedral y robó en la sacristía. Sus latrocinios asolaban la región. Lanzose en su persecución la gendarmería, pero en vano; se escapaba siempre y algunas veces resistía a viva fuerza. Era un miserable muy audaz. En medio del temor que suscitaba, llegó el obispo, que iba de visita a Chastelar. El alcalde salió a recibirle y le suplicó que se volviese; Cravatte era dueño de la montaña hasta Arche, y aún más allá; había peligro en andar por allí incluso con escolta; era exponer tontamente a tres o cuatro gendarmes.

—Siendo así —dijo el obispo—, iré sin escolta.

—¿Pensáis hacer eso, monseñor? —exclamó el alcalde.

—Y tanto; no deseo que venga conmigo ningún gendarme; además, pienso partir dentro de una hora.

—¡Partir!

—Naturalmente.

—¿Solo?

—Completamente solo.

—Monseñor, no haréis lo que decís.

—Hay allí, en la montaña, una pequeña feligresía —replicó el obispo— no mayor que la palma de la mano, la cual no he visitado desde hace tres años. Son grandes

amigos míos aquellos buenos y honrados pastores. De cada treinta cabras que guardan, una es suya; hacen unos cordones muy bonitos, con lanas de muy diversos colores, y tocan los aires de sus montañas en unos pequeños pitos de seis agujeros. Necesitan que de cuando en cuando se les hable del buen Dios. ¿Qué dirían de un obispo que tuviese miedo? ¿Qué dirían de mí si no fuese por allá?

—Pero, monseñor, ¿y los ladrones?

—¡Vaya! —dijo el obispo—. Ahora caigo. Tenéis razón; puedo encontrarlos, y ellos también deben necesitar que se les hable de Dios.

—¡Monseñor! ¡Es una banda! ¡Es un rebaño de lobos!

—Señor alcalde, precisamente de ese rebaño es del cual quizá Jesucristo me ha hecho pastor. ¿Quién sabe cuáles son los caminos de la Providencia?

—Monseñor, os robarán.

—Nada tengo.

—Os matarán.

—¿A un pobre sacerdote que pasa la vida mascullando sus rezos? ¡Bah! ¿Para qué?

—¡Ah, Dios mío! ¡Si llegáis a encontrarlos!

—Les pediré una limosna para mis pobres.

—¡No vayáis, monseñor, en nombre del cielo! ¡Exponéis vuestra vida!

—Señor alcalde —dijo el obispo—, ¿no es más que eso? No estoy en este mundo para guardar mi vida, sino para guardar las almas.

Fue preciso acceder a su voluntad. Partió, acompañado únicamente de un niño que se ofreció para servirle de guía. Su obstinación dio mucho que hablar en la comarca y causó no poco temor.

No quiso llevar consigo ni a su hermana ni a la señora Magloire. Atravesó la montaña en una mula, sin encontrar a nadie, y llegó sano y salvo al territorio de sus «buenos amigos» los pastores. Permaneció allí quince días, predicando, administrando, enseñando y moralizando. Cuando se aproximó el día de su marcha, resolvió cantar pontificalmente un Te Deum. Habló de ello al párroco, pero ¿cómo hacerlo, careciendo de ornamentos episcopales? No podían poner a su disposición más que una mala sacristía de aldea y algunas viejas casullas de damasco, muy usadas y adornadas con falsos galones.

—¡Bah! —dijo el obispo—. Señor párroco, anunciad desde el púlpito nuestro Te Deum. Ya se arreglará.

Buscaron en las iglesias de los alrededores. Todas las magnificencias de aquellas humildes parroquias, reunidas, no hubieran bastado para vestir convenientemente al chantre de una catedral.

Hallábanse sin saber cómo salir del paso cuando dos hombres desconocidos, montados en sendos caballos, llevaron y dejaron en casa del párroco un cajón para el obispo. Abrieron el cajón; contenía una capa de tisú de oro, una mitra adornada de

diamantes, una cruz arzobispal, un magnífico báculo y todas las vestiduras pontificales robadas un mes antes en la iglesia de Nuestra Señora de Embrun. En la caja había una nota con estas palabras; «Cravatte a monseñor Bienvenu».

—¡Cuando yo decía que todo se arreglaría! —dijo el obispo. Luego, sonriendo, añadió—: A quien se contenta con la sobrepelliz de un cura, Dios le envía una capa arzobispal.

—Monseñor —murmuró el párroco, moviendo la cabeza y sonriendo—: ¿Dios o el diablo?

El obispo miró fijamente al párroco y repuso, con autoridad:

—Dios.

Cuando volvió a Chastelar, a todo lo largo de la carretera salía la gente a verle, por curiosidad. En el presbiterio de Chastelar encontró a la señorita Baptistine y a la señora Magloire, que le esperaban, y el obispo dijo a su hermana:

—Bien, ¿tenía o no razón? El pobre sacerdote fue a ver a los pobres montañeses con las manos vacías, y regresa con las manos llenas. Marché llevando sólo mi esperanza puesta en Dios; y vuelvo trayendo el tesoro de una catedral.

Por la noche, antes de acostarse, volvió a decir:

—No temamos nunca a los ladrones ni a los asesinos; éstos son los peligros exteriores, los pequeños peligros. Temámonos a nosotros mismos. Los prejuicios: éstos son los ladrones; los vicios: éstos son los asesinos. Los grandes peligros están dentro de nosotros. ¡Qué importa lo que amenaza nuestra cabeza o nuestra bolsa! Pensemos sólo en lo que amenaza nuestra alma. —Luego, volviéndose hacia su hermana, añadió—: Hermana mía, nunca, por parte del sacerdote, debe tomarse precaución alguna contra el prójimo. Lo que el prójimo hace, Dios lo permite. Limitémonos a rogar a Dios cuando creamos que nos amenaza un peligro. Oremos, no por nosotros, sino para que nuestro hermano no caiga en falta por causa nuestra.

Fuera de esto, eran muy raros los acontecimientos en su existencia. Referimos lo que sabemos. De ordinario, pasaba la vida haciendo las mismas cosas en los mismos momentos. Un mes de un año suyo se parecía a una hora de uno de sus días.

Respecto a lo que fue del tesoro de la catedral de Embrun, se nos causaría algún embarazo interrogándonos sobre él. Componíase de muy buenas cosas, muy tentadoras y muy buenas de emplear en provecho de los desgraciados. Robadas, ya lo habían sido. La mitad, pues, de la aventura estaba cumplida. Sólo faltaba hacer cambiar de dirección a lo robado y encaminarlo hacia el lado de los pobres. Nada, por lo demás, podemos afirmar respecto a este asunto. Solamente añadiremos que, entre los papeles del obispo, se halló una nota bastante oscura que acaso se refiera a este asunto, y que estaba concebida en estos términos: «La cuestión está en saber si esto debe volver a la catedral o al hospital».

VIII

Filosofía después de beber

El senador, de quien más arriba hemos hablado, era un hombre entendido, que había hecho su carrera por el camino más corto, sin prestar atención a todos estos obstáculos que dificultan o embarazan, y que se llaman conciencia, fe jurada, justicia y deber; había marchado directamente a su objetivo, sin separarse una sola vez de la línea de su avance y de su interés. Era un antiguo procurador, enterneado por sus triunfos, no mal hombre del todo, que hacía cuantos pequeños favores podía a sus hijos, a sus yernos, a sus padres, y aun a sus amigos; había aprovechado el lado bueno de la vida, las buenas ocasiones, las buenas utilidades, y parecíale estúpido todo lo demás. Tenía ingenio, y era suficientemente instruido para creerse discípulo de Epicuro, no siendo en realidad más que un producto de Pigault-Lebrun. Se reía, buena y agradablemente, de las cosas infinitas y eternas, y de las «salidas del buen obispo». A veces, con cierta amable autoridad, reía ante el mismo monseñor Myriel, que le escuchaba.

No sé en qué ceremonia semioficial, el conde (el senador de quien hablamos) y monseñor Myriel comieron juntos en casa del prefecto. A los postres, el senador, un tanto alegre, aunque siempre digno, exclamó:

—¡Pardiez! Señor obispo, hablemos. Rara vez se miran un senador y un obispo sin entornar los ojos. Somos dos augures. Voy a haceros una confesión. Yo tengo mi propia filosofía.

—Y hacéis bien —respondió el obispo—, filosofar o acostarse, todo es lo mismo. Vos descansáis en lecho de púrpura, señor senador.

El senador, alentado, continuó:

—Seamos buenos muchachos.

—O buenos diablos —repuso el obispo.

—Os declaro —añadió el senador— que el marqués de Argens, Pirrón, Hobbes y Naigeon no son unos bergantes. Tengo en mi biblioteca a todos estos filósofos, encuadernados con canto dorado...

—Como vos mismo, señor conde —interrumpió el obispo.

El senador prosiguió:

—Odio a Diderot; es un ideólogo, un declamador y un revolucionario; en el fondo, creyente en Dios y más mojigato que Voltaire. Voltaire se burló de Needham e hizo mal, pues las anguilas de Needham prueban que Dios es inútil. Una gota de vinagre en una cucharada de masa de harina suple el fiat lux. Suponed que la gota es más grande y la cucharada mucho más grande también, y tendréis el mundo. El hombre es la anguila; y entonces, ¿para qué el Padre Eterno? Señor obispo, la hipótesis de Jehová me fatiga. No sirve más que para producir personas flacas que piensan hueco. ¡Abajo este gran Todo, que me fastidia! ¡Viva Cero, que me deja tranquilo! De vos a mí, y para decirlo todo y para confesarme a mi pastor, como conviene, os confieso que no soy tonto. No estoy loco con vuestro Jesucristo, que predica por todas partes la renuncia y el sacrificio. Consejo de avaro a desharrapados. ¡Renuncia!, ¿por qué? ¡Sacrificio!, ¿para qué? Nunca he visto que un lobo se inmoles por la felicidad de otro lobo. Permanezcamos, pues, dentro del orden de la naturaleza. Estamos en la cumbre; tengamos una filosofía superior. ¿De qué sirve estar en la cumbre, si no se ve más allá de la nariz de los demás? Vivamos alegremente. La vida es todo. Que el hombre tenga un porvenir en otra parte, allá arriba, allá abajo, donde quiera, yo no creo una sola palabra de esto. ¡Ah!, me recomiendan la renuncia y el sacrificio, y, por tanto, debo tener mucho cuidado con todo lo que hago; es preciso que me rompa la cabeza sobre el bien y sobre el mal; sobre lo justo y lo injusto; sobre el fas y sobre el nefas. ¿Por qué? Porque tendré que dar cuenta de mis acciones. ¿Cuándo? Después de mi muerte. ¡Qué hermoso sueño! Después de muerto, se ocuparán de mí las ratas. Haced que una mano de sombra coja un puñado de cenizas. Digamos la verdad, nosotros que somos los iniciados, que hemos levantado el velo de Isis; no existe ni el bien ni el mal; no existe más que vegetación. Busquemos la realidad; profundicemos, penetremos en el fondo de la cuestión, ¡qué diablos! Es necesario husmear la verdad, penetrar bajo tierra y apoderarse de ella. Y cuando la tengáis, entonces sí que seréis fuertes y os reiréis de todo. Yo soy cuadrado por la base, señor obispo. La inmortalidad del alma es una ridícula paradoja. ¡Oh, promesa encantadora! Fiaos de ella. Vaya billete de banco que tiene Adán. Si es alma, será ángel, tendrá alas azules en los omóplatos. Argüidme, pues: ¿no es Tertuliano quien dice que los bienaventurados irán de un astro a otro? Con lo cual quiere decir que los bienaventurados serán las langostas de las estrellas. ¡Y después verán a Dios! Ta, ta, ta. No son mala cosa todos esos paraísos. Dios es una tontería colosal. Yo no diré esto en el Moniteur, ¡pardiez!, pero lo cuchicheo con los amigos: Inter pocula. Sacrificar la tierra al paraíso es lo mismo que dejar la presa por la sombra, lo cierto por lo dudoso. ¡Ser burlado por lo infinito! ¡Ca! ¡No soy tan bestia! Soy nada. Me llamo el señor conde Nada, senador. ¿Era antes de mi nacimiento? No. ¿Seré después de mi muerte? No. ¿Qué soy, pues?

Un poco de polvo unido y formando un organismo. ¿Qué tengo que hacer en la tierra? La elección es mía: padecer o gozar. ¿Adónde me conducirá el padecimiento? A la nada, pero habré padecido. ¿Adónde me conducirá el goce? A la nada, pero habré gozado. Mi elección está hecha. Es necesario comer o ser comido. ¡Comamos! Más vale ser el diente que la hierba; tal es mi sabiduría. Después de esto ande cada cual como le plazca; el sepulturero está allí; el panteón para nosotros; todo cae en la gran fosa. Fin, Finis, liquidación total; éste es el sitio donde todo acaba. La muerte está muerta, creedme. Si hay alguien que tenga algo que decirme sobre esto, desde ahora me río de él. Cuentos de niños; el coco para los niños; Jehová para los hombres. No, nuestro mañana es la noche. Detrás de la tumba no hay más que nada iguales. Hayáis sido Sardanápalo o San Vicente de Paúl, lo mismo da. Esto es lo cierto. Vivid, pues; sobre todo, ¡vivid! En verdad os digo, señor obispo, yo tengo mi filosofía y mis filósofos. No me dejo engatusar por todos esos consejos. Por lo demás, a los que van con las piernas al aire, a la canalla, a los miserables, les hace falta algo. Engullan, pues, las leyendas, las quimeras, el alma, la inmortalidad, el paraíso, las estrellas. Que masquen eso; que lo coman con su pan seco. Quien no tiene nada, tiene al buen Dios. Es lo menos que puede tener. Yo no me opondré a ello; pero guardo para mí al señor Naigeon. El buen Dios es bueno para el pueblo.

—¡Esto se llama hablar! —exclamó el obispo—. ¡Qué maravilloso es ese materialismo! ¡Ah!, no todo el que quiere lo tiene. Cuando se posee, no es uno juguete de nadie. No se deja uno desterrar bestialmente, como Catón, ni lapidar, como San Esteban, ni quemar vivo como Juana de Arco. Los que han conseguido procurarse ese materialismo admirable tienen la alegría de sentirse irresponsables y de pensar que pueden devorarlo todo sin inquietud: los cargos, las sinecuras, las dignidades, el poder bien o mal adquirido, las palinodias lucrativas, las traiciones útiles, las sabrosas capitulaciones de conciencia, y que bajarán a la tumba hecha ya la digestión. ¡Qué cosa tan agradable! No digo esto por vos, señor senador; sin embargo, me es imposible no felicitaros. Vosotros, los grandes señores, tenéis, como habéis dicho, una filosofía particular, especial, para vuestro uso exclusivo, exquisita, refinada, accesible solamente a los ricos, buena cualquiera que sea la salsa con la que se la sirva, y admirablemente sazonada con los placeres de la vida. Esta filosofía está sacada de las profundidades, y desenterrada por buscadores experimentados y especiales. Pero sois príncipes amables y no halláis del todo mal que la creencia en Dios sea la filosofía del pueblo; poco más o menos como el pato con castañas es el pavo trufado del pobre.

IX

El hermano descrito por la hermana

Para dar una idea del gobierno casero del obispo de Digne y de la manera en que aquellas santas mujeres subordinaban sus acciones, sus pensamientos y hasta sus instintos de mujeres fácilmente asustadizas, a las costumbres y hábitos del obispo, sin que éste tuviera ni aun que tomarse el trabajo de hablar para expresar su deseo, nada mejor podemos hacer que transcribir aquí una carta de la señorita Baptistine a la señora vizcondesa de Boischevron, su amiga de la infancia. Esta carta obra en nuestro poder y dice así:

Digne, 16 de diciembre de 18...

Mi buena señora: No pasa un día sin que hablemos de vos. Es por lo regular nuestra costumbre y existe ahora, además, una razón para ello. Figuraos que al lavar y desempolvar los techos y paredes de nuestras habitaciones, la señora Magloire ha hecho varios descubrimientos; en el momento presente, nuestros dos cuartos, que estaban empapelados con viejo papel blanqueado con cal, no serían impropios de un castillo semejante al vuestro. La señora Magloire ha desgarrado y arrancado todo el papel. Debajo había cosas. Mi salón, en el que no hay muebles y que nos sirve para tender la ropa de la colada, tiene quince pies de alto y dieciocho de ancho; su techo, pintado antiguamente con dorados y a bovedilla como en vuestra casa, estaba cubierto con una tela del tiempo en que fue hospital. En fin, tiene ensambladuras del tiempo de nuestros abuelos. Pero es mi gabinete el que tiene que ver. La señora Magloire ha descubierto, a lo menos debajo de diez papeles pegados unos encima de otros, pinturas que, sin ser buenas, son, al menos, soportables; unas representan a Telémaco siendo armado caballero por Minerva; otras, al mismo en un jardín, cuyo nombre no puedo recordar; en fin, donde las damas romanas iban una sola noche. ¿Qué podré deciros? Hay romanos, romanas (aquí una palabra ininteligible) y todo su séquito. La señora Magloire ha limpiado todo esto, y este verano va a reparar algunas

pequeñas averías, y a barnizarlo todo de nuevo, con lo cual quedará mi cuarto hecho un verdadero museo.

En un rincón del desván ha encontrado también dos consolas de madera, estilo antiguo. Nos pedían dos luises y seis francos por volverlas a dorar; pero vale más y es mejor dar esto a los pobres; aparte de que son muy feas y de que yo preferiría una mesa redonda de caoba.

Soy tan feliz como siempre. ¡Mi hermano es tan bueno! Todo cuanto tiene lo da a los pobres y a los enfermos. Vivimos un poco estrechos; la región es muy mala en invierno, y es menester hacer algo por los que nada tienen. Nosotros estamos casi bien abrigadas y bien alumbradas; ya veis que no es poca cosa.

Mi hermano tiene sus costumbres propias y peculiares. Cuando habla, dice que un obispo tiene que ser así. Figuraos que nunca se cierra la puerta de la casa. Entra quien quiere, y enseguida está en la habitación de mi hermano. Nada teme, ni aun por la noche. Es su valor particular, como él dice.

No quiere que teman por él, ni que tampoco tema la señora Magloire. Se expone a toda clase de peligros y no quiere siquiera que aparentemos que nos damos cuenta de ello. Es preciso saber comprenderle.

Sale lloviendo, marcha por en medio del agua, viaja en invierno. No tiene miedo, durante la noche, de los caminos sospechosos ni de los malos encuentros.

El año pasado se marchó solo a una región de ladrones. No quiso llevarnos consigo. Permaneció quince días ausente. A su regreso, nada le había pasado; se le creía muerto, pero gozaba de buena salud y decía: «¡Mirad cómo me han robado!». Y abrió una maleta llena con todas las joyas de la catedral de Embrun, que los ladrones le habían restituido.

Esta vez, al volver, no pude por menos que reñirle un poco, teniendo cuidado de hacerlo cuando el coche hacía mucho ruido, para que nadie nos oyera.

En los primeros tiempos, yo me decía: no hay peligro que le detenga, es terrible. Ahora, he terminado por acostumbrarme. Hago señas a la señora Magloire para que no le contraríe. Él se arriesga como quiere. Yo me llevo a la señora Magloire, me encierro en mi habitación, rezo por él y me duermo. Estoy tranquila, porque sé muy bien que si sucediera una desgracia, ésta sería mi fin. Me iría al cielo con mi buen hermano y mi obispo. La señora Magloire ha tenido más dificultades que yo para acostumbrarse a lo que ella llama sus imprudencias. Pero ahora ya está hecha a ellas. Oramos las dos juntas, las dos juntas tenemos miedo, y juntas nos dormimos. El diablo entraría en la casa sin que nadie le molestase. Después de todo, ¿qué podemos temer en esta casa? Hay siempre con nosotros alguien que es más fuerte que él. El diablo podrá pasar por ella, pero Dios la habita.

Esto me basta. Mi hermano ya no tiene necesidad de decirme ni una palabra, ahora. Le comprendo sin que me hable, y nos abandonamos a la Providencia.

Ved cómo hay que ser, con un hombre que tiene grandeza de espíritu.

He preguntado a mi hermano acerca de las noticias que me pedís sobre la familia de Faux. Ya sabéis que él lo sabe todo, y tiene sus recuerdos, porque es siempre buen realista. Los de Faux pertenecen a una antigua familia normanda de la nobleza de Caen. Hace quinientos años hubo un Raoul de Faux, un Jean de Faux y un Thomas de Faux que eran nobles, y uno de ellos señor de Rochefort. El último fue Guy-Étienne-Alexandre, y era maestro de campo y alguna cosa más en la caballería ligera de Bretaña. Su hija Marie-Louise casó con Adrien-Charles de Gramont, hijo del duque de Gramont, par de Francia, coronel de las guardias francesas y lugarteniente general de los ejércitos. Se escribe Faux, Fauq y Faoucq.

Buena señora, recomendadme a vuestro santo pariente, el cardenal, para que me tenga presente en sus oraciones. En cuanto a vuestra querida Sylvanie, ha hecho bien en no emplear los cortos momentos que pasa junto a vos para escribirme. Ella se porta bien, trabaja según sus deseos, y me quiere como siempre. Esto es todo lo que yo quiero. Los recuerdos que me envía me hacen feliz. Mi salud no es muy mala y, sin embargo, enflaquezco cada día más. Adiós, me falta ya el papel, y me obliga a dejaros. Mil cosas buenas a todos.

BAPTISTINE.

P. D.: Vuestra cuñada está aún aquí con su familia. Vuestro sobrinito es encantador. ¡Pronto tendrá cinco años! Ayer vio pasar un caballo, al que habían puesto rodilleras, y él decía: «¿Qué tiene en las rodillas?». ¡Qué guapo es el niño! Su hermano corre por la habitación, arrastrando una escoba vieja, como si fuera un carro, y grita: «¡Hala!».

Como se ve, por esta carta, estas dos mujeres sabían acomodarse a la manera de ser del obispo, con ese genio particular de la mujer que comprende al hombre mejor que el hombre se comprende a sí mismo. El obispo de Digne, bajo aquel aire dulce y cándido que nunca se desmentía, hacía a veces grandes cosas, atrevidas y magníficas, sin aparentar que sabía lo que hacía. Ellas temblaban, pero le dejaban obrar. Algunas veces, la señora Magloire probaba a oponer alguna resistencia anticipada, pero nunca mientras ni después del hecho. Nunca se le distraía, ni con una señal ni con ninguna acción. En ciertos momentos, sin que hubiera necesidad de decirlo, cuando él no tenía conciencia de ello, tan perfecta era su sencillez, ellas presentían vagamente que obraba como obispo; entonces, las mujeres eran sólo dos sombras en la casa. Le servían pasivamente y si, para obedecerle, era menester desaparecer, desaparecían. Con una admirable delicadeza de instinto, sabían que ciertos cuidados pueden estorbar. Así, aun creyéndole en peligro, comprendían, no digo su pensamiento, sino su naturaleza, hasta el punto de no velar por él. Le confiaban a Dios.

Además, Baptistine decía, como acabamos de leer, que el fin de su hermano sería también el suyo. La señora Magloire no lo decía, pero lo sabía.

En una época un poco posterior a la fecha de la carta citada en las páginas precedentes, hizo el obispo algo que, según voz pública de la ciudad, fue aún más arriesgado que su paseo a través de las montañas de los bandidos.

Había cerca de Digne, en el campo, un hombre que vivía solitario. Este hombre, digamos de corrido la palabra temible, era un antiguo convencional. Se llamaba G.

Hablábase del convencional G., en el mundillo de Digne, con una especie de horror. ¡Un convencional! ¿Os podéis figurar esto? Eso existía en el tiempo en que todo el mundo se tuteaba, y en que se decía «ciudadano». Aquel hombre era poco más o menos un monstruo. No había votado la muerte del rey, pero casi lo había hecho. Era un casi regicida. Había sido terrible. ¿Cómo, a la vuelta de los príncipes legítimos, no se había llevado a aquel hombre ante un tribunal prebostal? No se le hubiera cortado la cabeza, es cierto; es menester usar de la clemencia, bueno; pero, cuando menos, un destierro perpetuo. ¡Un ejemplo, vaya!, etcétera, etcétera. Era un ateo de antaño, como toda la gente de entonces. Habladurías de gansos acerca del buitre.

¿Era en realidad un buitre? Sí, se le juzgaba por lo que había de huraño en su soledad. Al no haber votado la muerte del rey, no había sido comprendido en los decretos de destierro, y había podido permanecer en Francia.

Habitaba a tres cuartos de hora de la ciudad, lejos de toda vivienda, separado de todo camino, en no sé qué retiro perdido en un valle semisalvaje. Tenía allí, decían, una especie de campo y un agujero, una madriguera. Ni un vecino; ni siquiera transeúntes. Desde que vivía en aquel valle, el sendero que conducía hasta allí había desaparecido bajo la hierba. Se hablaba de aquel lugar como de la casa del verdugo.

Sin embargo, el obispo pensaba, y de cuando en cuando, mirando hacia el lugar en que un grupo de árboles señalaba el valle del anciano convencional, decía: «Allí hay un alma que está sola».

Y en el fondo de su pensamiento, añadía: «Yo debería hacerle una visita».

Pero confesémoslo: esta idea, a primera vista muy natural, se le presentaba, después de un momento de reflexión, como extraña, imposible y casi repugnante. Pues, en el fondo, compartía la impresión general, y el convencional le inspiraba, sin que él se diera cuenta claramente, ese sentimiento que es como la frontera del odio, y que expresa tan bien la palabra repulsión.

Sin embargo, ¿la sarna del cordero debe alejar al pastor? No. ¡Pero qué cordero!

El buen obispo estaba perplejo; algunas veces se encaminaba hacia aquel lado, pero luego retrocedía.

Por fin, un día esparciase por la ciudad el rumor de que una especie de pastorcillo, que servía al convencional G. en su vivienda, había ido a buscar un médico, que el viejo malvado se moría, que la parálisis se había apoderado de él, y que no pasaría de aquella noche. «¡Gracias a Dios!», exclamaban algunos.

El obispo tomó su báculo, se puso su balandrán, a causa de estar su sotana un tanto raída, como ya hemos dicho, y también a causa del viento de la noche, que no tardaría en soplar, y partió.

El sol declinaba y rozaba casi el horizonte cuando el obispo llegó al lugar excomulgado. Reconoció, con un latir un tanto más apresurado del corazón, que se hallaba cerca del cubil de la fiera. Saltó un foso, franqueó un seto, subió una escalera, entró en un cercado, dio algunos pasos atrevidamente y, de repente, en el fondo de un erial, tras una maleza, divisó la guarida.

Era una cabaña baja, pobre, pequeña y limpia, con un emparrado en la fachada.

Delante de la puerta, en un viejo sillón de ruedas, sillón de aldeano, había un hombre de cabellos blancos, que le sonreía al sol.

Cerca del anciano sentado, hallábase en pie un muchachito, el pastorcillo. Tendía al anciano una vasija con leche.

Mientras el obispo miraba al anciano, éste dijo:

—Gracias, nada necesito ya. —Y su sonrisa se separó del sol para fijarse en el niño.

El obispo avanzó. Ante el ruido que hizo al andar, el anciano sentado volvió la cabeza y su rostro expresó toda la sorpresa que se puede sentir tras una larga vida.

—Desde que vivo aquí, es ésta la primera vez que alguien entra en mi casa. ¿Quién sois, señor?

El obispo respondió:

—Me llamo Bienvenu Myriel.

—¡Bienvenu Myriel! He oído pronunciar ese nombre. ¿Seréis vos a quien el pueblo llama monseñor Myriel?

—Yo soy.

El anciano, con una semisonrisa, le dijo:

—En este caso, sois mi obispo.

—Un poco.

—Entrad, señor.

El convencional tendió la mano al obispo, pero éste no la tomó y limitose a decir:

—Celebro mucho ver que me había engañado. En verdad, no parece que estéis enfermo.

—Señor —replicó el anciano—, voy a curarme por completo. —Hizo una pausa y añadió—: Moriré dentro de tres horas.

Luego, continuó:

—Soy un poco médico y sé cómo se acerca la última hora. Ayer sólo tenía los pies fríos; hoy el frío alcanza hasta las rodillas; ahora lo siento que sube hasta la cintura; cuando llegue al corazón, me acabaré. El sol es hermoso, ¿verdad? He hecho que me traigan aquí para dirigir una postrera mirada sobre las cosas. Podéis hablarme, esto no me fatiga. Habéis hecho bien en venir a mirar a un hombre que va a morir. Es bueno que en este momento tenga testigos. Cada cual tiene sus manías; yo hubiera querido llegar hasta el alba. Pero sé que me quedan apenas tres horas. Será de noche. Y en verdad, ¡qué importa! Acabar es una cosa sencilla. No se necesita la mañana para esto. Sea; moriré de noche.

El anciano volvióse hacia el pastor.

—Ve a acostarte. Has velado la otra noche. Estás cansado.

El niño entró en la cabaña.

El anciano le siguió con la mirada y añadió, como hablando para sí mismo:

—Mientras él duerme, yo moriré. Los dos sueños pueden hacer buena vecindad.

El obispo no estaba conmovido, como parece que debiera estarlo. No creía sentir a Dios en aquella manera de morir. Lo diremos todo, porque las pequeñas contradicciones de los grandes corazones deben ser puestas de manifiesto como las demás; él, que en ocasiones tan de veras se reía de Su Grandeza, se hallaba un poco sorprendido de no ser llamado monseñor, y estaba casi tentado de replicar «ciudadano». Asaltóle un capricho de grosera familiaridad, bastante común en los médicos y en los sacerdotes, pero que en él no era habitual. Después de todo, aquel hombre, aquel convencional, aquel representante del pueblo, había sido un poderoso en la tierra; por primera vez en su vida, acaso, el obispo se sintió con humor severo.

El convencional, sin embargo, le consideraba con modesta cordialidad, en la cual hubiérase podido discernir la humildad que tan bien sienta cuando se está cerca de convertirse en polvo.

El obispo, por su parte, aunque se guardaba ordinariamente de la curiosidad, la cual, según él, era muy próxima a la ofensa, no podía menos de examinar al convencional con una atención que, no teniendo origen en la simpatía, probablemente le hubiera reprochado su conciencia respecto de cualquier otro hombre. Un convencional causábale, en cierto modo, el efecto de un hombre fuera de la ley, incluso fuera de la ley de la caridad.

G., tranquilo, con la cabeza derecha y la voz vibrante, era uno de esos octogenarios que son la sorpresa del fisiólogo. La revolución ha tenido muchos de estos hombres proporcionados a su época. En aquel anciano, adivinábase el hombre puesto a prueba. Tan cercano a su fin, había conservado todos los movimientos y ademanes de una perfecta salud. Había en su mirada clara, en su acento firme, en su robusto movimiento de hombros, con qué desconcertar a la muerte. Azrael, el ángel mahometano del sepulcro, hubiérase vuelto atrás y creído que se equivocaba de puerta. G. parecía morir porque quería. Había libertad en su agonía. Únicamente las piernas estaban inmóviles. Las tinieblas le sujetaban por allí. Los pies estaban muertos y fríos, y la cabeza vivía con toda la potencia de la vida, y aparecía en plena lucidez. G., en aquel grave momento, se parecía al rey del cuento oriental, de carne en la parte superior, de mármol en la inferior.

Había allí una piedra. El obispo sentose en ella. El exordio fue un exabrupto.

—Os felicito —dijo, en tono de reprensión—. Pues, al menos, no votasteis la muerte del rey.

El convencional no pareció notar el amargo sentido oculto en «al menos»; pero la sonrisa se había borrado de su rostro.

—No me felicitéis demasiado pronto, señor; he votado el fin del tirano.

Era el acento austero, en presencia del acento severo.

—¿Qué queréis decir? —repuso el obispo.

—Quiero decir que el hombre tiene un tirano: la ignorancia. Yo he votado el fin de este tirano, que ha engendrado la falsa autoridad, en lugar de la autoridad que se apoya en lo verdadero. El hombre no debe ser gobernado más que por la ciencia.

—Y por la conciencia —añadió el obispo.

—Es lo mismo. La conciencia es la cantidad de ciencia innata que tenemos en nosotros mismos.

Monseñor Bienvenu escuchaba, un poco sorprendido, aquel lenguaje nuevo para él.

El convencional prosiguió:

—En cuanto a Luis XVI, yo dije no. No me creo con derecho para matar a un hombre; pero me siento con el deber de exterminar el mal. He votado el fin del tirano. Es decir, el fin de la prostitución de la mujer, el fin de la esclavitud del hombre, el fin de la ignorancia del niño. Al votar por la república, voté todo esto. ¡He votado la fraternidad, la concordia, la aurora! He ayudado a la caída de los prejuicios y de los errores. El hundimiento de los unos y los otros produce la luz. Hemos hecho caer el viejo mundo; y el viejo mundo, vaso de miserias, al volcarse sobre el género humano, se ha convertido en una urna de alegría.

—De alegría no pura —dijo el obispo.

—Podrías decir de alegría turbada; y hoy, después de este fatal retroceso a lo pasado, que se llama 1814, alegría desvanecida. ¡Ay! La obra ha sido incompleta, convengo en ello; hemos demolido el antiguo régimen de los hechos, pero no hemos podido suprimirlo completamente en las ideas. No basta con destruir los abusos; hay que modificar las costumbres. El molino ya no está, pero el viento continúa soplando.

—Habéis demolido. Demoler puede resultar útil; pero yo desconfío de una demolición con la cual está mezclada la cólera.

—El derecho tiene su cólera, señor obispo, y la cólera del derecho es un elemento de progreso. De todos modos, y dígame lo que se quiera, la Revolución francesa es el paso más grande dado por el género humano, desde el advenimiento de Cristo. Progreso incompleto, sea, pero sublime. Ha despejado todas las incógnitas sociales. Ha dulcificado los ánimos; ha calmado, tranquilizado, ilustrado; ha hecho correr sobre la tierra torrentes de civilización. Ha sido buena. La Revolución francesa es la consagración de la Humanidad.

El obispo no pudo menos de murmurar:

—¿Sí? ¡93!

El convencional se enderezó en su asiento, con una solemnidad casi lúgubre, y, con cuanto vigor puede tener un moribundo, exclamó:

—¡Ah! ¡También usted! ¡93! Esperaba esta palabra. Una nube se ha formado durante mil quinientos años. Al cabo de quince siglos, ha estallado la tormenta. Vos procesáis al rayo.

El obispo sintió, sin confesarlo tal vez, que algo en él había sido herido. Sin embargo, presentó buen continente. Respondió:

—El juez habla en nombre de la justicia; el sacerdote habla en nombre de la piedad, que no es otra cosa que una justicia más elevada. Un rayo no debe nunca engañarse.

Y añadió, mirando fijamente al convencional:

—¿Luis XVII?

El convencional extendió la mano y cogió el brazo del obispo.

—¿Luis XVII? Veamos. ¿Por quién lloráis? ¿Por el niño inocente? Entonces, bien, yo lloro con vos. ¿Es por el niño real? Os pido que reflexionéis. Para mí, el hermano de Cartouche, niño inocente, colgado de los sobacos en la plaza de Grève hasta la muerte, por el solo crimen de ser hermano de Cartouche, no es menos digno de compasión que el nieto de Luis XV, niño inocente, martirizado en la torre del Temple por el solo crimen de haber sido nieto de Luis XV.

—Señor —dijo el obispo—, no me gusta la proximidad entre ciertos nombres.

—¿Cartouche? ¿Luis XV? ¿Por cuál de los dos clamáis?

Hubo un momento de silencio. El obispo se arrepentía casi de haber ido y, sin embargo, sentíase vaga y extrañamente conmovido.

El convencional continuó:

—¡Ah, señor obispo! No os gusta la aspereza de la verdad. Cristo la amaba. Cogía un látigo y limpiaba el templo. Su látigo, lleno de relámpagos, era un rudo declarador de verdades. Cuando Él exclamaba: Sinite parvulos, no distinguía entre los niños. No le hubiera incomodado la proximidad entre el niño de Barrabás y el niño de Herodes. Señor, la inocencia tiene su corona en sí misma. La inocencia nada gana con ser alteza. Tan augusta es desharrapada como flordelisada.

—Es verdad —dijo el obispo, en voz baja.

—Insisto —continuó el convencional G.—. Me habéis nombrado a Luis XVII. Entendámonos. Lloremos por todos los inocentes, por todos los mártires, por todos los niños; lo mismo por los de arriba que por los de abajo. Convenido. Pero, entonces, ya os lo he dicho, es preciso remontarnos más allá del 93; y nuestras lágrimas deben comenzar antes de Luis XVII. Lloraré con vos por los hijos de todos los reyes, con tal de que vos lloréis conmigo por todos los hijos del pueblo.

—Lloro por todos —dijo el obispo.

—¡Por igual! —exclamó G.—. Y si la balanza debe inclinarse, que sea del lado del pueblo. Hace más tiempo que sufre.

Hubo un nuevo silencio. Fue el convencional quien lo rompió. Se levantó, apoyándose sobre un codo, cogió, entre el pulgar y el índice replegado, un poco de su mejilla, como se hace maquinalmente cuando se interroga y se juzga, e interpeló al obispo con una mirada llena de todas las energías de la agonía. Fue casi una explosión.

—Sí, señor, hace mucho tiempo que el pueblo sufre. Y además, no es sólo esto; ¿a qué venís a preguntarme y a hablarme de Luis XVII? Yo no os conozco. Desde que estoy en esta región, he vivido en este retiro, sin salir nunca de aquí y sin ver a nadie más que a este niño que me sirve. Vuestro nombre, es verdad, ha llegado hasta mí confusamente y, debo decirlo, no mal pronunciado; pero esto nada significa; ¡las gentes hábiles tienen tantas maneras de engañar a la gente del pueblo! A propósito, no he oído el ruido de vuestro carruaje, sin duda lo habréis dejado detrás del seto, allá abajo, en el empalme del camino. No os conocía, repito. Me habéis dicho que sois el obispo, pero esto no me informa en absoluto sobre vuestra personalidad moral. En suma, os repito mi pregunta: ¿quién sois? Sois un obispo, es decir, un príncipe de la Iglesia, uno de esos hombres dorados, blasonados, ricos, que tienen gruesas prebendas —el obispo de Digne, quince mil francos fijos, diez mil francos eventuales; en total, veinticinco mil francos—, que tienen buena mesa, que tienen libreas. Que comen pollo los viernes, que se pavonean, con lacayos delante y lacayos detrás, en berlina de gala, que tienen palacios, y que andan en carroza en nombre de Jesucristo, ¡que andaba con los pies desnudos! Vos sois un prelado; rentas, palacios, lacayos, caballos, buena mesa, todas las sensualidades de la vida; tenéis esto como los demás

y, como los demás, gozáis de ello; está bien, pero todo esto dice demasiado, o no lo bastante; esto no me ilustra sobre vuestro valor intrínseco y esencial, sobre vos, que venís con la pretensión probable de traerme la sabiduría. ¿A quién es a quien hablo? ¿Quién sois vos?

El obispo bajó la cabeza y repuso:

—Vermis sum.

—¡Un gusano en carroza! —murmuró el convencional.

Tocábale a éste el turno de ser altivo, y al obispo de mostrarse humilde.

El obispo repuso, con dulzura:

—Sea, señor. Pero explicadme cómo mi carruaje, que está a dos pasos detrás de los árboles, cómo mi buena mesa y los pollos que como los viernes, cómo mis veinticinco mil francos de renta, cómo mis palacios y mis lacayos prueban que la piedad no es una virtud, que la clemencia no es un deber, y que el 93 no fue inexorable.

El convencional se pasó la mano por la frente, como para apartar una nube.

—Antes de contestaros —dijo—, os ruego que me perdonéis. Acabo de cometer una falta, señor. Estáis en mi casa, sois mi huésped. Os debo cortesía. Discutís mis ideas y yo debo limitarme a rebatir vuestros razonamientos. Vuestras riquezas y vuestros goces son ventajas que tengo sobre vos en el debate, pero no sería de buen gusto servirme de ellas. Os prometo no volver a usar de ellas.

—Y yo os lo agradezco —dijo el obispo.

G. replicó:

—Volvamos a la explicación que vos me pedíais. ¿Dónde estábamos? ¿Qué me decíais? ¿Que el 93 fue inexorable?

—Inexorable, sí —afirmó el obispo—. ¿Qué pensáis de Marat, aplaudiendo la guillotina?

—¿Qué pensáis vos de Bossuet, cantando el Te Deum sobre las dragonadas?

La respuesta era dura, pero alcanzaba su objetivo con la rigidez de una punta de acero. El obispo se estremeció; no se le ocurrió contestación alguna, pero le asustaba aquel modo de nombrar a Bossuet. Los mejores espíritus tienen sus fetiches, y, a veces, se sienten vagamente maltrechos por las faltas de respeto de la lógica.

El convencional empezaba a jadear; el asma de la agonía, que se mezcla con los últimos alientos, le entrecortaba la voz; sin embargo, había aún una perfecta lucidez en sus ojos. Continuó:

—Digamos aún algunas palabras. Fuera de la Revolución, que, tomada en conjunto, es una inmensa afirmación humana, el 93, ¡ay!, es una réplica. Vos lo encontráis inexorable, mas ¿y toda la monarquía, señor? Carrier es un bandido; pero ¿qué nombre dais a Montrevel? Fouquier-Tinville es un bribón, pero ¿qué opináis de Lamoignon-Bâville? Maillard es terrible, pero ¿y Saulx-Tavannes? Le Père Duchesne es

feroz, pero ¿qué epíteto concederíais al padre Letellier? Jourdan Corta-cabezas es un monstruo, pero no tanto como el marqués de Louvois. Señor, compadezco a María-Antonieta, archiduquesa y reina, pero compadezco también a aquella pobre mujer hugonote que, en 1685, en tiempo de Luis el Grande, señor, fue atada a un poste, desnuda hasta la cintura, y su hijo mantenido a cierta distancia; el pecho de la madre se llenaba de leche y su corazón de angustia, mientras el niño, hambriento y pálido, agonizaba y gritaba. Y el verdugo decía a aquella mujer, madre y nodriza: ¡Abjura!, dándole a elegir entre la muerte de su hijo y la muerte de su conciencia. ¿Qué decís de este suplicio de Tántalo, aplicado a una madre? Señor, recordad esto: la Revolución francesa ha tenido sus razones. Su cólera será absuelta por el porvenir. Su resultado es un mundo mejor. De sus más terribles golpes brota una caricia para el género humano. Abreviaré. Concluiré, tengo demasiado buen juego. Además, me muero.

Y sin mirar al obispo, el convencional acabó su pensamiento con estas palabras tranquilas:

—Sí, las brutalidades del progreso se llaman brutalidades. Cuando han concluido, se reconoce esto: que el género humano ha sido maltratado, pero ha progresado.

El convencional ni siquiera sospechaba que acababa de tomar por asalto, uno tras otro, todos los atrincheramientos interiores del obispo. Sin embargo, quedaba uno; y de este atrincheramiento, supremo recurso de la resistencia de monseñor Bienvenu, brotaron estas frases, en las que apareció toda la rudeza del principio de la conversación:

—El progreso debe creer en Dios. El bien no puede tener un servidor impío. Es mal conductor del género humano el que es ateo.

El viejo representante del pueblo no respondió. Fue sacudido por un temblor. Miró al cielo, y una lágrima germinó lentamente en aquella mirada. Cuando el párpado estuvo lleno, la lágrima resbaló a lo largo de su lívida mejilla, y el moribundo dijo, casi tartamudeando, bajo y como hablando consigo mismo, con la mirada perdida en las profundidades:

—¡Oh, tú! ¡Oh, ideal! ¡Sólo tú existes!

El obispo sintió una conmoción inexplicable.

Tras un silencio, el anciano levantó un dedo hacia el cielo y dijo:

—El infinito existe. Está allí. Si el infinito no tuviera un yo, el yo sería su límite, no sería infinito; en otros términos, no existiría. Pero existe; luego hay un yo. Este yo del infinito es Dios.

El moribundo había pronunciado aquellas palabras últimas en voz alta y con el estremecimiento del éxtasis, como si viese a alguien. Cuando hubo terminado de hablar, sus ojos se cerraron. El esfuerzo le había agotado. Era evidente que acababa de vivir, en un minuto, las pocas horas que le quedaban. Lo que acababa de decir le había aproximado a la muerte. El instante supremo llegaba.

El obispo lo comprendió; el tiempo apremiaba; había ido allí como sacerdote; de la extremada frialdad había pasado por grados a una extremada emoción; contempló aquellos ojos cerrados, tomó aquella mano vieja y helada, y se inclinó hacia el moribundo.

—Esta hora es la de Dios. ¿No creéis que sería una pena que nos hubiéramos encontrado en vano?

El convencional volvió a abrir los ojos. Una gravedad, en la que había algo de sombra, se pintó en su semblante.

—Señor obispo —dijo con una lentitud que acaso provenía de la dignidad del alma, más que del desfallecimiento de las fuerzas—, he pasado mi vida en la meditación, el estudio y la contemplación. Tenía sesenta años cuando mi país me llamó y me ordenó que me mezclara en sus asuntos. Obedecí. Había abusos, los combatí; había tiranías, las destruí; había derechos y principios, yo los proclamé y los confesé. El territorio estaba invadido, yo lo defendí; Francia estaba amenazada, le ofrecí mi pecho. No era rico, soy pobre. He sido uno de los dueños del Estado; las cajas del banco estaban llenas de plata y oro, hasta tal punto que fue necesario apuntalar las paredes, casi próximas a hundirse con el peso de los metales preciosos; y, entretanto, yo comía en la calle del Árbol Seco, por veintidós sueldos. He socorrido a los oprimidos, he aliviado a los que padecían. He desgarrado la sábana del altar, pero ha sido para vendar las heridas de la patria. He sostenido siempre la marcha progresiva del género humano hacia la luz, y he resistido algunas veces los progresos crueles. En ocasiones, he protegido a mis propios adversarios, vuestros amigos. Hay en Peteghem, en Flandes, en el sitio mismo en que los reyes merovingios tenían su palacio de verano, un convento de urbanistas, la abadía de Santa Clara en Beaulieu, al cual salvé en 1793. He cumplido con mi deber, según mis fuerzas, y he hecho el bien que he podido. A pesar de esto, he sido llevado y traído, perseguido y calumniado, ridiculizado, escarnecido, maldito y proscrito. Ya, desde hace muchos años, con mis cabellos blancos, siento que muchas personas creen tener sobre mí el derecho de despreciarme; para la pobre turba ignorante, mi cara es la de un condenado, y acepto, sin por ello odiar a nadie, el aislamiento del odio. Ahora tengo ochenta años; voy a morir. ¿Qué venís a pedirme?

—Vuestra bendición —dijo el obispo.

Y arrodillóse.

Cuando el obispo levantó la cabeza, el rostro del convencional había tomado un aspecto augusto. Acababa de expirar.

El obispo regresó a su casa, profundamente absorto, no se sabe en qué pensamientos. Pasó toda la noche en oración. A la mañana siguiente, algunos curiosos trataron de hablarle del convencional G. Él se limitó a señalar el cielo. A partir de aquel instante, redobló su ternura y fraternidad con los pobres y los que padecen.

Cualquier alusión a «aquel viejo malvado de G.» le hacía caer en una profunda y singular meditación. Nadie podría decir que el paso de aquel espíritu ante el suyo, y el reflejo de aquella gran conciencia sobre la suya, no habían influido algo en su proximidad a la perfección.

Aquella «visita pastoral» fue, naturalmente, una ocasión de murmuraciones en las pequeñas charlas locales.

«¿Es acaso el lugar de un obispo la cabecera de semejante moribundo? Evidentemente, allí no se podía esperar conversión alguna. Todos estos revolucionarios son relapsos. Entonces, ¿por qué ir allí? ¿Qué tenía que hacer? Preciso es que tuviera gran curiosidad de ver cómo se lo llevaba el diablo».

Un día, una viuda, de la variedad impertinente que se cree espiritual, le dijo:

—Monseñor, la gente se pregunta cuándo tendrá Vuestra Grandeza el bonete rojo.

—¡Oh! ¡Oh! He aquí un color importante —respondió el obispo—. Felizmente, los que lo desprecian en un bonete, lo veneran en un sombrero.

XI

Una restricción

Estaría muy cerca de engañarse quien concluyera de aquí que monseñor Bienvenu era un «obispo filósofo», o un «cura patriotero». Su encuentro, lo que casi pudiera llamarse su conjunción con el convencional G., le causó una especie de admiración que le hizo más humilde todavía. Esto es todo.

Aunque monseñor Bienvenu no había sido nunca, ni mucho menos, un hombre político, tal vez sea ésta la ocasión de indicar, muy brevemente, cuál fue su actitud en los acontecimientos de entonces, suponiendo que monseñor Bienvenu pensara alguna vez en tener una actitud.

Remontémonos, pues, a algunos años atrás.

Algún tiempo después de la elevación del señor Myriel al episcopado, el emperador le había hecho barón del Imperio, al mismo tiempo que a muchos otros obispos. El arresto del papa tuvo lugar, como es sabido, en la noche del 5 al 6 de julio de 1809; en esta ocasión, monseñor Myriel fue llamado por Napoleón al sínodo de los obispos de Francia y de Italia, convocado en París. Este sínodo se celebró en Notre-Dame, reuniéndose por primera vez el 15 de junio de 1811, bajo la presidencia del cardenal Fesch. Monseñor Myriel fue uno de los noventa y cinco obispos que acudieron. Pero asistió solamente a una sesión y a tres o cuatro conferencias particulares. Obispo de una diócesis montañesa, que vivía muy cerca de la Naturaleza, en la rusticidad y en la desnudez, parecía como que aportaba, entre aquellos eminentes personajes, ideas que cambiaban la temperatura de la asamblea. Regresó muy pronto a Digne.

Le preguntaron sobre aquella súbita vuelta, y él respondió:

—Les molestaba. Entrábales conmigo el aire de fuera, y les causaba el efecto de una puerta abierta.

En otra ocasión, dijo:

—¿Qué queréis? Aquellos monseñores son príncipes. Yo no soy más que un pobre obispo plebeyo.

El hecho es que había causado disgusto. Entre otras cosas extrañas, se le había escapado decir, una noche en que se encontraba en casa de uno de sus colegas más calificados:

—¡Qué hermosos relojes! ¡Qué hermosas alfombras! ¡Qué lujosas libreas! Todo esto debe resultar muy importuno. ¡Oh! No quisiera tener todas estas cosas superfluas, que me gritaran sin cesar al oído: ¡Hay personas que tienen hambre! ¡Hay personas que tienen frío! ¡Hay pobres! ¡Hay pobres!

Digámoslo, de paso: no sería un odio inteligente el odio al lujo; porque implicaría el odio a las artes. Sin embargo, entre las gentes de iglesia, fuera de la representación y de las ceremonias, el lujo es una falta. Parece revelar actitudes muy poco caritativas. Un obispo opulento es un contrasentido. El obispo debe mantenerse cerca de los pobres. ¿Puede alguien estar rozando sin cesar, noche y día, todas las miserias, todos los infortunios y las indigencias, sin llevar sobre sí mismo un poco de esta santa miseria, como el polvo del trabajo? ¿Os figuráis a un hombre que esté cerca del brasero y no sienta calor? ¿Hay un obrero que trabaje sin descanso en la fragua y que no tenga ni un cabello quemado, ni una uña ennegrecida, ni una gota de sudor, ni una gota de ceniza en el rostro? La primera prueba de caridad en el obispo es la pobreza.

Esto era, sin duda, lo que pensaba el obispo de Digne.

No por esto debe creerse que compartía, sobre ciertos puntos delicados, lo que podríamos llamar «las ideas del siglo». Mezclábase muy poco en las disputas teológicas del momento, y se callaba sobre las cuestiones en que estaban comprometidas la Iglesia y el Estado; pero, si le hubieran apremiado, nos parece que más bien se le hubiera hallado ultramontano que galicano. Como hacemos un retrato, y nada queremos ocultar, nos vemos obligados a decir que se mostró frío con el Napoleón declinante. A partir de 1813, se adhirió o aplaudió todas las manifestaciones hostiles. Se negó a verle a su regreso de la isla de Elba, y se abstuvo de ordenar, en su diócesis, las oraciones públicas por el emperador, durante los Cien Días.

Además de su hermana, la señorita Baptistine tenía dos hermanos: uno era general y el otro prefecto. Escribía a ambos bastante a menudo. Durante algún tiempo, fue riguroso con el primero, porque cuando tenía un mando en Provenza, en la época del desembarco de Cannes, el general se había puesto a la cabeza de mil doscientos hombres y había perseguido al emperador como si quisiera dejarle escapar. Su correspondencia fue siempre afectuosa con el otro hermano, el antiguo prefecto, hombre valiente y digno, que vivía retirado en París, en la calle Cassette.

Monseñor Bienvenu tuvo, pues, también su hora de espíritu de partido, su hora de amargura, su nube. La sombra de las pasiones del momento se proyectó sobre aquella alma grande y afable, ocupada únicamente con las cosas eternas. En verdad, semejante hombre hubiera merecido no tener opiniones políticas. No hay que interpretar mal nuestro pensamiento; no confundamos lo que se llama «opiniones

políticas» con la gran aspiración al progreso, con la sublime fe patriótica, democrática y humana que, en nuestros días, debe ser el fondo mismo de toda inteligencia generosa. Sin profundizar en las cuestiones que sólo tocan indirectamente al asunto de este libro, diremos simplemente esto: hubiera sido hermoso que monseñor Bienvenu no hubiera sido realista y que su mirada no se hubiera apartado, en ningún instante, de esa contemplación serena en que se ven irradiar distintamente, por encima del vaivén tempestuoso de las cosas humanas, estas tres puras luces: La Verdad, la Justicia, la Caridad.

Aun conviniendo en que Dios no había creado a monseñor Bienvenu para cargos políticos, hubiéramos comprendido y admirado en él la protesta en nombre del derecho y de la libertad; la oposición altiva, la resistencia peligrosa y justa a Napoleón omnipotente. Pero lo que nos gusta respecto a los que suben, nos disgusta respecto a los que bajan. No nos gusta el combate más que cuando existe peligro en él; y, en todos los casos, los combatientes de la primera hora son los únicos que tienen derecho a ser los exterminadores de la última. Quien no ha sido obstinado acusador durante la prosperidad, debe callarse ante el derrumbamiento. El denunciador del éxito es el único legítimo justiciero de la caída. Por lo que a nosotros toca, cuando la Providencia se mezcla en el asunto y hiere, nosotros la dejamos hacer. Los sucesos de 1812 comienzan a desarmarnos. En 1813, la cobarde ruptura del silencio de aquel cuerpo legislativo taciturno, envalentonado por las catástrofes, debía indignar y era una falta el aplaudirle. En 1814, ante aquellos mariscales que hacían traición, ante este Senado que pasaba de un fango a otro, insultando después de haber divinizado; ante aquella idolatría que volvía la espalda y escupía al ídolo, era un deber volver la cabeza. En 1815, cuando en el aire se cernían los supremos desastres, cuando Francia se estremecía ante su siniestro porvenir, cuando se podía distinguir vagamente a Waterloo abierto ante Napoleón, las doloridas aclamaciones del ejército y del pueblo al condenado del destino nada tenían de risibles y, prescindiendo del déspota, un corazón como el del obispo de Digne no hubiera debido desconocer lo que había de augusto y conmovedor en el estrecho abrazo de una gran nación y de un gran hombre al borde del abismo.

Fuera de esto, era y fue en todo justo y verdadero, equitativo, inteligente, humilde y digno, benéfico y benévolo, que es también una especie de beneficencia. Era un sacerdote, un sabio y un hombre. Incluso, hay que decirlo, en esta opinión política que acabamos de reprocharle y que estamos dispuestos a juzgar casi siempre con severidad, él era tolerante y benévolo, tal vez más que los mismos que le censuramos.

El portero de la Casa Ayuntamiento había sido colocado en aquel puesto por el emperador. Era un viejo suboficial de la vieja guardia, legionario de Austerlitz, bonapartista como el águila. Aquel pobre diablo dejaba escapar, a cada momento y sin reflexión, palabras que las leyes de entonces calificaban de sediciosas. Desde que

el perfil imperial había desaparecido de la Legión de Honor, nunca se vestía con arreglo a las ordenanzas, como decía, con el fin de no verse forzado a ponerse su cruz. Había quitado, por sí mismo, devotamente, la efigie imperial de la cruz que Napoleón le había dado; lo cual había hecho un agujero en la condecoración, que no quiso tapar con nada.

«Antes morir —decía— que llevar sobre mi viejo corazón los tres sapos». Burlábase en voz alta de Luis XVIII. «¡Viejo gotoso con calzones de inglés! ¡Que se vaya a Prusia con su escorzonera!». Considerábase feliz por poder reunir en una misma imprecación las dos cosas que más detestaba: Prusia e Inglaterra. Por fin, tanto hizo que perdió su empleo. Quedose sin pan, en medio de la calle, con su mujer y sus hijos. El obispo le llamó, le reprendió con dulzura y le nombró portero de la catedral.

Monseñor Myriel era, en la diócesis, el verdadero pastor, el amigo de todos.

En nueve años, a fuerza de santas acciones y de dulces modales, monseñor Bienvenu había suscitado en la ciudad de Digne una especie de veneración tierna y filial. Su conducta respecto a Napoleón había sido aceptada y como tácitamente perdonada por el pueblo, bueno y débil rebaño, que adoraba a su emperador, pero que amaba a su obispo.

Hay casi siempre alrededor de un obispo una turba de pequeños clérigos, como alrededor de un general una bandada de jóvenes oficiales. Éstos son los que el sencillo y bueno San Francisco de Sales llama, en alguna parte, «los curas boquirrubios». Toda carrera tiene sus aspirantes, que, naturalmente, forman el séquito de los que ya han llegado. No hay poder que no tenga su comitiva; no hay fortuna que no tenga su corte. Los buscadores del porvenir hormiguean alrededor del presente espléndido. Toda metrópoli tiene su Estado Mayor; todo obispo un poco influyente tiene cerca de sí una patrulla de querubines seminaristas que hacen la ronda y conservan el orden en el palacio episcopal, y que montan la guardia alrededor de la sonrisa de monseñor. Agradar a un obispo es poner el pie en el estribo para un subdiaconado. Es menester andar el camino; el apostolado no desdeña las canonjías.

Así como en otros ramos hay birretes importantes, en la Iglesia hay mitras importantes. Éstas las llevan obispos que están bien con la corte; ricos, con rentas, hábiles, aceptados por el mundo, que sin duda saben orar, pero que también saben solicitar; y para verlos, toda una diócesis hace antesala; lazos de unión entre la sacristía y la diplomacia; más bien clérigos que sacerdotes. ¡Feliz el que a ellos se aproxima! Como son gentes de crédito, hacen llover en torno suyo, sobre los servidores solícitos y los favoritos, y sobre toda esa juventud que sabe agradar, los buenos curatos, las prebendas, los archidiaconados, las capellanías y canonjías, mientras llegan las dignidades episcopales. Al avanzar ellos, hacen progresar a sus satélites; es todo un sistema solar en marcha. Su esplendor irradia sobre su séquito. Su prosperidad se distribuye en buenas promociones. Cuanto mayor es la diócesis del patrono, mayor es el curato del favorito. Además, Roma está allí. Un obispo que sabe llegar a arzobispo, un arzobispo que sabe llegar a cardenal, os lleva como conclavista; entráis en la Rota; tenéis el palio; y os veis hecho auditor, camarero, monseñor; y de la Ilustrísima a la Eminencia hay sólo un paso, y entre la Eminencia y la Santidad, no hay más que el humo de un escrutinio. Cualquier bonete puede soñar con la tiara; el sacerdote es, en

nuestros días, el único hombre que puede llegar a ser rey. ¡Y qué rey! ¡El rey supremo! Así, ¡qué semillero de aspirantes en un seminario! ¡Cuántos niños de coro rubicundos, cuántos jóvenes presbíteros llevan en la cabeza el cántaro de la lechera! ¡Qué fácilmente la ambición se oculta bajo el nombre de vocación, de buena fe tal vez y engañándose a sí misma, cándida como es!

Monseñor Bienvenu, humilde, pobre, singular, no se contaba entre las mitras importantes. Esto resultaba visible por la ausencia de jóvenes sacerdotes a su alrededor. Ya se ha visto que en París «no había caído bien». Ni un solo porvenir pensaba en apoyarse sobre aquel anciano solitario. Ni una sola ambición en flor cometía la locura de cobijarse bajo su sombra. Sus canónigos y sus vicarios eran buenos y viejos como él, como él también un poco plebeyos, encerrados con él en aquella diócesis sin salida al cardenalato, y se parecían a su obispo, con la diferencia de que ellos eran finitos y él estaba acabado. Se comprendía tan perfectamente la imposibilidad de medrar cerca de monseñor Bienvenu que, apenas salían del seminario, los jóvenes ordenados por él se hacían recomendar a los arzobispos de Aix o de Auch, y se marchaban a escape; porque, al cabo, no es necesario repetirlo, todo el mundo quiere que le den la mano. Un santo que vive en un exceso de abnegación es una vecindad peligrosa; podría muy bien comunicar, por contagio, una pobreza incurable, la anquilosis de las articulaciones útiles para el avance y, en suma, más desprendimiento del que se desea tener; por esto se huye de esta virtud sarnosa. De ahí el aislamiento de monseñor Bienvenu. Vivimos en una sociedad sombría. Tener éxito, ésta es la enseñanza que, gota a gota, cae de la corrupción a plomo sobre nosotros.

Dicho sea de paso, el éxito es una cosa bastante fea. Su falso parecido con el mérito engaña a los hombres. Para la multitud, el triunfo tiene casi el mismo rostro que la supremacía. El éxito, ese sosia del talento, tiene una víctima a quien engaña: la historia. Juvenal y Tácito son los únicos que de él murmuran. En nuestros días, ha entrado de sirviente en casa del éxito una filosofía casi oficial, que lleva la librea de su amo y hace oficios de lacayo en la antecámara. Tened éxito: tal es la teoría. Prosperidad supone capacidad. Ganad a la lotería y sois un hombre hábil. Quien triunfa es venerado. Naced de pie, todo consiste en esto. Tened suerte y tendréis el resto; sed felices y os crearán grandes. Aparte de cinco o seis excepciones inmensas, que son la luz de un siglo, la admiración contemporánea no es sino miopía. Se toma lo dorado por oro. No importa ser advenedizo, si se llega el primero. El vulgo es un viejo Narciso que se adora a sí mismo, y que aplaude todo lo vulgar. Esa facultad enorme, por la cual un hombre es Moisés, Esquilo, Dante, Miguel Ángel o Napoleón, la multitud la concede por unanimidad y por aclamación a quien alcanza su fin, sea quien fuere. Que un notario se transforme en diputado; que un falso Corneille haga el Tiridate; que un eunuco llegue a poseer un harén; que un militar adocenado gane por

casualidad la batalla decisiva de una época; que un boticario invente las suelas de cartón para el ejército del Sambre-et-Meuse y acumule, con el cartón vendido por cuero, una fortuna de cuatrocientos mil francos; que un buhonero se case con la usura, y tenga de ella por hijos siete u ocho millones de los cuales él es el padre y ella la madre; que un predicador llegue, con su gangueo, a ser obispo; que un intendente de buena casa al salir del servicio sea tan rico que se le haga ministro de Hacienda; no importa: los hombres llaman Genio a esto, lo mismo que llaman Belleza a la figura de Mosquetón, y Majestad a la tiesura de Claudio. Confunden con las constelaciones del abismo las huellas estrelladas que dejan en el cieno blando de un lodazal las patas de los gansos.

XIII

Lo que creía

Bajo el punto de vista de la ortodoxia, no tenemos por qué sondear al obispo de Digne. Ante un alma semejante, sólo sentimos respeto. La conciencia del justo debe ser creída sobre su palabra. Además, dadas ciertas naturalezas, admitimos posible el desarrollo de todas las bellezas de la virtud humana en una creencia distinta de la nuestra.

¿Qué pensaba de este dogma o de aquel misterio? Estos secretos del fuero interno sólo son conocidos por la tumba, donde las almas entran desnudas. De lo que estamos seguros es de que jamás las dificultades de la fe se resolvían en él con hipocresía. En el diamante no es posible podredumbre alguna. Creía tanto como podía. Credo in Patrem, exclamaba a menudo. Hallaba, además, en las buenas obras esa cantidad de satisfacción que basta a la conciencia y que os dice por lo bajo: ¡Tú estás con Dios!

Lo que sí debemos observar es que, fuera, y por decirlo así, más allá de su fe, el obispo tenía un exceso de amor. Por esto quia multum amavit, es por lo que le juzgaban vulnerable los «hombres serios», las «personas razonables», y la «gente sensata»; locuciones favoritas de nuestro triste mundo, donde el egoísmo recibe el santo y seña del pedantismo.

¿Qué era este exceso de amor? Era una benevolencia tranquila, serena, que pasando más allá de los hombres, como señalamos, en ocasiones se hacía extensiva a las cosas. Vivía sin desdén. Era indulgente para lo creado por Dios. Cualquier hombre, aun el mejor, tiene en sí cierta dureza irreflexiva, que reserva siempre para el animal. El obispo de Digne carecía de esta dureza, común, sin embargo, a muchos sacerdotes. No llegaba hasta el respeto del brahmán a los seres vivientes, pero parecía haber meditado esta frase del Eclesiastés: «¿Sabes adónde va el alma de los animales?». La fealdad del aspecto, las deformaciones del instinto no le turbaban ni le indignaban. Antes bien, le conmovían y casi le enternecían. Parecía como si quisiera investigar, más allá de la vida aparente, la causa, la explicación o la excusa. Parecía, en ciertos momentos, pedir a Dios conmutaciones. Examinaba sin cólera, y con la mirada del

lingüista que descifra un palimpsesto, la cantidad de caos que existe todavía en la Naturaleza. En estas meditaciones dejaba a veces escapar palabras extrañas. Una mañana, estaba en el jardín; se creía solo, pero su hermana andaba tras él, sin que él la viese; de repente, se detuvo y miró algo en el suelo: era una araña enorme, negra, velluda, horrible. Su hermana le oyó decir:

—¡Pobre animal, no tiene él la culpa!

¿Por qué ocultar estas niñerías, casi divinas, de la bondad? Puerilidades, sí; pero estas puerilidades sublimes han sido las de San Francisco de Asís y las de Marco Aurelio. Un día se causó una pequeña dislocación, por no haber querido aplastar una hormiga.

Así vivía aquel hombre justo. A veces se dormía en su jardín, y entonces nada había más venerable que su semblante.

Monseñor Bienvenu había sido antiguamente, a juzgar por lo que se contaba de su juventud y de su virilidad, un hombre apasionado y quizá violento. Su mansedumbre universal, más que un instinto natural, era el resultado de una gran convicción, filtrada en su corazón a través de la vida, y que había caído lentamente en él, pensamiento a pensamiento; pues en un carácter, como en una roca, puede haber agujeros causados por gotas de agua. Estas cavidades son imborrables; estas formaciones son indestructibles.

En 1815, creemos haberlo dicho ya, contaba setenta y cinco años, si bien no aparentaba más que sesenta. No era alto; tenía cierta obesidad y, para combatirla, daba largos paseos a pie; su paso era firme, y su cuerpo estaba ligeramente encorvado, detalle del cual nada pretendemos deducir; Gregorio XVI, a los ochenta años, se mantenía derecho y sonriente, lo cual no le impedía ser un mal obispo. Monseñor Bienvenu tenía lo que el pueblo llama «una hermosa cabeza», pero era tan amable que hacía olvidar su hermosura.

Cuando hablaba con esa alegría infantil, que era una de sus gracias y de la cual hemos hablado ya, causaba cierto placer estar a su lado, y parecía que emanaba alegría de toda su persona. Su tez, de buen color y fresca, sus dientes, perfectamente blancos, que había conservado intactos y que su risa dejaba ver, le conferían ese aire abierto y franco que hace decir de un hombre: «Es un buen muchacho». Éste era, si se recuerda, el efecto que había causado en Napoleón. Al pronto, y para el que lo veía por vez primera, no era más que un buen hombre, en efecto. Pero si se permanecía a su lado durante algunas horas, y a poco que se le viera pensativo, el buen muchacho se transformaba poco a poco, y tomaba no sé qué de imponente; su frente ancha y seria, augusta por sus cabellos blancos, cobraba mayor majestad por la meditación; la majestad se desprendía de esta bondad, sin que la bondad cesara de irradiar; experimentábase algo de la emoción que causaría ver a un ángel sonriente, abriendo lentamente las alas, sin cesar de sonreír. El respeto, un respeto inexplicable, penetraba

por grados y subía hasta el corazón de quien se acercaba a él, comprendiendo que tenía frente a sí a una de esas almas fuertes, probadas e indulgentes, en las que el pensamiento es tan grande que no puede ser más dulce.

Como se ha visto, la oración, la celebración de los oficios religiosos, la limosna, el consuelo a los afligidos, el cultivo de un pedazo de tierra, la fraternidad, la frugalidad, la hospitalidad, la renuncia, la confianza, el estudio, el trabajo, llenaban cada una de las jornadas de su vida. Llenaban es la palabra justa, y ciertamente todos los días del obispo estaban llenos, hasta los bordes, de buenos pensamientos, de buenas palabras y de buenas acciones. Sin embargo, no era completo si el tiempo frío o lluvioso le impedía ir a pasar de noche, cuando las dos mujeres se habían retirado ya, una hora o dos en su jardín, antes de dormirse. Parecía que fuera para él como una especie de rito, prepararse para el sueño por la meditación, en presencia del gran espectáculo del cielo nocturno. Algunas veces, incluso a una hora avanzada de la noche, si las dos mujeres no dormían, le oían andar lentamente por los senderos. Estaba allí, solo consigo mismo, recogido, apacible, adorando, comparando la serenidad de su corazón con la serenidad del éter, conmovido en las tinieblas por los esplendores visibles de las constelaciones y los esplendores invisibles de Dios, abriendo su alma a los pensamientos que brotan de lo Desconocido. En aquellos momentos, ofreciendo su corazón, en la hora en que las flores nocturnas ofrecen su perfume, encendido como una lámpara en medio de la noche estrellada, esparciéndose en éxtasis en medio de la irradiación universal de la Creación, él mismo no hubiera sido capaz de decir lo que pasaba en su espíritu. Sentía algo que se lanzaba fuera de él, y algo también que descendía en él. Misteriosas relaciones entre los abismos del alma y los abismos del Universo.

Pensaba en la grandeza y en la presencia de Dios; en la eternidad futura, extraño misterio; en la eternidad pasada, misterio más extraño aún; en todos los infinitos que se hundían ante sus ojos en todos los sentidos; y, sin tratar de comprender lo incomprensible, lo miraba. No estudiaba a Dios; se deslumbraba. Consideraba aquellos magníficos encuentros de los átomos que dan los aspectos a la materia, revelan sus fuerzas evidenciándolas, crean las individualidades en la unidad, las proporciones en la extensión, lo innumerable en el infinito, y que, por la luz, producen la belleza. Estos encuentros se hacen y deshacen sin cesar; de ahí la vida y la muerte.

Sentábase en un banco de madera adosado a una parra decrepita, y miraba los astros a través de las siluetas descarnadas y raquíticas de los árboles frutales. Aquel pedazo de tierra, plantado tan pobremente, tan lleno de cobertizos, le era muy querido y le bastaba.

¿Qué más necesitaba aquel anciano, que empleaba los ocios de su vida, en la que había tan poco lugar para el ocio, en cuidar su jardín, de día, y la contemplación, de noche? ¿Aquel estrecho cercado, que tenía por bóveda los cielos, no era bastante para

poder adorar a Dios, ya en sus obras más encantadoras, ya en las más sublimes? ¿Qué más podía desear? Un pequeño jardín para pasearse y la inmensidad para soñar. A sus pies, lo que podía cultivar y recoger; sobre su cabeza, lo que podía estudiar y meditar; algunas flores sobre la tierra y todas las estrellas en el cielo.

XIV

Lo que pensaba

Una última palabra.

Como los pormenores de esta clase, particularmente en el momento en que nos hallamos, y para emplear una expresión actualmente de moda, podrían dar al obispo de Digne una cierta fisonomía «panteísta», y hacer creer, ya en contra, ya a su favor, que profesaba una de esas filosofías personales, propias de nuestro siglo, que germinan algunas veces en los espíritus solitarios, y en ellos se arraigan, se desarrollan y crecen hasta reemplazar las religiones, debemos decir, e insistimos en ello, que ninguno de cuantos han conocido a monseñor Bienvenu se ha creído autorizado a pensar nada semejante de él. Lo que en el hombre resplandecía era el corazón; su sabiduría estaba hecha de la luz que venía de él.

Ningún sistema y muchas obras. Las especulaciones abstractas acaban por producir vértigos; y nada indica que aventurara su espíritu en los apocalipsis. El apóstol puede ser osado, pero el obispo debe ser tímido. Probablemente hubiera tenido escrúpulos de sondear demasiado el fondo de ciertos problemas, reservados en algún modo a los grandes espíritus pensantes. A las puertas del misterio hay cierto horror sagrado; aquellos oscuros caminos estaban allí abiertos, pero alguna cosa os grita, pasajeros de la vida, para que no entréis allí. ¡Desgraciados aquellos que penetran! Los genios, en las inauditas profundidades de la abstracción y de la especulación pura, situados, por así decirlo, por encima de los dogmas, proponen sus ideas a Dios. Su plegaria ofrece audazmente la discusión. Su adoración interroga. Ésta es la religión directa, llena de ansiedad y de responsabilidad para quien trata de seguir sus escarpados senderos.

La meditación humana no tiene límites. A su costa y riesgo, analiza y profundiza su propio deslumbramiento. Casi podría decirse que, por una especie de reacción espléndida, deslumbra con él a la Naturaleza. El misterioso mundo que nos rodea devuelve lo que recibe, y es probable que los contempladores sean contemplados. Sea como fuere, hay sobre la tierra hombres —¿son hombres?— que perciben distintamente, al extremo de los horizontes de la meditación, de las alturas de lo

absoluto, que tienen la terrible visión de la montaña infinita. Monseñor Bienvenu no era de estos hombres; monseñor Bienvenu no era un genio. Hubiera tenido, en tal caso, esas sublimes concepciones, desde donde algunos, muy grandes, como Pascal y Swedenborg, han caído en la demencia. Es verdad que estos poderosos sueños tienen su utilidad moral, y que por estas arduas rutas se acercan a la perfección ideal. Él prefería la travesía que abrevia: el Evangelio.

No trataba de hacer en su casulla los pliegues del manto de Elías, no proyectaba ningún rayo de porvenir sobre los vaivenes tenebrosos de los acontecimientos, no trataba de condensar en llama la luz de las cosas, nada tenía de profeta y nada de mago. Aquella alma humilde amaba, esto es todo.

Que dilatase la oración hasta una aspiración sobrehumana, es probable; pero nunca se ora demasiado, ni tampoco demasiado se ama. Y si fuera una herejía orar, aun más allá de los textos, Santa Teresa y San Jerónimo serían herejes.

Inclinábase hacia lo que gime y lo que expía. El Universo le parecía como una inmensa enfermedad; sentía su fiebre en todas partes, auscultaba en todas partes el padecimiento y, sin tratar de adivinar el enigma, procuraba vendar y curar la llaga. El tremendo aspecto de las cosas creadas desarrollaba en él el enternecimiento; no se ocupaba sino en buscar, para sí mismo y para los demás, la mejor manera de compadecer y aliviar. Cuanto existe era para aquel bueno y raro sacerdote un motivo permanente que procuraba consolar.

Hay hombres que trabajan en la extracción del oro; él trabajaba en la extracción de la piedad. La miseria universal era su mina; el dolor, esparcido por todas partes, era para él siempre ocasión de bondad. «Amaos los unos a los otros»; en esta máxima lo encerraba todo, nada más deseaba, y era ésta toda su doctrina.

Un día, aquel hombre que se creía «filósofo», aquel senador que ya hemos nombrado, dijo al obispo:

—Mirad el espectáculo que ofrece el mundo; guerra de todos contra todos; el más fuerte es el de más talento. Vuestro «amaos los unos a los otros» es una tontería.

—Pues bien —respondió monseñor Bienvenu, sin disputar—, si esto es una tontería, el alma debe encerrarse en ella, como la perla dentro de la concha de la ostra.

Y en ella se encerraba y de ella vivía, y con ella se satisfacía absolutamente, dejando a un lado las cuestiones prodigiosas que atraen y que espantan, las perspectivas insondables de la abstracción, los precipicios de la metafísica, todas esas profundidades que convergen, para el apóstol, en Dios, y para el ateo, en la nada: el destino, el bien y el mal, la guerra del ser contra el ser, el sonambulismo pensativo del animal, la transformación por la muerte, la recapitulación de existencias que contiene la tumba, el injerto incomprensible de los amores sucesivos en el yo persistente, la esencia, la sustancia, el Nihil y el Ens, el alma, la Naturaleza, la libertad, la necesidad;

problemas pavorosos, precipicios siniestros a los cuales se asoman los gigantescos arcángeles del espíritu humano; formidables abismos que Lucrecio, Manu, San Pablo y Dante contemplan con esa mirada fulgurante que parece, al mirar fijamente el infinito, que hace brotar en él las estrellas.

Monseñor Bienvenu era, simplemente, un hombre que observaba desde fuera las cuestiones misteriosas, sin escrutarlas, sin agitarlas y sin perturbar su propio espíritu, y que tenía en el alma el grave respeto a la sombra.

LIBRO SEGUNDO

La caída



La noche de un día de marcha

En los primeros días del mes de octubre de 1815, una hora antes de la puesta del sol, un hombre, que viajaba a pie, entró en la pequeña ciudad de Digne.

Los pocos habitantes que en aquel momento se hallaban en sus ventanas o en el umbral de sus casas miraban a aquel viajero con una especie de inquietud. Era difícil encontrar a un transeúnte de aspecto más miserable. Era un hombre de estatura mediana, rechoncho y robusto, todavía en la flor de la vida. Podía tener cuarenta y seis o cuarenta y ocho años. Un casquete con visera de cuero, calado hasta los ojos, escondía en parte su rostro quemado por el sol y el aire, y chorreando sudor. Su camisa, de gruesa tela amarilla, abrochada al cuello con una pequeña áncora de plata, dejaba ver su velludo pecho; llevaba una corbata retorcida como una cuerda; un pantalón de cutí azul, usado y roto, blanco en una rodilla y agujereado en la otra; una vieja blusa gris hecha jirones, remendada en una de las mangas con un pedazo de tela verde cosido con bramante; un morral de soldado a la espalda, bien repleto, bien cerrado y nuevo; en la mano, un enorme palo nudoso; los pies, sin medias, calzados con gruesos zapatos claveteados; la cabeza, rapada y la barba, larga.

El sudor, el calor, el viaje a pie, el polvo, añadían un no sé qué de sórdido a aquel conjunto derrotado.

Sus cabellos estaban cortados al rape y, sin embargo, erizados, porque comenzaban a crecer un poco.

Nadie le conocía. Evidentemente, no era más que un transeúnte. ¿De dónde venía? Del Mediodía. De la orilla del mar, quizá. Hacía su entrada en Digne por la misma calle que, siete meses antes, había visto pasar a Napoleón, yendo de Cannes a París. Aquel hombre debía de haber caminado todo el día, pues parecía muy fatigado. Unas mujeres del antiguo arrabal, que está en la parte baja de la ciudad, le habían visto detenerse junto a los árboles del bulevar Gassendi y beber en la fuente que hay en el extremo del paseo. Mucha debía ser su sed, porque algunos chicos que le seguían

vieron que se detenía y bebía una vez más, doscientos pasos más lejos, en la fuente de la plaza del Mercado.

Al llegar a la esquina de la calle Poichevert giró hacia la izquierda y dirigióse al Ayuntamiento. Entró en él, y salió un cuarto de hora más tarde. Un gendarme estaba sentado en el banco de piedra al cual el general Drouot subióse el 4 de marzo, para leer a la multitud asustada de los habitantes de Digne la proclamación del golfo Juan. El hombre sacóse su casquete y saludó militarmente al gendarme.

El gendarme, sin responder a su saludo, le miró con atención, le siguió durante algún tiempo con la vista y luego entró en el Ayuntamiento.

Existía entonces en Digne una buena posada, con la insignia de La Cruz de Colbas. Aquella posada tenía por dueño a un tal Jacquin Labarre, hombre considerado en la ciudad por su parentesco con otro Labarre, que tenía en Grenoble la posada de Los Tres Delfines, y que había servido en los Guías. Cuando el desembarco del emperador, habían corrido muchos rumores por el país entero sobre aquella posada de Los Tres Delfines. Contábase que el general Bertrand, disfrazado de carretero, había hecho frecuentes viajes en el mes de enero, y había distribuido cruces de honor y puñados de napoleones a los soldados y burgueses. La realidad es que el emperador, al entrar en Grenoble, se había negado a instalarse en el hotel de la prefectura; había agradecido al alcalde, diciendo: «Voy a casa de un hombre a quien conozco», y se había dirigido a Los Tres Delfines. La gloria de este Labarre de Los Tres Delfines se reflejaba, a veinticinco leguas de distancia, sobre el Labarre de La Cruz de Colbas. Decíase de él, en la ciudad: «Es el primo del de Grenoble».

El hombre se dirigió hacia aquella posada, que era la mejor de la comarca. Entró en la cocina, la cual se abría sobre la calle. Todos los fogones estaban encendidos; un gran fuego ardía alegremente en la chimenea. El posadero, que era al mismo tiempo el jefe de cocina, iba del hogar a las cacerolas, muy ocupado, vigilando una excelente cena destinada a unos carreteros a quienes se oía reír y hablar ruidosamente en una estancia inmediata. Quienquiera que haya viajado sabrá que nadie come mejor que los carreteros. Una liebre bien gorda, flanqueada por perdices blancas y gallinas, daba vueltas en el asador; en los hornillos se cocían dos gruesas carpas del lago de Lauzet y una trucha del lago de Allos.

El posadero, al oír abrirse la puerta y entrar un recién llegado, dijo, sin levantar la mirada de los hornillos:

—¿Qué queréis?

—Comer y dormir —respondió el hombre.

—Nada más fácil —replicó el posadero. Seguidamente, volvió la cabeza, abarcó con una mirada todo el conjunto del viajero, y añadió—: Pagando, por supuesto.

El hombre sacó una gran bolsa de cuero del bolsillo de su camisa y respondió:

—Tengo dinero.

—En ese caso, al momento estoy con vos —dijo el posadero.

El hombre volvió a meter la bolsa en el bolsillo, descargose del morral, lo dejó en el suelo, cerca de la puerta, y, conservando su bastón, fue a sentarse en un escabel bajo, cerca del fuego. Digne está en la montaña. Las noches de octubre son frías.

Sin embargo, mientras iba y venía, el posadero consideraba al viajero.

—¿Se come pronto? —preguntó el hombre.

—Enseguida —respondió el posadero.

Mientras el recién llegado se calentaba, vuelto de espaldas, el digno posadero Jacquin Labarre sacó un lápiz de su bolsillo y rasgó un pedazo de un viejo periódico que había sobre una mesa pequeña, cerca de la ventana. Escribió una o dos líneas en el margen blanco, lo dobló sin cerrarlo y entregó aquel papel a un muchacho que parecía servirle a la vez de lacayo y de pinche. El posadero dijo una palabra al oído del chico, y éste partió corriendo en dirección al Ayuntamiento.

El viajero nada de esto había visto.

Preguntó, una vez más:

—¿Se come pronto?

—Enseguida —repitió el posadero.

El niño regresó. Traía un papel. El posadero lo desdobló apresuradamente, como quien está esperando una contestación. Pareció leer atentamente; luego, movió la cabeza y quedose pensativo. Por fin, dio un paso hacia el viajero, que parecía sumido en reflexiones no muy agradables ni tranquilas.

—Señor, no puedo recibiros —díjole.

El hombre se levantó a medias de su asiento.

—¡Cómo! ¿Tenéis miedo de que no pague? ¿Queréis que os pague por adelantado? Os digo que tengo dinero.

—No se trata de eso.

—¿Pues de qué?

—Tenéis dinero...

—Os he dicho que sí.

—Y yo no tengo habitación que daros.

—Dejadme un sitio en la cuadra —dijo el hombre.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Los caballos ocupan todo el sitio.

—Pues bien —insistió el hombre—, habrá un rincón en el granero, y no faltará un poco de paja. Lo arreglaremos después de la cena.

—No puedo daros de cenar.

Esta declaración, hecha en un tono mesurado, pero firme, pareció grave al forastero. Se levantó.

—¡Bah! Estoy muriendo de hambre. He andado desde la salida del sol. He hecho doce leguas. Pago y quiero comer.

—Nada tengo que daros —dijo el posadero.

El hombre estalló en carcajadas y, volviéndose hacia el hogar y los fogones, preguntó:

—¡Nada! ¿Y todo esto?

—Todo esto está ya comprometido.

—¿Por quién?

—Por los carreteros.

—¿Cuántos son?

—Doce.

—Aquí hay comida para veinte.

—Ellos lo han encargado todo y, además, han pagado por adelantado.

El hombre volvió a sentarse y dijo, sin alzar la voz:

—Estoy en la posada, tengo hambre y me quedo.

El posadero se inclinó hacia su oído y le dijo, con un tono que le hizo estremecer:

—Marchaos.

El viajero estaba en aquel momento encorvado y empujaba algunas brasas con la contera de su garrote. Volvióse bruscamente y, como abriera la boca para replicar, el posadero le miró fijamente y añadió, en voz baja:

—Mirad, basta ya de conversación. ¿Queréis que os diga vuestro nombre? Os llamáis Jean Valjean. Ahora, ¿queréis que os diga quién sois? Al veros entrar he sospechado algo; he enviado a preguntar al Ayuntamiento y ved lo que me han contestado. ¿Sabéis leer?

Al decir estas palabras, tendió al extranjero, desdoblado, el papel que acababa de ir desde la posada al Ayuntamiento y del Ayuntamiento a la posada. El hombre lanzó una mirada. El posadero añadió, después de una pausa:

—Tengo por costumbre ser cortés con todo el mundo. Marchaos.

El hombre bajó la cabeza, recogió el morral que había dejado en el suelo y se marchó.

Tomó la calle principal. Caminaba recto, al azar, pegado casi a las paredes de las casas, como un hombre humillado y triste. No se volvió ni una sola vez. Si se hubiera vuelto, habría visto al posadero de La Cruz de Colbas en el umbral de su puerta, rodeado por todos los viajeros de su posada y por todos los transeúntes, hablando con viveza y señalándole con el dedo. En las miradas de desconfianza y de espanto del grupo, habría adivinado que, antes de mucho, su llegada constituiría el acontecimiento de aquel día en la ciudad.

No vio nada de todo esto. Las personas agobiadas no miran tras de sí. No saben que la mala suerte los persigue.

Caminó así algún tiempo, andando a la ventura, por calles que no conocía, olvidando el cansancio, como sucede cuando el ánimo está triste. De pronto, sintiose aguijoneado por el hambre. Se acercaba la noche. Miró en derredor suyo, para ver si descubría algún sitio donde recogerse.

La posada se había cerrado para él; buscaba algún humilde figón, algún pobre cuchitril.

Precisamente, ardía una luz al extremo de una calle; una rama de pino, colgada de una horquilla de hierro, se destacaba sobre el cielo blanco del crepúsculo. Se dirigió hacia allí.

Era, en efecto, un figón; el figón de la calle Chaffaut.

El viajero se detuvo un instante y miró, a través del cristal, el interior de la planta baja del figón, iluminado por una lamparita colocada sobre una mesa y por el gran fuego de la chimenea. Algunos hombres bebían. El tabernero se calentaba.

La llama hacía cocer el contenido de una marmita de hierro, colgada de una cadena en medio del hogar.

Entrábase en el figón, que era también una especie de posada, por dos puertas. Una daba a la calle; la otra, a un pequeño corral lleno de estiércol. El viajero no se atrevió a entrar por la puerta de la calle. Se deslizó en el corral y se detuvo un instante; después, levantó tímidamente el picaporte y empujó la puerta.

—¿Quién va? —preguntó el amo.

—Alguien que quisiera cenar y dormir.

—Aquí pueden hacerse las dos cosas.

Entró. Todos cuantos estaban bebiendo se volvieron. La lámpara lo iluminaba por un lado, el fuego por el otro. Examináronle algún tiempo, mientras se despojaba de su morral.

El posadero le dijo:

—Aquí tenéis fuego. La cena se cuece en la marmita. Venid a calentaros, camarada.

Fue a sentarse cerca del hogar. Extendió hacia el fuego sus pies doloridos por la fatiga; un agradable olor escapábase de la marmita. Todo lo que de su rostro podía distinguirse, bajo la visera de su casquete, tomó una vaga apariencia de bienestar, mezclado con ese otro aspecto tan punzante que da el hábito del sufrimiento.

Su semblante era firme, enérgico y triste. Era extraña por demás la composición de aquella fisonomía; comenzaba mostrándose humilde, y acababa por parecer severa. Los ojos le brillaban bajo las cejas, como el fuego bajo la maleza.

Sin embargo, uno de los hombres sentados junto a la mesa del figón era un pescadero que, antes de ir allí, había dejado su caballo en la posada de Labarre. La casualidad había hecho que aquella misma mañana hubiera encontrado a aquel forastero de mal aspecto, andando entre Bras d'Asse y... (he olvidado el nombre; creo que debe ser Escoublon). Al encontrarlo, el viajero, que parecía ya muy fatigado, le

había pedido que le permitiera subirse a la grupa; a lo cual el pescadero había respondido redoblando el paso de su cabalgadura. Aquel pescadero formaba parte, media hora antes, del grupo que rodeaba a Jacquin Labarre, y él mismo había contado el desagradable encuentro de aquella mañana a las gentes de La Cruz de Colbas. Desde su sitio, hizo al dueño del figón una seña imperceptible. Éste se acercó a él. Cambiaron algunas palabras en voz baja. El hombre había vuelto a sumirse en sus reflexiones.

El dueño del figón se acercó a la chimenea, colocó bruscamente la mano sobre el hombro del viajero y le dijo:

—Vas a largarte de aquí.

El viajero se volvió y contestó con dulzura:

—¡Ah! ¿Sabéis ya...?

—Sí.

—¿Que no me han admitido en la posada?

—Y que no te admito en ésta.

—¿Pero adónde queréis que vaya?

—A cualquier otra parte.

El hombre cogió su garrote y su morral, y salió.

Al salir, algunos chiquillos que le habían seguido desde La Cruz de Colbas, y que parecían esperarle, le arrojaron algunas piedras. Volvió sobre sus pasos, colérico, y los amenazó con el palo; los chiquillos se dispersaron como una bandada de pájaros.

Pasó por delante de la cárcel. En la puerta colgaba una cadena de hierro unida a una campana. Llamó.

Abrióse un postigo.

—Señor carcelero —dijo, sacándose respetuosamente su casquete—, ¿queréis abrirme y darme alojamiento por esta noche?

Una voz repuso:

—Una cárcel no es una posada. Haced que os prendan y se os abrirá.

El postigo cerrose de nuevo.

Entró en una callejuela, en la que había muchos jardines. Algunos estaban cerrados únicamente por un seto, lo cual alegraba la calle. Entre estos jardines de setos, vio una casa de un solo piso, cuya ventana aparecía iluminada. Miró a través del cristal, como lo había hecho en la taberna. Era una habitación grande, enjalbegada, y había en ella una cama, con una colcha de indiana estampada, y una cuna en un rincón; junto a la pared había algunas sillas, y un fusil de dos cañones colgaba de un clavo. En el centro de la habitación, veíase una mesa dispuesta para comer. Una lámpara de cobre iluminaba el mantel de gruesa tela blanca, un vaso de estaño brillante como la plata y lleno de vino, y una sopera oscura humeante. A la mesa estaba sentado un hombre de unos cuarenta años, de fisonomía alegre y franca, que hacía brincar un niño sobre sus

rodillas. Cerca de él, una mujer joven daba el pecho a otro niño. El padre reía, el niño reía, la madre sonreía.

El forastero permaneció pensativo, por un instante, ante aquel espectáculo tierno y tranquilizador. ¿Qué pasó en su ánimo? Únicamente él hubiera podido decirlo. Es probable que pensara que aquella casa alegre sería también hospitalaria, y que allí donde encontraba tanta felicidad, encontraría también un poco de piedad.

Golpeó débilmente con la mano uno de los vidrios de la ventana.

No le oyeron.

Dio un segundo golpe.

Oyó a la mujer que decía al marido:

—Escucha, me parece que llaman.

—No —repuso el marido.

Llamó por tercera vez.

El marido se levantó, tomó la lámpara y abrió la puerta.

Era un hombre de alta estatura, medio campesino y medio artesano. Llevaba un amplio delantal de cuero, que le subía hasta su hombro izquierdo; en la parte del pecho, convertida en una especie de gran bolsa, llevaba un martillo, un pañuelo encarnado, un frasco con pólvora y varios otros objetos. Inclínaba la cabeza hacia atrás; su camisa abierta mostraba un cuello de toro, blanco y desnudo. Tenía espesas cejas, enormes patillas negras; sus ojos relucían y la parte inferior del rostro semejaba el de un perro de presa; sobre todo ello, resplandecía ese aire de estar en casa, que es una cosa inexplicable.

—Señor —dijo el viajero—, perdón. ¿Podríais darme, pagando, por supuesto, un plato de sopa y un rincón en ese cobertizo del jardín, para pasar la noche? ¿Decid, podríais darme? ¿Pagando?

—¿Quién sois? —preguntó el dueño de la casa.

El hombre contestó:

—Vengo de Puy-Moisson. He andado durante todo el día. He hecho doce leguas. ¿Podríais darme lo que os pido, pagando?

—No me negaría a alojar a cualquier persona de bien que pagase. Pero ¿por qué no habéis ido a la posada?

—No había lugar ya en ella.

—¡Bah! No es posible. No es día de feria ni de mercado. ¿Habéis estado en casa de Labarre?

—Sí.

—¿Y bien?

El viajero respondió, con visible embarazo:

—No sé por qué, pero no me han recibido.

—¿Por qué no habéis ido al figón de la calle Chaffaut?

La turbación del forastero crecía por momentos.

—Tampoco me han querido recibir —balbuceó.

El rostro del artesano tomó una viva expresión de desconfianza; miró al viajero de pies a cabeza y, de pronto, exclamó con una especie de estremecimiento:

—¡Ah! ¿Sois vos el hombre...?

Dirigió una nueva mirada al forastero, dio tres pasos atrás, dejó el velón sobre la mesa y descolgó el fusil.

Al oír las palabras del aldeano, la mujer se había levantado, había tomado a los dos niños en brazos y se había refugiado precipitadamente detrás de su marido, mirando al forastero con terror, desnuda la garganta, los ojos despavoridos y murmurando en voz baja:

—Tso-maraude.

Todo esto pasó en menos tiempo del que se tarda en imaginarlo. Después de haber examinado algunos instantes al hombre, como se examina una víbora, el dueño de la casa acercose a la puerta y dijo, con imperioso acento:

—Vete.

—Por piedad —insistió el hombre—, un vaso de agua.

—Un tiro es lo que te daré —dijo el aldeano.

Seguidamente, cerró la puerta con violencia y el hombre le oyó correr dos grandes cerrojos. Un momento después, se cerraron los postigos de la ventana y oyose el ruido de una barra de hierro.

Continuaba anocheciendo. El viento frío de los Alpes soplaba con fuerza. A la luz del expirante día, el viajero descubrió, en uno de los jardines que daban a la calle, una especie de choza que le pareció construida con trozos de césped. Franqueó resueltamente una valla de madera y entró en el jardín. Acercose a la choza; tenía ésta por puerta una estrecha abertura muy baja y se parecía a esas construcciones que los picapedreros levantan al borde de las carreteras. Pensó que, efectivamente, sería alguna choza de peones camineros. Sentía frío y hambre, pero quería, al menos, encontrar un abrigo contra el frío. Generalmente, esta clase de alojamientos no están habitados por la noche. Se tendió boca abajo y logró penetrar en la choza. Estaba caliente y encontró, además, un buen lecho de paja. Permaneció un instante tendido en aquella cama, sin poder hacer ningún movimiento; tal era su cansancio. Luego, como notase que el morral le incomodaba y que, además, podía servirle de excelente almohada, púsose a desatar una de las correas. En aquel momento, oyó un terrible gruñido. Levantó los ojos. La cabeza de un enorme dogo se dibujaba en la abertura de la choza.

El sitio donde estaba era una perrera.

El viajero era vigoroso y temible; armose de su bastón, hizo de su morral una especie de escudo y salió de la perrera como pudo, no sin agrandar los desgarrones de su vestido.

Salió también del jardín, pero andando hacia atrás; viéndose obligado, para retener al perro a distancia, a recurrir a ese manejo del palo que los maestros de esgrima llaman «el molinete».

Cuando, no sin trabajo, hubo franqueado de nuevo la barrera y se encontró en la calle, solo, sin comida, sin techo, sin abrigo, arrojado hasta de aquella cama de paja y de aquella zahúrda miserable, se dejó caer, más que sentarse, sobre una piedra, y parece que alguien que pasaba le oyó decir:

—¡Soy menos que un perro!

A poco, se levantó y empezó de nuevo a andar. Salió de la ciudad, esperando hallar un árbol o algún muelo de heno, en los campos, que le diera abrigo.

Marchó así durante algún tiempo, con la cabeza baja. Cuando se creyó lejos de toda habitación humana, alzó los ojos y miró en derredor. Estaba en el campo; ante él había una de esas colinas bajas, cubiertas de rastros, que después de la siega parecen cabezas esquiladas.

El horizonte estaba negro, no sólo por efecto de la oscuridad, sino porque lo empañaban nubes muy bajas, que parecían apoyarse en la colina y que subían cubriendo todo el cielo. Sin embargo, como la luna iba a salir y flotaba aún en el cenit un resto de claridad crepuscular, aquellas nubes formaban, en lo alto del cielo, una especie de bóveda blancuzca, desde la cual caía sobre la tierra un cierto resplandor.

La tierra estaba, pues, más iluminada que el cielo, lo cual es de un efecto particularmente siniestro; y la colina, de pobres y mezquinos contornos, dibujábase vaga y descolorida sobre el tenebroso horizonte. Todo aquel conjunto resultaba lúgubre. Nada había en el campo y en la colina más que un árbol deforme, cuyas ramas se retorcían gimiendo a pocos pasos del viajero.

Aquel hombre, evidentemente, no poseía esos hábitos delicados de la inteligencia y del espíritu que nos hacen sensibles al aspecto misterioso de las cosas; sin embargo, había en aquel cielo, en aquella colina, en aquella llanura y en aquel árbol algo tan profundamente desconsolador que, después de un momento de inmovilidad y de meditación, el viajero se volvió atrás bruscamente. Hay instantes en que hasta la naturaleza parece hostil.

Volvió sobre sus pasos. Las puertas de Digne estaban cerradas. Digne, que sostuvo sitios durante la guerra de religión, estaba todavía, en 1815, rodeada de viejas murallas flanqueadas de torres cuadradas, que después han sido demolidas. Pasó por una brecha y entró de nuevo en la población.

Serían las ocho de la noche. Puesto que no conocía las calles, empezó a caminar a la ventura.

Andando así, pasó ante la prefectura y, luego, ante el seminario. Al llegar a la plaza de la catedral, enseñó el puño a la iglesia en señal de amenaza.

En una esquina de aquella plaza había una imprenta. Fue allí donde se imprimieron por primera vez las proclamas del emperador y de la guardia imperial al ejército, traídas de la isla de Elba y dictadas por el mismo Napoleón.

Destrozado por el cansancio y no esperando ya nada, se echó sobre el banco de piedra que estaba a la puerta de aquella imprenta.

Una anciana salía de la iglesia en aquel momento. Vio a aquel hombre tendido en la sombra.

—¿Qué hacéis aquí, buen hombre? —le preguntó.

Y respondió él, con voz colérica y dura:

—Ya lo veis, buena mujer, me acuesto.

La buena mujer, bien digna de este nombre, por cierto, era la señora marquesa de R.

—¿Sobre este banco? —repuso.

—Durante diecinueve años he tenido un colchón de madera; ahora tengo un colchón de piedra.

—¿Habéis sido soldado?

—Sí, buena mujer. Soldado.

—¿Por qué no vais a la posada?

—Porque no tengo dinero.

—¡Lástima! —dijo la marquesa de R.—. No llevo en mi bolsa más que cuatro sueldos.

—Dádmelos, de todos modos.

El viajero tomó los cuatro sueldos. La marquesa de R. continuó:

—No podéis alojaros en una posada con tan poco. ¿Habéis probado, sin embargo? Es imposible que paséis así la noche. Tendréis, sin duda, frío y hambre. Bien pudieran haberos recibido, por caridad.

—He llamado a todas las puertas.

—¿Y qué?

—De todas me han arrojado.

La «buena mujer» tocó el hombro del viajero y le señaló, al otro extremo de la plaza, una puerta pequeña al lado del palacio arzobispal.

—¿Habéis llamado —repitió— a todas las puertas?

—Sí.

—¿Habéis llamado a aquélla?

—No.

—Pues llamad.

Aquella noche, el obispo de Digne, después de dar su paseo por la ciudad, se había quedado encerrado en su habitación hasta bastante tarde. Ocupábase en escribir una gran obra sobre los «Deberes», la cual, desgraciadamente, ha quedado incompleta. Seleccionaba cuidadosamente cuanto los padres y doctores han dicho sobre esta materia grave. Su libro estaba dividido en dos partes: primero, los deberes de todos; luego, los deberes de cada uno, según la clase a que pertenece.

Los deberes de todos son los grandes deberes. Hay cuatro. San Mateo los señala: deberes para con Dios (Mat., VI); deberes para consigo mismo (Mat., V, 29, 30); deberes para con el prójimo (Mat., VII, 12); deberes para con las criaturas (Mat., VI, 20, 25). Para los demás deberes, el obispo había hallado indicaciones en otras partes; para los soberanos y los súbditos, en la Epístola a los Romanos; para los magistrados, las esposas, las madres y los jóvenes, por San Pedro; para los maridos, los padres, los hijos y los servidores, en la Epístola a los Efesios; para los fieles, en la Epístola a los Hebreos; para las doncellas, en la Epístola a los Corintios. De todas estas prescripciones, iba haciendo laboriosamente un conjunto que quería presentar a las almas.

Trabajaba todavía a las ocho, escribiendo bastante incómodamente en pequeñas cuartillas de papel, con un gran libro abierto sobre sus rodillas, cuando entró la señora Magloire, según su costumbre, para tomar la plata del cajón colocado junto a la cama. Un momento después, el obispo, comprendiendo que la mesa estaría puesta y que su hermana tal vez le estaría esperando, cerró su libro, se levantó de su mesa y entró en el comedor.

El comedor era una habitación oblonga con chimenea, una puerta que daba a la calle (como ya hemos dicho) y una ventana que daba al jardín.

La señora Magloire, en efecto, acababa de poner la mesa.

Mientras andaba ocupada en ello, charlaba con la señorita Baptistine.

Había una lámpara sobre la mesa; ésta estaba cerca de la chimenea, en la cual ardía un buen fuego.

Fácil es imaginarse a aquellas dos mujeres, que habían pasado ya de los sesenta años: la señora Magloire, pequeña, gruesa, vivaracha; la señorita Baptistine, afable, delgada, un poco más alta que su hermano, vestida con un traje de seda color ala de mosca, color de moda en 1806, que compró entonces en París y que aún le duraba. Las locuciones vulgares tienen el mérito de expresar, con una sola palabra, una idea que no bastaría para explicar acaso una página. Así, valiéndose de una de estas locuciones, diremos que la señora Magloire tenía aire de «aldeana», y de una «dama» la señorita Baptistine. La señora Magloire usaba una cofia blanca encañonada, una gargantilla de oro al cuello, única alhaja de mujer que había en la casa, un chal muy blanco saliendo de un vestido de sayal negro con mangas anchas y cortas, un delantal de algodón a cuadros rojos y verdes, anudado a la cintura con una cinta verde, y un pechero sujeto con alfileres en los hombros; en los pies, gruesos zapatos y medias amarillas, como las que usan las mujeres de Marsella. El traje de la señorita Baptistine estaba cortado según los patrones de moda en el año 1806: talle corto, saya sin vuelo, mangas con hombreras y botones. Ocultaba sus cabellos grises bajo una peluca rizada llamada «a lo niño». La señora Magloire tenía el aire inteligente, vivo y bonachón, pero los dos ángulos de su boca levantados desigualmente, y el labio superior más grueso que el labio inferior, le daban un no sé qué de áspero e imperioso. Cuando monseñor callaba, ella hablaba resueltamente, con una mezcla de respeto y libertad; pero cuando monseñor hablaba, obedecía pasivamente. La señorita Baptistine no hablaba, limitándose a obedecer y complacer. Aun siendo joven, no era bonita. Tenía grandes ojos azules un poco saltones, y la nariz larga y remangada; pero todo su rostro, toda su persona, lo dijimos al empezar, respiraban una inefable bondad. Siempre había parecido como predestinada a la mansedumbre; pero la fe, la caridad y la esperanza, estas tres virtudes que infunden dulce calor en el alma, habían elevado poco a poco aquella mansedumbre hasta la santidad. La naturaleza había hecho de ella sólo un cordero; la religión hizo de ella un ángel. ¡Pobre y santa mujer! ¡Dulce porvenir desvanecido! La señorita Baptistine ha referido tantas veces, después, lo que aquella noche pasó en el palacio del obispo que muchas personas, que viven todavía, recuerdan los más pequeños pormenores.

En el momento en que el obispo entró en el comedor, la señora Magloire hablaba con singular viveza. Conversaba con la señorita Baptistine de un asunto que le era familiar, y al cual el obispo estaba acostumbrado. Tratábase del picaporte de la puerta principal.

Parece ser que, mientras hacía algunas compras para la cena, había oído referir ciertas cosas en distintos sitios. Hablábase de un vagabundo de mala facha; decíase que había llegado un hombre sospechoso, el cual debía estar en alguna parte de la

ciudad, y que podía suceder que llegasen a tener algún mal encuentro quienes aquella noche olvidaran recogerse temprano. Añadíase que la policía estaba muy mal organizada, en atención a ciertas rivalidades que mediaban entre el prefecto y el alcalde, los cuales trataban de hacerse daño mutuamente, dejando que se verificasen los acontecimientos que debieran evitar; y que a las personas prudentes tocaba vigilar lo que la policía descuidaba, guardándose bien, y teniendo buen cuidado en echar los cerrojos y cerrar y atrancar bien las puertas.

La señora Magloire recalcó esta última frase; pero el obispo acababa de salir de su cuarto, donde hacía bastante frío, y, sentado junto a la chimenea, se calentaba y acaso pensaba en cosas muy distintas. No paró, pues, atención en ninguna de las palabras que la señora Magloire había pronunciado. Ésta volvió a repetirlas. Entonces, la señorita Baptistine, queriendo satisfacer a la señora Magloire, sin contrariar a su hermano, se aventuró a decir tímidamente:

—Hermano mío, ¿oyes lo que dice la señora Magloire?

—He oído vagamente algo —respondió el obispo.

Después, se volvió a medias en su silla hacia la anciana, puso ambas manos sobre sus rodillas y levantó su rostro cordial y franco, iluminado por el resplandor del fuego, y añadió:

—Veamos. ¿Qué sucede? ¿Nos hallamos, pues, ante un grave peligro?

Entonces, la señora Magloire comenzó de nuevo su historia, exagerándola un poco sin advertirlo. Decíase que un gitano, un desharrapado, una especie de mendigo peligroso, se hallaba en la ciudad. Se había presentado buscando alojamiento en casa de Jacquin Labarre, quien no lo quiso recibir. Le habían visto llegar por el bulevar Gassendi y vagar por las calles al oscurecer. Era un hombre con un morral y unas cuerdas, de una facha terrible.

—¿De veras? —preguntó el obispo.

Este consentimiento en interrogarla alentó a la señora Magloire; aquello parecía indicar que el obispo no estaba lejos de alarmarse; prosiguió, entonces, con acento triunfante:

—Sí, monseñor. Es así. Esta noche ocurrirá alguna desgracia en la ciudad. Todo el mundo lo dice. Con esto de que la policía está tan mal organizada [repetición inútil]. ¡Vivir en una región montañosa como ésta, y no tener ni faroles en las calles, por la noche! Se sale y, a lo mejor... Yo decía, monseñor, y también la señorita opina como yo...

—Yo —interrumpió la hermana— no digo nada. Lo que mi hermano hace, bien hecho está.

La señora Magloire continuó, como si no hubiera habido interrupción:

—Decíamos que la casa no está del todo segura; que si monseñor lo permite, voy a avisar a Paulin Musebois para que venga a poner los antiguos cerrojos en la puerta;

están ahí, de modo que es cosa de un minuto. Y digo que hacen falta cerrojos, aunque no sea sino por esta noche, monseñor; porque yo digo que una puerta que se abre desde fuera, con sólo levantar el picaporte, es una cosa terrible. Luego, como monseñor tiene siempre la costumbre de decir que entren, y, además, como a medianoche, ¡válgame el cielo!, no hace falta pedir permiso...

En aquel momento, se oyó llamar a la puerta, con alguna violencia.

—¡Adelante! —dijo el obispo.

La puerta se abrió.

Se abrió violentamente, de par en par, como si alguien la empujara con energía y resolución.

Un hombre entró.

A este hombre le conocemos ya. Es el viajero que hemos visto vagar hace poco, buscando asilo.

Entró, dio un paso y se detuvo, dejando la puerta abierta tras él. Llevaba su morral a la espalda, su palo en la mano, y en los ojos una expresión ruda, audaz, cansada y violenta. El fuego de la chimenea le iluminaba. Estaba espantoso. Era una siniestra aparición.

La señora Magloire no tuvo siquiera fuerzas para lanzar un grito. Se estremeció y quedó muda e inmóvil.

La señorita Baptistine se volvió, vio al hombre que entraba y medio se levantó de miedo; luego, volviendo poco a poco la cabeza hacia la chimenea, se puso a mirar a su hermano y su rostro adquirió de nuevo un aspecto de profunda calma y serenidad.

El obispo fijaba en el hombre una mirada tranquila.

Al abrir los labios, sin duda para preguntar al recién llegado lo que deseaba, el hombre apoyó sus dos manos a la vez sobre su garrote, paseó su mirada por el anciano y las dos mujeres y, sin esperar a que el obispo hablara, dijo en voz alta:

—Me llamo Jean Valjean. Soy presidiario. He pasado diecinueve años en la cárcel. Estoy libre desde hace cuatro días y me dirijo a Pontarlier, que es mi destino. Hace cuatro días que estoy en marcha desde Tolón. Hoy he hecho doce leguas a pie. Esta noche, al llegar a esta ciudad, he entrado en una posada y me han despedido a causa de mi pasaporte amarillo, que había presentado en la alcaldía. Era preciso que así lo hiciese. He estado en otra posada, y me han dicho ¡vete! Lo mismo en la una que en la otra. Nadie quiere saber nada de mí. He estado en la prisión y el carcelero no me ha abierto. He estado en la guarida de un perro, que me ha mordido y me ha arrojado de

allí, como si fuera un hombre. Hubiérase dicho que sabía quién era yo. Me he ido al campo, para dormir al raso; pero ni aun esto me ha sido posible. He creído que iba a llover y que no habría un buen Dios que impidiera la lluvia, y he vuelto a la ciudad, para buscar en ella el quicio de una puerta. Allí, en la plaza, iba a echarme sobre una piedra, cuando una buena mujer me ha señalado vuestra casa y me ha dicho: Llamad ahí. He llamado. ¿Qué casa es ésta? ¿Una posada? Tengo dinero, producto de mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado en la cárcel, con mi trabajo de diecinueve años. Pagaré, ¿qué me importa? Tengo dinero. Estoy muy cansado; he andado doce leguas a pie y tengo hambre. ¿Queréis que me quede?

—Señora Magloire —dijo el obispo—, poned un cubierto más.

El hombre dio tres pasos y se acercó al velón que estaba sobre la mesa.

—Mirad —dijo, como si no hubiera comprendido—. No es eso. ¿Habéis oído lo que he dicho? Soy un presidiario, un forzado. Vengo de las galeras. —Y de un bolsillo sacó una gran hoja de papel amarillo que desplegó—. Ved mi pasaporte. Amarillo, como veis. Esto sirve para que me echen de todas partes a donde voy. ¿Queréis leer? Yo sé leer; he aprendido en presidio. Hay una escuela para los que quieren. Mirad, ved lo que han escrito en este pasaporte: «Jean Valjean, presidiario liberado, natural de...», esto no hace al caso... «Ha estado diecinueve años en presidio. Cinco años por robo con fractura. Catorce años por haber intentado evadirse cuatro veces. Este hombre es muy peligroso». Ya lo veis. Todo el mundo me arroja lejos de sí. ¿Queréis vos recibirme? ¿Es ésta una posada? ¿Queréis darme cena y cama?, ¿tenéis un establo?

—Señora Magloire —dijo el obispo—, pondréis sábanas limpias en la cama de la alcoba.

Ya hemos explicado de qué naturaleza era la obediencia de las dos mujeres.

La señora Magloire salió para ejecutar las órdenes.

El obispo se volvió hacia el hombre:

—Señor, sentaos y calentaos. Cenaremos dentro de un instante, y os harán la cama mientras cenáis.

El hombre comprendió al fin. La expresión de su rostro, hasta entonces sombría y fría, cambiose en estupefacción, duda, alegría extraordinaria. Comenzó a balbucear como un loco:

—¿De verdad? ¿Qué? ¡Me recibís! ¡No me arrojáis! ¡Un forzado! ¡Me llamáis señor! ¡No me tuteáis! ¡No me decís, vete, perro, como me dicen siempre! Yo creía que también de aquí ibais a arrojarme. Por esto dije enseguida quién soy. ¡Oh! ¡Gracias a la buena mujer que me ha mostrado esta casa! ¡Voy a cenar! ¡Una cama! ¡Una cama con colchón y sábanas! ¡Como todo el mundo! ¡Hace diecinueve años que no me he acostado en una cama! ¡No queréis que me vaya! ¡Sois gentes muy dignas! Además,

tengo dinero. Pagaré bien. Perdón, señor posadero, ¿cómo os llamáis? Pagaré todo lo que queráis. Sois un excelente hombre. Sois posadero, ¿verdad?

—Soy —dijo el obispo— un sacerdote que vive aquí.

—¡Un sacerdote! —continuó el hombre—. ¡Oh, un buen sacerdote! Entonces, ¿no me pedís dinero? Sois el párroco, ¿verdad? ¿El párroco de esta gran iglesia? ¡Vaya, es verdad! ¡Qué estúpido soy! ¡No había visto vuestro solideo!

Mientras hablaba, había dejado su morral y su garrote en un rincón; luego, había guardado su pasaporte en el bolsillo y se había sentado. La señorita Baptistine le miraba con dulzura. Él continuó:

—Sois humano, señor párroco. No sentís desprecio. Es bueno, para un sacerdote. Entonces, ¿no tenéis necesidad de que os pague?

—No —dijo el obispo—. Guardad vuestro dinero. ¿Cuánto tenéis? ¿Me habéis dicho ciento nueve francos?

—Y quince sueldos —añadió el hombre.

—Ciento nueve francos y quince sueldos. ¿Y cuánto tiempo habéis tardado en ganar esto?

—Diecinueve años.

—¡Diecinueve años!

El obispo suspiró profundamente.

El hombre prosiguió:

—Todavía tengo todo mi dinero. En cuatro días, no he gastado más que veinticinco sueldos que gané ayudando a descargar unos carros en Grasse. Puesto que sois sacerdote, voy a deciros que en presidio teníamos un capellán. Y un día vi a un obispo. A un monseñor, como le llaman. Era el obispo de la Majore, en Marsella. Es el cura que está por encima de los curas. Vos ya lo sabéis, perdonadme, hablo mal; ¡pero está tan lejos de mí! ¡Ya comprendéis lo que somos nosotros! Dijo la misa en medio de la prisión, sobre un altar, y sobre la cabeza tenía una cosa puntiaguda de oro. Al mediodía, aquello brillaba. Estábamos en fila, por los tres lados. Con los cañones y las mechas encendidas enfrente de nosotros. No le veíamos bien. Habló, pero estaba demasiado lejos y no le oímos bien. Ved lo que es un obispo.

Mientras hablaba, el obispo había ido a cerrar la puerta, que había quedado abierta.

La señora Magloire volvió. Traía un cubierto, que puso sobre la mesa.

—Señora Magloire —dijo el obispo—, poned este cubierto lo más cerca posible de la lumbre. —Y, volviéndose hacia su huésped—: El viento de la noche es muy crudo en los Alpes. ¿Tenéis frío, señor?

Cada vez que pronunciaba la palabra señor, con su voz dulcemente grave, se iluminaba la fisonomía del hombre. Llamar señor a un presidiario es dar un vaso de agua a un náufrago de la Méduse. La ignominia tiene sed de consideración.

—Mal alumbra esta luz —dijo el obispo.

La señora Magloire comprendió y fue a buscar, a la chimenea de la habitación de monseñor, los dos candelabros de plata, que puso, encendidos, sobre la mesa.

—Señor cura —dijo el hombre—, sois bueno. No me despreciáis. Me recibís en vuestra casa. Encendéis bujías para mí. Sin embargo, no os he ocultado de dónde vengo y que soy un hombre miserable.

El obispo, sentado cerca de él, le tocó dulcemente la mano.

—No hacía falta que me dijerais quién sois. Ésta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esta puerta no pregunta al que entra si tiene un nombre, sino si tiene un dolor. Sufrís; tenéis hambre y sed; sed bienvenido. Y no me deis las gracias, no me digáis que os recibo en mi casa. Aquí no está en su casa más que el que necesita un asilo. Así debo decíroslo a vos, que pasáis por aquí; estáis en vuestra casa, más que yo en la mía. Todo lo que hay aquí es vuestro. ¿Para qué necesito saber vuestro nombre? Además, antes de que me lo dijerais, tenéis un nombre que yo ya sabía.

El hombre abrió sus ojos, asombrado.

—¿De veras? ¿Sabíais cómo me llamo?

—Sí —repuso el obispo—, os llamáis mi hermano.

—¡Ah, señor cura! —exclamó el hombre—. Tenía hambre, al entrar aquí; pero sois tan bueno que ahora ya no sé lo que tengo; el hambre se me ha pasado.

El obispo le miró y le dijo:

—¿Habéis sufrido mucho?

—¡Oh! La casaca roja, la bala en el pie, una tarima para dormir, el calor, el frío, el trabajo, la chusma de forzados, los golpes. La doble cadena por nada. El calabozo por una simple palabra. Y aun enfermo en la cama, la cadena. ¡Los perros, los perros son más felices! ¡Diecinueve años! Tengo cuarenta y seis, y un pasaporte amarillo. Aquí está todo.

—Sí, salís de un lugar de tristeza. Escuchad: habrá más alegría en el cielo por las lágrimas de un pecador arrepentido que por la blanca vestidura de cien justos. Si salís de ese lugar doloroso con propósitos de odio y de cólera contra los hombres, sois digno de piedad; si salís con propósitos de indulgencia, de dulzura y de paz, valéis más que ninguno de nosotros.

Mientras tanto, la señora Magloire había servido la cena. Una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal; un poco de tocino; un pedazo de carne de carnero; unos higos, un queso fresco y un gran pan de centeno. A la comida ordinaria del obispo, había añadido una botella de vino añejo de Mauves.

El rostro del obispo adquirió, de repente, esa expresión de alegría propia de las naturalezas hospitalarias.

—¡A la mesa! —dijo con viveza.

Como tenía por costumbre, cuando algún forastero cenaba con él, hizo sentar al hombre a su derecha. La señorita Baptistine, apacible y con naturalidad, ocupó su asiento a la izquierda.

El obispo dijo el benedicite y, luego, sirvió él mismo la sopa, según su costumbre. El hombre empezó a comer ávidamente.

De repente, el obispo exclamó:

—Me parece que en esta mesa falta algo.

La señora Magloire, en efecto, no había puesto más que los tres cubiertos absolutamente necesarios. Pero era costumbre de la casa, cuando el obispo tenía algún invitado a cenar, poner en la mesa los seis cubiertos de plata; inocente ostentación. Esta graciosa apariencia de lujo era una especie de niñería, llena de encanto en aquella casa tranquila y severa que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

La señora Magloire comprendió la observación, salió sin pronunciar una palabra y, un momento después, los tres cubiertos reclamados por el obispo brillaban sobre el mantel, colocados simétricamente ante cada uno de los comensales.

IV

Pormenores sobre las queserías de Pontarlier

Ahora, para dar una idea de lo que pasó en aquella mesa, no podremos hacer nada mejor que transcribir aquí un pasaje de una carta de la señorita Baptistine a la señora de Boischevron, en la cual se refiere, con minuciosa sencillez, a la conversación entre el obispo y el forzado:

«... Este hombre no prestaba ninguna atención a nadie. Comía con una voracidad de hambriento. Sin embargo, después de la sopa, dijo:

»—Señor cura del buen Dios, todo esto es demasiado bueno para mí, pero debo decirles que los carreteros que no me han permitido comer con ellos comen mejor que vos.

»Aquí, entre nosotras, esta observación me pareció un poco extraña. Mi hermano respondió:

»—Están más fatigados que yo.

»—No —continuó el hombre—, tienen más dinero. Vos sois pobre. Ya lo veo. Quizá ni aun sois párroco. ¿Sois párroco, siquiera? ¡Ah!, por ejemplo, si el buen Dios fuera justo, bien mereceríais ser párroco.

»—El buen Dios es más que justo —dijo mi hermano. Un momento después, añadió—: ¿Vais a Pontarlier, señor Jean Valjean?

»—Con itinerario obligado.

»Creo que esto fue lo que contestó. Después, continuó:

»—Es preciso que me ponga en camino mañana, al despuntar el día. Es duro viajar. Si las noches son frías, los días son calurosos.

»—Vais —dijo mi hermano— a una buena comarca. En tiempo de la Revolución, quedó arruinada mi familia y yo me refugié en el Franco-Condado, donde viví algún tiempo con el trabajo de mis manos. Tenía buena voluntad y encontré en qué ocuparme. No tuve que hacer más que escoger; hay almacenes de papel, de curtidos, de esencias, de aceites, fábricas de relojerías, fábricas de acero y de cobre y, al menos

veinte fábricas de hierro, de las cuales cuatro están en Lods, Châtillon, Audincourt y Beure...

»Creo no engañarme y que son éstos los nombres que mi hermano citó; luego, se interrumpió y me dirigió la palabra:

»—Querida hermana mía, ¿no tenemos parientes en esa región?

»Yo respondí:

»—Teníamos, entre otros, al señor Lucenet, que era capitán de puertas en Pontarlier, bajo el antiguo régimen.

»—Sí —continuó mi hermano—, pero en el 93 no había parientes, ni tenía uno más que sus brazos; y yo trabajé. Hay en la región de Pontarlier, a donde vais, señor Valjean, una industria patriarcal y hermosa, hermana mía. Son las queserías, que llaman allí fruterías.

»Entonces, mi hermano, mientras comía aquel hombre, le explicó detenidamente lo que son las queserías de Pontarlier. Las hay de dos clases: las grandes granjas, que pertenecen a los ricos y tienen cuarenta o cincuenta vacas, las cuales producen de siete a ocho mil quesos en verano; y las queserías de asociación, que son las de los pobres, es decir, las de los campesinos de la montaña, que reúnen sus vacas y se reparten los productos. Toman a su servicio a un quesero, al que llaman el grurin, el cual recibe la leche de los asociados tres veces al día y marca las cantidades en una tabla duplicada; a fines de abril empieza el trabajo en las queserías, y hacia mediados de junio los queseros llevan sus vacas a la montaña.

»El hombre se reanimaba, comiendo. Mi hermano le hacía beber de este buen vino de Mauves, del cual él mismo no bebe, porque dice que es un vino caro. Mi hermano le explicaba todos esos detalles, con esa sencilla alegría que ya conocéis, entremezclando sus palabras con graciosos gestos dirigidos a mí. Insistió mucho en la buena posición del grurin, como si hubiera deseado que aquel hombre comprendiera, sin aconsejárselo directamente, que tal oficio sería un asilo para él. Una cosa me sorprendió. Ese hombre era lo que os he dicho. ¡Pues bien!, mi hermano, ni durante toda la cena, ni en el resto de la noche, si se exceptúan algunas palabras sobre Jesús que pronunció a su entrada, dijo una palabra que recordara a aquel hombre quién era, ni que le diera a conocer lo que era mi hermano. Y ésta era, sin embargo, una ocasión para dirigirle un sermón. Cualquiera hubiera creído que, teniendo al lado a ese desgraciado, era el caso de dar alimento a su alma, al mismo tiempo que a su cuerpo, y de hacerle algún reproche sazonado de moral y de consejo, o bien de manifestarle un poco de conmiseración, exhortándole a que obrara mejor en el porvenir. Mi hermano ni siquiera le preguntó de dónde era, ni su historia. Pues en su historia estaba su culpa y mi hermano parecía evitar todo lo que pudiera recordárselo. Hasta el punto de que, en un momento en que hablaba de los montañeses de Pontarlier, "que tienen un suave trabajo cerca del cielo", y que, añadió, "son felices porque son inocentes", se

detuvo de repente, temiendo que hubiese en estas palabras, que se le escapaban, algo que pudiera ofender al huésped. A fuerza de reflexionar, creo haber comprendido lo que pasaba en el corazón de mi hermano. Pensaba, sin duda, que aquel hombre que se llamaba Jean Valjean tenía tan presente su miseria en el espíritu que lo mejor era distraerle y hacerle creer, aunque fuera sólo por un momento, que era una persona como otra cualquiera y que, para él, todo aquello no era sino lo que sucedía ordinariamente. En efecto, ¿no es esto comprender bien la caridad? ¿No hay, buena amiga, algo verdaderamente evangélico en esta delicadeza, que prescinde del sermón, de la moral y de las alusiones? La piedad más grande ¿no consiste, cuando un hombre tiene un punto dolorido, en no tocar ese punto? Me ha parecido que éste era el pensamiento íntimo de mi hermano. En todo caso, lo que puedo decir es que, si efectivamente obró así, no lo dio a conocer, ni aun a mí misma; estuvo lo mismo que todas las noches, y cenó con este Jean Valjean con la misma naturalidad, con la misma fisonomía con que hubiera cenado con el señor Gédéon Le Prévost, o con el señor cura de la parroquia.

»Hacia el final de la cena, cuando estábamos comiendo los higos, llamaron a la puerta. Era la señora Gerbaud, con su pequeño en brazos. Mi hermano besó al niño en la frente y me pidió quince sueldos que tenía yo allí para darlos a la señora Gerbaud. El hombre no prestó gran atención a esto. No hablaba ya y parecía fatigado. Una vez que la señora Gerbaud hubo salido, mi hermano dio las gracias, luego se volvió hacia aquel hombre, y le dijo: “Debéis tener necesidad de descanso”. La señora Magloire retiró rápidamente los servicios. Yo comprendí que era preciso retirarnos, para dejar dormir a aquel viajero, y ambas subimos a nuestro cuarto. Pero, poco después, envié a la señora Magloire para que pusiera en la cama de aquel hombre una piel de corzo de la Selva Negra, que está en mi habitación. Las noches son glaciales y esta piel caliente. Es una pena que ya esté vieja; todo el pelo se le cae. Mi hermano la compró cuando estuvo en Alemania, en Tottlingen, cerca de las fuentes del Danubio, al mismo tiempo que el cuchillito con mango de marfil que yo uso en la mesa.

»La señora Magloire volvió enseguida; hicimos nuestras plegarias al buen Dios en el salón donde se cuelga la ropa blanca, y luego nos retiramos cada una a nuestro cuarto, sin hablar una palabra».

Después de haber dado las buenas noches a su hermana, monseñor Bienvenu cogió de la mesa uno de los dos candelabros de plata, dio el otro a su huésped y le dijo:

—Señor, voy a mostraros vuestra habitación.

El hombre le siguió.

Como se ha podido observar, en lo que ha sido dicho antes, la habitación estaba distribuida de tal manera que, para pasar al oratorio donde estaba la alcoba, era preciso pasar por el dormitorio del obispo.

En el momento en que atravesaban esta habitación, la señora Magloire cerraba el armario de la plata, que estaba a la cabecera de la cama. Éste era el último cuidado que tenía cada noche, antes de acostarse.

El obispo instaló a su huésped en la alcoba. Una cama blanca y limpia le esperaba. El hombre dejó el candelabro sobre una mesita.

—Espero que paséis buena noche —dijo el obispo—. Mañana por la mañana, antes de partir, beberéis una taza de leche de nuestras vacas, bien caliente.

—Gracias, señor cura —respondió el hombre.

Apenas hubo pronunciado estas palabras llenas de paz, súbitamente, sin transición alguna, hizo un movimiento extraño que hubiera helado de terror a las dos santas mujeres, si hubiesen sido testigos del mismo. Incluso hoy, nos resulta difícil explicar la causa que le impulsaba en aquel momento. ¿Quería hacer una advertencia, o lanzar una amenaza? ¿Obedecía, simplemente, a una especie de impulso instintivo y oscuro incluso para él? Se volvió bruscamente hacia el anciano, cruzó los brazos, fijó en su huésped una mirada salvaje y exclamó con voz ronca:

—¡Ah! Decididamente, me alojáis en vuestra casa y muy cerca de vos. —Se interrumpió y añadió, con una risa en la que había algo de monstruoso—: ¿Habéis reflexionado bien? ¿Quién os dice que no soy un asesino?

El obispo levantó la mirada hacia el techo y dijo:

—Esto es cuenta de Dios.

Después, con toda gravedad y moviendo los labios como alguien que reza o habla para sí mismo, levantó dos dedos de su mano derecha y bendijo al hombre, que no dobló la cabeza; y, sin volver la vista atrás, entró en su habitación.

Cuando la alcoba está habitada, una gran cortina de sarga corría de un lado al otro del oratorio y ocultaba el altar. El obispo se arrodilló al pasar delante de la cortina y murmuró una breve oración.

Un momento después, estaba en el jardín, paseando, meditando, contemplando, con el alma y el pensamiento entero en esas grandes cosas misteriosas que Dios muestra por la noche a los ojos que permanecen abiertos.

En cuanto al hombre, estaba realmente tan fatigado que ni siquiera se aprovechó de aquellas blancas sábanas. Había soplado sobre la vela con la nariz, como acostumbran los forzados, y se había dejado caer vestido en la cama, donde se quedó enseguida profundamente dormido.

Era medianoche cuando el obispo volvía del jardín a su habitación.

Algunos minutos después, todos dormían en la pequeña casa.

Hacia la medianoche, Jean Valjean se despertó.

Jean Valjean era de una pobre familia de aldeanos de la Brie. En su infancia no había aprendido a leer. Cuando fue hombre tomó el oficio de podador en Faverolles. Su madre se llamaba Jeanne Mathieu, y su padre, Jean Valjean, o Vlajean, mote y contracción, probablemente, de voilà Jean (ahí está Jean).

Jean Valjean tenía el carácter pensativo, sin ser triste, lo cual es propio de las naturalezas afectuosas. En resumidas cuentas, era una cosa algo adormecida y bastante insignificante, en apariencia al menos, este Jean Valjean. De muy corta edad, había perdido a su padre y a su madre. Ésta había muerto de una fiebre láctea mal cuidada. Su padre, podador como él, se había matado al caer de un árbol. A Jean Valjean le había quedado solamente una hermana mayor que él, viuda, con siete hijos, entre varones y hembras. Esta hermana había criado a Jean Valjean y, mientras vivió su marido, alojó y alimentó a su hermano. El marido murió. El mayor de sus hijos tenía ocho años y el menor uno. Jean Valjean acababa de cumplir veinticinco años. Reemplazó al padre y sostuvo, a su vez, a la hermana que le había criado. Hizo aquello sencillamente, como un deber, y aun con cierta rudeza de su parte. Su juventud se gastaba, pues, en un trabajo duro y mal pagado. Nunca le habían conocido «novia» en la comarca. No había tenido tiempo para enamorarse.

Por la noche, regresaba cansado y tomaba su sopa sin decir una palabra. Su hermana, Jeanne, mientras él comía, le tomaba con frecuencia de su escudilla lo mejor de la comida, el pedazo de carne, la lonja de tocino, el cogollo de la col, para darlo a alguno de sus hijos; él, sin dejar de comer, inclinado sobre la mesa, con la cabeza casi metida en la sopa y sus largos cabellos cayendo alrededor de la escudilla, ocultando sus ojos, parecía no ver nada y dejábala hacer. Había en Faverolles, no lejos de la cabaña de los Valjean, al otro lado de la callejuela, una lechera llamada Marie-Claude; los niños Valjean, casi siempre hambrientos, iban muchas veces a pedir prestada a Marie-Claude, en nombre de su madre, una pinta de leche que bebían detrás de una

enramada, o en cualquier rincón de un portal, arrancándose unos a otros el vaso con tanto apresuramiento que las niñas pequeñas lo derramaban sobre su delantal y su cuello. Si la madre hubiera sabido este hurtillo, habría corregido severamente a los delincuentes. Jean Valjean, brusco y gruñón, pagaba, sin que Jeanne lo supiera, la pinta de leche a Marie-Claude, y los niños no eran castigados.

En la estación de la poda, ganaba veinticuatro sueldos por día, y luego se empleaba como segador, como peón de albañil, como mozo de bueyes o como jornalero. Hacía todo lo que podía. Su hermana, por su parte, trabajaba también; pero ¿qué podía hacerse con siete niños? Era un triste grupo, al que la miseria envolvía y estrechaba poco a poco. Sucedió que un invierno fue muy crudo. Jean no encontró trabajo. La familia no tuvo pan. Ni un bocado de pan, y siete niños.

Un domingo por la noche, Maubert Isabeau, panadero en la plaza de la iglesia, en Faverolles, se disponía a acostarse cuando oyó un golpe violento en la vidriera enrejada de la puerta de su tienda.

Llegó a tiempo para ver un brazo pasar a través del agujero hecho de un puñetazo en uno de los vidrios. El brazo cogió un pan y se retiró. Isabeau salió apresuradamente; el ladrón huyó a todo correr; Isabeau corrió tras él y le detuvo. El ladrón había soltado el pan, pero tenía aún el brazo ensangrentado. Era Jean Valjean.

Esto pasó en 1795. Jean Valjean fue llevado ante los tribunales acusado de «robo con fractura, de noche y en una casa habitada». Tenía un fusil y era un excelente tirador, un poco aficionado a la caza furtiva; esto le perjudicó. Existe un prejuicio legítimo contra los cazadores furtivos. El cazador furtivo, lo mismo que el contrabandista, anda muy cerca del salteador. Sin embargo, digámoslo de paso, hay un abismo entre ambos y el miserable asesino de las ciudades. El cazador furtivo vive en el bosque; el contrabandista vive en las montañas o cerca del mar. Las ciudades hacen hombres feroces, porque hacen hombres corrompidos. La montaña, el mar, el bosque hacen hombres salvajes. Desarrollan el lado feroz, pero a menudo lo hacen sin destruir el lado humano.

Jean Valjean fue declarado culpable. Los términos del código eran formales. En nuestra civilización hay momentos terribles; son aquellos en que la ley pronuncia una condena. ¡Instante fúnebre aquel en que la sociedad se aleja y consume el irreparable abandono de un ser pensante! Jean Valjean fue condenado a cinco años de galeras.

El 22 de abril de 1796, se celebró en París la victoria de Montenotte, obtenida por el general en jefe de los ejércitos de Italia, a quien el mensaje del Directorio a los Quinientos, el 2 de Floreal del IV, llama Buona-Parte; aquel mismo día se remachó una cadena en Bicêtre. Jean Valjean formaba parte de esta cadena. Un antiguo portero de la cárcel, que tiene hoy cerca de noventa años, recuerda aún perfectamente a este desgraciado, cuya cadena se remachó en la extremidad del cuarto cordón, en el ángulo norte del patio. Estaba sentado en el suelo, como todos los demás. Parecía no

comprender nada de su situación, salvo que era horrible. Es probable que descubriese, a través de las vagas ideas de un hombre ignorante, que había en su pena algo excesivo. Mientras a grandes martillazos remachaban detrás de él el perno de su argolla, lloraba; las lágrimas le ahogaban, le impedían hablar y solamente de vez en cuando exclamaba: «Yo era podador en Faverolles». Luego, sollozando, alzaba su mano derecha y la bajaba gradualmente siete veces, como si tocase sucesivamente siete cabezas a desigual altura; por este gesto se adivinaba que lo que había hecho, fuese lo que fuera, había sido para alimentar y vestir a siete pequeñas criaturas.

Partió para Tolón. Llegó allí después de un viaje de veintisiete días en una carreta, con la cadena al cuello. En Tolón fue revestido de la casaca roja. Todo se borró de lo que había sido su vida, incluso su nombre; ya no fue más Jean Valjean; fue el número 24.601. ¿Qué fue de su hermana? ¿Qué fue de los siete niños? ¿Quién se ocupó de ellos? ¿Qué es del puñado de hojas del joven árbol serrado por su pie?

La historia es siempre la misma. Estos pobres seres vivientes, estas criaturas de Dios, sin apoyo desde entonces, sin guía, sin asilo, marcharon a merced del azar, ¿quién sabe adónde?, cada uno por su lado, quizá, sumergiéndose poco a poco en esa fría bruma en la que se sepultan los destinos solitarios, tenebrosas tinieblas en las que desaparecen sucesivamente tantas cabezas infortunadas, en la sombría marcha del género humano. Abandonaron aquella región. El campanario de lo que había sido su pueblo los olvidó; el límite de lo que había sido su campo los olvidó; después de algunos años de permanencia en la prisión, Jean Valjean mismo los olvidó. En aquel corazón, donde había existido una herida, había una cicatriz. Aquello fue todo. Apenas, durante todo el tiempo que pasó en Tolón, oyó hablar una sola vez de su hermana. Era, creo, hacia el final del cuarto año de su cautividad. No sé por qué conducto recibió las noticias. Alguien, que los había conocido en su comarca, había visto a su hermana. Estaba en París. Vivía en una pobre calle, cerca de Saint-Sulpice, en la calle del Geindre. No tenía consigo más que a un niño, el último. ¿Dónde estaban los otros seis? Quizá ni siquiera ella misma lo sabía. Todas las mañanas iba a una imprenta de la calle del Sabot, n.º 3, donde era plegadora y encuadernadora. Era preciso estar allí a las seis de la mañana, mucho antes de ser de día en invierno. En el mismo edificio de la imprenta había una escuela, a la cual llevaba a su hijo, que tenía siete años. Pero, como ella entraba en la imprenta a las seis, y la escuela no abría hasta las siete, el niño tenía que esperar una hora en el patio, hasta que se abriese; en invierno, una hora de noche y al descubierto. No querían que el niño entrara en la imprenta, porque molestaba, según decían. Los obreros veían a esta criatura, al pasar por la mañana, sentada en el suelo, cayéndose de sueño y, muchas veces, dormido en la oscuridad, acurrucado sobre su cestito. Los días de lluvia, una viejecita, la portera, tenía piedad de él; le recogía en su covacha, donde no había más que una pobre cama, una rueca y dos taburetes; el pobrecillo se dormía allí, en un rincón, arrimándose

al gato para sentir menos frío. A las siete se abría la escuela y entraba. Esto fue lo que le dijeron a Jean Valjean. Ocupó su ánimo esta noticia un día, es decir, un momento, un relámpago, como una ventana abierta bruscamente al destino de los seres que había amado. Después se cerró la ventana; no se volvió a hablar más, y todo se acabó. Nada más supo de ellos; no los volvió a ver; jamás los encontró; ni tampoco los encontraremos en la continuación de esta dolorosa historia.

Hacia el final de este cuarto año, le llegó su turno para la evasión. Sus compañeros le ayudaron, como suele hacerse en aquella triste mansión. Se evadió. Erró durante dos días en libertad por el campo; si es ser libre estar perseguido; volver la cabeza a cada instante; estremecerse al menor ruido; tener miedo de todo, del techo que humea, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que suena, del día porque se ve, de la noche porque no se ve, del camino, del sendero, de los árboles, del sueño. En la noche del segundo día fue apresado. No había comido ni dormido desde hacía treinta y seis horas. El tribunal marítimo le condenó, por aquel delito, a un recargo de tres años, con lo cual eran ocho los de pena. Al sexto año, le llegó de nuevo el turno de evadirse; aprovechó de él, pero no pudo consumir su huida. Había faltado a la lista. Disparó el cañonazo y, por la noche, la ronda le encontró escondido bajo la quilla de un barco en construcción; ofreció resistencia a los guardias que le prendieron: evasión y rebelión. Este hecho, previsto por el código especial, fue castigado con un recargo de cinco años, de los cuales dos bajo doble cadena. Trece años. Al décimo, le llegó otra vez su turno y lo aprovechó, pero no salió mejor librado. Tres años más, por aquella nueva tentativa. Dieciséis años. Finalmente, en el año decimotercero, según creo, intentó de nuevo su evasión y fue cogido cuatro horas más tarde. Tres años más, por estas cuatro horas. Diecinueve años. En octubre de 1815, fue liberado; había entrado en presidio en 1796, por haber roto un vidrio y haber robado un pan.

Hagamos aquí un corto paréntesis. Es la segunda vez que el autor de este libro, en sus estudios sobre la cuestión penal y sobre las condenas, encuentra el robo de un pan como punto de partida del desastre de una vida, Claude Gueux había robado un pan; Jean Valjean había robado un pan. Una estadística inglesa demuestra que, en Londres, de cada cinco robos, cuatro tienen por causa inmediata el hambre.

Jean Valjean había entrado en el presidio sollozando y temblando; salió de él impasible. Había entrado desesperado, salió de él sombrío.

¿Qué había pasado en su alma?

VII

El interior de la desesperación

Tratemos de explicarlo.

Es preciso que la sociedad se fije en estas cosas, puesto que es ella quien las produce.

Como ya hemos dicho, Jean Valjean era un ignorante; pero no era un imbécil. La luz natural ardía en su interior. La desgracia, que tiene también su luz, aumentó la poca claridad que había en aquel espíritu. Bajo la influencia de los golpes, de la cadena del calabozo, de la fatiga bajo el ardiente sol del presidio, en el lecho de tablas de los presidiarios, se replegó en su conciencia y reflexionó.

Se constituyó en tribunal.

Empezó a juzgarse.

Reconoció que no era un inocente castigado injustamente. Se confesó que había cometido una acción vituperable; que quizá no le habría sido negado el pan, si lo hubiera pedido; que, en cualquier caso, hubiera sido mejor esperar para conseguir piedad o trabajo; que no es una razón que no tenga réplica el decir: ¿se puede esperar, cuando se tiene hambre? Que es muy raro el caso de un hombre que muera literalmente de hambre; también que, afortunada o desgraciadamente, el hombre está hecho de tal forma que puede sufrir mucho y por mucho tiempo, moral y físicamente, sin morir; que le era preciso haber tenido paciencia; que hubiera sido mejor, incluso para aquellos pobres niños; que era un acto de locura para él, desgraciado hombre vil, coger violentamente a la sociedad entera por el cuello y figurarse que se puede salir de la miseria por medio del robo; que, en todo caso, era una mala puerta para salir de la miseria aquella a través de la cual se entra en la infamia; y, en fin, que se había equivocado.

Luego, se preguntó si era él el único que había obrado mal en su fatal asunto; si, en principio, no era una cosa grave que él, trabajador, careciese de trabajo, que él, laborioso, careciese de pan. Si, además, cometida y confesada la falta, el castigo no había sido feroz y extremado; si no había más abuso por parte de la ley en la pena que

por parte del culpable en la culpa; si no había un exceso de peso en uno de los platillos de la balanza, en el de la expiación. Si el recargo de la pena no llegaba a borrar el delito mismo, produciendo este resultado: cambiar por completo la situación, reemplazar la culpa del delincuente por la culpa de la represión, transformar al culpable en víctima y al deudor en acreedor, y poner definitivamente al derecho de la parte de aquel que lo había violado. Si esta pena, complicada con recargos sucesivos por las tentativas de evasión, no acababa por ser una especie de atentado del fuerte contra el débil, un crimen de la sociedad contra el individuo, un crimen que se cometía todos los días, un crimen que duraba diecinueve años.

Se preguntó si la sociedad humana podía tener el derecho de hacer sufrir igualmente a sus miembros, en un caso su imprevisión irracional, y en otro su previsión despiadada, y apoderarse para siempre de un pobre hombre entre un defecto y un exceso: defecto de trabajo y exceso de castigo. Si no era exorbitante que la sociedad tratara así precisamente a sus miembros peor dotados en el reparto que hace el azar y, por consiguiente, los más dignos de consideración.

Presentadas y resueltas estas cuestiones, juzgó a la sociedad y la condenó.

La condenó a su odio.

La hizo responsable de la suerte que él sufría, y se dijo que no vacilaría en pedirle cuentas algún día. Se declaró a sí mismo que no había equilibrio entre el mal que había causado y el que había recibido; concluyó, al fin, que su castigo no era precisamente una injusticia, pero era seguramente una iniquidad.

La cólera puede ser loca y absurda, el hombre puede irritarse injustamente, pero no se indigna más que cuando, en el fondo, tiene razón por algún lado. Jean Valjean se sentía indignado.

Además, la sociedad humana no le había hecho sino daño. No había visto de ella más que esa fisonomía iracunda que se llama injusticia, y que muestra a aquellos a quienes golpea. Los hombres no le habían tocado más que para maltratarle. Todo contacto que con ellos había tenido había sido una herida. Nunca, desde su infancia, exceptuando a su madre y a su hermana, había encontrado una palabra amiga, una mirada benévola. De sufrimiento en sufrimiento, llegó poco a poco a esta convicción de que la vida era una guerra y de que, en esta guerra, él era el vencido. No tenía otras armas que su odio. Resolvió aguzarlo en el presidio y llevarlo consigo a su salida.

Había en Tolón una escuela para los presidiarios, dirigida por los hermanos Ignorantinos, en la cual se enseñaba lo más preciso a los desgraciados que tenían, por su parte, buena voluntad. Fue a la escuela, a los cuarenta años, y aprendió a leer, a escribir y a contar. Sintió que fortificar su inteligencia era fortificar su odio. En algunos casos la instrucción y la luz pueden servir de auxiliares al mal.

Es triste tener que decirlo, después de haber juzgado a la sociedad, que había hecho su desgracia, juzgó a la Providencia, que había hecho la sociedad.

También la condenó.

Así, durante diecinueve años de tortura y de esclavitud, aquella alma se elevó y decayó al mismo tiempo. Entraron en ella la luz por un lado y las tinieblas por otro.

Jean Valjean no era, como se ha visto, de naturaleza malvada. Aún era bueno cuando entró en el presidio. Allí condenó a la sociedad y sintió que se iba volviendo malo; allí condenó a la Providencia y sintió que iba volviéndose impío.

Aquí es difícil pasar adelante sin meditar un instante.

¿Puede transformarse la naturaleza humana completamente? ¿El hombre, creado bueno por Dios, puede ser convertido en malo por el hombre? ¿Puede el alma ser rehecha enteramente por el destino, y volverse mala si es malo el destino? ¿Puede el corazón deformarse y contraer dolencias incurables bajo la presión de una desgracia desproporcionada, como la columna vertebral bajo una bóveda demasiado baja? ¿No hay en cualquier alma humana, no había en la de Jean Valjean en particular, una chispa primitiva, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien pueda desarrollar, fortalecer, purificar y hacer brillar esplendorosamente, y que el mal nunca pueda apagar?

Todas estas son preguntas graves y oscuras, a la última de las cuales todo fisiólogo hubiera probablemente respondido «no», y sin dudar, si hubiese visto en Tolón a Jean Valjean, en las horas de descanso, que eran las de meditación, sentado, con los brazos cruzados, apoyado en algún cabrestante, con el extremo de su cadena metida en el bolsillo para impedir que arrastrase, a ese presidiario triste, serio, pensativo, silencioso, paria de las leyes, que miraba al hombre con cólera, condenado por la civilización, que miraba al cielo con severidad.

Ciertamente, y no tratamos de disimularlo, el fisiólogo observador habría visto allí una miseria irremediable, habría compadecido tal vez a este enfermo del mal causado por la ley, pero no habría tratado siquiera de curarle; habría apartado la mirada de las cavernas que hubiese llegado a entrever en aquella alma; y como Dante en las puertas del infierno, habría borrado de esa existencia la palabra que el dedo de Dios ha escrito en la frente de todo hombre: ¡Esperanza!

Este estado de su alma, que hemos tratado de analizar, ¿era tan claro para Jean Valjean como nosotros procuramos presentarlo a los que nos leen? ¿Veía distintamente Jean Valjean, a medida que se formaban, y aun después de su formación, todos los elementos de que se componía su miseria moral? ¿Se había explicado claramente este hombre, rudo e ignorante, la sucesión de ideas por medio de la cual, escalón por escalón, había subido y bajado hasta los lúgubres espacios que eran, desde hacía tantos años, el horizonte interior de su espíritu? ¿Tenía conciencia de todo lo que había pasado en él y de todas las emociones que experimentaba? Esto es lo que nosotros no nos atrevemos a decir, e incluso lo que no creemos. Había demasiada ignorancia en Jean Valjean para que, incluso después de tantas desgracias,

no quedase mucha vaguedad en su espíritu. A veces, ni aun sabía exactamente lo que por él pasaba. Jean Valjean estaba en las tinieblas; sufría en las tinieblas; odiaba en las tinieblas; hubiérase podido decir que odiaba todo lo que pudiera tener delante. Vivía habitualmente en esta sombra, tanteando como un ciego y como un soñador. Únicamente, a intervalos, recibía súbitamente, de sí mismo o del exterior, un impulso de cólera, un aumento del sufrimiento, un pálido relámpago que iluminaba totalmente su alma, y presentaba bruscamente a su alrededor, y entre los resplandores de una luz horrible, los negros precipicios y las sombrías perspectivas de su destino.

Pero pasaba el relámpago, venía la noche y ¿dónde estaba él? Ya no lo sabía.

La consecuencia inmediata de las penas de esta naturaleza, en las cuales domina lo implacable, es decir, lo que embrutece, es transformar poco a poco, con una especie de transfiguración estúpida, a un hombre en una bestia salvaje. Las tentativas de evasión de Jean Valjean, sucesivas y obstinadas, bastarían para probar esta extraña influencia de la ley penal sobre el alma humana. Jean Valjean habría renovado estas tentativas, tan inútiles y tan temerarias, cuantas veces se hubiese presentado la ocasión, sin pensar por un instante en el resultado, ni en las experiencias adquiridas. Se escapaba impetuosamente, como el lobo que encuentra abierta la jaula. El instinto le decía: ¡escapa! La razón le hubiera dicho: ¡espera! Pero, ante una tentación tan violenta, había desaparecido el razonamiento; no quedaba más que el instinto. Únicamente obraba la bestia. Cuando le apresaban de nuevo, las nuevas severidades que le infligían no servían más que para aumentar su irritación.

Un detalle que no debemos omitir es la fuerza física de la que estaba dotado, que no poseía, ni con mucho, ninguno de sus compañeros de presidio. En el trabajo para tirar de un cable, para girar una cabria, Jean Valjean valía por cuatro hombres. Levantaba y sostenía enormes pesos sobre su espalda y reemplazaba, en algunas ocasiones, al instrumento llamado gato, o cric, que antiguamente se llamaba orgullo (orgueil), de donde ha tomado su nombre, dicho sea de paso, la calle de Montorgueil, cerca del mercado de París. Sus compañeros le apodaban Jean-le-Cric. Una vez que se estaba reparando el balcón del Ayuntamiento de Tolón, una de las admirables caríatides de Puget que sostienen este balcón se separó y estuvo a punto de caer. Jean Valjean, que se encontraba allí, sostuvo la caríatide con los hombros y dio tiempo para que llegaran los obreros.

Su agilidad era aún mayor que su vigor. Algunos forzados, fraguadores perpetuos de evasiones, concluyen por hacer de la fuerza y la destreza combinadas una verdadera ciencia: la ciencia de los músculos. Toda una estática misteriosa se practica cotidianamente entre los prisioneros, estos eternos envidiosos de las moscas y de los pájaros. Subir por una vertical y encontrar puntos de apoyo donde no había apenas un saliente era un juego para Jean Valjean. Por el ángulo de un muro, con la tensión de la espalda y de los jarretes, con los codos y los talones encajados en las asperezas de la

pie, se izaba mágicamente a un tercer piso. Algunas veces, subía de este modo hasta el tejado de la prisión.

Hablaba poco. No reía nunca. Era necesaria una emoción extrema para arrancarle, una o dos veces al año, esa lúgubre risa del forzado que es como un eco de la risa del demonio. Parecía ocupado siempre en mirar algo terrible.

Estaba siempre absorto, en efecto.

A través de las percepciones defectuosas de una naturaleza incompleta y de una inteligencia oprimida, sentía confusamente que algo monstruoso se cernía sobre él. En esta penumbra oscura y tenebrosa en que se arrastraba, cada vez que volvía la cabeza y trataba de elevar sus miradas veía, con miedo y furor al mismo tiempo, alzarse y desaparecer en las alturas un montón confuso y repugnante de cosas, de leyes y de preocupaciones, de hombres y de hechos, cuyos contornos no podía descubrir, cuya masa le asustaba, y que no era más que esta prodigiosa pirámide que llamamos civilización. Distinguía aquí y allá en esa confusión movediza y deforme, ya a su lado, ya lejos en llanuras inaccesibles, algún grupo, algún detalle vivamente iluminado, aquí el cabo con su vara, allí el gendarme con su sable, allá el arzobispo con su mitra, en lo más alto, como una especie de sol, el emperador coronado y deslumbrante. Le parecía que estos resplandores lejanos, lejos de disipar su noche, la hacían más fúnebre y más negra. Todo esto, leyes, prejuicios, hechos, hombres, cosas, iba y venía por encima de él, según el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime a la civilización, pasando sobre él y aplastándole con no sé qué de apacible en la crueldad y de inexorable en la indiferencia. Almas caídas al fondo del mayor infortunio, desgraciados hombres perdidos en lo más bajo de aquellos limbos adonde nadie dirige una mirada, los reprobados por la ley sienten gravitar sobre su cabeza el peso de esta sociedad humana, tan formidable para el que está fuera, tan terrible para el que está debajo.

En esta situación, Jean Valjean meditaba, y ¿cuál podía ser la naturaleza de su meditación?

Si el grano de mijo colocado bajo la rueda de molino pudiese pensar, pensaría indudablemente lo mismo que Jean Valjean.

Todas estas cosas, realidades llenas de espectros, fantasmagorías llenas de realidades, habían terminado por crear en él un estado interior indescriptible.

Con frecuencia, en medio de su trabajo en la prisión, se detenía. Se ponía a pensar. Su razón, a la vez más madura y más turbada que en otro tiempo, se rebelaba. Todo lo que le había sucedido le parecía absurdo, todo lo que le rodeaba le parecía imposible. Se decía: es un sueño. Miraba al cómitre, de pie a pocos pasos de él; le parecía un fantasma; de repente, el fantasma le daba un bastonazo.

La naturaleza visible apenas existía para él. Casi sería verdad decir que no había para Jean Valjean ni sol, ni hermosos días de verano, ni cielo radiante, ni frescas auroras de abril. No sé qué claraboya alumbraba su alma habitualmente.

Para resumir, finalmente, lo que puede ser resumido y traducido en resultados positivos de todo lo que acabamos de señalar, nos limitaremos a constatar que, en diecinueve años, Jean Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el temible presidiario de Tolón, había llegado a ser capaz, gracias a la formación que le había dado el presidio, de dos clases de malas acciones: una era rápida, irreflexiva, llena de aturdimiento, toda instinto, especie de represalia por el daño sufrido, la otra era grave, seria, debatida a conciencia y meditada con las ideas falsas que puede dar una desgracia semejante. Sus premeditaciones pasaban por tres fases sucesivas, que las naturalezas de un cierto temple pueden recorrer: razonamiento, voluntad, obstinación. Tenía por móviles la indignación habitual, la amargura del alma, el profundo sentimiento de las iniquidades sufridas, la reacción, incluso contra los buenos, los inocentes y los justos, si los hay. El punto de partida y de llegada de todos sus pensamientos era el odio de la ley humana; ese odio que, si no es detenido en su desarrollo por algún incidente providencial, llega a ser, al cabo de cierto tiempo, el odio a la sociedad, luego el odio al género humano, después el odio a la Creación, y se traduce por un vago, incesante y brutal deseo de hacer daño no importa a quién, a un ser vivo cualquiera. Como se ve, no era sin razón que el pasaporte especial calificaba a Jean Valjean de «hombre muy peligroso».

De año en año, esta alma se había secado cada vez más, lenta pero fatalmente. A corazón seco, ojos secos. A su salida del presidio, hacía diecinueve años que no había derramado ni una sola lágrima.

VIII

La ola y la sombra

¡Un hombre al mar!

¡Qué importa! El navío no se detiene por esto. El viento sopla; la sombría nave tiene un camino trazado, que debe recorrer necesariamente. Y pasa.

El hombre desaparece, luego reaparece, se sumerge y sale de nuevo a la superficie, llama, extiende los brazos, no le oyen; el navío, estremeciéndose bajo el huracán, continúa sus maniobras, los marineros y los pasajeros no ven al hombre sumergido; su miserable cabeza no es más que un punto en la enormidad de las olas.

Lanza gritos desesperados en las profundidades. Esa vela que se aleja parece un espectro. La mira, la contempla frenéticamente. Pero la vela se aleja, decrece, desaparece. Allí estaba él hacía un momento, formaba parte de la tripulación, iba y venía sobre el puente con los demás, tenía su parte de respiración y de sol, era un ser vivo. Ahora, ¿qué ha sucedido? Resbaló, cayó. Todo ha terminado.

Se encuentra sumergido en la monstruosidad de las aguas. Bajo sus pies no hay más que olas que huyen y se desploman. Las olas, rotas y rasgadas por el viento, le rodean espantosamente; los vaivenes del abismo le arrastran; los harapos del agua se agitan alrededor de su cabeza; una turba de olas escupe sobre él; confusas cavernas amenazan devorarlo; cada vez que se hunde entrevé precipicios llenos de oscuridad; terribles vegetaciones desconocidas le sujetan, le atan los pies, le atraen; siente que se convierte en abismo, que forma parte de la espuma, que las olas se lo lanzan de una a otra; bebe toda su amargura; el océano traidor se encarniza con él para ahogarlo; la inmensidad juega con su agonía. Parece que toda el agua se ha convertido en odio.

Pero lucha, sin embargo; trata de defenderse, trata de sostenerse, hace esfuerzos, nada. Él, pobre fuerza agotada ya, combate contra lo inagotable.

¿Dónde está el navío? Allá, a lo lejos. Apenas visible en las pálidas tinieblas del horizonte.

Las ráfagas soplan; las espumas le cubren. Levanta la mirada y no ve más que la lividez de las nubes. Asiste, agonizando, a la inmensa demencia del mar. La locura de

las olas es su suplicio. Oye ruidos extraños al hombre, que parecen venir de más allá de la tierra; de un lugar desconocido y horrible.

Hay pájaros en las nubes, lo mismo que hay ángeles por encima de las miserias humanas; pero ¿qué pueden hacer por él? Ellos vuelan, cantan y se ciernen en los aires, y él agoniza.

Se siente sepultado entre dos infinitos, el océano y el cielo; uno es su tumba, el otro es su mortaja.

La noche desciende; hace ya horas que nada; sus fuerzas se agotan; aquel navío, aquella cosa lejana donde había hombres, ha desaparecido. Se encuentra solo en el formidable antro crepuscular, se sumerge, se estira, se retuerce, siente debajo de sí los vagos monstruos de lo invisible; grita.

Ya no hay hombres. ¿Dónde está Dios?

Llama. ¡Alguien! ¡Alguien! Llama sin cesar.

Nada en el horizonte. Nada en el cielo.

Implora al espacio, a la ola, a las algas, al escollo; todo ensordece. Suplica a la tempestad; la tempestad, imperturbable, no obedece más que al infinito.

A su alrededor, la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso e inconsciente, el repliegue indefinido de las aguas feroces. Dentro de sí, el horror y la fatiga. Debajo de él, el abismo sin un punto de apoyo. Imagina las aventuras tenebrosas del cadáver en medio de la sombra ilimitada. El frío sin fondo le paraliza. Sus manos se crispan, se cierran y apresan la nada. Vientos, nubarrones, torbellinos, estrellas inútiles. ¿Qué hacer? El desesperado se abandona; quien está cansado toma el partido de morir, se deja llevar, se entrega a su suerte, y rueda para siempre en las lúgubres profundidades del abismo.

¡Oh, destino implacable de las sociedades humanas! ¡Pérdidas de hombres y de almas en vuestro camino! ¡Océano en el que cae todo lo que la ley deja caer! ¡Desaparición siniestra del socorro! ¡Oh, muerte moral!

El mar es la inexorable noche social donde la penalidad arroja a sus condenados. El mar es la miseria inmensa.

El alma, naufragando en este abismo, puede convertirse en un cadáver. ¿Quién la resucitará?

IX

Nuevos agravios

Cuando llegó la hora de la salida del presidio, cuando Jean Valjean oyó resonar en sus oídos esas palabras extrañas, «¡Eres libre!», el momento fue inverosímil e inaudito; un rayo de viva luz, un rayo de la verdadera luz de los vivos, penetró súbitamente en él. Pero aquel rayo no tardó en palidecer. Jean Valjean se había deslumbrado con la idea de la libertad. Había creído en una vida nueva. Vio enseguida lo que era una libertad con pasaporte amarillo.

Alrededor de esto, ¡cuántas amarguras le esperaban! Había calculado que su masita, durante su estancia en presidio, se habría elevado a ciento sesenta y un francos. Pero justo es añadir que había olvidado, en sus cálculos, el reposo forzado de los domingos y días de fiesta, que en diecinueve años suponían una disminución de veinticuatro francos, aproximadamente. Además, esta masita había sido reducida, por diversas retenciones locales, a la suma de ciento nueve francos y quince sueldos, que le entregaron a la salida.

Pero él no comprendía esto, y se creía perjudicado. Digamos la palabra: robado.

Al día siguiente de su libertad, en Grasse, vio, delante de la puerta de una destilería de flores de naranjo, algunos hombres que descargaban unos fardos. Ofreció sus servicios. El trabajo apremiaba y fue aceptado. Puso manos a la obra. Era inteligente, robusto y ágil; trabajaba perfectamente; el amo parecía estar contento. Mientras trabajaba, pasó un gendarme, le observó y le pidió sus papeles. Fue preciso mostrar el pasaporte amarillo. Hecho esto, Jean Valjean continuó su trabajo. Un poco antes, había preguntado a un compañero cuánto ganaba diariamente en aquel trabajo; le habían respondido: «Treinta sueldos». Llegó la tarde y, como debía partir al día siguiente, se presentó al dueño de la destilería y le rogó que le pagase. El dueño no profirió palabra y le entregó veinticinco sueldos. Reclamó y le respondieron: «Bastante es esto para ti». Insistió. El amo le miró fijamente, y le dijo: «¡Cuidado con la cantera!».

También allí se creyó robado.

La sociedad, el Estado, disminuyéndole su masita, le había robado en grande. Ahora le tocaba al individuo, que le robaba en pequeño.

La liberación no es la libertad. Se sale de la cárcel, pero no de la condena.

Esto era lo que le había sucedido en Grasse.

Ya hemos visto de qué modo le acogieron en Digne.

X

El hombre despierto

Daban las dos en el reloj de la catedral cuando Jean Valjean se despertó.

Lo que le despertó fue que el lecho era demasiado bueno. Hacía veinte años que no se acostaba en una cama y, aunque no se hubiese desnudado, la sensación era demasiado nueva para no turbar su sueño.

Había dormido más de cuatro horas. Su fatiga había desaparecido. Estaba acostumbrado a no dedicar muchas horas al reposo.

Abrió los ojos y miró un momento en la oscuridad a su alrededor; luego, volvió a cerrarlos para dormirse de nuevo.

Cuando durante la jornada muchas situaciones diversas han agitado el ánimo, cuando muchas cosas preocupan el espíritu, el hombre se duerme; pero una vez despierto no vuelve a dormirse. Conciliar el sueño es más fácil que recuperarlo. Esto es lo que le sucedió a Jean Valjean. No pudo volver a dormirse y se puso a pensar.

Se encontraba en uno de esos momentos en que todas las ideas que tiene el espíritu quedan turbadas. Tenía una especie de oscuro vaivén en el cerebro. Sus recuerdos anteriores y sus recuerdos inmediatos flotaban revueltos en su cabeza y se cruzaban confusamente, perdiendo sus formas, creciendo desmesuradamente, luego desapareciendo de repente como en un agua fangosa y agitada. Muchos pensamientos le acosaban, pero había uno que le perseguía continuamente y expulsaba a los demás. Vamos a manifestar enseguida este pensamiento: Había reparado en los seis cubiertos de plata y el cucharón que la señora Magloire había colocado en la mesa.

Estos seis cubiertos de plata le perseguían, le obsesionaban. Estaban allí. A pocos pasos. En el instante en que había atravesado la habitación de al lado, para llegar a la suya, la anciana sirvienta los estaba colocando en un cajoncito, a la cabecera de la cama. Se había fijado muy bien en aquel cajoncito. A la derecha, entrando por el comedor. Eran macizos. Y de plata antigua. Junto con el cucharón, valdrían lo menos

doscientos francos. El doble de lo que había ganado en diecinueve años. Verdad es que hubiera ganado más si la administración no le hubiese robado.

Su espíritu osciló, durante una hora entera, en fluctuaciones en las que había alguna lucha. Dieron las tres. Abrió los ojos, se incorporó bruscamente en la cama, extendió el brazo y buscó a tientas el morral que había dejado en un rincón de la alcoba; luego dejó caer sus piernas, puso los pies en el suelo, y casi sin saber cómo, se encontró sentado en la cama.

Quedó durante algún tiempo pensativo en aquella actitud, que hubiera parecido siniestra a todo el que le hubiera observado en aquella oscuridad, única persona despierta en la casa dormida. De repente se quitó los zapatos y los dejó suavemente en la estera, cerca de la cama; luego, recobró su postura de meditación y quedóse inmóvil.

En medio de aquella horrible meditación, las ideas que hemos dicho asaltaban sin descanso su cerebro, entraban, salían, volvían a entrar formando una especie de peso sobre él; y además, pensaba también, sin saber por qué y con esa obstinación maquina propia del delirio, en un forzado llamado Brevet, al que había conocido en el presidio, y cuyo pantalón estaba sujeto solamente por un tirante de algodón de punto. El dibujo a cuadros de aquel tirante se le presentaba sin cesar en la mente.

Seguía en esta situación, y hubiese permanecido en ella hasta la llegada del día, si el reloj no hubiese dado una campanada —el cuarto o la media—. Pareció que aquella campanada le hubiera dicho: ¡Vamos!

Se puso en pie, dudó aún un momento y escuchó; todo estaba en silencio en la casa; entonces, se dirigió a cortos pasos y directamente hacia la ventana, guiado por la luz que penetraba por entre las rendijas. La noche no era muy oscura; había luna llena, sobre la cual pasaban gruesas nubes impulsadas por el viento. Aquello producía, en el exterior, alternativas de luz y de sombra, eclipses, luego claridades, y, por dentro, una especie de crepúsculo. Aquel crepúsculo, suficiente para servir de guía, intermitente a causa de las nubes, se asemejaba a los tintes lívidos que penetran por la claraboya de un sótano sobre la cual van y vienen los transeúntes. Cuando llegó a la ventana, Jean Valjean la examinó. No tenía reja, daba al jardín y no estaba cerrada, según la costumbre de la región, más que con un pestillo. La abrió, pero el aire frío y penetrante que entró bruscamente en la alcoba le obligó a cerrarla inmediatamente. Miró el jardín, con esa mirada atenta que estudia más que mira. El jardín estaba cercado con una pared blanca bastante baja, fácil de escalar. Al fondo, más allá, distinguió las copas de unos árboles, igualmente espaciados, lo que indicaba que aquel muro separaba el jardín de alguna avenida, o de una callejuela arbolada.

Después de haber echado esta mirada, y con el ademán de un hombre resuelto, volvió a la cama, tomó su morral, lo abrió, lo registró, sacó de él algo que dejó sobre el lecho, puso sus zapatos en uno de sus bolsillos, cerró el saco y se lo echó a la espalda;

se cubrió con la gorra, bajando la visera hasta los ojos, buscó a tientas su palo y fue a dejarlo en el ángulo de la ventana; después, volvió a la cama y cogió resueltamente el objeto que había dejado allí. Parecía una barra de hierro corta, aguzada como un chuzo en una de sus extremidades.

En las tinieblas, hubiera resultado difícil distinguir para qué servía aquel pedazo de hierro. ¿Era quizás una palanca? ¿Era una maza?

Visto a la luz, hubiera podido distinguirse que no era más que una punterola de mina. Los presidiarios la empleaban algunas veces para extraer piedras de las colinas que rodean Tolón, y no es, por lo tanto, extraño que tuvieran a su disposición útiles de minería. Las punterolas de los mineros son de hierro macizo, terminadas en su extremo inferior en una punta, por medio de la cual se las hunde en la roca.

Tomó la punterola con la mano derecha y, conteniendo el aliento y andando en silencio, se dirigió hacia la puerta de la habitación contigua, en la que se hallaba el obispo, como ya sabemos. Al llegar a esta puerta, la encontró entornada. El obispo no la había cerrado.

XI

Lo que hace

Jean Valjean escuchó. No se oía ruido alguno.

Empujó la puerta.

La empujó con un solo dedo, ligeramente, con la suavidad furtiva e inquieta de un gato que quiere entrar.

La puerta cedió bajo la presión e hizo un movimiento imperceptible y silencioso que ensanchó un poco la abertura.

Esperó un momento, luego empujó la puerta por segunda vez, con mayor atrevimiento.

La puerta cedió en silencio. La abertura era suficientemente grande, ahora, como para permitirle pasar. Pero había cerca de la puerta una mesita que formaba con ella un ángulo, impidiendo la entrada.

Jean Valjean reconoció la dificultad. Era absolutamente preciso ensanchar la abertura.

Se decidió y la empujó por tercera vez, con más energía que las anteriores. Esta vez un gozne mal untado de aceite dejó oír de repente en aquella oscuridad un crujido ronco y prolongado.

Jean Valjean se estremeció. El ruido de aquel gozne resonó en sus oídos con un eco formidable y vibrante, como el clarín del juicio final.

En el terror fantástico del primer momento, casi se figuró que aquel gozne se animaba y recibía una vida terrible, y que ladraba como un perro para advertir a todo el mundo y despertar a los que dormían.

Se detuvo, temblando, azorado, y el peso de su cuerpo se desplazó de las puntas de los pies a los talones. Oía latir sus arterias en sus sienes, como dos martillos de fragua, y le pareció que el aliento salía de su pecho con el ruido del viento que sale de una caverna. Le parecía imposible que el horrible clamor de aquel gozne irritado no hubiera estremecido la casa entera, como la sacudida de un temblor de tierra; la puerta, empujada por él, había dado la voz de alarma, y había llamado; el anciano iba

a levantarse, las dos mujeres gritarían, recibirían auxilio y, antes de un cuarto de hora, el pueblo entero estaría en movimiento y la gendarmería en pie. Por un momento, se creyó perdido.

Permaneció inmóvil donde estaba, petrificado como la estatua de sal, sin atreverse a hacer movimiento alguno.

Transcurrieron algunos minutos. La puerta se había abierto de par en par. Se aventuró a mirar la habitación. Nada se había movido. Aguzó el oído. Nada se movía en la casa. El ruido del gozne mohoso no había despertado a nadie.

Aquel primer peligro había pasado, pero Jean Valjean se hallaba sobrecogido. Sin embargo, no retrocedió. Incluso cuando se creyó perdido, tampoco retrocedió. Sólo pensó en acabar cuanto antes. Dio un paso y entró en la habitación.

Aquella habitación se hallaba sumida en una calma absoluta. Aquí y allá, distinguíanse formas confusas y vagas que, a la luz, eran papeles esparcidos sobre una mesa, libros abiertos, volúmenes apilados sobre un taburete, un sillón con ropas, un reclinatorio; pero que, a aquella hora, no eran más que rincones tenebrosos y espacios blanquecinos. Jean Valjean avanzó con precaución, evitando tropezar con los muebles. Al fondo de la habitación oía la respiración pausada y tranquila del obispo dormido.

Se detuvo de repente. Estaba cerca de la cama. Había llegado antes de lo que suponía.

La Naturaleza mezcla algunas veces sus efectos y sus espectáculos con nuestras acciones, con una especie de propósito sombrío e inteligente, como si quisiera hacernos reflexionar. Desde hacía cerca de media hora, una gran nube cubría el cielo. En el momento en que Jean Valjean se detuvo frente a la cama, la nube se abrió, como si hubiera estado esperando aquel instante, y un rayo de luna, atravesando la larga ventana, fue a iluminar súbitamente el rostro pálido del obispo. Dormía apaciblemente. Estaba medio vestido, a causa de las noches frías de los Bajos Alpes, con un traje de lana oscura que le cubría los brazos hasta las muñecas. Su cabeza estaba vuelta sobre la almohada, en la abandonada actitud del reposo; dejaba colgar, fuera del lecho, su mano adornada con el anillo pastoral, y de la que habían brotado tantas buenas obras y santas acciones. Todo su rostro estaba iluminado con una vaga expresión de satisfacción, de esperanza, de beatitud. Era más que una sonrisa, casi un resplandor. Sobre su frente tenía la inexpresable reverberación de una luz que no se veía. El alma de los justos durante el sueño contempla un cielo misterioso.

Un reflejo del cielo se extendía sobre el rostro del obispo.

Era, al mismo tiempo, una transparencia luminosa, pues este cielo estaba en su interior. Este cielo era su conciencia.

En el momento en que el rayo de luna vino a superponerse, por decirlo así, a esa claridad interior, el obispo dormido apareció como en una gloria; pero quedó, no obstante, velado por una inefable media luz. Aquella luna en el cielo, aquella

naturaleza adormecida, aquel jardín sin un estremecimiento, aquella casa tan tranquila, la hora, el momento, el silencio, añadían un no sé qué de solemne e indecible al venerable reposo de aquel santo, y rodeaban con una especie de aureola majestuosa y serena los cabellos blancos y los ojos cerrados, ese rostro donde todo era esperanza y donde todo era confianza, esa cabeza de anciano y ese sueño de niño.

Había casi divinidad en aquel hombre tan augusto sin él saberlo.

Jean Valjean estaba en la sombra, con su punterola de hierro en la mano, en pie, inmóvil, azorado ante aquel anciano resplandeciente. Jamás había visto nada semejante. Esa intimidad le asustaba. El mundo moral no puede presentar espectáculo más grande: una conciencia turbada e inquieta, próxima a cometer una mala acción, y contemplando el sueño de un justo.

Este sueño, en aquel aislamiento, y con un vecino como él, tenía algo de sublime, que él sentía vaga pero imperiosamente.

Nadie hubiera podido decir lo que pasaba en aquel momento por aquel hombre; ni aun él mismo lo sabía. Para tratar de expresarlo es preciso combinar mentalmente lo más violento con lo más suave. En su mismo rostro, no era posible distinguir nada con certeza. Era una especie de asombro esquivo. Contemplaba aquella escena. Eso era todo. ¿Pero cuál era su pensamiento? Hubiera sido imposible adivinarlo. Lo que era evidente es que estaba conmovido y trastornado. ¿Pero de qué naturaleza era esta emoción?

Su mirada no se apartaba del anciano. La única cosa que se desprendía claramente de su actitud y de su fisonomía era una extraña indecisión. Hubiérase dicho que dudaba entre los dos abismos, aquel en que estaba la perdición y aquel otro en que estaba la salvación. Parecía dispuesto a romper aquel cráneo o a besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes, su brazo izquierdo se levantó hacia su frente y se sacó la gorra; luego, su brazo cayó con la misma lentitud y Jean Valjean volvió a su contemplación, con la gorra en su mano izquierda, la barra en la derecha y los cabellos erizados sobre su tenebrosa frente.

El obispo continuaba durmiendo en una paz profunda, bajo aquella temible mirada.

Un reflejo de luna hacía visible, confusamente, encima de la chimenea, el crucifijo que parecía abrir los brazos a ambos, con una bendición para uno y un perdón para otro.

De repente, Jean Valjean volvió a ponerse la gorra, pasó rápidamente a lo largo de la cama, sin mirar al obispo, dirigiéndose directamente al cajón que estaba cerca de la cabecera; levantó la punterola de hierro, como para forzar la cerradura, pero la llave estaba allí; abrió el cajón; lo primero que apareció bajo sus ojos fue el cesto de la plata; lo cogió, atravesó la habitación a grandes pasos, sin precaución y sin ocuparse del ruido, llegó a la puerta, entró en el oratorio, abrió la ventana, cogió el bastón,

saltó, guardó la plata en su morral, arrojó el cesto, franqueó el jardín, saltó por encima del muro como un tigre y huyó.

Al día siguiente, al salir el sol, monseñor Bienvenu se paseaba por su jardín. La señora Magloire acudió a su lado trastornada.

—¡Monseñor, monseñor! —exclamó—. ¿Sabe Vuestra Grandeza dónde está el cesto de la plata?

—Sí —contestó el obispo.

—¡Bendito sea Dios! —dijo ella—. No lo encontraba.

El obispo acababa de recoger el cesto en uno de los parterres. Lo mostró a la señora Magloire.

—Aquí está.

—Sí —dijo ella—, ¡pero vacío! ¿Y la plata?

—¡Ah! —dijo el obispo—. ¿Es la plata lo que buscáis? No sé dónde está.

—¡Gran Dios! ¡La han robado! El hombre de anoche la ha robado.

En un abrir y cerrar de ojos, con toda la viveza que podía, la señora Magloire corrió al oratorio, entró en la alcoba y luego volvió al lado del obispo. Éste se había inclinado y examinaba, suspirando, una planta de coclearia de Guillons, que el cesto había roto al ser arrojado al parterre. Un grito de la señora Magloire le hizo levantarse.

—¡Monseñor, el hombre ha huido! ¡Ha robado la plata!

Al lanzar esta exclamación, su mirada se fijó en un ángulo del jardín, en el que se veían huellas del escalamiento. El tejadillo de la pared estaba roto.

—¡Mirad! Por ahí se ha ido. Ha salido a la calle Cocheilet. ¡Ah, qué abominación! ¡Nos ha robado nuestra plata!

El obispo permaneció un instante silencioso y luego levantó la vista y dijo a la señora Magloire con dulzura:

—¿Es que era nuestra esa plata?

La señora Magloire se quedó sobrecogida. Hubo un silencio y, luego, el obispo continuó:

—Señora Magloire, yo retenía injustamente esa plata, desde hacía mucho tiempo. Pertenecía a los pobres. ¿Quién es ese hombre? Un pobre, evidentemente.

—¡Ay, Jesús! —exclamó la señora Magloire—. No lo digo por mí ni por la señorita. Nos es lo mismo. Lo digo por monseñor. ¿Con qué va a comer, ahora, monseñor?

El obispo la miró con asombro.

—¿Pues no hay cubiertos de estaño?

La señora Magloire se encogió de hombros.

—El estaño huele mal.

—De hierro, entonces.

—El hierro sabe mal —dijo la señora Magloire, con un gesto expresivo.

—Pues bien —dijo el obispo—, cubiertos de madera.

Algunos instantes más tarde, almorzaba en la misma mesa en la que Jean Valjean se había sentado la noche anterior. Mientras almorzaba, monseñor Bienvenu hacía notar alegremente a su hermana, que permanecía callada, y a la señora Magloire, que murmuraba sordamente, que no había necesidad de cuchara ni de tenedor, aunque fuesen de madera, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

—¡Vaya idea! —monologaba la señora Magloire, yendo y viniendo—. ¡Recibir a un hombre así y darle cama a su lado! ¡Aún estamos de enhorabuena que no haya hecho más que robar! ¡Ah, Dios mío! ¡Tiemblo cuando lo pienso!

Cuando el hermano y la hermana iban a levantarse de la mesa, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el obispo.

La puerta se abrió. Un grupo extraño y violento apareció en el umbral. Tres hombres traían a otro sujeto por el cuello. Los tres hombres eran gendarmes; el otro era Jean Valjean.

Un cabo de gendarmes, que parecía dirigir el grupo, se hallaba también cerca de la puerta. Entró y se dirigió al obispo, haciendo el saludo militar.

—Monseñor... —dijo.

Al oír esta palabra, Jean Valjean, que estaba silencioso y parecía abatido, levantó estupefacto la cabeza.

—¡Monseñor! —murmuró—. ¿No es el párroco...?

—¡Silencio! —ordenó un gendarme—. Es monseñor el obispo.

Mientras tanto, monseñor Bienvenu se había aproximado tan precipitadamente como su avanzada edad se lo permitía.

—¡Ah, estáis aquí! —exclamó, mirando a Jean Valjean—. Me alegro de veros. Os había dado también los candelabros, que son de plata como lo demás, y os podrían muy bien valer doscientos francos. ¿Por qué no os los habéis llevado con los cubiertos?

Jean Valjean abrió los ojos y miró al venerable obispo con una expresión que no podría describir ninguna lengua humana.

—Monseñor —dijo el cabo de gendarmes—, ¿era, pues, verdad lo que este hombre decía? Le hemos encontrado, como si fuese huyendo, y le hemos detenido. Tenía estos cubiertos...

—¿Y os ha dicho —interrumpió, sonriendo, el obispo— que se los había dado un buen hombre, un sacerdote anciano, en cuya casa había pasado la noche? Ya lo veo. Y le habéis traído aquí. Eso no está bien.

—Así, pues —continuó el cabo—, ¿podemos dejarle libre?

—Sin duda —respondió el obispo.

Los gendarmes soltaron a Jean Valjean, que retrocedió.

—¿Es verdad que me dejáis libre? —inquirió con voz casi inarticulada, como si hablara en sueños.

—Sí, te soltamos, ¿no lo oyes? —dijo un gendarme.

—Amigo mío —continuó el obispo—, antes de marcharos, tomad vuestros candelabros. Lleváoslos.

Se dirigió hacia la chimenea, tomó los dos candelabros de plata y los entregó a Jean Valjean. Las dos mujeres le miraban sin decir palabra, sin hacer un gesto, sin dirigir una mirada que pudiera molestar al obispo.

Jean Valjean, temblando de pies a cabeza, tomó los dos candelabros maquinalmente, con aire distraído.

—Ahora —dijo el obispo—, id en paz. A propósito, cuando volváis, amigo mío, es inútil que paséis por el jardín. Podéis entrar y salir siempre por la puerta de la calle. Está cerrada sólo con un picaporte, noche y día.

Luego, volviéndose hacia los gendarmes, les dijo:

—Señores, podéis retiraros.

Los gendarmes se alejaron.

Jean Valjean estaba como un hombre que va a desmayarse.

El obispo se aproximó a él y le dijo, en voz baja:

—No olvidéis nunca que me habéis prometido emplear este dinero en haceros hombre honrado.

Jean Valjean, que no recordaba haber prometido nada, quedó aturdido. El obispo había subrayado estas palabras.

Con cierta solemnidad continuó:

—Jean Valjean, hermano mío, ya no pertenecéis al mal sino al bien. Yo compro vuestra alma, yo la libero de las negras ideas y del espíritu de perdición, y la consagro a Dios.

XIII

El pequeño Gervais

Jean Valjean salió de la ciudad como si huyera. Se puso a andar precipitadamente por los campos, tomando los caminos y los senderos que se le presentaban, sin darse cuenta de que a cada instante volvía sobre sus pasos. Erró así durante toda la mañana, sin haber comido nada y sin tener hambre. Una multitud de nuevas sensaciones le oprimían. Sentía una especie de cólera; no sabía contra quién. No hubiera podido decir si se sentía conmovido o humillado. Sentía por momentos un estremecimiento extraño, y lo combatía, oponiéndole el endurecimiento de sus veinte años. Esta situación le fatigaba. Veía con inquietud que se debilitaba en su interior la horrible calma que la injusticia de su desgracia le había dado. En algún instante, hubiera preferido estar en la prisión con los gendarmes, y que las cosas no hubieran ocurrido de aquel modo; no tendría tanta intranquilidad. Aunque la estación estuviese bastante avanzada, había aún en las enramadas algunas flores tardías, cuyo olor le traía a la memoria recuerdos de su infancia. Estos recuerdos le eran insoportables, tanto tiempo hacía que no le habían impresionado.

Multitud de pensamientos inexpresables le persiguieron durante todo el día.

Cuando el sol declinaba ya, alargando en el suelo la sombra de la menor piedrecilla, Jean Valjean se sentó detrás de un matorral, en una gran llanura rojiza, absolutamente desierta. En el horizonte, sólo se descubrían los Alpes. Ni siquiera el campanario de algún pueblecillo lejano. Jean Valjean estaría a unas tres leguas de Digne. Un sendero, que cortaba la llanura, pasaba a algunos pasos del matorral.

En medio de esta meditación, que no hubiera contribuido poco a hacer más temerosos sus harapos para todo aquel que le hubiese encontrado, oyó un alegre ruido.

Volvió la cabeza y vio venir por el sendero a un pequeño saboyano, de unos diez años, que marchaba cantando, con su zanfón al costado y una caja a la espalda; uno de esos niños dulces y alegres que van de comarca en comarca, enseñando las rodillas por los agujeros de los pantalones.

Mientras cantaba, el muchacho interrumpía de vez en cuando su marcha y jugaba con algunas monedas que llevaba en la mano, probablemente toda su fortuna. Entre aquellas monedas, había una pieza de cuarenta sueldos.

El niño se detuvo al lado del matorral, sin ver a Jean Valjean, y tiró a lo alto las monedas que hasta entonces había cogido con bastante habilidad en el dorso de la mano.

Esta vez, la moneda de cuarenta sueldos se le escapó y fue rodando por la hierba hasta donde estaba Jean Valjean.

Éste le puso el pie encima.

Pero el niño había seguido la moneda con la vista y lo había observado.

No se sorprendió y fue derecho hacia el hombre.

Era un lugar completamente solitario. En todo lo que la mirada podía abarcar, no había nadie en la llanura ni en el sendero. No se oían más que las débiles piadas de una nube de pájaros que cruzaba el cielo a gran altura. El niño volvía la espalda al sol, que ponía hebras de oro en sus cabellos, y que teñía con una claridad sangrienta el rostro salvaje de Jean Valjean.

—Señor —dijo el pequeño saboyano, con esa confianza de la infancia, que se compone de ignorancia y de inocencia—, ¡mi moneda!

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jean Valjean.

—Pequeño Gervais, señor.

—Márchate —dijo Jean Valjean.

—Señor —insistió el niño—, devolvedme mi moneda.

Jean Valjean bajó la cabeza y no respondió.

El niño volvió a decir:

—¡Mi moneda, señor!

La mirada de Jean Valjean permaneció fija en el suelo.

—¡Mi moneda! —gritó el niño—. ¡Mi moneda de plata! ¡Mi dinero!

Parecía que Jean Valjean no oía nada. El niño le cogió del cuello de la blusa y lo sacudió. Al mismo tiempo, hacía esfuerzos para apartar el grueso zapato claveteado, colocado sobre su tesoro.

—¡Quiero mi moneda! ¡Mi moneda de cuarenta sueldos!

El niño lloraba. La cabeza de Jean Valjean se alzó. Seguía sentado. Sus ojos estaban turbios. Miró al niño con asombro y, luego, extendió la mano hacia su bastón, gritando con una voz terrible:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, señor —repuso el niño—. ¡Yo! ¡Pequeño Gervais! ¡Yo! ¡Devolvedme mis cuarenta sueldos, por favor! ¡Alzad el pie!

Después, irritado ya, y casi en tono amenazador, a pesar de su niñez, gritó:

—¿Pero vais a quitar el pie? ¡Vamos, levantad el pie!

—¡Ah! ¿Conque estás ahí todavía? —dijo Jean Valjean. Y, poniéndose bruscamente en pie, sin descubrir por ello la moneda, añadió—: ¿Quieres largarte?

El niño le miró atemorizado; tembló de pies a cabeza, y después de algunos segundos de estupor echó a correr con todas sus fuerzas, sin atreverse a volver la cabeza ni lanzar un grito.

No obstante, a alguna distancia, la fatiga le obligó a detenerse, y Jean Valjean, en medio de su meditación, le oyó sollozar.

Al cabo de unos instantes, el niño había desaparecido.

El sol se había puesto ya.

Las sombras crecían alrededor de Jean Valjean. No había comido nada en todo el día; es probable que tuviera fiebre.

Se había quedado de pie y no había cambiado de actitud desde que el niño había huido. Su respiración levantaba su pecho a intervalos largos y regulares. Su mirada, clavada a diez o doce pasos delante de él, parecía examinar con profunda atención un pedazo de loza azul, caído en la hierba. De repente, se estremeció; sintió ya el frío de la noche.

Se caló la gorra hasta la frente, trató maquinalmente de abotonar su blusa, dio un paso y se agachó para recoger del suelo su bastón.

En ese momento, descubrió la moneda de cuarenta sueldos que su pie había hundido a medias en la tierra, y que brillaba entre los guijarros.

Sintió una conmoción galvánica. «¿Qué es esto?», se dijo entre dientes. Retrocedió tres pasos; luego, se detuvo sin poder apartar su mirada de aquel punto que su pie había pisoteado un momento antes, como si aquello que brillaba allí, en la oscuridad, hubiera sido un ojo abierto fijo en él.

Al cabo de unos minutos, se lanzó convulsivamente sobre la moneda de plata, la cogió y se puso a mirar a lo lejos, sobre la llanura, dirigiendo sus ojos a todo el horizonte, en pie y temblando como una bestia feroz asustada, que busca un asilo.

No vio nada. La noche cerraba, la llanura estaba fría, e iba formándose una bruma violada en la claridad crepuscular.

Lanzó una exclamación y se puso a andar rápidamente en una dirección determinada, hacia el lugar por donde el niño había desaparecido. Al cabo de un centenar de pasos se detuvo, miró y no vio nada.

Entonces gritó con todas sus fuerzas:

—¡Gervais! ¡Pequeño Gervais!

Se calló y esperó.

Nada respondió.

El campo estaba desierto y triste. Estaba rodeado de espacio. A su alrededor, no había más que una sombra en la que se perdía su mirada, y un silencio en el que se perdía su voz.

Soplaba un viento glacial que daba a los objetos una especie de vida lúgubre. Los arbustos sacudían sus ramas descarnadas con una furia increíble. Hubiérase dicho que amenazaban y perseguían a alguien.

Volvió a andar y luego se puso a correr; de vez en cuando se detenía y gritaba en aquella soledad, con una voz formidable y desolada:

—¡Gervais! ¡Pequeño Gervais!

Si el muchacho hubiera oído estas voces, habría tenido miedo y se habría guardado bien de mostrarse. Pero sin duda estaba ya muy lejos.

Encontró a un sacerdote que iba a caballo. Se acercó a él y le preguntó:

—Señor cura, ¿habéis visto pasar a un niño?

—No —respondió el sacerdote.

—¡Un niño llamado Gervais!

—No he visto a nadie.

Sacó dos piezas de cinco francos de su morral y las entregó al sacerdote.

—Señor cura, tomad, para vuestros pobres. Señor cura, es un niño de unos diez años, con una caja y una zanfonia. Iba caminando. Es uno de estos saboyanos, ya sabéis...

—No le he visto.

—¡Gervais! ¿No hay ningún pueblo por aquí? ¿Podrías decirme?

—Si es como decís, debe de ser un niño forastero, de esos que pasan y nadie les conoce.

Jean Valjean tomó violentamente otras dos monedas de cinco francos, que entregó al sacerdote.

—Para vuestros pobres —dijo.

Luego, añadió, con azoramiento:

—Señor cura, mandad que me prendan, soy un ladrón.

El sacerdote picó espuelas y huyó atemorizado.

Jean Valjean echó a correr en la misma dirección que había tomado primeramente.

Siguió así un camino al azar, mirando, llamando, gritando, pero no volvió a encontrar a nadie. En dos o tres ocasiones, corrió por la llanura hacia algo que le hizo el efecto de un ser echado o acurrucado; no eran más que arbustos o rocas a flor de tierra. Finalmente, en un lugar en donde se cruzaban tres senderos, se detuvo. La luna había salido. Paseó su mirada a lo lejos, y gritó por última vez:

—¡Gervais! ¡Gervais! ¡Pequeño Gervais!

Su grito se extinguió en la bruma, sin despertar ni un eco siquiera. Murmuró aún: «¡Pequeño Gervais!», pero con voz débil y casi inarticulada. Fue aquél su último esfuerzo; sus piernas se doblaron bruscamente como si un poder invisible le oprimiese con el peso de su mala conciencia; cayó desfallecido sobre una piedra, con las manos en la cabeza y la cara entre las rodillas, y gritó: «¡Soy un miserable!».

Su corazón estalló, y rompió a llorar. Era la primera vez que lloraba, después de diecinueve años.

Cuando Jean Valjean salió de casa del obispo, ya se ha visto, estaba muy lejos de lo que habían sido sus pensamientos habituales hasta entonces. No podía darse cuenta de lo que pasaba por él. Quería resistir a la acción angélica, a las dulces palabras del anciano. «Me habéis prometido convertirlos en un hombre honesto. Yo compro vuestra alma. Yo la libero del espíritu de perversidad, y la consagro a Dios». Estas palabras se presentaban en su memoria sin cesar. A esta indulgencia celeste, oponía el orgullo que, en nosotros, es como la fortaleza del mal. Sentía indistintamente que el perdón de aquel sacerdote era el mayor asalto y el ataque más formidable que hasta entonces le hubiera sacudido; que su endurecimiento sería definitivo, si podía resistir a esa clemencia; que si cedía, sería preciso renunciar al odio que las acciones de los demás hombres habían acumulado en su alma durante tantos años, y en el que hallaba un placer; que esta vez era preciso vencer o ser vencido, y que la lucha, una lucha colosal y decisiva, se había entablado entre su maldad y la bondad de aquel hombre.

Con todas estas reflexiones, caminaba como un hombre ebrio. Pero, mientras caminaba así, con los ojos extraviados, ¿tenía una clara percepción de lo que podría resultar de su aventura en Digne? ¿Oía todos los zumbidos misteriosos que advierten o importunan al espíritu en ciertos momentos de la vida? ¿Le decía una voz al oído que acababa de atravesar la hora solemne de su destino, ya que no había término medio para él, que si desde entonces no era el mejor de los hombres sería el peor de ellos, que era preciso, por así decirlo, que ahora se elevara a mayor altura que el obispo o descendiese más bajo que el presidiario, que si quería ser bueno era preciso que se convirtiera en ángel, que si quería ser malo era preciso convertirse en un monstruo?

Y aquí debemos volver a hacernos las preguntas que ya nos hicimos en otra ocasión. ¿Tenía en su mente algún atisbo de todo esto? Ciertamente, la desgracia, ya lo hemos dicho, educa la inteligencia; sin embargo, es dudoso que Jean Valjean se hallara en estado de comprender todo lo que vamos explicando. Si se le ocurrían estas ideas, las vislumbraba, más bien que percibirlas claramente, y sólo servían para causarle una turbación insoportable y casi dolorosa. Al salir de aquella cosa informe y negra que se llama el presidio, el obispo le había hecho daño en el alma, del mismo modo que una viva claridad le hubiera hecho daño en los ojos al salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible que en adelante se le ofrecía, pura y radiante, le llenaba de temblores y de ansiedad. Verdaderamente, no sabía qué era de sí mismo. Como un mochuelo que viera bruscamente la salida del sol, el presidiario había sido deslumbrado y como cegado por la virtud.

Lo cierto, lo que él no dudaba, es que ya no era el mismo hombre, que todo había cambiado en él, y que no estaba ya en sus manos poder evitar que el obispo le hubiese hablado y le hubiese conmovido.

En esta situación de espíritu, había encontrado al pequeño Gervais y le había robado sus cuarenta sueldos. ¿Por qué? Seguramente no hubiera podido explicarlo. ¿Era aquella acción un último efecto y como un supremo esfuerzo de los malos pensamientos que había traído consigo desde el presidio, un resto de impulso, un resultado de lo que se llama en estática, la fuerza adquirida? Era esto y también quizá menos que esto. Digámoslo claramente, no era él quien había robado, no era el hombre, era la bestia que, por costumbre, por instinto, había colocado estúpidamente el pie sobre aquel dinero, mientras la inteligencia se debatía en medio de tantas obsesiones nuevas e inauditas. Cuando la inteligencia se despertó y vio esta acción del bruto, Jean Valjean retrocedió con angustia y lanzó un grito de terror.

Es que, fenómeno extraño y que no era posible más que en la situación en que él se hallaba, al robar el dinero de aquel niño había hecho una cosa de la cual no era ya capaz.

Sea como fuere, esta última mala acción tuvo sobre él un efecto decisivo; atravesó bruscamente el caos que tenía en la inteligencia y lo disipó, dejando a un lado los espesores oscuros y al otro la luz, y obró sobre su alma, en el estado en que se hallaba, igual que ciertos reactivos químicos actúan sobre una mezcla turbia, precipitando un elemento y clarificando el otro.

Ante todo, antes de examinarse y de reflexionar, alocado, como alguien que trata de salvarse, trató de encontrar al niño para devolverle su dinero; luego, cuando se dio cuenta de que aquello era imposible, se detuvo desesperado. En el momento en que exclamó «¡Soy un miserable!» acababa de darse cuenta de cómo era. Estaba ya, en aquel instante, a tal punto separado de sí mismo que le parecía que no era más que un fantasma, y que tenía delante de sí, en carne y hueso, con el bastón en la mano, la blusa sobre su piel, y el saco lleno de objetos robados sobre la espalda, con su rostro resuelto y taciturno, y su pensamiento lleno de proyectos abominables, al repugnante presidiario Jean Valjean.

El exceso del infortunio, según hemos hecho notar, le había hecho visionario, en cierto modo. Aquello fue, pues, como una visión. Vio realmente a ese Jean Valjean, su siniestra fisonomía delante de él. Estuvo casi a punto de preguntarse quién era aquel hombre, y le produjo horror.

Su cerebro se hallaba en uno de esos instantes violentos, y, sin embargo, terriblemente tranquilos en los que la meditación es tan profunda que absorbe la realidad. No se ven ya los objetos que se tienen delante, y se ven, fuera, las imágenes que existen en el espíritu.

Se contempló, pues, por decirlo así, cara a cara, y al mismo tiempo, a través de esta alucinación, veía en una profundidad misteriosa una especie de luz que tomó en principio por una antorcha. Examinando con más atención aquella luz encendida en su conciencia, reconoció que tenía forma humana y que aquella antorcha era el obispo.

Su conciencia comparó sucesivamente a estos dos hombres colocados enfrente de ella, el obispo y Jean Valjean. No había sido necesario más que el primero para vencer al segundo. Por uno de esos efectos singulares que son propios de esta clase de éxtasis, a medida que se prolonga la ilusión crecía el obispo y resplandecía más a sus ojos, mientras que Jean Valjean se empequeñecía y se borraba. Después de algunos instantes, sólo quedó de él una sombra. De repente, desapareció. Sólo había quedado el obispo.

Llenaba toda el alma de aquel miserable, con un resplandor magnífico.

Jean Valjean lloró durante largo rato. Lloró lágrimas ardientes, lloró sollozando, lloró con la debilidad de una mujer, con más temor que un niño.

Mientras lloraba, se iba haciendo poco a poco la luz en su cerebro, una luz extraordinaria, una luz maravillosa y terrible a la vez. Su vida pasada, su primera falta, su larga expiación, su embrutecimiento exterior, su endurecimiento interior, su libertad halagada con tantos planes de venganza, lo que le había sucedido en casa del obispo, la última cosa que había hecho, aquel robo de cuarenta sueldos a un niño, crimen tanto más cobarde y tanto más monstruoso, cuanto que llegaba después del perdón del obispo, todo ello se le presentó claramente, pero con una claridad que jamás había visto hasta entonces. Contempló su vida, y le pareció horrible; su alma, y le pareció terrible. Y, sin embargo, sobre su vida y sobre su alma se extendía una suave claridad. Parecía que veía a Satanás bajo la luz del paraíso.

¿Cuántas horas estuvo llorando así? ¿Qué hizo después de haber llorado? Nunca se supo. Solamente parece probado que, aquella misma noche, el cochero que hacía el viaje a Grenoble en aquella época, y que llegaba a Digne hacia las tres de la madrugada, vio, al atravesar la calle donde vivía el obispo, a un hombre en actitud de orar, de rodillas sobre el empedrado, en la sombra, delante de la puerta de monseñor Bienvenu.

LIBRO TERCERO

En el año 1817

1817 es el año que Luis XVIII, con cierto aplomo real, que no estaba exento de orgullo, calificó como el vigésimo segundo de su reinado. Era también el año en que el señor Bruguière de Sorsum era célebre. Todas las peluquerías, esperando los polvos y el retorno del ave real, estaban pintadas de azul y flordelisadas. Era el tiempo inocente en que el conde de Lynch se sentaba todos los días, como mayordomo de fábrica, en el banco de Saint-Germain-des-Prés, vestido de par de Francia, con su cordón rojo y su larga nariz, y aquella majestad de perfil peculiar de quien ha realizado una acción brillante. La acción brillante del conde Lynch fue haber entregado la ciudad, siendo alcalde de Burdeos, el 12 de marzo de 1814, demasiado pronto al duque de Angulema. Esto le hizo par. En 1817, la moda sepultaba a los niños de cuatro a seis años bajo grandes gorras de tafilete, con orejeras algo semejantes a las mitras de los esquimales. El ejército francés estaba vestido de blanco, a la austríaca; los regimientos se llamaban legiones; y, en vez de número, llevaban el nombre de los departamentos. Napoleón estaba en Santa Elena y, como Inglaterra le negaba el paño verde, se veía obligado a volver del revés su ropa vieja. En 1817, Pellegrini cantaba y la señorita Bigottini bailaba; Potier reinaba; Odry no existía aún. Madame Saqui sucedía a Forioso. Había aún prusianos en Francia. El señor Delalot era un personaje. La legitimidad acababa de afirmarse cortando la mano, y después la cabeza, a Pleignier, Carbonneau y Tollerón. El príncipe Talleyrand, gran chambelán, y el abad Louis, ministro designado de Finanzas, se miraban y se reían con la risa de dos augures; los dos habían celebrado, el 14 de julio de 1790, la misa de la Federación en el Campo de Marte; Talleyrand la había oficiado como obispo, Louis le había ayudado como diácono.

En 1817, en la arboleda del mismo Campo de Marte, se veían gruesos cilindros de madera yaciendo bajo la lluvia, pudriéndose en la hierba, pintados en azul, con restos de águilas y de abejas que habían sido doradas. Eran las columnas que, dos años antes, habían sostenido el solio del emperador en el Campo de Mayo. Estaban ennegrecidas por el fuego de los austríacos, acampados cerca de Gros-Caillou. Dos o

tres de estas columnas habían desaparecido en las hogueras de estos campamentos y habían servido para calentar las anchas manos de los kaiserlicks. El Campo de Mayo había tenido de notable que se había celebrado en el mes de julio y en el Campo de Marte. En este año de 1817, dos cosas eran populares: el Voltaire-Touquet, y la tabaquera de la Carta. La emoción parisiense más reciente era el crimen de Dautun, que había arrojado la cabeza de su hermano al estanque del Mercado de las Flores. El Ministerio de Marina empezaba a inquietarse por no tener noticias de la desgraciada fragata Méduse, que debía cubrir de vergüenza a Chaumareix, y de gloria a Géricault. El coronel Selves hacía su viaje a Egipto, para convertirse en Solimán Pachá. El Palacio de las Thermes, en la calle de la Harpe, servía de tienda a un tonelero. Aún se veía en la plataforma de la torre octogonal del hotel Cluny, el cajón de madera que había servido de observatorio a Messier, astrónomo de la Marina en tiempos de Luis XVI. La duquesa de Duras leía a tres o cuatro amigos, en su gabinete amueblado al estilo del siglo X y cubierto de satén azul celeste, Ourika inédita. Se borraban las «N» en el Louvre. El puente de Austerlitz abdicaba y se titulaba ahora puente del Jardín del Rey, doble enigma que ocultaba a la vez el puente de Austerlitz y el Jardín Botánico. Luis XVIII, pensativo, señalando con la uña en Horacio los héroes que se hacen emperadores y los zapateros que se hacen delfines, tenía dos preocupaciones: Napoleón y Mathurin Bruneau. La Academia Francesa proponía, como tema de premio: «La felicidad que procura el estudio». El señor Bellart era oficialmente elocuente. A su sombra germinaba el futuro abogado general De Broë, prometido a los sarcasmos de Paul-Louis Courier. Había un falso Chateaubriand, llamado Marchangy, esperando que hubiese un falso Marchangy, llamado d'Arlincourt. Claire d'Albe y Malek-Adel eran obras maestras; y madame Cottin era considerada como el primer escritor de la época. El Instituto dejaba borrar de su lista al académico Napoleón Bonaparte. Una orden real erigía a Angulema en Escuela de Marina, pues siendo el duque de Angulema gran almirante, era evidente que la ciudad de Angulema tenía, de derecho, todas las cualidades de un puerto de mar, sin lo cual el principio monárquico hubiera empezado a desquiciarse. En el Consejo de ministros se debatía si se debían tolerar las viñetas, representando juegos gimnásticos, que adornaban los carteles de Franconi y que agolpaban a los pilluelos en las calles. El señor Paër, autor de L'Agnese, buen hombre de cara cuadrada con una verruga en la mejilla, dirigía los pequeños conciertos íntimos de la marquesa de Sassenaye, en la calle de la Ville-l'Évêque. Todas las jovencitas cantaban L'Ermite de Saint-Avelle, letra de Edmond Géraud. Le Nain Jaune se transformaba en Miroir. El café Lemblin defendía al emperador contra el café Valois, que defendía a los Borbones. Acababan de casar al duque de Berry con una princesa de Sicilia; y Louvel le seguía ya los pasos. Hacía un año que había muerto madame de Staël. Los guardias de corps silbaban a la señorita Mars. Los grandes periódicos eran muy pequeños. La forma era reducida,

pero la libertad era grande. El Constitutionnel era constitucional. La Minerve llamaba a Chateaubriand Chateaubriant. Esta «t» hacía reír mucho a los burgueses, a expensas del gran escritor. En los diarios vendidos, escribían periodistas prostituidos que insultaban a los proscritos de 1815: David no tenía talento, ni Arnault ingenio, ni Carnot probidad; Soult no había ganado ninguna batalla; es verdad que Napoleón no tenía genio. Nadie ignora que es bastante raro que las cartas dirigidas por correo a un desterrado lleguen a su destino, porque la policía convierte su interceptación en un religioso deber. El hecho no es nuevo; Descartes, en su destierro, se quejaba de lo mismo. David escribió, en un periódico belga, lamentándose de no recibir las cartas que le escribían, lo cual pareció gracioso a los periódicos realistas, que con este motivo se burlaban del proscrito. Decir: los regicidas o decir: los votantes; decir: los enemigos o decir: los aliados; decir: Napoleón o decir: Bonaparte; eran cosas que separaban a dos hombres más que un abismo. Todas las gentes de buen sentido convenían en que Luis XVIII, llamado «el inmortal autor de la Carta», había cerrado para siempre la era de las revoluciones.

En el terraplén del Pont-Neuf se esculpía la palabra Redivivus sobre el pedestal que esperaba la estatua de Enrique IV. El señor Piet abría, en la calle Thérèse, número 4, su conciliábulo para consolidar la monarquía. Los jefes de derechas decían, en las coyunturas graves: «Es preciso escribir a Bacot». Canuel, O'Mahony y De Chappedelaine esbozaban, no sin aprobación del hermano de Luis XVIII, lo que más tarde debía ser «la conspiración de Bord-de-l'Eau». L'Épingle Noire conspiraba, por su parte. Delaverderie se unía a Trogoff. Dominaba Decazes, liberal hasta cierto punto. Chateaubriand, en pie todas las mañanas ante su ventana del número 27 de la calle Saint-Dominique, con pantalones con pies y zapatillas, sus cabellos grises tocados con madrás, los ojos fijos en un espejo, y un estuche completo de cirujano dentista abierto frente a sí, se limpiaba los dientes, que eran encantadores, dictando al mismo tiempo variantes de La monarquía, según la Carta al señor Pilorgue, su secretario. La crítica autorizada prefería Lafon a Talma. El señor de Féletz firmaba A.; H. Hoffmann firmaba Z. Charles Nodier escribía Thérèse Aubert. Habíase abolido el divorcio. Los liceos se llamaban colegios. Los colegiales, con la flor de lis en el cuello, se peleaban a propósito del rey de Roma. La contrapolicía de palacio denunciaba a Su Alteza Real la hermana del rey el retrato, expuesto en todas partes, del duque de Orleans, que tenía mejor semblante en uniforme de coronel general de húsares que el duque de Berry en uniforme de coronel general de dragones; grave inconveniente. La ciudad de París restauraba, a su costa, los dorados de la cúpula de los Inválidos. Los hombres serios se preguntaban qué haría en tal o cual ocasión el señor de Trinquelague; el señor Clausel de Montals se separaba, en algunos puntos, del señor Clausel de Coussergues; el señor de Salaberry no estaba contento. El cómico Picard, que pertenecía a la Academia, a la que no había podido entrar el cómico Molière, hacía representar Les

Deux Philibert en el Odeón, en cuyo frontis, a pesar de haberse arrancado las letras, se leía claramente: «Teatro de la Emperatriz». Todo el mundo tomaba partido en favor o en contra de Cugnet de Montarlot. Fabvier era faccioso; Bavoux era revolucionario. El librero Pélicier publicaba una edición de Voltaire, bajo este título: Obras de Voltaire, de la Academia Francesa. «Esto atraerá a los compradores», decía este editor ingenuamente. La opinión general era de que el señor Charles Loyson sería el genio del siglo; la envidia empezaba a morderle, signo de gloria; y sobre él, se hacían estos versos:

Aun cuando Loyson vuela, se ve que tiene patas.

El cardenal Fesch se negaba a dimitir, y monseñor de Pins, arzobispo de Amasie, administraba la diócesis de Lyon. La querella del valle de Dappes empezaba entre Suiza y Francia, por una memoria del capitán Dufour, luego general. Saint-Simon, ignorado, meditaba sobre su sublime doctrina. En la Academia de Ciencias había un Fourier célebre que la posteridad ha olvidado; y en una buhardilla, un Fourier oscuro, de quien se acordará el porvenir. Lord Byron empezaba a sonar; una nota del poema de Millevoye le anunciaba en Francia en estos términos: «un tal lord Baron». David d'Angers aprendía a dar forma al mármol. El abate Caron hablaba con elogio, en un pequeño comité de seminaristas, en el callejón de Feillantines, de un sacerdote desconocido llamado Félicité Robert, que más tarde fue llamado Lamennais. En el Sena, humeaba y se movía, con el ruido de un perro que nada, una cosa que iba y venía, bajo las ventanas de las Tullerías, desde el Pont Royal hasta el puente Luis XV; era un aparato mecánico que no valía gran cosa, una especie de juguete, un sueño de un inventor visionario, una utopía: un barco de vapor. Los parisienses contemplaban aquella inutilidad con indiferencia. El señor de Vaublanc, reformador del Instituto por golpe de Estado, mandamiento y hornada, autor distinguido de varios académicos, después de haberlos hecho, no conseguía llegar a serlo.

El arrabal Saint-Germain y el pabellón Marsan deseaban por prefecto de policía al señor Delaveau, a causa de su devoción. Dupuytren y Récamier disputaban en el anfiteatro de la Escuela de Medicina, y se amenazaban con el puño a propósito de la divinidad de Jesucristo. Cuvier, con un ojo en el Génesis y otro en la Naturaleza, se esforzaba en complacer a la reacción hipócrita, poniendo a los fósiles de acuerdo con los textos sagrados y haciendo adular a Moisés por los mastodontes. El señor François de Neufchâteau, loable cultivador de la memoria de Parmentier, hacía mil esfuerzos para que la patata se pronunciase parmentière, y no lo conseguía. El abad Grégoire, antiguo obispo, antiguo convencional, antiguo senador, había pasado, en la polémica realista, al estado de «infame Grégoire». Esta locución que acabamos de emplear, «pasar al estado de», era denunciada como neologismo por el señor Royer-Collard. Aún podía distinguirse por su blancura, sobre el tercer arco del puente de Jena, la piedra nueva con la cual, dos años antes, habían cubierto la boca de la mina practicada

por Blücher para hacer saltar el puente. La justicia citaba al banquillo a un hombre que, viendo entrar al conde de Artois en Notre-Dame, había exclamado en voz alta: «¡Sapristi!, echo de menos el tiempo en que veía a Bonaparte y a Talma entrar del brazo en Bal-Sauvage». Palabras sediciosas: seis meses de prisión. Los traidores se presentaban al descubierto; hombres que se habían pasado al enemigo la víspera de una batalla, no ocultaban la recompensa, e iban públicamente, en pleno sol, con todo el cinismo de las riquezas y las dignidades; los desertores de Ligny y de Quatre-Bras, en la ostentación de su infamia pagada, manifestaban, al desnudo, su adhesión monárquica, olvidando lo que se escribe en Inglaterra, en las paredes interiores de los lavabos públicos: «Please, adjust your dress before leaving».

Esto es, en confuso revoltillo, lo que sobrenada promiscuamente del año 1817, olvidado ya hoy. La historia desprecia casi todas estas particularidades, y no puede hacer otra cosa; el infinito la invadiría. Sin embargo, estos detalles que se llaman pequeños —no hay hechos pequeños en la Humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetación—, son útiles. La figura de los siglos se compone de la fisonomía de los años.

En este año 1817, cuatro jóvenes parisienses representaron una «buena farsa».

Estos parisienses eran uno de Toulouse, el otro de Limoges, el tercero de Cahors y el cuarto de Montauban; pero eran estudiantes, y quien dice estudiante dice parisiense; estudiar en París es nacer en París.

Estos jóvenes eran insignificantes; todo el mundo conoce su tipo; cuatro imágenes del primero que llegó; ni buenos ni malos, ni sabios ni ignorantes, ni genios ni imbéciles; ramas de este abril encantador que se llama veinte años. Eran cuatro Oscar cualesquiera, pues en aquella época no existían aún los Arthur. «Quemad en honor suyo los perfumes de Arabia», exclamaba la novela. «Oscar adelanta, Oscar, voy a verlo». Se salía de Ossian, la elegancia era escandinava y caledoniana, el estilo inglés puro no debía prevalecer hasta más tarde, y el primero de los Arthur, Wellington, acababa apenas de ganar la batalla de Waterloo.

Estos Oscar se llamaban Félix Tholomyès, de Toulouse; Listolier, de Cahors; Fameuil, de Limoges; y Blachevelle, de Montauban. Naturalmente, cada uno tenía su amante. Blachevelle amaba a Favourite, llamada así porque había ido a Inglaterra; Listolier adoraba a Dahlia, que había tomado por nombre de guerra un nombre de flor; Fameuil idolatraba a Zéphine, abreviatura de Joséphine; Tholomyès tenía a Fantine, llamada la Rubia, a causa de sus cabellos color de sol.

Favourite, Dahlia, Zéphine y Fantine eran cuatro encantadoras jóvenes, perfumadas y radiantes, un poco obreras aún, porque no habían abandonado enteramente la aguja, distraídas por los amorcillos, pero conservando sobre el rostro un resto de serenidad del trabajo, y, en el alma, esa flor de honestidad que sobrevive en la mujer a su primera caída. Había una de las cuatro a la que llamaban la joven, porque era la menor, y una a la que llamaban la vieja. La vieja tenía veintitrés años. Y, para no callar nada, diremos que las tres primeras eran más experimentadas, más despreocupadas y más amigas del ruido de la vida que Fantine, la Rubia, que aún vivía su primera ilusión.

Dahlia, Zéphine y, sobre todo, Favourite, no hubieran podido decir lo mismo. Había ya más de un episodio en su novela, apenas empezada, y el enamorado, que se

llamaba Adolphe en el primer capítulo, se convertía en Alphonse en el segundo, y en Gustave en el tercero. Pobreza y coquetería son dos consejeras fatales; una amenaza, la otra halaga; y las hermosas jóvenes del pueblo tienen ambas consejeras, que les cuchichean al oído, cada una por su lado. Estas almas mal guardadas escuchan. De ahí provienen los tropiezos que dan y las piedras que se les arrojan. Se las oprime con el esplendor de todo lo que es inmaculado e inaccesible. ¡Ay, si el Jungfrau tuviera hambre!

Favourite tenía por admiradoras a Zéphine y a Dahlia, a causa de haber estado en Inglaterra. Había tenido muy pronto casa propia. Su padre era un viejo profesor de matemáticas, brutal y fanfarrón. No estaba casado, y vivía a salto de mata, a pesar de su edad. Cuando el profesor era joven, había visto un día engancharse el vestido de una doncella de servicio; se había enamorado de este accidente. De él resultó Favourite. Ésta encontraba de vez en cuando a su padre, que la saludaba. Una mañana, una mujer de edad y de aspecto beato, entró en su casa y le dijo:

—¿No me conocéis, señorita?

—No —contestó Favourite.

—Soy tu madre.

Seguidamente, había abierto el aparador; bebió y comió, hizo llevar un colchón que tenía y se instaló allí. Esta madre, gruñona y devota, no hablaba nunca a Favourite, permanecía durante horas sin decir una palabra, desayunaba, comía y cenaba como cuatro, y bajaba a hacer la visita al portero, donde pasaba el rato hablando mal de su hija.

Lo que había arrastrado a Dahlia hacia Listolier, hacia otros tal vez, hacia la ociosidad, era el tener unas bonitas uñas rosadas. ¿Cómo habían de trabajar aquellas uñas? La que quiere permanecer virtuosa no debe tener piedad de sus manos. En cuanto a Zéphine, había conquistado Fameuil por su manera graciosa y acariciadora de decir: «Sí, señor».

Los jóvenes eran camaradas, las jóvenes eran amigas. Esta clase de amores lleva siempre consigo esta clase de amistades.

Filosofía y prudencia son dos cosas distintas; y lo prueba el que, prescindiendo de estas particularidades irregulares, Favourite, Zéphine y Dahlia eran filósofas, y Fantine era prudente.

¿Prudente?, se dirá. ¿Y Tholomyès? Salomón respondería que el amor forma parte de la prudencia. Nosotros nos limitaremos a decir que el amor de Fantine era un primer amor, un amor único, un amor fiel.

Ella era la única de las cuatro a quien no había tuteado más que un hombre.

Fantine era uno de esos seres que surgen del fondo del pueblo. Salida de las más insondables espesuras de la sombra social, tenía en la frente la señal de lo anónimo y lo desconocido. Había nacido en Montreuil-sur-Mer. ¿De qué padres? ¿Quién podría

decirlo? Nunca se le había conocido ni padre ni madre. Se llamaba Fantine. ¿Por qué Fantine? Nunca se le había conocido otro nombre. En tiempos de su nacimiento reinaba el Directorio. No tenía apellido, carecía de familia; no tenía nombre de pila, la Iglesia no existía entonces. Se llamó como quiso el primer transeúnte que la encontró, siendo muy pequeña, yendo con los pies descalzos por la calle. Recibió un nombre, lo mismo que recibía en su frente el agua de las nubes cuando llovía. Se la llamó la pequeña Fantine. Nadie sabía nada más. Así había llegado a la vida esta criatura humana. A los diez años, Fantine dejó la ciudad y se puso a servir en las granjas de los alrededores. A los quince años, llegó a París a «buscar fortuna». Fantine era hermosa y permaneció pura todo el tiempo que pudo. Era una bonita rubia con bellos dientes. Tenía oro y perlas por dote, pero su oro estaba sobre su cabeza y sus perlas en su boca.

Trabajó para vivir; luego, siempre para vivir, pues el corazón también tiene hambre, amó.

Amó a Tholomyès.

Amorío para él, pasión para ella. Las calles del barrio latino, que hormigueaban de estudiantes y damiselas, contemplaron el principio de este sueño. Fantine, en estos dédalos de la colina del Panteón, donde se enlazan y desenlazan tantas aventuras, había huido mucho tiempo de Tholomyès, pero de modo que siempre le encontraba. Hay un modo de evitar que se parece a la búsqueda. En una palabra, la égloga tuvo lugar.

Blacheville, Listolier y Fameuil formaban una especie de grupo, del cual Tholomyès era la cabeza. Era él quien tenía ingenio.

Tholomyès era el clásico estudiante veterano; era rico; tenía cuatro mil francos de renta; cuatro mil francos de renta, escándalo de esplendidez en la montaña de Sainte-Geneviève. Tholomyès era un vividor de treinta años, mal conservado. Tenía ya arrugas, y había perdido los dientes; y le principiaba una calvicie, de la que él mismo decía, sin tristeza: «Entradas a los treinta, rodilla a los cuarenta». Digería mediocrementemente, y tenía un ojo lacrimoso. Pero, a medida que su juventud se extinguía, se rejuvenecía su buen humor; reemplazaba sus dientes con grandes gesticulaciones, sus cabellos con su alegría, su salud con su ironía, y su ojo que lloraba reía sin cesar. Estaba aniquilado, pero cubierto de flores. Su juventud, liando el petate antes de tiempo, se retiraba en buen orden, riendo y llena de entusiasmo. Había escrito una obra que le había sido rechazada en el vodevil, y, de vez en cuando, componía algunos versos. Además, dudaba de todo, lo que es una gran fuerza a los ojos de los débiles. Así, pues, al ser irónico y calvo, era el jefe. Iron es una palabra inglesa que significa hierro. ¿Vendrá de ahí la palabra ironía?

Un día, Tholomyès llamó aparte a los otros tres, hizo un gesto de oráculo y les dijo:

—Pronto hará un año que Fantine, Dahlia, Zéphine y Favourite nos piden una sorpresa. Se la hemos prometido solemnemente y nos están hablando siempre de ella, a mí sobre todo. Lo mismo que en Nápoles las viejas dicen a San Jenaro: «Faccia gialluta, fa o miracolo». ¡Cara amarilla, haz tu milagro!, nuestras bellas me dicen sin cesar: «Tholomyès, ¿cuándo nos darás a conocer tu sorpresa?». Al mismo tiempo, nuestros padres nos escriben. Nos vemos apremiados por los dos lados. Creo que ha llegado el momento. Hablemos.

En esto, Tholomyès bajó la voz y articuló misteriosamente algunas palabras tan alegres que de las cuatro bocas salió a la vez una entusiasta carcajada, al mismo tiempo que Blachevelle exclamaba:

—¡Es una gran idea!

Hallaron al paso un cafetucho lleno de humo y entraron, perdiéndose en la sombra el resto de su conversación.

El resultado de aquellas tinieblas fue una deslumbrante partida de campo, que tuvo lugar el domingo siguiente, a la cual los cuatro estudiantes invitaron a las cuatro muchachas.

Cuatro para cuatro

Hoy en día es muy difícil imaginar lo que era, hace cuarenta y cinco años, una partida de campo. París no tiene ya los mismos alrededores; la cara de lo que podría llamarse la vida circumparisiense ha cambiado completamente desde hace medio siglo: donde estaba el carro, se halla hoy el vagón; donde estaba el patache, está hoy el barco de vapor; y hoy se dice Fécamp, como entonces se decía Saint-Cloud. El París de 1862 es una ciudad que tiene por arrabales toda Francia.

Las cuatro parejas llevaron a cabo, concienzudamente, todas las locuras campestres entonces posibles. Principiaban las vacaciones y era un claro y ardiente día de verano. La víspera, Favourite, la única que sabía escribir, había escrito a Tholomyès lo siguiente: «Salir en hora buena, para salir enhorabuena». Es por lo que se levantaron a las cinco de la mañana. Luego, se dirigieron a Saint-Cloud, en el faetón, se detuvieron ante la cascada seca y exclamaron: «¡Qué hermosa debe ser cuando tiene agua!». Almorzaron en la Tête-Noire, donde aún no se conocía a Castaing, jugaron una partida de sortija en las arboledas del estanque grande; subieron a la linterna de Diógenes; jugaron almendrados en la ruleta del puente de Sèvres; hicieron ramilletes en Puteaux; compraron silbatos en Neuilly; comieron en todas partes pastelillos de manzanas; fueron perfectamente felices.

Las jóvenes triscaban y charlaban como cotorras escapadas. Aquello era un delirio. A veces, daban golpecitos con la mano a los jóvenes. ¡Embriaguez matinal de la vida! ¡Edad adorable! El ala de las libélulas tiembla. ¡Oh, quienquiera que seáis!, ¿os acordáis? ¿Habéis ido alguna vez por la maleza, separando las ramas para que pasase una linda cabeza que venía detrás de vosotros? ¿Os habéis deslizado alguna vez por una cuestecilla mojada por la lluvia, con una mujer amada que os retiene por la mano y exclama: «¡Ay, mis borceguíes nuevos! ¡Cómo se han puesto!»?

Digamos prontamente que faltó la encantadora contrariedad de un chaparrón; aunque Favourite había dicho, al salir, con acento sentencioso y maternal:

—Los caracoles pasean por los senderos. Signo de lluvia, hijos míos.

Las cuatro eran locamente hermosas. Un viejo poeta clásico, entonces muy renombrado, un hombre que tenía una Éléonore, el caballero de Labouïsse, errando aquel día bajo los castaños de Saint-Cloud, los vio pasar hacia las diez de la mañana; exclamó: «Hay una más», acordándose de las Tres Gracias. Favourite, la amiga de Blachevelle, la que tenía veintitrés años, la vieja, corría bajo las grandes ramas verdes, saltaba las zanjas, atravesaba alocadamente los matorrales y presidía aquella alegría con el entusiasmo de una diosa del bosque. Zéphine y Dahlia, que el azar había hecho hermosas de tal manera que lucían mejor acercándose y completándose, por decirlo así, no se separaban, por instinto de coquetería más bien que por amistad, y, apoyadas una en otra, tomaban actitudes inglesas. Los primeros keepsakes acababan de aparecer; apuntaba la melancolía en las mujeres, como más tarde surgió el byronismo en los hombres, y los cabellos del bello sexo empezaban a caer lánguidamente. Zéphine y Dahlia iban peinadas con tirabuzones. Listolier y Fameuil, enzarzados en una discusión sobre sus profesores, explicaban a Fantine la diferencia que había entre el señor Delvincourt y el señor Blondeau.

Blachevelle parecía haber sido creado expresamente para llevar en el brazo, los domingos, el chal de tres colores con cenefa de Favourite.

Tholomyès seguía dominando el grupo. Era muy alegre, pero se transparentaba su deseo de mando; en su jovialidad había algo de dictadura; la prenda principal de su traje era un pantalón patas de elefante, de nanquín, con trabillas de cobre; en la mano llevaba un poderoso junco de Indias de doscientos francos y, como todo se lo permitía, una cosa extraña llamada cigarro, en la boca. Como nada era sagrado para él, fumaba.

—¡Este Tholomyès es admirable! —decían los demás con veneración—. ¡Qué pantalones! ¡Qué energía!

En cuanto a Fantine, era la alegría misma. Sus dientes espléndidos habían, evidentemente, recibido de Dios una función: reír. Llevaba en la mano, más que en la cabeza, su sombrerito de paja cosida, con grandes cintas blancas. Sus espesos cabellos rubios, propensos a flotar y a desanudarse fácilmente, siendo preciso componerlos a cada momento, parecían hechos para representar la fuga de Galatea entre los sauces. Sus labios rosados charlaban encantadoramente. Los extremos de su boca, voluptuosamente levantados como en los antiguos mascarones de Erígone, parecían animar a los atrevidos; pero sus largas pestañas, llenas de sombra, se bajaban discretamente contra este murmullo de la parte inferior del rostro, como para imponerle silencio. Todo su tocado tenía un no sé qué encantador y flotante. Llevaba un vestido de barés color malva, pequeños zapatos coturnos color canela, con cintas que subían trazando equis por su blanquísima media, y una especie de spencer de muselina, invención marsellesa, cuyo nombre, canesú, corrupción de la palabra quinze août (quince de agosto), pronunciada en la Cannebière, significaba buen tiempo, calor

y mediodía. Las otras tres, menos tímidas, como ya hemos dicho, iban descotadas, lo que en verano, bajo los sombreros cubiertos de flores, tiene mucha gracia y gran atractivo; pero, al lado de estos vestidos audazmente ceñidos, el canesú de la rubia Fantine, con sus transparencias, sus indiscreciones y sus reticencias, escondiendo y mostrando a la vez, parecía una invención provocativa de la decencia. La famosa corte de amor, presidida por la vizcondesa de Cette de ojos verde mar, hubiera dado probablemente el premio a la coquetería a este canesú, que se presentaba en nombre de la castidad. Lo más ingenuo es algunas veces lo más sabio. Esto llega a suceder.

Deslumbrante de frente, delicada de perfil, los ojos azul oscuro, los párpados gruesos, los pies bien formados y pequeños, las muñecas y los tobillos admirablemente torneados, el cutis blanco, dejando ver aquí y allá las ramificaciones azuladas de las venas, la mejilla pueril y fresca, el cuello robusto de las Junos eginéticas, la nuca fuerte y flexible, la espalda, modelada como por Coustou, tenía en su centro una voluptuosa hendidura, visible a través de la muselina; una alegría ribeteada de ensueño; escultural y exquisita; así era Fantine; y bajo aquellos trapos, se adivinaba una estatua, y en esa estatua un alma.

Fantine era hermosa sin saberlo. Los soñadores, sacerdotes misteriosos de la belleza, que confrontan silenciosamente todo hasta la perfección, hubieran descubierto en aquella obrera, a través de la transparencia y la gracia parisiense, la antigua eufonía sagrada. Aquella hija de la noche tenía raza. Era hermosa bajo ambos aspectos: el estilo y el ritmo. El estilo es la forma del ideal, el ritmo lo es del movimiento.

Hemos dicho que Fantine era la alegría; Fantine era también el pudor.

Para un observador que la hubiera estudiado atentamente, lo que se desprendía de ella, a través de aquella embriaguez de la edad, de la estación y del amor, era una expresión invencible de pudor y de modestia. Estaba siempre un poco asombrada. Ese asombro casto es el matiz que separa a Psiquis de Venus. Fantine tenía los largos dedos, finos y blancos, de la vestal que remueve las cenizas del fuego sagrado con una aguja de oro. Aunque nada había negado a Tholomyès, como se verá más tarde, su rostro, en reposo, era soberanamente virginal; una especie de grave dignidad y casi austera lo invadía repentinamente en algunos momentos, y nada tan singular y desconcertante como ver aparecer en él la alegría, para desvanecerse rápidamente y sucederla el recogimiento, sin transición. Esta súbita gravedad, a veces acentuada severamente, parecía el desdén de una diosa. Su frente, su nariz y su barbilla ofrecían ese equilibrio de líneas, muy distinto de la proporción, del cual resulta la armonía del rostro; en el intervalo tan característico que separaba la base de la nariz del labio superior, tenía este pliegue imperceptible y encantador, signo misterioso de la castidad, que hizo a Barbarroja enamorarse de una Diana encontrada en las excavaciones de Iconio.

El amor es una falta; sea. Fantine era la inocencia flotando sobre la falta.

Aquel día parecía una aurora continua. Toda la naturaleza parecía de fiesta y manifestaba su alegría. Los parterres de Saint-Cloud perfumaban el aire; el soplo del Sena movía vagamente las hojas; las ramas gesticulaban al viento; las abejas saqueaban los jazmines; toda una bohemia de mariposas se posaba en las hojas de los tréboles y las balluecas; el augusto parque del rey de Francia estaba ocupado por una multitud de vagabundos, por los pájaros.

Las cuatro alegres parejas, mezcladas con el sol, con los campos, con las flores y con los árboles, resplandecían.

En aquella felicidad común, hablando, cantando, corriendo, danzando, cazando mariposas, cogiendo campanillas, mojando sus medias en las altas hierbas, frescas, locas, pero sin malicia, todas recibían, aquí y allá, los besos de todos, excepto Fantine, que permanecía encerrada en su vaga resistencia soñadora y arisca, pero que amaba.

—Tú —le decía Favourite— tienes siempre un aire displicente.

Ahí está el placer. El paso de felices parejas es un profundo llamamiento a la vida y a la naturaleza, y hace brotar de todas partes el amor y la luz. Hubo un hada que hizo las praderas y los árboles expresamente para los amantes. De ahí que exista ese eterno «hacer novillos» de los amantes, que se repite sin cesar y que durará mientras existan el campo y los estudiantes. De ahí la popularidad de la primavera entre los pensadores. El patricio y el plebeyo, el duque y par y el último jornalero, los cortesanos y los villanos, como se decía en otro tiempo, son súbditos de esta hada. Todos ríen, todos se buscan, y hay en el aire una claridad de apoteosis, ¡qué transfiguración, la del amor! Los pasantes de notario son dioses. Y los gritos, las persecuciones por la hierba, los talles cogidos al vuelo, esos alborotos juveniles que son melodías, esas adoraciones que se descubren en el modo de pronunciar una sílaba, esas cerezas arrancadas por una boca a otra, todo esto flamea y penetra en glorias celestiales. Las muchachas bonitas hacen un dulce despilfarro de sí mismas. Se llega a creer que no concluirá nunca. Los filósofos, los poetas, los pintores consideran

estos éxtasis, y no saben qué hacer de ellos, ¡tanto los deslumbran! «¡La partida hacia Citeres!», exclamó Watteau; Lancret, el pintor de la plebe, contempla a sus modelos perdidos en el azul; Diderot tiende los brazos a estos amorcillos, y d'Urfé inmiscuye druidas con ellos.

Después del almuerzo, las cuatro parejas fueron a ver, en lo que entonces se llamaba el Jardín del Rey, una planta nueva traída de la India, cuyo nombre no recordamos en este momento, y que, en aquella época atraía a todo París a Saint-Cloud; era un encantador y caprichoso arbolito, cuyas innumerables ramas, delgadas como hilos, enmarañadas y sin hojas, estaban cubiertas de miles de rositas blancas; lo cual daba a la planta el aspecto de una cabellera sembrada de flores. Siempre había una multitud que la admiraba.

Después de visto el arbusto, dijo Tholomyès:

—¡Os ofrezco unos asnos! —Y, hecho el trato con un burrero, volvieron por Vanves e Issy. En Issy tuvieron un incidente.

El parque Patrimonio Nacional, propiedad en aquella época del proveedor Bourguin, estaba casualmente abierto. Los jóvenes franquearon la verja, visitaron el maniquí anacoreta en su gruta, experimentaron los misteriosos efectos del famoso gabinete de los espejos, lasciva emboscada digna de un sátiro millonario, o de Turcaret convertido en Príapo. Sacudieron fuertemente el columpio sujeto a los dos castaños, tan comentados por el abate de Bernis. Mientras columpiaban a las jóvenes una tras otra, lo que producía, entre risas universales, revuelos en los pliegues de las sayas, que Greuze hubiera deseado contemplar, el joven de Toulouse, Tholomyès, algo español, puesto que Toulouse es prima de Tolosa, cantaba en tono melancólico una antigua canción gallega, probablemente inspirada por alguna hermosa joven lanzada a todo volar sobre un columpio entre dos árboles:

Soy de Badajoz.

Amor me llama.

Toda mi alma

Es en mis ojos

Porque enseñas

A tus piernas.

Únicamente Fantine se negó a columpiarse.

—No me gusta que se tengan estas maneras —murmuró bastante agriamente Favourite.

Dejaron después los asnos y encontraron una nueva diversión: pasaron el Sena en barco y, desde Passy, fueron andando hasta la barrera de l'Étoile. Estaban en pie, según hemos dicho, desde las cinco de la mañana; pero, ¡bah!, «nadie se cansa en domingo —decía Favourite—; en domingo no trabaja la fatiga». A las tres, las cuatro parejas, ahítas de placer, descendían por las montañas rusas, edificio singular que

ocupaba entonces las cimas de Beaujon, y cuya línea serpentina se descubría por encima de los árboles de los Campos Elíseos.

De cuando en cuando, Favourite exclamaba:

—¿Y la sorpresa? Quiero la sorpresa.

—Paciencia —respondía Tholomyès.

Cansados ya de las montañas rusas, habían pensado en comer y, radiantes los ocho, aunque algo fatigados, se dejaron caer por la hostería de Bombarda, sucursal que había establecido en los Campos Elíseos aquel famoso hostelero Bombarda, cuya enseña se veía entonces en la calle Rivoli, al lado del pasaje Delorme.

Una habitación grande, pero fea, con alcoba y cama en el fondo (tuvieron que aceptar ese rincón, por estar la hostería llena el domingo); dos ventanas, desde las que se podía contemplar, a través de los olmos, el muelle y el río; un magnífico sol de agosto, entrando de refilón por las ventanas; dos mesas; encima de una de ellas, una montaña de ramilletes mezclados con sombreros de hombre y de mujer; en la otra, las cuatro parejas sentadas alrededor de un montón de platos, bandejas, vasos y botellas, jarros de cerveza y de vino; poco orden en la mesa, y algún desorden debajo:

Los pies bajo la mesa, sin reposo,
armaban un estrépito espantoso
dijo Molière.

He aquí, pues, dónde estaba hacia las cuatro y media de la tarde, la fiesta campestre que había empezado a las cinco de la mañana. El sol declinaba y el apetito se apagaba.

Los Campos Elíseos, llenos de sol y de gente, no eran más que luz y polvo, dos cosas de las que se compone la gloria. Los caballos de Marly, esos mármoles que relinchaban, hacían cabriolas en una nube de oro. Las carrozas iban y venían. Un escuadrón de magníficos guardias de corps, con el clarín a la cabeza, descendía por la avenida de Neuilly; la bandera blanca, vagamente rosada por el sol poniente, flotaba en la cúpula de las Tullerías. La plaza de la Concordia, que entonces era llamada de Luis XV, rebosaba de paseantes satisfechos. Muchos llevaban la flor de lis de plata suspendida de la cinta blanca que, en 1817, no había aún desaparecido de las botonaduras. En varios puntos, en medio de los paseantes que formaban círculo y

aplaudían, coros de niñas lanzaban al viento una popular canción borbónica, entonces célebre, destinada a anatematizar los Cien Días y que tenía por estribillo:

Devolvednos a nuestro padre de Gante,
devolvednos a nuestro padre.

Gran número de habitantes de los arrabales, endomingados, incluso a veces flordelisados como los de la ciudad, en el gran cuadro y en el cuadro Marigny, jugaban a la sortija y daban vueltas en los caballos de madera; otros bebían; algunos, aprendices de impresor, llevaban gorros de papel; se oían sus risas. Todos estaban radiantes. Era un tiempo de paz incontestable y de profunda seguridad realista; era la época en que un informe privado y especial del prefecto de policía Anglès al rey, acerca de los arrabales de París, terminaba con estas líneas: «Bien considerado todo, señor, no hay nada que temer de esta gente. Son todos indiferentes e indolentes como gatos. El pueblo bajo de las provincias es inquieto; pero el de París no lo es. Son todos unos hombrecillos, señor. Sería preciso poner dos de ellos, uno sobre otro, para hacer uno de vuestros granaderos. No hay temor, por lo que concierne al populacho de la capital. Es muy notable que incluso la estatura haya decrecido en los últimos cincuenta años; la gente de los arrabales de París es más baja que antes de la revolución. No es peligrosa, en absoluto. En suma, es una buena canalla».

Los prefectos de policía no creían posible que un gato pueda convertirse en león; éste es, sin embargo, el milagro del pueblo de París. El gato, por otra parte, tan despreciado por el conde de Anglès, era muy estimado en las repúblicas antiguas; a sus ojos, encarnaba la libertad, y así, para hacer juego con la Minerva áptera del Pireo, había en la plaza pública de Corinto un coloso de bronce de un gato. La ingenua policía de la Restauración veía demasiado «bueno» al pueblo de París. No era, sin embargo, tan «buena canalla» como se creía. El parisiense es al francés lo que el ateniense es al griego; nadie duerme mejor que él, nadie mejor que él tiene aspecto olvidadizo; pero no hay que fiarse; es propicio a toda suerte de dejadez, pero, cuando tiene enfrente a la gloria, es admirable en su furia. Dadle una pica y tendréis el 10 de agosto; dadle un fusil y tendréis Austerlitz. Es el punto de apoyo de Napoleón y el recurso de Danton. ¿Se trata de la patria?, se enrola; ¿se trata de la libertad?, levanta barricadas. ¡Cuidado!, sus cabellos encolerizados son épicos; su blusa de tela se convierte en una clámide. Mucho cuidado. De la primera calle Grenéta que encuentre, hará unas horcas caudinas. Si suena la hora, este arrabalero crecerá, este hombre tan pequeño se levantará y mirará de un modo terrible, y su aliento será una tempestad; de su pecho cenceño saldrá suficiente viento para desbaratar los pliegues de los Alpes. Es gracias al arrabalero de París que la revolución, unida al ejército, conquista Europa. Canta, ése es su placer. Dadle una canción proporcionada a su naturaleza, ¡y ya veréis! Cuando no tiene más canción que la Carmagnole, no hace más que derribar a Luis XVI; hacedle cantar la Marsellesa y libertará al mundo.

Después de escribir esta nota al margen del informe de Anglès, volvamos a nuestras cuatro parejas. La comida, como hemos dicho, finalizaba.

Propósitos de sobremesa y propósitos de amor; tan difíciles de coger unos como otros; los propósitos de amor son nubes, los propósitos de sobremesa son humo.

Fameuil y Dahlia murmuraban una canción; Tholomyès bebía; Zéphine reía; Fantine sonreía. Listolier soplaba en una trompeta de madera, comprada en Saint-Cloud. Favourite contemplaba tiernamente a Blachevelle y decía:

—Blachevelle, te adoro.

Esto indujo a Blachevelle a formular una pregunta:

—¿Qué harías, Favourite, si dejara de amarte?

—¡Yo! —exclamó Favourite—. ¡Ah! No digas esto, ni aun en broma. Si dejaras de amarme, saltaría sobre ti, te arañaría, te lastimaría, te arrojaría al agua y te haría prender.

Blachevelle sonrió, con la fatuidad voluptuosa de un hombre halagado en su amor propio. Favourite continuó:

—Sí, ¡llamaría a la guardia! ¡Ah! ¡Me disgustaría mucho, desde luego! ¡Canalla!

Blachevelle, extasiado, se recostó en la silla y cerró orgullosamente los ojos.

Dahlia, sin dejar de comer, dijo en voz baja a Favourite, en medio de la algarabía:

—¿Tanto idolatras a tu Blachevelle?

—¡Yo!, le detesto —respondió Favourite, en el mismo tono y volviendo a coger su tenedor—. Es avaro. El que me gusta es el pequeñito de enfrente de mi casa. Está muy bien ese hombre, ¿le conoces? Tiene aspecto de ser actor. Me gustan los actores. En cuanto entra en su casa, su madre dice: «¡Ah, Dios mío, ya perdí la tranquilidad! Ahora va a gritar. ¿Pero no ves que tus chillidos me rompen la cabeza?». Porque, en cuanto llega a su casa, en el desván, en las buhardillas, adondequiera que puede subir, allí se encarama y empieza a declamar y a cantar, ¿qué sé yo? Pero tan fuerte, que se le oye desde una legua. Gana ya veinte sueldos por día, en casa de un abogado copiando sofismas. Es hijo de un antiguo sochantre de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. ¡Ah!, está muy bien. Me idolatra, hasta el punto de que el otro día, al verme hacer un poco de

pasta de harina para unas empanadas, me dijo: «Señorita, haga usted buñuelos con sus guantes y soy capaz de comérmelos». No hay como los artistas para decir tales cosas. ¡Ah!, está muy bien. Creo que voy a enloquecer por ese muchacho. Sin embargo, digo a Blachevelle que le adoro. ¡Cómo miento! ¿Eh? ¡Cómo miento!

Favourite hizo una pausa y continuó:

—Dahlia, ¿lo creerás?, estoy triste. Todo el verano ha estado lloviendo; el viento me encoleriza, me irrita los nervios; Blachevelle es muy roñoso; apenas hay guisantes en el mercado; no sé qué comer; tengo spleen, como dicen los ingleses, ¡está tan cara la manteca!, y luego, ya ves, es un horror esto: ¡comer en un cuarto donde hay una cama! Esto me hace aborrecer la vida.

Sin embargo, mientras algunos cantaban, otros charlaban tumultuosamente, y todos lo hacían al mismo tiempo; Tholomyès intervino:

—No hablemos más al azar, ni demasiado deprisa —exclamó—. Meditemos, si queremos deslumbrar. Demasiada improvisación vacía tontamente la imaginación. Cerveza que fluye no hace espuma. Señores, no se apresuren. Mezclemos la majestad con la francachela. Comamos con recogimiento; banqueteemos lentamente. No tenemos prisa alguna. Ved la primavera; si se adelanta, todo arde, es decir, se huela. El exceso de celo pierde a los melocotoneros y albaricoqueros. El exceso de celo mata la gracia y la alegría de los festines. ¡Nada de celo, señores! Grimod de la Reynière es de la misma opinión que Talleyrand.

Una sorda rebelión agitó al grupo.

—Tholomyès, déjanos en paz —dijo Blachevelle.

—¡Abajo el tirano! —dijo Fameuil.

—Bombarda, Bombance y Bamboche —gritó Listolier.

—El domingo existe —replicó Fameuil.

—Somos sobrios —añadió Listolier.

—Tholomyès —dijo Blachevelle—, contempla mi calma.

—Tú eres el marqués de este título —respondió Tholomyès.

Este mediocre juego de palabras hizo el efecto de una piedra arrojada a un charco. El marqués de Montcalm era un realista entonces célebre. Todas las ranas se callaron.

—Amigos —continuó Tholomyès, con el acento de un hombre que recobra el imperio—, reponeos. No hay que acoger con tanto estupor este equívoco caído del cielo. Todo lo que cae de este modo no es necesariamente digno de entusiasmo y de respeto. El equívoco es el excremento del talento que vuela; el excremento cae en cualquier parte; y el talento, después de su necia postura, se remonta y se pierde en el azul del cielo. Una mancha blanquecina que se aplasta sobre una roca no impide al cóndor seguir planeando. ¡Lejos de mí la idea de insultar al equívoco! Le honro en la

proporción de sus méritos; nada más. Todo lo que hay de más augusto, más sublime y más encantador en la humanidad, y quizá fuera de ella, se ha entretenido en hacer juegos de palabras. Jesucristo hizo uno acerca de San Pedro; Moisés, acerca de Isaac; Esquilo, acerca de Polinices; Cleopatra, acerca de Octavio. Y observad que este equívoco de Cleopatra precedió la batalla de Actium, y que sin él nadie se acordaría de la ciudad de Toryne, nombre griego que significa cucharón. Concedido esto, vuelvo a mi exhortación. Repito, hermanos míos, nada de celo, nada de barullo, nada de excesos, ni aun de chistes, juegos de palabras y demás. Escuchadme, yo tengo la prudencia de Anfiarao y la calvicie de César. Es preciso un límite hasta en los jeroglíficos. Est modus in rebus. Es preciso un límite aun en las comidas. Señoras mías, os gustan con exceso las tortas de manzana, no abuséis. Aun en esto de las tortas debe haber arte y buen sentido. La glotonería castiga al glotón. Gula castiga a Gulax. La indigestión está encargada, por Dios, de moralizar los estómagos. Y recordad esto: cada una de nuestras pasiones, incluso el amor, tiene un estómago que es menester no llenar demasiado. En todo es preciso escribir a tiempo la palabra finis cuando urja, es necesario contenerse, echar el cerrojo al apetito; llevar la prevención a la fantasía, y encerrarse uno mismo en el cuerpo de guardia. El hombre sabio es aquel que, en un momento dado, sabe contenerse. Confiad en mí. Porque yo he estudiado un poco de leyes, según dicen mis exámenes; porque yo sé la diferencia que hay entre la cuestión promovida y la cuestión pendiente; porque he sostenido en latín una tesis sobre la manera con que se daba tormento en Roma en tiempo en que Munatius Demens era cuestor del Parricidio; porque, por lo que parece, voy a ser doctor, no se origina de ello necesariamente que yo sea un imbécil. Os recomiendo moderación en los deseos. Tan cierto como que me llamo Félix Tholomyès que hablo en razón. Dichoso aquel que, cuando la hora suena, toma un partido heroico y abdica como Sila, o como Orígenes.

Favourite escuchaba con profunda atención.

—¡Félix! —dijo—. ¡Qué bonita palabra! Me gusta este nombre. Es en latín. Quiere decir Próspero.

Tholomyès prosiguió:

—Quirites, gentlemen, caballeros, mis amigos. ¿Queréis no sentir ningún aguijón, olvidaros del lecho nupcial y desafiar al amor? Nada tan sencillo. Ved la receta: limonada, mucho ejercicio, trabajo forzado, derrengaos, arrastrad piedras, no durmáis, velad, tomad gran cantidad de bebidas nitrosas y de tisanas de ninfeas, saboread las emulsiones de adormideras y agnocastos, sazonad todo esto con una dieta severa, reventad de hambre, añadid baños fríos, cinturones de hierbas, la aplicación de una plancha de plomo, lociones con el licor de Saturno y los fomentos con oxicato.

—Prefiero una mujer —dijo Listolier.

—¡La mujer! —replicó Tholomyès—. Desconfiad de ella. ¡Desgraciado el que se entrega al corazón variable de una mujer! La mujer es pérfida y tortuosa. Detesta a la serpiente por celos del oficio; la serpiente es para la mujer lo que la tienda de enfrente para el tendero.

—¡Tholomyès —gritó Blachevelle—, estás borracho!

—¡Pardiez! —exclamó Tholomyès.

—Pues, ponte alegre —continuó Blachevelle.

—Consiento en ello —repuso Tholomyès.

Y, llenando su vaso, se levantó:

—¡Gloria al vino! Nunc te, Bacche, canam! Perdón, señoritas, esto es español. Y la prueba, señoras, vedla aquí: tal pueblo, tal tonel. La arroba de Castilla contiene dieciséis litros, el cántaro de Alicante, doce, el almud de las Canarias, veinticinco, el cuartán de las Baleares, veintiséis, la bota del zar Pedro, treinta. Viva el zar, que era grande, y viva su bota que era mayor aún. Señoras, un consejo de amigo: tomad a un vecino por otro, si os parece bien. Lo propio del amor es el error. La enamorada no está hecha para acurrucarse como una criada inglesa que cría callo en las rodillas. No está hecha para esto: ¡la dulce enamorada debe errar alegremente! Se ha dicho: el error es humano; y yo digo: el error está enamorado. Señoras, yo os idolatro a todas. Oh, Zéphine, oh, Joséphine, figura por demás estrujada, seríais encantadora, si no os viera de perfil. Tenéis un rostro muy bonito, sobre el cual se han sentado por equivocación. En cuanto a Favourite, ¡oh, ninfas, oh, musas! Un día que Blachevelle atravesaba el arroyo de la calle Guérin-Boisseau, vio a una hermosa muchacha con medias blancas y muy estiradas que enseñaba las piernas. Este prólogo le agradó y Blachevelle amó. La que amó era Favourite. ¡Oh, Favourite, tienes unos labios jónicos! Había un pintor griego llamado Euforión al que habían puesto el sobrenombre de pintor de los labios. Solamente este griego hubiera sido digno de pintar tu boca. ¡Escucha! Antes que tú, no hubo criatura digna de este nombre. Estás hecha para recibir la manzana, como Venus, o para comerla, como Eva. La belleza empieza en ti. Acabo de hablar de Eva, eres tú quien la ha creado. Mereces la patente de invención de la mujer hermosa. ¡Oh!, Favourite, dejo de tutearos, porque paso de la poesía a la prosa. Hablabais de mi nombre hace poco. Esto me ha enternecido; pero seamos lo que seamos, desconfiemos de nuestros nombres. Pueden engañarnos. Yo me llamo Félix, y no soy feliz. Las palabras son engañosas. No aceptemos ciegamente las indicaciones que nos dan. Sería un error escribir a Lieja para tener tapones, y a Pau para tener guantes. Miss Dahlia, en vuestro lugar yo me llamaría Rosa. Es preciso que la flor huela bien, y que la mujer tenga ingenio. No digo nada de Fantine, es una soñadora, una visionaria, una pensadora, una sensitiva; es un fantasma con cuerpo de ninfa y el pudor de una monja, que se extravía en la vida de modistilla, pero que se refugia en las ilusiones, y que canta, y que ruega, y que mira al cielo sin saber lo que

ve ni lo que hace, y que, con la vista en la inmensidad, vaga por un jardín donde hay más pájaros que los que existir puedan. ¡Oh!, Fantine, oye bien esto: yo, Tholomyès, soy una ilusión; ¡pero no me oye!, la rubia hija de las quimeras. Por lo demás, todo en ella es frescor y suavidad, juventud, dulce claridad matinal. ¡Oh!, Fantine, muchacha digna de llamarnos margarita o perla, sois una mujer del más bello Oriente. Señoras, un segundo consejo: no os caséis; el matrimonio es un injerto; coge bien o mal; huid de este riesgo. ¡Pero, bah!, ¿qué estoy diciendo? Mis palabras se pierden. Las mujeres, en cuanto a matrimonio, son incurables; y todo lo que podamos decir, nosotros los sabios, no impedirá en absoluto que las chalequeras y ribeteadoras sigan soñando en maridos ricos y llenos de diamantes. En fin, sea; pero, hermosas, recordad esto: coméis demasiado azúcar. ¡Oh!, sexo roedor, ¡tus lindos pequeños y blancos dientes adoran el azúcar! Ahora bien, escuchadme, el azúcar es una sal. Toda sal es secante. La más secante de todas las sales es el azúcar. Absorbe, a través de las venas, los líquidos de la sangre; de ahí la coagulación y luego la solidificación de la sangre; de ahí la tuberculosis en los pulmones; de ahí la muerte. Por esto es por lo que la diabetes confina con la tisis. Así pues, ¡no comáis azúcar y viviréis! Me vuelvo hacia los hombres. Señores, haced conquistas. Robaos los unos a los otros, sin remordimientos, vuestras bienamadas. Cambiad de pareja. En amor no existen los amigos. Dondequiera que haya una mujer bonita, están rotas las hostilidades. ¡Sin cuartel, guerra de exterminio! Una hermosa mujer es un casus belli; una hermosa mujer es un flagrante delito. Todas las invasiones de la historia están determinadas por zagalejos. La mujer es el derecho del hombre. Rómulo raptó a las sabinas; Guillermo raptó a las sajonas; César raptó a las romanas. El hombre que no es amado planea como un buitre sobre las amantes del prójimo; y en cuanto a mí, a todos esos infortunados que están viudos, lanzo la sublime proclama de Bonaparte al ejército de Italia: «Soldados, carecéis de todo. El enemigo lo tiene».

Tholomyès se interrumpió.

—Respira, Tholomyès —dijo Blachevelle.

Al mismo tiempo, Blachevelle, acompañado por Listolier y Fameuil, entonó, lastimeramente, una de esas canciones de taller, compuesta de las primeras palabras que a la imaginación se le ocurren, medio rimadas, medio sin rimar, vacías de sentido como el gesto del árbol y el ruido del viento, que nacen del vapor de las pipas y se disipan y vuelan con él.

No era un cántico hecho para calmar la improvisación de Tholomyès; vació su vaso, volvió a llenarlo, y empezó de nuevo.

—¡Abajo la sabiduría! Olvidad todo cuanto he dicho. No seamos falsos pudorosos, ni prudentes, ni prohombres. ¡Brindo por la alegría! Alegrémonos. Completemos nuestro curso de Derecho con la locura y la comida. Indigestión y Digesto. ¡Que Justiniano sea el macho, y que Francachela sea la hembra! ¡Alegría en los abismos!

¡Vive, oh, creación! ¡El mundo es un gran diamante! Soy feliz. Los pájaros son asombrosos. ¡Qué fiesta en todas partes! El ruiseñor es un Elleviou gratis. Verano, yo te saludo. ¡Oh, Luxemburgo, oh, Geórgicas de la calle Madame y de la Alameda del Observatorio! ¡Oh, estudiantes meditabundos! ¡Oh, encantadoras niñeras, que mientras cuidáis los niños os divertís en bosquejar otros! Las pampas de América me agradarían, si no tuviera a mi disposición las bóvedas del Odeón. Mi alma vuela hacia las selvas vírgenes y hacia las sabanas. Todo es hermoso. Las moscas zumban en torno a los rayos del sol. De un estornudo del sol ha nacido el colibrí. ¡Abrázame, Fantine!

Se equivocó y abrazó a Favourite.

VIII

Muerte de un caballo

—Se come mejor en casa de Edon que en casa de Bombarda —exclamó Zéphine.

—Yo prefiero Bombarda a Edon —declaró Blachevelle—. Hay más lujo. Es más asiático. Ved, si no, la habitación de abajo. Hay espejos en las paredes.

—Yo los prefiero en mi plato —dijo Favourite.

Blachevelle insistió:

—Mirad los cuchillos. Los mangos son de plata en casa de Bombarda, y de hueso en casa de Edon. Ahora bien, la plata es más preciosa que el hueso.

—Excepto para los que tienen un mentón de plata —observó Tholomyès.

En este momento, miraba la cúpula de los Inválidos, visible desde las ventanas de Bombarda.

Hubo una pausa.

—Tholomyès —gritó Fameuil—, hace poco, Listolier y yo teníamos una discusión.

—Una discusión es buena —respondió Tholomyès—, una querella es mejor.

—Discutíamos sobre filosofía.

—¿Y bien?

—¿A quién prefieres tú, a Descartes o a Spinoza?

—A Désaugiers —respondió Tholomyès. Dictada esta sentencia, bebió y continuó—: Consiento en vivir. No todo ha concluido en la tierra, puesto que todavía se puede disparatar. Doy por ello gracias a los dioses inmortales. Se miente, pero se ríe. Se afirma, pero se duda. Lo inesperado brota del silogismo. Es hermoso. Hay también, aquí abajo, seres humanos que saben alegremente abrir y cerrar la caja de sorpresas de la paradoja. Esto que bebéis tan tranquilamente, señoras, es vino de Madeira, sabedlo, de la cosecha del Coural das Freiras, que se halla a trescientas diecisiete toesas sobre el nivel del mar. ¡Atención al beber! ¡Trescientas diecisiete toesas! ¡Y el señor Bombarda, el magnífico fondista, os da estas trescientas diecisiete toesas por cuatro francos cincuenta céntimos!

Fameuil interrumpió de nuevo:

—Tholomyès, tus opiniones son ley. ¿Cuál es tu autor favorito?

—Ber...

—¿Quin?

—No, Choux.

Y Tholomyès prosiguió:

—¡Honor a Bombarda! ¡Igualaría a Munofis de Elefanta, si pudiera cogerme una almeja, y a Tigelión de Queronea, si pudiera traerme una hetaira! Pues, ¡oh!, señoras mías, ha habido Bombardas en Grecia y en Egipto. Es Apuleyo quien nos lo dice. ¡Ay!, siempre las mismas cosas y nada nuevo. ¡Nada inédito en la creación del creador! Nihil sub sole novum, dijo Salomón; amor omnibus idem, dijo Virgilio; y Carabina se embarca con Carabin en la goleta de Saint-Cloud, como Aspasia se embarcaba con Pericles en la escuadra de Samos. Una última palabra. ¿Sabéis lo que era Aspasia, señoras? Aunque vivió en un tiempo en que las mujeres todavía no tenían alma, era un alma; un alma de color de rosa y púrpura, más abrasada que el fuego, más fresca que la aurora. Aspasia era una criatura en la que se tocaban los dos extremos de la mujer; era la prostituta diosa. Sócrates, y además Manon Lescaut. Aspasia fue creada para el caso de que a Prometeo le hiciese falta un crisol.

Una vez lanzado, Tholomyès difícilmente se hubiera detenido, de no haber ocurrido que un caballo cayó en la calle en aquel preciso instante. Paráronse la carreta que arrastraba y el orador. Era el animal una yegua vieja y flaca, digna del matadero, que arrastraba una carreta muy pesada. Al llegar frente a la casa de Bombarda, el animal, agotadas las fuerzas, se había negado a dar un paso más. Este incidente había atraído a la multitud. Cuando el carretero indignado pronunció con la conveniente energía la palabra sacramental ¡jarre!, apoyada por un implacable latigazo, el matalón cayó para no levantarse más. Al rumor de la gente, los alegres oyentes de Tholomyès volvieron la cabeza, y Tholomyès aprovechó de la ocasión para terminar su discurso con esta melancólica estrofa:

Era de este mundo, en que carros y carrozas
tienen el mismo destino,
y, rocín, ella ha vivido lo que viven los rocines,
una mañana.

—Pobre caballo —suspiró Fantine.

Y Dahlia exclamó:

—¡He aquí a Fantine, que se compadece de los caballos! ¡Es menester ser tonta de remate para eso!

En aquel momento, Favourite, cruzando los brazos y echando la cabeza hacia atrás, miró resueltamente a Tholomyès y dijo:

—Pero ¿y la sorpresa?

—Justamente ha llegado el momento —respondió Tholomyès—. Señores, ha sonado la hora de sorprender a estas damas. Señoras, esperadnos un momento.

—La sorpresa empieza por un beso —dijo Blachevelle.

—En la frente —añadió Tholomyès.

Cada uno depositó gravemente un beso en la frente de su amante; luego, los cuatro en fila se dirigieron hacia la puerta, con el dedo puesto sobre la boca.

Favourite batió palmas al verlos salir.

—Es divertido —dijo.

—No tardéis mucho —murmuró Fantine—. Os esperamos.

IX

Alegre fin de la alegría

Cuando las jóvenes quedaron solas, se acodaron por pares en cada ventana, inclinando la cabeza y hablándose de una ventana a otra.

Vieron a los jóvenes salir de la taberna de Bombarda, cogidos del brazo. Se volvieron, hiciéronles señas riendo, y desaparecieron en la polvorienta muchedumbre que invade semanalmente los Campos Elíseos.

—¡No tardéis mucho! —gritó Fantine.

—¿Qué nos traerán? —dijo Zéphine.

—Seguro que será algo bonito —dijo Dahlia.

—Yo —declaró Favourite— quiero que sea de oro.

Muy pronto se distrajeron con el movimiento del agua, que distinguían a través de las ramas de los árboles, y que las divertía mucho. Era la hora de salida de los correos y diligencias. Casi todas las mensajerías del Mediodía y del oeste pasaban entonces por los Campos Elíseos. La mayoría de ellas seguían el muelle y salían por la barrera de Passy. De minuto en minuto, algún gran carruaje pintado de amarillo y negro, pesadamente cargado, con ruidoso atelaje, disforme a fuerza de baúles, bacas y maletas, lleno de cabezas que enseguida desaparecían, pulverizando el empedrado, pasaba a través de la multitud, haciendo saltar chispas como una fragua, con el polvo por humo y cierto aire de furia. Aquel estrépito alegraba a las muchachas. Favourite exclamó:

—¡Qué tumulto! Parece que arrastran montañas de cadenas.

Sucedió que uno de estos carruajes, que se distinguía con cierta dificultad a través de los olmos, se detuvo un instante y luego partió al galope. Aquello sorprendió a Fantine.

—Yo creía que la diligencia no se detenía nunca —dijo.

Favourite se encogió de hombros.

—Esta Fantine es sorprendente. Y voy a mirarla, por curiosidad. Las cosas más sencillas la deslumbran. Una suposición: yo soy un viajero y digo a la diligencia: voy

delante; subiré cuando paséis por el muelle. La diligencia llega, me ve, se detiene y subo. Esto sucede todos los días. Tú no conoces la vida, querida.

Pasó algún tiempo. De pronto, Favourite hizo un movimiento como quien se despierta.

—Bien —dijo—, ¿y la sorpresa?

—Es verdad —repuso Dahlia—, ¿y la famosa sorpresa?

—¡Cuánto tardan! —dijo Fantine.

Cuando Fantine acababa más bien de suspirar que de decir esto, entró el camarero que les había servido la comida. En la mano llevaba algo que parecía una carta.

—¿Qué es esto? —preguntó Favourite.

El camarero respondió:

—Es un papel que estos señores han dejado abajo para las damas.

—¿Por qué no lo habéis traído antes?

—Porque estos señores —continuó el camarero— mandaron que no se os entregara hasta pasada una hora.

Favourite arrancó el papel de manos del camarero. En efecto, era una carta.

—¡Vaya! —dijo—. No hay dirección. Pero ved lo que tiene escrito encima:

ÉSTA ES LA SORPRESA

Rompió vivamente el sobre, lo abrió y leyó (sabía leer):

¡Oh, amadas nuestras!

Sabed que tenemos padres. Vosotras no entenderéis muy bien qué es esto de padres. Así se llaman el padre y la madre en el Código Civil, pueril y honrado. Pues bien, estos padres lloran; estos ancianos nos reclaman; estos buenos hombres y estas buenas mujeres nos llaman hijos pródigos, desean nuestro regreso, y nos ofrecen hacer sacrificios. Somos virtuosos y los obedecemos. A la hora en que leáis esto, cinco fogosos caballos nos arrastran hacia nuestros papás y nuestras mamás. Levantamos el campo, como dice Bossuet. Partimos; hemos partido. Huimos en brazos de Laffitte y en alas de Caillard. La diligencia de Toulouse nos arranca del borde del abismo, y el abismo sois vosotras, ¡oh, nuestras hermosas amantes! Regresamos a la sociedad, al deber y al orden, al gran trote, a razón de tres leguas por hora. Conviene a la patria que seamos, como todo el mundo, prefectos, padres de familia, guardias campestres y consejeros de Estado. Veneradnos; nos sacrificamos. Lloradnos rápidamente y reemplazadnos de prisa. Si esta carta os destroza el corazón, haced lo propio con ella. Adiós.

Durante cerca de dos años os hemos hecho dichasas. No nos guardéis, pues, rencor.

Firmado: BLACHEVELLE.

FAMEUIL.
LISTOLIER.
FÉLIX THOLOMYÈS.

POST SCRIPTUM: La comida está pagada.

Las cuatro jóvenes se miraron.

Favourite fue la primera en romper el silencio.

—¡Bien! —exclamó—. De todos modos es una buena broma.

—Es muy graciosa —dijo Zéphine.

—Debe ser Blachevelle quien ha tenido esta idea —continuó Favourite—. Esto hace que le vuelva a querer. Tan pronto ido, tan pronto amado. Ésta es la historia.

—No —replicó Dahlia—, es una idea de Tholomyès. Se conoce a la legua.

—En este caso —continuó Favourite—, ¡muera Blachevelle y viva Tholomyès!

—¡Viva Tholomyès! —gritaron Dahlia y Zéphine.

Y rompieron a reír.

Fantine rió, como las demás.

Una hora más tarde, cuando estuvo ya en su habitación, lloró. Era, ya lo hemos dicho, su primer amor; se había entregado sin reserva a Tholomyès, como a un marido, ¡y la pobre joven tenía un hijo!

LIBRO CUARTO

Confiar es, a veces, entregar

En el primer cuarto de este siglo, había en Montfermeil, cerca de París, una especie de figón que ya no existe. Este figón estaba a cargo de unas personas llamadas Thénardier, marido y mujer. Estaba situado en el callejón del Boulanger. Encima de la puerta veíase una tabla clavada en la pared. Sobre esta tabla había pintado algo que, en cierto modo, se asemejaba a un hombre que llevase a cuestras a otro hombre, el cual llevaba charreteras doradas de general y grandes estrellas plateadas; unas manchas rojas querían figurar sangre; el resto del cuadro era todo humo, y probablemente representaba una batalla. Debajo se leía esta inscripción: «Taberna del sargento de Waterloo».

Nada más frecuente que ver un chirrión o una carreta a la puerta de un albergue. Sin embargo, el vehículo o, mejor dicho, el fragmento de vehículo que obstruía la calle, delante del figón del sargento de Waterloo, una tarde de primavera de 1818, hubiera ciertamente llamado, por su mole, la atención de cualquier pintor que hubiera pasado por allí.

Era el avantrén de uno de esos carretones que se usan en las regiones boscosas y que sirven para acarrear los maderos y los troncos de árboles. Componíase de un eje macizo de hierro, con un pivote, en el cual encajaba una pesada lanza, y que estaba sostenido por dos ruedas desmesuradas. Todo este conjunto era amazacotado, aplastante y deforme, como hubiera podido serlo el afuste de un cañón gigante. Los caminos habían dado a las ruedas, a las llantas, a los cubos, al eje y a la lanza de aquel armatoste, una capa de lodo, sucio, estucado, amarillento, muy parecido al que de buen grado se emplea para adornar las catedrales. La madera desaparecía bajo el barro y el hierro bajo el moho. Debajo del eje colgaba una gruesa cadena, digna de un Goliat forzado. Aquella cadena hacía pensar, no en las vigas a cuyo transporte estaba destinada, sino en los mastodontes y mamuts que hubieran podido arrastrarla; tenía cierto aspecto de objeto de presidio, pero de presidio ciclópeo y sobrehumano, y

parecía como separada de algún monstruo. Homero hubiese amarrado con ella a Polifemo, y Shakespeare a Calibán.

¿Por qué aquel desmesurado avantrén de carromato ocupaba aquel sitio en la calle? Primero, para obstruir la calle; luego, para acabar de enmohecerse. En el viejo orden social hay una multitud de instituciones que se encuentran del mismo modo a cielo descubierto, y que tampoco tienen otras razones para estar allí.

El centro de la cadena colgaba del eje bastante cerca del suelo, y en su curvatura, como sobre la cuerda de un columpio, estaban sentadas y agrupadas aquella tarde, en una exquisita unión, dos tiernas niñas, la una de unos dos años y medio y la otra de dieciocho meses; la más pequeña en brazos de la mayor. Un pañuelo sabiamente anudado impedía que se cayesen. Una madre había visto aquella espantosa cadena y había pensado: «¡Vaya! He aquí un buen entretenimiento para mis niñas».

Las dos pequeñas, por lo demás, graciosamente ataviadas, hasta con cierta afectación, resplandecían, por decirlo así; eran como dos rosas entre el hierro viejo; sus ojos eran un triunfo, sus frescas mejillas sonreían. Una de las niñas era trigueña, la otra era morena. Sus inocentes rostros eran dos asombros encantadores; un zarzal florido que había cerca de allí enviaba a los transeúntes perfumes que parecían proceder de ellas; la de dieciocho meses enseñaba su lindo vientre desnudo, con la casta indecencia de la infancia. Por encima y alrededor de aquellas cabezas delicadas, sumidas en la felicidad e inundadas de luz, el gigantesco avantrén, negro por el moho, casi terrible, todo lleno de nudos y de ángulos terribles, se redondeaba como la boca de una caverna. A pocos pasos, recostada sobre el umbral del albergue, la madre, mujer de poco agradable aspecto, pero conmovedora en aquel instante, balanceaba a las dos niñas por medio de una larga cuerda, protegiéndolas con su mirada, temerosa de un accidente, con esa expresión animal y celeste propia de la maternidad. A cada vaivén, los horribles anillos despedían un estridente sonido que parecía un grito de cólera; las niñas se extasiaban; el sol poniente participaba en aquella alegría, y nada tan hermoso como aquel capricho del azar, que había hecho de una cadena de titanes un columpio de querubines.

Al mismo tiempo que mecía a sus hijas, la madre canturreaba, en voz de falsete, una canción entonces célebre:

Preciso es, decía un guerrero...

Su canción y la contemplación de sus hijas le impedían oír y ver lo que pasaba en la calle.

Sin embargo, alguien se había acercado a ella, cuando empezaba la primera estrofa de la canción, y, de repente, oyó una voz que decía muy cerca de su oído:

—Tenéis dos hermosas niñas, señora.

A la bella y tierna Imogina...

Siguió cantando la madre; luego, volvió la cabeza.

Una mujer estaba frente a ella, a pocos pasos y con una niña en los brazos.

Además, llevaba un abultado saco de noche, que parecía muy pesado.

La niña de aquella mujer era uno de los seres más divinos que puedan verse. Era una niña de dos o tres años. Por la coquetería de su adorno, hubiera podido competir con las otras niñas; llevaba una capotita de lienzo fino, cintas en la chambra y puntillas en la gorrita. El pliegue de su falda levantada dejaba ver su muslo blanco, apretado y firme. Era admirablemente sonrosada y bien hecha. La hermosa pequeña inspiraba deseos de morder en las manzanas de sus mejillas. Nada podía decirse de sus ojos, sino que debían ser muy grandes y que tenían magníficas pestañas. Estaba dormida.

Dormía con ese sueño de absoluta confianza propia de su edad. Los brazos de las madres están hechos de ternura; los niños se duermen en ellos profundamente.

En cuanto a la madre, su aspecto era pobre y triste. Tenía el porte de una obrera que tiende a convertirse en aldeana. Era joven. ¿Era hermosa? Quizá; pero con aquel porte no lo parecía. Sus cabellos, de los que se escapaba un mechón rubio, parecían muy espesos, pero se ocultaban severamente debajo de una toca de beata, fea, apretada, estrecha y anudada debajo de la barbilla. La risa muestra los dientes hermosos, cuando se tienen; pero aquella mujer no reía. Sus ojos no parecían estar secos desde hacía mucho tiempo. Estaba pálida; tenía el aspecto cansado y algo enfermizo; miraba a su hija, dormida en sus brazos, con ese aire particular de una madre que ha criado a su hijo. Un ancho pañuelo azul, parecido a los que usan los inválidos, doblado en forma de pañoleta, ocultaba pesadamente su talle. Tenía las manos bronceadas y salpicadas de manchas rojizas, el índice endurecido y agrietado por la aguja; llevaba un mantón negro de lana tosca y gruesos zapatos. Era Fantine.

Era Fantine. Se la reconocía con dificultad. Sin embargo, examinándola con atención, se descubría siempre su hermosura. Un pliegue triste, que parecía un principio de ironía, arrugaba su mejilla derecha. En cuanto a su traje, aquel traje aéreo de muselina y de música, lleno de cascabeles y perfumado de lilas, se había desvanecido como la hermosa escarcha que parece un manto de diamantes a la luz del sol, pero que al deshacerse, deja enteramente negra la rama en que se posaba.

Habían transcurrido diez meses desde la famosa «sorpresa».

¿Qué había sucedido durante aquellos diez meses? Fácil es adivinarlo.

Después del abandono, la miseria; Fantine había perdido inmediatamente de vista a Favourite, Zéphine y Dahlia; el lazo, una vez roto por el lado de los hombres, se había deshecho por el de las mujeres; quince días después, si se les hubiera dicho que eran amigas, se habrían asombrado mucho; aquello no tenía razón de ser. Fantine había quedado sola. Abandonada por el padre de su hija —¡ay!, estas rupturas son irrevocables—, se encontró absolutamente aislada, con el hábito del trabajo de menos y la afición al placer de más. Arrastrada, por sus relaciones con Tholomyès, a desdeñar el oficio que sabía, había descuidado sus medios de trabajo y todas las puertas se le

cerraron. No le quedó ningún recurso. Fantine apenas sabía leer y no sabía escribir; únicamente le habían enseñado, en su infancia, a escribir su nombre; había hecho escribir, por un memorialista, una carta para Tholomyès, después otra, y luego una tercera. Tholomyès no había contestado a ninguna. Un día, Fantine oyó decir a unas comadres, mirando a su hija:

—¿Por ventura se toma en serio a estos niños? ¡El que los engendra se encoge de hombros!

Entonces pensó que Tholomyès se encogería de hombros, cuando oyera hablar de su hija, y que no tomaría en serio a aquel ser inocente; y su corazón se puso sombrío para todo cuanto se relacionara con aquel hombre. Pero ¿qué partido tomar? Ya no sabía a quién acudir. Había cometido una falta, pero el fondo de su naturaleza, según puede recordarse, era pudor y virtud. Sintió confusamente que estaba en vísperas de caer en el abatimiento y de resbalar hasta el abismo. Era preciso tener valor; lo tuvo, y se irguió de nuevo. Se le ocurrió la idea de regresar a su pueblo natal, a Montreuil-sur-Mer. Allí quizás alguien la conocería y le daría trabajo. Sí; pero sería preciso esconder su falta. Y entreveía confusamente la necesidad de una separación más dolorosa aún que la primera. Su corazón se sintió oprimido, pero tomó su resolución. Fantine tenía, como se verá, el feroz valor de la vida.

Valientemente, había renunciado ya a las galas; se había vestido de percal y puesto sus sedas, sus vestidos, sus cintas y sus puntillas en su hija, única vanidad que le quedaba; bien santa, por cierto. Vendió todo lo que tenía, lo cual le produjo doscientos francos; una vez pagadas sus pequeñas deudas, no le quedaron más que unos ochenta francos. A los veintidós años, en una hermosa mañana de primavera, abandonó París, llevando a su hija sobre su espalda. Cualquiera que las hubiese visto pasar a las dos, hubiera sentido piedad de ellas. Aquella mujer no tenía en el mundo nada más que esa niña, y esa niña no tenía en el mundo más que a esa mujer. Fantine había criado a su hija; aquello le había fatigado el pecho, por lo cual tosía un poco.

No volveremos a tener ocasión de hablar del señor Félix Tholomyès. Limitémonos a decir que veinte años más tarde, en tiempos del rey Luis Felipe, era un robusto abogado de provincias, influyente y rico, elector prudente y jurado severísimo; siempre hombre alegre.

Hacia la mitad del día, después de haber descansado de cuando en cuando, mediante tres o cuatro sueldos por legua, en lo que entonces se llamaban Pequeños Coches de los Alrededores de París, Fantine se encontró en Montfermeil, en la callejuela del Boulanger.

Al pasar por delante de la hostería Thénardier, las dos niñas, tan contentas en su columpio monstruoso, habían sido para ella una especie de deslumbramiento, y se detuvo ante aquella visión de alegría.

Existen hechizos. Aquellas dos niñas lo fueron para aquella mujer.

Contemplábalas, conmovida. La presencia de los ángeles es un anuncio del paraíso. Creyó ver, por encima de aquella hostería, el misterioso AQUÍ de la Providencia. ¡Aquellas dos pequeñas parecían tan felices! Las contemplaba, las admiraba tan enternecida que, al tomar la madre aliento entre dos versos de su canción, no pudo por menos que decirle las palabras que se acaban de leer:

—Tenéis dos hermosas niñas, señora.

Las criaturas más feroces se sienten desarmadas cuando se acaricia a sus hijos. La madre levantó la cabeza y dio las gracias e hizo sentar a la transeúnte en el banco junto a la puerta, permaneciendo ella sobre el umbral. Las dos mujeres charlaron.

—Me llamo Thénardier —dijo la madre de las dos pequeñas—. Tenemos esta hostería.

Después, siempre con su canción, añadió entre dientes:

Preciso es, soy caballero
y parto hacia Palestina.

Era la señora Thénardier una mujer colorada, robusta, angulosa; el tipo de la mujer-soldado en toda su decadencia. Y, cosa extraña, con un aire sentimental, que debía a sus lecturas novelescas. Era una melindrosa hombruna. Las antiguas novelas que se han incrustado en la imaginación de las bodegoneras producen este efecto. Era joven aún; apenas tendría treinta años. Si esta mujer, que estaba acurrucada, se hubiese mantenido derecha, acaso su alta estatura y su aspecto de coloso ambulante, propio de las ferias, habrían asustado a la viajera, turbado su confianza y desvanecido todo lo que tenemos que referir. Una persona que está sentada en lugar de estar de pie, aun a esto se vale el destino.

La viajera contó su historia, un poco modificada.

Que era obrera; que su marido había muerto, que careciendo de trabajo en París, iba a buscarlo fuera, a su tierra; que había dejado París aquella misma mañana, a pie; que, como llevaba a su hija, se sentía cansada y, habiendo encontrado el coche de Villemomble, había subido a él, que de Villemomble a Montfermeil había venido a pie; que la niña había andado un poco, pero no mucho, porque era muy pequeñita, y había tenido que cogerla en brazos, y la joya se había dormido.

Y, al decir estas palabras, dio a su hija un apasionado beso que la despertó. La niña abrió los ojos, unos grandes ojos azules como los de su madre, y miró. ¿Qué? Nada, todo, con ese aire serio y algunas veces severo de los niños, que es un misterio de su luminosa inocencia ante nuestros crepúsculos de virtudes. Se diría que se sienten ángeles y nos saben humanos. Luego, la niña se puso a reír y, aunque la madre trató de detenerla, saltó al suelo con la indomable energía de un pequeño ser que quiere correr. De repente, descubrió a las otras dos sobre el columpio, se detuvo súbitamente, y sacó la lengua en señal de admiración.

La Thénardier desató a sus hijas, las hizo bajar del columpio y dijo:

—Jugad las tres juntas.

Estas edades se familiarizan prontamente y, al cabo de un minuto, las pequeñas Thénardier jugaban con la recién llegada, haciendo agujeros en el suelo, placer inmenso.

La recién llegada era muy alegre; la bondad de la madre se halla escrita en la alegría del crío; había cogido un palito de madera, que le servía de pala, y cavaba enérgicamente una fosa grande como para una mosca. Lo que hace un enterrador viene a ser cosa de risa hecho por un niño.

Las dos mujeres seguían charlando.

—¿Cómo se llama vuestra pequeña?

—Cosette.

Léase Euphrasie, no Cosette. La pequeña se llamaba Euphrasie. Pero de Euphrasie la madre había hecho Cosette, con ese dulce instinto de las madres y del pueblo, que cambia Josefa en Pepita, y Françoise en Sillette. Es éste un género de derivados que confunde y desconcierta toda la ciencia de los etimologistas. Hemos conocido a una abuela que, del nombre de Théodore, llegó a formar el de Gnon.

—¿Qué edad tiene?

—Va para tres años.

—Lo mismo que mi niña mayor.

Mientras tanto, las tres criaturas se habían agrupado, en una actitud de profunda ansiedad y de beatitud; habíase verificado un acontecimiento; un gran gusano acababa de salir de la tierra, y estaban en éxtasis.

Sus frentes radiantes se tocaban; parecían tres cabezas en una aureola.

—¡Lo que son los niños —exclamó la Thénardier—, cualquiera que las viera, diría que son tres hermanas!

Esta palabra fue la chispa que probablemente estaba esperando la otra madre. Cogió la mano de la Thénardier, miró fijamente a ésta y le dijo:

—¿Queréis tenerme a mi niña?

La Thénardier tuvo uno de estos movimientos de sorpresa que no son ni asentimiento ni negativa.

La madre de Cosette prosiguió:

—Mirad, yo no puedo llevarme a mi hija a mi tierra. El trabajo no lo permite. Con una criatura no hay dónde colocarse. ¡Son tan ridículos allí! El buen Dios es quien me ha hecho pasar por vuestra hostería. Cuando he visto a vuestras niñas, tan bonitas, tan limpias y tan contentas, he quedado admirada. Me he dicho a mí misma: ésta es una buena madre. Sí, podrían ser tres hermanas. Además, yo no tardaré mucho en volver. ¿Queréis guardarme a mi niña?

—Veremos —dijo la Thénardier.

—Pagaré seis francos al mes.

Entonces, una voz de hombre gritó, desde el interior del figón:

—No puede ser menos de siete francos. Y con seis meses pagados por adelantado.

—Seis veces siete, cuarenta y dos —añadió la Thénardier.

—Los daré —respondió la madre.

—Y, además, quince francos para los primeros gastos —añadió la voz de hombre.

—Total, cincuenta y siete francos —dijo la señora Thénardier. Y, entre cifras y cifras, canturreaba vagamente:

Preciso es, decía un guerrero...

—Los daré —dijo la madre—, tengo ochenta francos. Yendo a pie, me quedará con qué llegar a mi tierra. Allí ganaré dinero y, tan pronto como logre reunir un poco, volveré a buscar a mi amor.

La voz de hombre, repuso:

—¿Y la niña, tiene equipo?

—Es mi marido —aclaró la Thénardier.

—¡Vaya si tiene equipo, mi pobre tesoro! Suponía que era vuestro marido. ¡Y un hermoso equipo!, un equipo desmedido. Todo por docenas; y trajes de seda, como una dama. Ahí lo tengo, en mi saco de noche.

—Tendrá que dejárselo —continuó la voz del hombre.

—¡Claro que lo dejaré! —dijo la madre—. ¡Sería gracioso que dejase a mi hija desnuda!

Entonces apareció el rostro del amo.

—Está bien —dijo.

El trato quedó cerrado. La madre pasó la noche en la hostería, entregó el dinero y dejó a su hija; ató de nuevo su saco de noche, desprovisto ya del equipo, y partió a la mañana siguiente, calculando regresar pronto. Se disponen tranquilamente estas separaciones, pero causan desesperación.

Una vecina de los Thénardier vio a esa madre, cuando se marchaba, y dijo luego:

—Acabo de ver a una mujer que va llorando por la calle, y destroza el corazón.

Cuando la madre de Cosette hubo marchado, el hombre dijo a la mujer:

—Con esto satisfaceré mi pagaré de ciento diez francos que vence mañana. Me faltaban cincuenta francos. ¿Sabes que, de lo contrario, hubiese tenido aquí al escribano con un protesto? Has montado una buena ratonera, con tus hijas.

—Sin sospecharlo siquiera —dijo la mujer.

Bien pobre era el ratón cogido; pero el gato se alegra aun por el ratón más flaco.

¿Quiénes eran los Thénardier?

Digámoslo en una palabra, ahora. Más tarde completaremos el croquis.

Estos seres pertenecían a esa clase bastarda, compuesta de gentes groseras que se han elevado y de gentes inteligentes que han decaído, que está entre la clase llamada media y la llamada inferior, y que combina algunos de los defectos de la segunda con casi todos los vicios de la primera, sin tener el generoso impulso del obrero ni el honesto orden del burgués.

Eran de esas naturalezas enanas que, si por azar las caldea un fuego sombrío, llegan con facilidad a hacerse monstruosas. En la mujer había el fondo de un bruto, y en el hombre la estofa de un bribón. Ambos eran, en el más alto grado, capaces de cierta especie de repugnante progreso que se hace en el sentido del mal. Existen almas como el cangrejo, que retroceden continuamente hacia las tinieblas, retrogradan más que adelantan en la vida, empleando su experiencia en aumentar su deformidad, impregnándose cada vez más de una negrura creciente. Aquel hombre y aquella mujer eran de esta clase de almas.

Thénardier, particularmente, era repugnante para el fisonomista. A ciertos hombres, no hay más que mirarlos para desconfiar de ellos, porque se los ve tenebrosos por sus dos lados. Inquietan por detrás y son amenazadores por delante. Hay en ellos algo desconocido. No se puede responder de lo que han hecho ni de lo que harán. La sombra que tienen en la mirada los denuncia. Con oírlos pronunciar una palabra, o con verlos hacer un gesto, se entrevén sombríos secretos en su pasado y sombríos misterios en su porvenir.

El tal Thénardier, de creer lo que decía, había sido soldado; sargento según afirmaba; probablemente, había hecho la campaña de 1815, e incluso se había comportado bastante valientemente, según parece. Después veremos lo que en esto

había de cierto. La enseña de su figón era una alusión a uno de sus hechos de armas. La había pintado él mismo, porque sabía hacer un poco de todo; por supuesto, mal.

Era la época en que la antigua novela clásica, que después de haber sido Clelia, no era más que Lodoïska, siempre noble, pero cada vez más vulgar, después de caer de Scudéry a Barthélemy-Hadot, y de madame de Lafayette a madame Bournon-Malarme, incendiaba el alma amante de las porteras de París, y tal vez arrastraba un poco a los arrabales. La Thénardier era justo lo suficientemente inteligente como para leer tal especie de libros. Se alimentaba de ellos. Ahogaba en ellos el poco seso que tenía. Aquello le había dado, mientras fue joven, e incluso un poco más tarde, una especie de aire pensativo respecto a su marido, pícaro de cierta profundidad, rufián letrado, menos en gramática, grosero y fino al mismo tiempo, pero que, en punto a sentimentalismo, leía a Pigault-Lebrun, y para «todo lo que toca al sexo», como decía en su jerga, era un alcaraván perfecto y sin mezcla. Su mujer tenía como doce o quince años menos que él. Más tarde, cuando los cabellos novelescamente llorones comenzaron a blanquear, cuando la Megera se desprendió de la Pamela, la Thénardier no fue más que una gruesa y mala mujer que había saboreado estúpidas novelas. Pero no se leen necedades impunemente, y de aquella lectura resultó que su hija mayor se llamó Éponine. En cuanto a la menor, la pobre niña estuvo a punto de llamarse Gulnare; aunque gracias a no sé qué feliz diversión producida por una novela de Ducray-Duminil, no llegó a llamarse más que Azelma.

Por lo demás, dicho sea de paso, todo no es ridículo y superficial en esta curiosa época a la cual aludimos aquí, y a la que podríamos llamar la de la anarquía de los nombres de pila. Al lado del elemento novelesco, que acabamos de indicar, se halla el síntoma social. No es nada raro, hoy, que un zagal boyero se llame Arthur, Alfred o Alphonse, y que un vizconde —si aún existen vizcondes— se llame Thomas, Pierre o Jacques. Esta dislocación, que pone el nombre «elegante» al plebeyo, y el nombre campesino al aristócrata, no es otra cosa que un remolino de igualdad. La irresistible penetración del soplo nuevo se ve en esto, como en todo. Bajo esta discordancia aparente, hay una cosa grande y profunda: la Revolución francesa.

III

La Alondra

No basta con ser malo para prosperar. El bodegón iba mal.

Gracias a los cincuenta y siete francos de la viajera, Thénardier pudo evitar un protesto y mantener la reputación de su firma. Al mes siguiente, volvieron a tener necesidad de dinero, y la mujer llevó a París y empeñó en el Monte de Piedad el equipo de Cosette, por sesenta francos. Cuando hubieron gastado aquella cantidad, los Thénardier se acostumbraron a no ver en la niña más que a una criatura que tenían en su casa por caridad, tratándola como a tal. Como ya no tenía equipo propio, la vistieron con las viejas sayas y las camisas desechas de sus hijas; es decir, con harapos. La alimentaban con las sobras de los demás; esto es, un poco mejor que al perro y un poco peor que al gato. En efecto, el perro y el gato eran sus habituales comensales; Cosette comía con ellos bajo la mesa, en una escudilla de madera igual a la suya.

La madre, que se había establecido, como se verá más tarde, en Montreuil-sur-Mer, escribía o, mejor dicho, hacía escribir todos los meses, con el fin de tener noticias de su hija. Los Thénardier respondían invariablemente: «Cosette está a las mil maravillas».

Transcurridos los seis primeros meses, la madre remitió siete francos para el séptimo mes, y continuó, con bastante exactitud, haciendo sus envíos de mes en mes. Aún no había concluido el año, cuando Thénardier dijo:

—¡Vaya un gran favor que nos hace! ¿Qué quiere que hagamos con siete francos?

Y escribió para exigir doce francos. La madre, a quien convencieron de que su hija era feliz y «que se criaba bien», se sometió y envió los doce francos.

Ciertas naturalezas no pueden amar por un lado sin odiar por otro. La Thénardier amaba apasionadamente a sus dos hijas, lo que hizo que detestara a la forastera. Es triste pensar que el amor de una madre puede tener algún lado malo. El poco lugar que Cosette ocupaba en su casa le parecía que lo usurpaba a los suyos, y que aquella pequeña disminuía el aire que sus hijas respiraban. Aquella mujer, como muchas mujeres de su clase, tenía una cantidad de caricias y una cantidad de golpes e injurias para prodigar cada día. Si no hubiera tenido a Cosette, ciertamente sus hijas, aunque

idolatradas, lo hubieran recibido todo; pero la forastera les hizo el favor de atraer los golpes. A sus hijas no les tocaron más que las caricias. Cosette no hacía un movimiento sin que cayese sobre su cabeza una granizada de castigos violentos e innecesarios. ¡Dulce y débil ser, que nada debía comprender de este mundo ni de Dios, sin cesar de ser castigada, reñida, maltratada, golpeada, y que veía a su lado a dos pequeñas criaturas como ella que vivían como en un rayo de aurora!

La Thénardier era mala con Cosette, y Éponine y Azelma lo fueron también. Los niños, en esta edad, no son más que copias de su madre. El formato es más pequeño, esto es todo.

Transcurrió un año, y luego otro.

En el pueblo decían:

—Estos Thénardier son buena gente. No son ricos y educan a una pobre niña que dejaron abandonada en su casa.

Creían que Cosette había sido olvidada por su madre.

Mientras tanto, Thénardier, enterado, por no se sabe qué oscuros caminos, de que la niña era probablemente bastarda, y que su madre no podía confesarlo, exigió quince francos al mes, diciendo que «la criatura» crecía y «comía», y amenazaba con devolvérsela. «¡Que no me fastidie! —exclamaba—. Porque le arrojé su rapaza en medio de sus tapujos. Necesito un aumento».

La madre pagó los quince francos.

De año en año, la niña crecía, y su miseria también.

Mientras Cosette era pequeña, fue la víctima de las otras dos niñas; pero, desde que empezó a desarrollarse un poco, es decir, aun antes de cumplir los cinco años, se convirtió en la criada de la casa.

A los cinco años, se dirá, esto es inverosímil. Pero, ¡ay!, es cierto. El sufrimiento social empieza a cualquier edad. ¿No hemos visto, hace poco, el proceso de un tal Dumolard, huérfano convertido en bandido que, desde la edad de cinco años, dicen los documentos oficiales, encontrándose solo en el mundo, «trabajaba para vivir y robaba»?

Obligaron a Cosette a hacer los recados, a barrer las habitaciones, el patio, la calle, a fregar la vajilla, y hasta a llevar fardos. Los Thénardier se creyeron tanto más autorizados para proceder de este modo cuanto que la madre de la niña, que estaba todavía en Montreuil-sur-Mer, empezó a pagar mal, dejando pasar algunos meses al descubierto.

Si aquella madre hubiese vuelto a Montfermeil al cabo de estos tres años, no hubiera reconocido a su hija. Cosette, tan bonita y tan fresca cuando llegó a aquella casa, estaba entonces flaca y pálida. Tenía, además, cierto aire de desconfianza. «¡Cazurra!», decían los Thénardier.

La injusticia la había hecho arisca, y la miseria, fea. No le quedaban más que sus hermosos ojos, que causaban lástima, porque, siendo muy grandes, parecía que en ellos se veía mayor cantidad de tristeza.

Lástima daba ver, en invierno, a aquella pobre niña, que no tenía aún seis años, tiritando bajo los viejos harapos de percal agujereados, barrer la calle antes de que despuntara el día, con una enorme escoba en sus pequeñas manos amoratadas, y una lágrima en sus grandes ojos.

En el lugar la llamaban la Alondra. El pueblo, que gusta de las imágenes, se complacía en dar este nombre a aquel pequeño ser, no mayor que un pájaro, que temblaba, se asustaba y tiritaba, despierto el primero cada mañana en la casa y en la aldea, siempre en la calle y en los campos antes del alba.

Sólo que la pobre Alondra no cantaba nunca.

LIBRO QUINTO

El descenso

Historia de un progreso en los abalorios negros

¿Qué era, dónde estaba, qué hacía mientras tanto esa madre que, al decir de las gentes de Montfermeil, parecía haber abandonado a su hija?

Después de haber dejado a su pequeña Cosette con los Thénardier, había continuado su camino y había llegado a Montreuil-sur-Mer.

Recordemos que era en 1818.

Hacía unos diez años que Fantine había abandonado su provincia. Montreuil-sur-Mer había cambiado de aspecto. Mientras Fantine descendía lentamente de miseria en miseria, su villa natal había prosperado.

Hacía dos años, aproximadamente, que se había producido en ella uno de esos hechos industriales que son los grandes acontecimientos de las comarcas.

Este detalle importa y creemos útil desarrollarlo; casi diríamos subrayarlo.

De tiempo inmemorial, Montreuil-sur-Mer tenía como industria especial la imitación del azabache inglés y de las cuentas de vidrio negras de Alemania. Esta industria no había hecho más que vegetar, a causa de la carestía de las materias primas, que redundaba en perjuicio de la mano de obra. En el momento en que Fantine llegó a Montreuil-sur-Mer, habíase operado una transformación inaudita en la producción de «artículos negros». Hacia el final de 1815, un hombre, un desconocido, había ido a establecerse en la ciudad y había tenido la idea de sustituir, en esta fabricación, la goma laca por la resina, y para los brazaletes había introducido la soldadura. Estos pequeños cambios habían sido una revolución.

Tan pequeños cambios, efectivamente, habían reducido prodigiosamente el precio de la materia prima, lo cual había permitido, primeramente, elevar el precio de la mano de obra, beneficio para la región; en segundo lugar, mejorar la fabricación, beneficio para el comprador; en tercer lugar, vender más barato, triplicando la ganancia, beneficio para el fabricante.

De modo que, con una sola idea, se obtenían tres resultados.

En menos de tres años, el autor de este procedimiento se había hecho rico, lo cual está muy bien, y todo lo había enriquecido a su alrededor, lo cual es mejor. Era forastero en el departamento. De su origen nada se sabía; de sus principios, poca cosa.

Se sabía que había llegado a la ciudad con muy poco dinero, todo lo más algunos centenares de francos.

De tan pequeño capital, puesto al servicio de una idea ingeniosa, fecundada por el orden y el pensamiento, había sacado su fortuna y la de toda la comarca.

A su llegada a Montreuil-sur-Mer, no tenía más que las ropas, el aspecto y el lenguaje de un obrero.

Parece ser que la misma tarde en que hacía su entrada en Montreuil-sur-Mer, a la caída de una tarde de diciembre, con el morral a la espalda y el bastón de espinos en la mano, acababa de estallar un violento incendio en la casa municipal. Aquel hombre se había arrojado al fuego y había salvado, con peligro de su vida, a dos niños, que después resultaron ser los hijos del capitán de la gendarmería; esto hizo que no se pensase en pedirle el pasaporte. Desde entonces se supo su nombre. Se llamaba «el tío Madeleine».

II

Madeleine

Era un hombre de unos cincuenta años, que tenía un aire preocupado y que era bondadoso. Esto es todo lo que de él podía decirse.

Gracias a los rápidos progresos de esta industria, que él había restaurado tan admirablemente, Montreuil-sur-Mer se había convertido en un considerable centro de negocios. España, que consumía mucho azabache, encargaba cada año pedidos inmensos. Montreuil-sur-Mer, por su comercio, casi hacía competencia a Londres y Berlín. Los beneficios del tío Madeleine eran tales que, al segundo año, pudo ya edificar una gran fábrica, en la cual había dos vastos talleres, uno para los hombres y otro para las mujeres. Quien tuviese hambre, podía presentarse allí y estar seguro de obtener pan y trabajo. El tío Madeleine pedía buena voluntad a los hombres, costumbres puras a las mujeres y probidad a todos. Había dividido los talleres con el fin de separar los sexos, y que las muchachas y las mujeres pudieran mantenerse prudentes. Sobre este punto era inflexible. Era el único en el que mostraba cierta intolerancia. Y su severidad estaba tanto más fundada cuanto que Montreuil-sur-Mer era una ciudad de guarnición y las ocasiones de corrupción abundaban. Por lo demás, su llegada había sido un beneficio y su presencia era una providencia. Antes de la llegada del tío Madeleine, todo languidecía. Ahora, todo vivía con la vida sana del trabajo. Una fuerte circulación reanimaba todo y penetraba en todas partes. La holganza y la miseria eran desconocidas. No había bolsillo tan escaso que no tuviese un poco de dinero; ni vivienda tan pobre que no tuviese un poco de alegría.

El tío Madeleine empleaba a todo el mundo. No exigía más que una cosa: ser hombre honrado, ser mujer honrada.

Según hemos dicho, en medio de aquella actividad de la cual él era la causa y el eje, el tío Madeleine hacía su fortuna; pero, cosa no poco singular en un hombre dedicado tan sólo al comercio, no mostraba que fuera aquél su principal cuidado. Parecía que pensaba mucho en los demás y poco en sí mismo. En 1820, se le conocía una suma de seiscientos treinta mil francos, colocada a su nombre en casa Laffitte;

pero antes de ahorrar estos seiscientos mil francos, había gastado más de un millón, para el pueblo y para los pobres.

El hospital estaba mal dotado; había costado diez camas. Montreuil-sur-Mer estaba dividida en ciudad alta y ciudad baja. La baja, donde él vivía, no tenía más que una escuela, mala casucha que se caía a pedazos; él construyó dos escuelas, una para niños y otra para niñas. Pagaba de su bolsillo a los dos maestros una gratificación que doblaba el mezquino sueldo oficial y, al admirarse algunos de esto, les respondió: «Los dos primeros funcionarios del Estado son la nodriza y el maestro de escuela». Había creado a sus expensas una sala de asilo, cosa casi desconocida entonces en Francia, y una caja de socorro para los obreros ancianos e inválidos. Como su fábrica era un centro, un nuevo barrio, en el que habitaban un buen número de familias indigentes, había surgido rápidamente a su alrededor; en él había establecido una farmacia gratuita.

En los primeros tiempos, cuando le vieron empezar, las buenas almas decían: es un atrevido que quiere enriquecerse. Cuando le vieron enriquecer a la comarca, antes de enriquecerse a sí mismo, las mismas buenas almas dijeron: es un ambicioso. Aquello parecía tanto más probable cuanto que aquel hombre era religioso, y hasta devoto en cierta medida, cosa muy bien vista en aquella época. Todos los domingos, regularmente, iba a oír misa rezada. El diputado del distrito, que por todas partes olfateaba competencias, no tardó en inquietarse por aquella religión. Este diputado, que había sido miembro del cuerpo legislativo del Imperio, compartía las ideas religiosas de un padre del Oratorio, conocido con el nombre de Fouché, duque de Otranto, de quien era protegido y amigo. A puerta cerrada, se reía quedamente de Dios. Pero, cuando vio al rico fabricante Madeleine ir a la misa rezada de las siete, vislumbró un posible competidor, y resolvió superarle; tomó un confesor jesuita, y fue a misa mayor y a vísperas. La ambición en aquel tiempo era, en la acepción directa de la palabra, una carrera al campanario. Los pobres se aprovecharon también de aquel terror, tanto como el buen Dios, pues el honorable diputado fundó dos camas en el hospital, con lo cual se juntaron doce.

Sin embargo, en 1819, una mañana corrió la voz por el lugar de que, a propuesta del prefecto y en consideración a los servicios prestados a la comarca, el tío Madeleine iba a ser nombrado por el rey alcalde de Montreuil-sur-Mer. Los que habían declarado «ambicioso» al recién llegado aprovecharon con satisfacción la oportunidad que todos los hombres esperan para exclamar: «¡Vaya! ¿No es lo que habíamos dicho?». Esta exclamación se repitió por todo Montreuil-sur-Mer. El rumor era fundado. Algunos días después, apareció el nombramiento en el Moniteur. Al día siguiente, el tío Madeleine renunció.

En este mismo año de 1819, los productos del nuevo procedimiento inventado por Madeleine figuraron en la exposición de la industria. Después del informe del jurado,

el rey nombró al inventor caballero de la Legión de Honor. Nuevo rumor en la pequeña ciudad. «¡Vaya! ¡Es la cruz lo que quería!». El tío Madeleine renunció a la cruz.

Decididamente, aquel hombre era un enigma. Las buenas almas salieron del paso diciendo: «Después de todo, no es más que un aventurero».

Como hemos visto, la comarca le debía mucho; los pobres se lo debían todo; era tan útil que no se podía menos que llegar a estimarle, y tan afable que no se podía menos que llegar a amarle; sus trabajadores, en particular, le adoraban, y él admitía esta adoración con una especie de gravedad melancólica. Cuando fue considerado rico, «las personas de la buena sociedad» le saludaron y en la ciudad se le llamó señor Madeleine; sus trabajadores y los niños continuaron llamándole tío Madeleine, y era lo que más le hacía sonreír. A medida que iba subiendo, las invitaciones llovían sobre él. «La sociedad» le reclamaba. Los pequeños salones encopetados de Montreuil-sur-Mer que, por supuesto, durante los primeros tiempos estuvieron cerrados para el artesano, se abrieron de par en par al millonario. Se le hicieron mil invitaciones. A todas se negó.

Esta vez, incluso, las buenas almas no tuvieron empacho en exclamar: «Es un hombre ignorante y de baja condición. No se sabe de dónde ha salido. No sabría comportarse entre personas de mundo. Ni siquiera está probado que sepa leer».

Cuando se le vio ganar dinero, se dijo: es un negociante. Cuando se le vio renunciar a los honores, se dijo: es un aventurero. Cuando se le vio renunciar al mundo, se dijo: es un bruto.

En 1820, cinco años después de su llegada a Montreuil-sur-Mer, los servicios que había prestado a la región eran tan notables, y tan unánime fue el voto de toda la comarca, que el rey le nombró nuevamente alcalde de la ciudad. Renunció una vez más, pero el prefecto no admitió su renuncia; rogáronle los notables, suplicole el pueblo en plena calle, y la insistencia fue tan viva que al fin tuvo que aceptar. Observase que lo que más pareció determinarle fue un apóstrofe casi irritado de una vieja mujer del pueblo, que le gritó desde el umbral de su puerta: «Un buen alcalde es útil. ¿Quién retrocede cuando puede hacer el bien?».

Fue la tercera fase de su ascensión. El tío Madeleine se había convertido en el señor Madeleine, y el señor Madeleine se convirtió en el señor alcalde.

Por lo demás, continuó viviendo tan sencillamente como el primer día. Tenía los cabellos grises, la mirada seria, la tez tostada de un obrero, el rostro pensativo de un filósofo. Llevaba habitualmente un sombrero de anchos bordes, y un amplio gabán de paño grueso, abotonado hasta la barbilla. Cumplía con sus funciones de alcalde, pero, fuera de ellas, vivía solitario. Hablaba a poca gente. Se sustraía a los cumplidos, saludaba de paso, se escabullía pronto, sonreía para ahorrarse el hablar, y daba para ahorrarse el sonreír. Las mujeres decían de él: «¡Qué buen oso!». Su distracción era pasear por el campo.

Comía siempre solo, con un libro abierto ante él, el cual leía. Tenía una pequeña y escogida biblioteca. Le gustaban los libros; los libros son unos amigos fríos y seguros. A medida que, con la riqueza, aumentaban sus ratos de ocio, parecía que aprovechábase de ellos para cultivar su espíritu. Desde que estaba en Montreuil-sur-Mer, se observaba que, de año en año, su lenguaje se hacía más cortés, más escogido y más suave.

Frecuentemente, llevaba consigo un fusil en sus paseos, pero rara vez se servía de él. Cuando así sucedía, por casualidad, tenía un tiro tan infalible que espantaba. Nunca mataba a un animal inofensivo. Nunca tiraba a un pajarillo.

Aunque ya no era joven, decíase de él que tenía una fuerza prodigiosa. Ofrecía echar una mano a quien lo necesitaba; levantaba un caballo, empujaba una rueda atascada, detenía por los cuernos a un toro escapado. Llevaba los bolsillos siempre llenos de monedas al salir, y vacíos al regresar. Cuando pasaba por alguna aldea, los chiquillos desharrapados corrían alegremente detrás de él, y le rodeaban como una nube de mosquitos.

Sospechábase que había debido vivir en otro tiempo la vida del campo, porque tenía toda suerte de secretos útiles que enseñaba a los campesinos. Les enseñaba a destruir la cizaña de los trigos, rociando los graneros e inundando las hendiduras del suelo con una disolución de sal común, y a ahuyentar el gorgojo, suspendiendo en

todas partes, en las paredes y techos, en los pajares y en las casas, romero en flor. Tenía «recetas» para extirpar la neguilla de un campo, y también el tizón, la algarroba silvestre, la cola de zorro y demás plantas parásitas que consumen el trigo. Defendía una conejera contra los ratones solamente con el olor de un pequeño cerdo de Barbarie que ponía en ella.

Un día, viendo a la gente muy ocupada en arrancar ortigas, miró aquel montón de plantas desarraigadas y ya secas, y dijo:

—Están muertas. Sin embargo, serían buenas si se supieran utilizar. Cuando la ortiga es nueva, su hoja es una excelente legumbre; cuando envejece, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga sería tan buena como la tela de cáñamo. Picada, la ortiga es buena para las aves; molida, es buena para los animales de cuernos. La semilla de la ortiga, mezclada con el forraje, da lustre al pelo de los animales; su raíz, mezclada con sal, produce un hermoso color amarillo. Por lo demás, es un excelente heno que se puede segar dos veces. ¿Y qué necesita la ortiga? Poca tierra, ningún cuidado, ni cultivo alguno. La semilla cae conforme va madurando, y es difícil de recoger, pero no más. Con poco trabajo, la ortiga sería útil; se la desprecia, y es dañina. Entonces se la mata. ¡Cuántos hombres se asemejan a la ortiga! —Tras un silencio añadió—: Amigos míos, recordad esto: no hay ni malas hierbas ni malos hombres. No hay más que malos cultivadores.

Los niños le amaban, además, porque sabía hacer lindos juguetes con paja y nueces de coco.

Cuando veía la puerta de una iglesia con crespones negros, entraba; buscaba un entierro, como otros buscan un bautismo. La viudez y la desgracia del prójimo le atraían, debido a su gran bondad; se mezclaba con los amigos afligidos, con las familias enlutadas, con los sacerdotes gimiendo alrededor de un féretro. Parecía que daba gustoso por texto a sus pensamientos aquellas salmodias fúnebres, llenas de la visión de otro mundo. Con la mirada elevada al cielo, escuchaba, con una especie de aspiración hacia todos los misterios del infinito, aquellas voces tristes que cantan al borde del abismo oscuro de la muerte.

Ejecutaba multitud de buenas acciones, escondiéndose como si fueran malas. Penetraba a escondidas por las tardes en las casas, y subía furtivamente las escaleras. Un pobre diablo, al volver a su cuchitril, encontraba que su puerta había sido abierta, y algunas veces incluso forzada, en su ausencia. El pobre hombre exclamaba: «¡Algún malhechor habrá entrado aquí!». Entraba, y lo primero que veía era una moneda de oro olvidada sobre un mueble. «El malhechor» que había entrado era el tío Madeleine.

Era afable y triste. El pueblo decía: «He aquí un hombre rico que no tiene el aire envanecido. He aquí un hombre feliz que no tiene aire de contento».

Algunos pretendían que era un personaje misterioso, y afirmaban que jamás entraba nadie en su habitación, la cual era una verdadera celda de anacoreta,

amueblada con relojes de arena alados y adornados con tibias en cruz y calaveras. Repetíase tanto esto que algunas jóvenes elegantes y maliciosas de Montreuil-sur-Mer fueron un día a su casa y le pidieron:

—Señor alcalde, mostradnos vuestra habitación. Dicen que es una gruta.

Sonrió y las introdujo inmediatamente en aquella gruta. Quedaron castigadas por su curiosidad. Era una habitación adornada sencillamente con muebles de caoba bastante feos, como todos los muebles de este género, y tapizada con papel de doce sueldos. Nada pudo chocarles allí, como no fuesen dos candelabros de forma antigua que estaban sobre la chimenea, y que parecían ser de plata, «porque estaban contrastados». Observación llena del ingenio de las pequeñas ciudades.

No por ello se dejó de decir que nadie penetraba en su habitación, y que ésta era una caverna de ermitaño, un cubil, un agujero, un sepulcro.

Murmurábase, también, que poseía sumas «inmensas», colocadas en casa Laffitte, con la particularidad de que estaban siempre a su disposición inmediata, de tal suerte, añadían, que el señor Madeleine podría llegar una mañana a casa Laffitte, firmar un recibo, y llevarse sus dos o tres millones en diez minutos. En la realidad, estos «dos o tres millones» se reducían, como hemos dicho, a seiscientos treinta o cuarenta mil francos.

IV

El señor Madeleine de luto

A principios de 1821, los periódicos anunciaron la muerte de monseñor Myriel, obispo de Digne, apodado «monseñor Bienvenu», y fallecido en olor de santidad a la edad de ochenta y dos años.

El obispo de Digne, para añadir aquí un detalle que los periódicos omitieron, estaba, cuando murió, ciego desde hacía muchos años, y contento de hallarse ciego porque su hermana estaba a su lado.

Digámoslo de paso; ser ciego y ser amado es, en efecto, en este mundo en que nada hay completo, una de las formas más extrañamente perfectas de la felicidad. Tener continuamente a vuestro lado a una mujer, una hija, una hermana, un ser encantador que está ahí porque tenéis necesidad de ella y porque ella no puede pasar sin vosotros, saberse indispensable a quien nos es necesario, poder medir incesantemente su afecto con la cantidad de presencia que nos da, y decirse: puesto que me consagra todo su tiempo, es que tengo todo su corazón; ver el pensamiento, a falta de la fisonomía, constatar la fidelidad de un ser en el eclipse del mundo, percibir el crujido de un vestido como un ruido de alas, oírlo y venir, salir, entrar, hablar, cantar, y pensar que uno es el centro de esos pasos, de esas palabras, de ese canto, manifestar a cada minuto su propia atracción, sentirse tanto más poderoso cuanto más impedido, llegar a ser en la oscuridad, y por la oscuridad, el astro alrededor del cual gravita este ángel, pocas felicidades igualan a ésta. La suprema dicha de la vida es la convicción de que se es amado; amado por sí mismo, digamos mejor, amado a pesar de sí mismo; esta convicción la tiene el ciego. En esa desgracia, ser servido es ser acariciado. ¿Le falta algo? No. Tener amor no es perder la luz. ¡Y qué amor! Un amor enteramente formado de virtud. No hay ceguera donde hay certidumbre. El alma busca a tientas el alma y la encuentra. Y esta alma encontrada y probada es una mujer. Una mano os sostiene, es la suya; una boca roza vuestra frente, es su boca: oís una respiración cerca de vosotros, es la suya. Poseerlo todo de ella, desde su culto hasta su piedad, no ser abandonado jamás, tener esa dulce debilidad que os socorre, apoyarse

sobre esa caña inquebrantable, tocar con su mano la Providencia, y poder tomarla en los brazos, como un Dios palpable, ¡qué arrobamiento! El corazón, esa celeste flor oscura, cae en una expansión misteriosa. No se cambiaría esta sombra por toda la claridad. El alma ángel está allí, sin cesar; si se aleja, es para regresar, se borra como el sueño y reaparece como la realidad. Se siente su calor que se acerca. Hay en ella una efusión de serenidad, de alegría, de éxtasis; es un rayo de luz en la noche. Y mil pequeños cuidados. Naderías que son enormes en este vacío. Los más inefables acentos femeninos empleados para arrullaros, y supliendo para vosotros al Universo desvanecido. Se es acariciado por el alma. No se ve nada, pero se siente la adoración. Es un paraíso en tinieblas.

Desde aquel paraíso, monseñor Bienvenu había pasado al otro.

El anuncio de su muerte fue reproducido por el periódico local de Montreuil-sur-Mer. El señor Madeleine apareció, al día siguiente, vestido de negro, con gasa en su sombrero.

Observose su luto en el pueblo, y se comentó. Aquello dio una luz sobre el origen del señor Madeleine. Concluyeron que tenía algún parentesco con el venerable obispo. «Lleva luto por el obispo de Digne», decían en los salones; aquello realzó mucho al señor Madeleine y le dio súbitamente cierta consideración entre la gente noble de Montreuil-sur-Mer. El microscópico arrabal Saint-Germain de la localidad decidió hacer cesar la cuarentena del señor Madeleine, probable pariente de un obispo. El señor Madeleine se dio cuenta del avance obtenido, porque aumentaron las reverencias que le hacían las señoras viejas y las sonrisas que le dirigían las jóvenes.

Una tarde, cierta decana de aquel pequeño gran mundo, curiosa por derecho de ancianidad, se aventuró a preguntarle:

—¿Era, acaso, el señor alcalde primo del difunto obispo de Digne?

Él dijo:

—No, señora.

—Pues —repuso la viuda—, ¿no lleváis luto por él?

—Es que, en mi juventud, fui lacayo de su familia —respondió.

Observaron otra cosa: cada vez que pasaba por la ciudad un pequeño saboyano en busca de chimeneas que limpiar, el señor alcalde le hacía llamar, le preguntaba su nombre y le daba dinero. Los pequeños saboyanos se lo decían unos a otros, y por allí pasaban muchos.

Poco a poco y con el tiempo, fueron disipándose todas las oposiciones. Habíanse propalado en un principio contra el señor Madeleine, por esa ley que sufren los que se elevan, injurias y calumnias que después no fueron sino murmuraciones, luego malicias, que por último desvaneciéronse del todo; el respeto llegó a ser cumplido, unánime, cordial, y hubo un momento, en 1821, en que estas palabras: «el señor alcalde» fueron pronunciadas en Montreuil-sur-Mer, casi con el mismo acento que las de «el señor obispo» eran pronunciadas en Digne, en 1815. Desde diez leguas a la redonda, iban a consultar al señor Madeleine. Terminaba con las diferencias, suspendía los pleitos y reconciliaba a los enemigos. Todos le tomaban por juez de sus derechos. Parecía como que tenía por alma el libro de la ley natural. Aquello fue como un contagio de veneración que, en seis o siete años y de más en más, se extendió por todo el país.

Un hombre solo, en la población y en el distrito, se libró absolutamente de aquel contagio hiciese lo que hiciese el tío Madeleine, y permanecía rebelde, como si una especie de instinto incorruptible e imperturbable le desvelase e inquietase. Diríase, en efecto, que existe en ciertos hombres un verdadero instinto bestial, puro e íntegro como todo instinto, que crea las simpatías y las antipatías, que separa fatalmente una naturaleza de otra naturaleza, que no vacila, que no se turba, que se calla y no se desmiente nunca, claro en su oscuridad, infalible, imperioso, refractario a todos los consejos de la inteligencia y a todos los disolventes de la razón, y que, cualquiera que sea la manera en que se formen los destinos, advierte secretamente al hombre-perro de la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro de la presencia del hombre-león.

A menudo, cuando el señor Madeleine pasaba por una calle, tranquilo, afectuoso, rodeado de las bendiciones de todos, acontecía que un hombre de alta estatura, vestido con un gabán color gris hierro, armado con un grueso bastón y tocado con un sombrero calado, se volvía bruscamente detrás de él y le seguía con los ojos hasta que desaparecía, cruzando los brazos, moviendo levemente la cabeza y levantando los

labios hasta la nariz, especie de gesto significativo que podría traducirse por: «¿Pero quién es este hombre? Estoy seguro de haberle visto en alguna parte. De todos modos, a mí no me engaña».

Este personaje grave, de una gravedad casi amenazadora, era de los que, por rápidamente que se les vea, llaman la atención del observador.

Llamábase Javert y era policía.

Desempeñaba, en Montreuil-sur-Mer, el cargo penoso, pero útil, de inspector. No había visto los principios de Madeleine. Javert debía el cargo que ocupaba a la protección del señor Chabouillet, el secretario del ministro de Estado, conde de Anglès, entonces prefecto de policía en París. Cuando Javert llegó a Montreuil-sur-Mer, la fortuna del gran fabricante estaba ya hecha, y el tío Madeleine era ya el señor Madeleine.

Algunos oficiales de policía tienen una fisonomía particular, que se complica con un aspecto de bajeza mezclado con cierto aire de autoridad; Javert tenía esta fisonomía, menos la bajeza.

Tenemos la convicción de que si las almas fueran visibles a los ojos, se vería distintamente esa cosa extraña que en cada uno de los individuos de la especie humana corresponde a alguna de las especies de la creación animal; y podría entonces conocerse fácilmente esa verdad, apenas entrevista por el pensador: desde la ostra hasta el águila, desde el puerco hasta el tigre, todos los animales están en el hombre, y cada uno de ellos está en un hombre. Algunas veces, incluso muchos de ellos a la vez.

Los animales no son sino las figuras de nuestras virtudes y de nuestros vicios, errantes ante nuestros ojos, los fantasmas visibles de nuestras almas. Dios nos los muestra para hacernos reflexionar. Como los animales no son más que sombras, Dios los ha hecho educables en el sentido completo de la palabra; ¿para qué? Por el contrario, teniendo nuestras almas un fin que les es propio y siendo realidades, les ha dado Dios inteligencia, es decir, que las ha hecho susceptibles de educación. La educación social bien entendida puede sacar siempre de un alma, cualquiera que sea, toda la utilidad que contenga.

Dicho esto desde el punto de vista concreto de la vida terrestre aparente, y sin prejuzgar la cuestión profunda de la personalidad anterior y ulterior de los seres que no son el hombre. El yo visible no autoriza en modo alguno al pensador a negar el yo latente. Una vez hecha esta reserva, continuemos.

Ahora, si por un momento se admite con nosotros que en todo hombre hay una de las especies animales de la Creación, nos será fácil decir lo que era el inspector de policía Javert.

Los campesinos asturianos están convencidos de que en cada camada de loba nace un perro, al cual mata su madre, porque si no, tan pronto como llegara a hacerse mayor, devoraría a los otros pequeños.

Dótese de un rostro humano a este perro, hijo de una loba, y tendremos a Javert.

Javert había nacido en una prisión, de una echadora de cartas cuyo marido estaba en las galeras. Cuando hubo crecido, pensó que se hallaba fuera de la sociedad, y desesperó de no poder entrar nunca en ella. Observó que la sociedad mantiene irremisiblemente fuera de ella a dos clases de hombres, los que la atacan y los que la guardan; no tenía elección sino entre una de estas dos clases; al mismo tiempo, sentía dentro de sí cierto fondo de rigidez, de regularidad y de probidad, complicado con un odio indecible hacia esta raza de bohemios de que descendía. Entró en la policía.

Prosperó. A los cuarenta años era inspector.

En su juventud, había estado empleado en los presidios del Mediodía.

Antes de seguir, entendámonos sobre la expresión «rostro humano», que antes hemos utilizado a propósito de Javert.

El rostro humano de Javert consistía en una nariz chata, con dos profundas ventanas hacia las cuales bajaban, campeando en sus dos carrillos, dos enormes patillas. Impresionaba desagradablemente la primera vez que se veían estas dos selvas y estas dos cavernas. Cuando Javert sonreía, lo cual era raro y terrible, sus delgados labios se separaban y dejaban ver no solamente sus dientes, sino también sus encías, y alrededor de su nariz se formaba un pliegue abultado y salvaje, como el hocico de una fiera. Javert serio era un dogo; cuando reía, era un tigre. Por lo demás, poco cráneo, mucha mandíbula, los cabellos escondiendo la frente y cayendo sobre las cejas, entre los dos ojos un frunce central permanente, como una estrella de cólera, la mirada sombría, la boca recogida y temible, el aire de mando feroz.

Este hombre estaba compuesto de dos sentimientos muy simples y relativamente muy buenos, pero que hacía casi malos a fuerza de exagerarlos: el respeto de la autoridad, el odio a la rebelión; y a sus ojos, el robo, el asesinato, todos los crímenes, no eran más que formas de rebelión. Envolvía en una especie de fe ciega y profunda todo lo que tiene una función en el Estado, desde el primer ministro hasta el guardia campestre. Cubría de desprecio, de aversión y de asco todo lo que había franqueado alguna vez el umbral legal del mal. Era absoluto y no admitía excepciones. Por una parte, decía:

—El funcionario no puede engañarse; el magistrado no se equivoca nunca.

Por otra parte decía:

—Éstos están irremediablemente perdidos. Nada bueno puede salir de ellos.

Compartía plenamente la opinión de los espíritus extremos, que atribuyen a la ley humana el poder de hacer, o, si se quiere, de descubrir diablos, y que ponen un Estigio en lo más bajo de la sociedad. Era estoico, serio, austero, soñador triste;

humilde y altivo, como los fanáticos. Su mirada era una barrena; era fría y atravesada. Toda su vida se compendia en estas dos palabras: ver y vigilar. Había introducido la línea recta en lo más tortuoso que hay en el mundo; tenía conciencia de su utilidad, la religión de sus funciones, y era espía como se es sacerdote. ¡Desgraciado el que caía en sus manos! Hubiera detenido a su padre al escaparse del presidio, y denunciado a su madre al huir de la prisión. Lo hubiera hecho con esa especie de satisfacción interior que da la virtud. Añadamos a esto que llevaba una vida de privaciones, de aislamiento, de abnegación, de castidad; jamás una distracción. Era el deber implacable, la policía comprendida como los espartanos comprendían a Esparta, una vigilancia inexorable, una honestidad feroz, un espía marmóreo, Bruto injertado en Vidocq.

Toda la persona de Javert expresaba al hombre que espía y que se oculta. La escuela mística de Joseph de Maistre, que en aquella época sazónaba con una alta cosmogonía los periódicos llamados ultras, hubiera dicho indudablemente que Javert era un símbolo. No se divisaba su frente, que desaparecía bajo su sombrero; no se divisaban sus ojos, que se perdían bajo las cejas; no se divisaba su mentón, que se introducía en la corbata; no se divisaban sus manos, que se quedaban en las mangas; no se divisaba su bastón, que llevaba bajo su gabán. Pero, cuando llegaba la ocasión, veíase de pronto salir de aquella sombra, como de una emboscada, una frente angulosa y estrecha, una mirada funesta, un mentón amenazador, unas manos enormes y un garrote monstruoso.

En sus momentos de ocio, que eran poco frecuentes, aunque odiaba los libros, leía; lo cual hacía que no fuera completamente iletrado. Aquello se reconocía en cierto énfasis que había en sus palabras.

No tenía vicio alguno, lo hemos dicho ya. Cuando estaba contento de sí mismo, se concedía un polvo de tabaco. Tal era el lazo que le unía a la Humanidad.

Se comprenderá sin dificultad que Javert era el espanto de toda esa clase que la estadística anual del Ministerio de Justicia designa: «Personas sin oficio conocido». El nombre de Javert los ponía en fuga con sólo ser pronunciado; la aparición del rostro de Javert los petrificaba.

Tal era este hombre formidable.

Javert era como un ojo siempre fijo en el señor Madeleine. Ojo lleno de sospechas y de conjeturas. El señor Madeleine llegó al fin a advertirlo, pero pareció que aquello era insignificante para él. No hizo ni una sola pregunta a Javert, ni le buscaba ni le evitaba; soportaba, sin aparentar enterarse, aquella mirada incómoda y casi pesada. Trataba a Javert como a todo el mundo, con bondad y soltura.

Por algunas palabras sueltas, escapadas a Javert, se adivinaba que había buscado secretamente, con esa curiosidad propia de la raza y en donde entra tanto instinto como voluntad, todas las huellas y antecedentes que el tío Madeleine hubiera podido dejar lejos. Parecía saber, y a veces decía, con palabras embozadas, que alguien había

recogido informes determinados en cierta región, sobre cierta familia que había desaparecido. Una vez dijo, hablando consigo mismo: «Creo que le he cogido». Luego, se quedó pensativo durante tres días, sin pronunciar palabra. Parecía que el hilo que había creído coger se había roto.

Por lo demás, y éste es el correctivo necesario al sentido demasiado absoluto que algunas palabras pudiesen presentar, nada puede haber verdaderamente infalible en una criatura humana, y es propio del instinto precisamente el confundirse, andar descaminado, desorientado. Sin esto, sería superior a la inteligencia, y la bestia poseería mejor luz que el hombre.

Javert estaba evidentemente desconcertado, en algún modo, por el aspecto natural y la tranquilidad de Madeleine.

No obstante, un día su extraña manera de ser pareció impresionar a Madeleine. Veamos en qué ocasión.

El señor Madeleine pasaba una mañana por una callejuela sin empedrar de Montreuil-sur-Mer. Oyó un ruido y vio un grupo a poca distancia. Se acercó. Un viejo, llamado Fauchelevent, acababa de caer bajo su carreta, cuyo caballo se había desplomado.

Este Fauchelevent era uno de los raros enemigos que aún tenía el señor Madeleine en aquella época. Cuando Madeleine llegó a la ciudad, Fauchelevent, antiguo tabelión, campesino casi letrado, tenía un comercio que empezaba a decaer. Fauchelevent había visto cómo aquel sencillo obrero se enriquecía, mientras él, dueño, se arruinaba. Aquello le había llenado de envidia, y había hecho cuanto había podido, en toda ocasión, para perjudicar a Madeleine. Luego, había llegado a la ruina y, viejo, no quedándole más que un carro y un caballo, y estando además sin familia y sin hijos, habíase hecho carrero para poder vivir.

El caballo tenía rotas las dos patas, y no se podía levantar. El anciano estaba apresado entre las ruedas. La caída había sido tan desgraciada, que todo el peso del carruaje, que iba muy cargado, gravitaba sobre su pecho. El tío Fauchelevent lanzaba lastimeros ayes. Habían tratado de sacarle de allí, pero en vano. Un esfuerzo desordenado, una ayuda mal entendida, un movimiento en falso, podía acabar con él. Era imposible liberarle de otro modo que no fuera levantando el carruaje. Javert, que había llegado en el momento del accidente, había enviado a buscar un gato.

Llegó el señor Madeleine. Se apartaron con respeto.

—¡Socorro! —gritaba el viejo Fauchelevent—. ¿No habrá alguien tan bueno que quiera salvar a este viejo?

El señor Madeleine se volvió hacia los asistentes:

—¿No hay un cric?

—Han ido a buscar uno —respondió un campesino.

—¿Cuánto tiempo tardarán en traerlo?

—Han ido a Flachot, donde hay un herrador, pero tardarán un buen cuarto de hora.

—¡Un cuarto de hora! —exclamó Madeleine.

Había llovido la víspera, el suelo estaba húmedo y la carreta se hundía en la tierra a cada instante y comprimía cada vez más el pecho del viejo carretero. Era evidente que antes de cinco minutos tendría las costillas rotas.

—Es imposible esperar un cuarto de hora —dijo Madeleine a los campesinos que miraban.

—No hay más remedio.

—Pero entonces ya será demasiado tarde. ¿No veis que la carreta se hunde?

—¡Gran Dios!

—Escuchad —continuó Madeleine—, hay aún bastante sitio debajo de la carreta para que un hombre se deslice y la levante con su espalda. Bastará medio minuto para que se saque a este hombre. ¿Hay alguien que tenga riñones y corazón? ¡Hay cinco luises de oro a ganar!

En el grupo nadie se movió.

—Diez luises —dijo Madeleine.

Los asistentes bajaron los ojos. Uno de ellos murmuró:

—Muy fuerte habría de ser. Y, además, se corre el peligro de quedar aplastado.

—¡Vamos! —dijo nuevamente Madeleine—. ¡Veinte luises!

El mismo silencio.

—No es buena voluntad lo que les falta —dijo una voz.

El señor Madeleine se volvió y reconoció a Javert. No le había visto, al llegar.

Javert continuó:

—Sería preciso ser un hombre terrible para hacer la proeza de levantar una carreta como ésta con la espalda.

Luego, mirando fijamente al señor Madeleine, prosiguió, recalcando cada una de las palabras que pronunciaba:

—Señor Madeleine, no he conocido más que a un hombre capaz de hacer lo que pedís.

Madeleine se estremeció.

Javert añadió, con aire de indiferencia, pero sin apartar los ojos de Madeleine:

—Era un forzado.

—¡Ah! —dijo Madeleine.

—Del presidio de Tolón.

Madeleine se puso pálido.

No obstante, la carreta continuaba hundiéndose lentamente. El tío Fauchelevent gritaba y aullaba:

—¡Me ahogo! ¡Se me rompen las costillas! ¡Un cric! ¡Cualquier cosa! ¡Ah!

Madeleine miró a su alrededor.

—¿No hay nadie que quiera ganarse veinte luises y salvar la vida a este pobre viejo?

Ninguno de los asistentes se movió. Javert continuó:

—No he conocido más que a un hombre que pudiera reemplazar a un cric. Era ese forzado.

—¡Ah!, que me aplasta —gritó el viejo.

Madeleine levantó la cabeza, encontró la mirada de halcón de Javert fija aún sobre él, miró a los aldeanos y sonrió tristemente. Luego, sin pronunciar una palabra, cayó de rodillas y, antes de que la multitud hubiera lanzado un grito, estaba debajo de la carreta.

Hubo un momento pavoroso de expectación y de silencio.

Vieron a Madeleine pegado a la tierra bajo aquel peso espantoso, tratando dos veces, en vano, de acercar sus codos a sus rodillas. Le gritaban:

—¡Tío Madeleine, retiraos de allí!

El mismo Fauchelevent le dijo:

—¡Señor Madeleine, marchad! ¡Es preciso que muera, ya lo veis! ¡Dejadme! ¡Vais a ser aplastado vos también!

Madeleine no respondió.

Los asistentes jadeaban. Las ruedas habían continuado hundiéndose y era ya casi imposible que Madeleine saliese de debajo del carro.

De pronto, vieron conmoverse la enorme masa, la carreta se levantaba lentamente y las ruedas salieron casi de los surcos. Oyeron una voz ahogada que gritaba:

—¡Pronto, ayuda!

Era Madeleine que acababa de hacer el último esfuerzo.

Todos se precipitaron. La abnegación de uno solo había dado la fuerza y el valor a veinte. La carreta fue levantada por veinte brazos. El viejo Fauchelevent estaba salvado.

Madeleine se levantó. Estaba lívido, aunque chorreando sudor. Sus ropas estaban destrozadas y cubiertas de barro. Todos lloraban. El anciano le besaba las rodillas y le llamaba el buen Dios. Él tenía sobre el rostro una extraña expresión de sufrimiento feliz y celeste, y fijaba su mirada tranquila sobre Javert, quien seguía mirándole.

Fauchelevent se había dislocado la rótula en su caída. Madeleine le hizo transportar a una enfermería que había establecido para los obreros, en el mismo edificio de su fábrica, y que estaba atendida por dos hermanas de la caridad. Al día siguiente, el viejo encontró un billete de mil francos sobre la mesita de noche, con una nota escrita por Madeleine: «Os compro vuestra carreta y vuestro caballo». La carreta estaba rota y el caballo muerto. Fauchelevent se curó, pero su rodilla quedó anquilosada. El señor Madeleine, con la recomendación de las hermanas y del párroco, hizo colocar al buen hombre, como jardinero, en un convento de mujeres del barrio Saint-Antoine, en París.

Algún tiempo después, el señor Madeleine fue nombrado alcalde. La primera vez que Javert vio al señor Madeleine revestido con la banda que le daba completa autoridad en la población, experimentó esa especie de estremecimiento que sentiría un mastín que olfatease un lobo bajo los vestidos de su amo. A partir de aquel momento, le evitó todo cuanto pudo. Cuando las necesidades del servicio lo exigían imperiosamente, y no podía menos que encontrarse con el señor alcalde, le hablaba con un respeto profundo.

La prosperidad creada por Madeleine en Montreuil-sur-Mer tenía, además de los signos visibles, de los que ya hemos hablado, otro síntoma que, aun no siendo visible, no era menos significativo. Síntoma que no engaña nunca. Cuando la población sufre, cuando falta el trabajo, cuando el comercio es nulo, el contribuyente se resiste al impuesto por penuria, agota y deja pasar los plazos, y el Estado gasta mucho dinero en apremios. Cuando el trabajo abunda, cuando la región es feliz y rica, el impuesto se paga cómodamente, y le cuesta poco al Estado. Puede decirse que la miseria y la riqueza públicas tienen un termómetro infalible: los gastos de percepción del impuesto. En siete años, los gastos de percepción del impuesto se habían reducido las tres cuartas partes en el distrito de Montreuil-sur-Mer, lo cual era causa de que el señor de Villèle, entonces ministro de Finanzas, citase frecuentemente este distrito.

Tal era la situación cuando regresó Fantine. Nadie se acordaba ya de ella, pero afortunadamente la puerta de la fábrica del señor Madeleine era como un rostro amigo. Allí se presentó y fue admitida en el taller de mujeres. El oficio era completamente nuevo para Fantine y no podía ser muy experta en él; por lo tanto, sacaba poca cosa como producto de su jornada, pero al fin aquello bastaba, el problema estaba resuelto y ganaba su vida.

VIII

La señora Victurnien gasta treinta y cinco francos en favor de la moral

Cuando Fantine vio que se ganaba la vida, tuvo un momento de júbilo. ¡Vivir honradamente de su trabajo, qué favor del cielo! Recobró verdaderamente el gusto por el trabajo. Se compró un espejo, se alegró de ver en él su juventud, sus hermosos cabellos y sus bonitos dientes, olvidó muchas cosas, no pensó ya más que en su Cosette y en el porvenir, y fue casi feliz. Alquiló una pequeña habitación y la amuebló a crédito sobre su trabajo futuro; resto de sus hábitos de desorden.

No pudiendo decir que estaba casada, se guardó mucho, como ya lo hemos dejado entrever, de hablar de su hijita.

En un principio, como se ha visto, pagaba a los Thénardier con puntualidad. Como no sabía más que firmar, para escribirles se veía obligada a valerse de un amanuense.

Escribía con frecuencia. Esto fue observado. Empezose a murmurar en el taller de mujeres que Fantine «escribía cartas» y que tenía «ciertas maneras».

Nadie mejor para espiar las acciones de los demás que aquellos a quienes nada puedan importarles. ¿Por qué este señor no viene sino al oscurecer?; ¿por qué este otro no cuelga la llave en su respectivo clavo de la portería, el jueves?; ¿por qué va siempre por callejuelas?; ¿por qué la señora desciende siempre del coche de alquiler antes de llegar a la casa?; ¿por qué envía a buscar un cuadernillo de papel de cartas, cuando tiene llena la papelería?, etc., etc. Existen seres que, por saber el secreto de tales enigmas, que les son por lo demás perfectamente indiferentes, gastan más dinero, prodigan más tiempo y se toman más trabajo de lo que sería necesario para ejecutar diez buenas acciones; y lo hacen gratuitamente, por placer, sin que su curiosidad reciba más recompensa que la propia curiosidad. Seguirán a éste o aquél durante días enteros, emplearán largas horas como centinelas en las esquinas, bajo los portales, de noche, con frío y con lluvia, corromperán a criados, emborracharán a cocheros y a lacayos, comprarán a la doncella, sobornarán a un portero... ¿Para qué? Para nada. Por encarnizamiento de ver, de saber y de penetrar en vidas ajenas. Puro comezón de murmurar. Y, a menudo, una vez conocidos estos secretos, publicados estos misterios,

descubiertos estos enigmas, producen catástrofes, duelos, quiebras, ruinas de familias, existencias amargadas, con gran gozo de aquellos que lo han «descubierto todo», sin interés, por puro instinto. Cosa triste, en verdad.

Ciertas personas son malas únicamente por necesidad de hablar. Su conversación, charla en el salón, habladuría en la antecámara, es como esas chimeneas que consumen rápidamente la leña, necesitan mucho combustible, y el combustible es el prójimo.

Observaron, pues, a Fantine.

Más de una tenía envidia de sus cabellos rubios y de sus blancos dientes.

Advirtiose que, en el taller, entre las demás, se volvía frecuentemente para enjugar una lágrima. Eran los momentos en que pensaba en su hija; quizá también en el hombre que había amado.

Es doloroso romper los sombríos lazos con el pasado.

Observe que escribía, al menos, dos veces al mes, siempre a la misma dirección, y que franqueaba las cartas. Consiguieron la dirección: «Al señor Thénardier, mesonero, en Montfermeil». Hicieron hablar, en la taberna, al amanuense, viejo que no podía llenar su estómago de vino tinto sin vaciar su bolsillo de secretos. En una palabra, supieron que Fantine tenía un hijo. Debía ser «una especie de mujerzuela». Hubo una comadre que hizo el viaje a Montfermeil, habló con los Thénardier, y dijo a su vuelta:

—Mis treinta y cinco francos me ha costado, pero lo sé todo. ¡He visto a la niña!

La comadre que hizo aquello era una gorgona llamada señora Victurnien, guardiana y portera de la virtud de todo el mundo. La señora Victurnien tenía cincuenta y seis años y forraba la máscara de la fealdad con la máscara de la vejez. Voz temblorosa y espíritu irregular. Aquella mujer había sido joven, cosa sorprendente. En su juventud, en pleno 93, se casó con un monje escapado del claustro, con gorro colorado, y que pasó de los bernardinós a los jacobinos. Era flaca, seca, áspera, puntiaguda, espinosa, casi ponzoñosa; siempre acordándose de su fraile, del que había enviudado, y que la había domado y plegado mucho. Era una ortiga en que se advertía el roce del hábito frailuno. En la Restauración se hizo devota, pero tan enérgicamente que los clérigos le perdonaron su boda con el fraile. Poseía un pequeño patrimonio, que había legado ruidosamente a una comunidad religiosa. Estaba muy bien vista en el obispado de Arras. Esta señora Victurnien fue, pues, a Montfermeil y volvió diciendo:

—¡He visto a la niña!

Tantos pasos requirieron su tiempo. Fantine llevaba ya un año en la fábrica cuando una mañana la encargada del obrador le entregó, de parte del señor alcalde, cincuenta francos, diciéndole que ella no formaba ya parte del taller, e invitándola, de parte del señor alcalde, a que abandonara la ciudad.

Esto ocurrió precisamente el mismo mes en que los Thénardier, después de haber pedido doce francos en lugar de seis, le exigían quince francos en lugar de doce.

Fantine quedó aterrada. No podía irse, debía el alquiler y los muebles. Cincuenta francos no bastaban para liquidar aquella deuda. Balbuceó algunas palabras de súplica. La encargada le dio a entender que tenía que salir inmediatamente del obrador. Por otra parte, Fantine no era más que una trabajadora mediocre. Oprimida por la vergüenza, más que por la desesperación, abandonó el taller y volvió a su habitación. ¡Su falta era, pues, conocida por todos!

No se sentía con fuerzas para decir una palabra. Le aconsejaron que fuera a visitar al señor alcalde; no se atrevió. El señor alcalde le daba cincuenta francos porque era bueno, y la arrojaba de allí porque era justo. Se sometió, pues, a este decreto.

La viuda del monje sirvió, pues, para algo.

En cuanto al señor Madeleine, nada había sabido de todo aquello. Son estas combinaciones de acontecimientos de las cuales la vida está llena. El señor Madeleine tenía por costumbre no entrar casi nunca en el obrador de mujeres. Había puesto a la cabeza de aquel obrador a una solterona que le había proporcionado el cura, y tenía plena confianza en esta encargada, persona realmente respetable, firme, recta, íntegra, llena de la caridad que consiste en dar, pero que no poseía en el mismo grado la caridad que consiste en comprender y perdonar. El señor Madeleine se descargaba de todo en ella. Los mejores hombres se ven a menudo forzados a delegar su autoridad. En el uso de esta autoridad, y con la convicción de que obraba bien, la encargada instruyó el proceso, juzgó, condenó y ejecutó a Fantine.

En cuanto a los cincuenta francos, los había dado de una suma que el señor Madeleine le confiaba para limosnas y socorro a las obreras, y de la que no rendía cuentas.

Fantine se ofreció como criada en la localidad; fue de casa en casa. Nadie quiso saber nada de ella. No había podido dejar la ciudad. El prendero que le había vendido los muebles, ¡qué muebles!, le dijo: «Si os marcháis, os haré detener como ladrona». El propietario a quien debía su alquiler, le había dicho: «Sois joven y bonita, podéis pagar». Ella repartió los cincuenta francos entre el propietario y el prendero, devolvió a éste las tres cuartas partes de su mobiliario, quedándose únicamente con lo necesario, y se encontró sin trabajo, sin profesión, sin tener más que su cama, y debiendo todavía cien francos.

Se puso a coser gruesas camisas para los soldados de la guarnición, y ganaba doce sueldos por día. Su hija le costaba diez. Fue en aquel momento cuando empezó a pagar irregularmente a los Thénardier.

No obstante, una anciana que le encendía su vela cuando volvía de noche, le enseñó el arte de vivir en la miseria. Detrás de vivir con poco, está el vivir con nada. Son dos habitaciones, la primera oscura, la segunda tenebrosa.

Fantine aprendió cómo se priva uno completamente del fuego en el invierno, cómo se renuncia al pájaro que comía un cuarto de sueldo de alpiste cada dos días, cómo se hace de la saya una manta, y de la manta una saya, cómo se ahorra la vela, cenando a la luz de la ventana de enfrente. Nadie conoce todo el partido que ciertos seres débiles, que han envejecido en la miseria y en la honradez, saben sacar de un sueldo. Llega a ser un arte. Fantine adquirió este sublime arte y recobró algo de valor.

En aquella época, decía a una vecina:

—¡Bah!, me digo yo, no durmiendo más que cinco horas y trabajando todas las demás en la costura, siempre llegaré a ganar casi para pan. Además, cuando se está triste se come menos. De modo que, con los sufrimientos, las inquietudes, un poco de pan por una parte, y pesares por otra, me alimentaré.

En su angustia, tener a su pequeña hijita hubiese sido una extraña felicidad. Pensó en ir a buscarla; ¿pero para qué?, ¿para hacerla partícipe de su desnudez? Además, debía a los Thénardier; ¿cómo pagar? Y el viaje, ¿cómo costearlo?

La vieja que le había dado lo que podríamos llamar lecciones de vida indigente, era una santa mujer llamada Margueritte, devota con verdadera devoción, pobre y caritativa con los pobres, y aun con los ricos; sabía escribir lo suficiente para firmar «Margueritte», y creía en Dios, lo cual constituye la ciencia.

Hay muchas de estas virtudes aquí abajo; un día estarán en lo alto. Esta vida tiene un mañana.

En los primeros tiempos, Fantine estaba tan avergonzada que no se atrevía a salir.

Cuando iba por la calle, comprendía que se volvían detrás de ella y la señalaban con el dedo; todo el mundo la miraba, y nadie la saludaba; el desprecio áspero y frío de los transeúntes le penetraba en la carne y en el alma como un cierzo helado.

En las pequeñas ciudades, una desgraciada parece estar desnuda bajo el sarcasmo y la curiosidad de todos. En París, al menos, nadie nos conoce, y esta oscuridad es como un vestido. ¡Oh, cuánto hubiera deseado volver a París! Imposible.

Fue preciso acostumbrarse a la desconsideración, como se había acostumbrado a la indigencia. Poco a poco, fue tomando una resolución. Después de dos o tres meses, sacudiose la vergüenza y empezó a salir, como si nada hubiera ocurrido. «Todo me es igual», se dijo. Fue y vino, con la cabeza levantada y una sonrisa amarga, y sintió que se iba haciendo descarada.

La señora Victornien la veía pasar algunas veces ante su ventana, observaba la miseria de «aquella criatura», gracias a ella puesta «en su lugar», y se felicitaba. Los malos tienen una felicidad amarga.

El exceso de trabajo fatigaba a Fantine, y aumentó la pequeña tos seca que la aquejaba. Decía algunas veces a su vecina Margueritte:

—Tocad, veréis qué calientes tengo las manos.

No obstante, por la mañana, cuando peinaba con un peine viejo y roto sus hermosos cabellos que relumbraban como la seda floja, tenía sus minutos de feliz coquetería.

Fantine fue despedida hacia fines de invierno; pasó el verano, pero el invierno volvió. Días cortos, menos trabajo. En invierno no hay calor, no hay luz, no hay mediodía, la tarde se une con la mañana, todo es bruma, crepúsculo, la ventana es gris, no se ve claro. El cielo es un tragaluz; todo el día una cueva. El sol tiene el aspecto de un pobre. ¡Terrible estación! El invierno cambia en piedra el agua del cielo y el corazón del hombre. Sus acreedores la acosaban.

Fantine ganaba muy poco. Sus deudas habían aumentado. Los Thénardier, mal pagados, le escribían a cada instante cartas cuyo contenido la desolaba, y cuyo porte la arruinaba. Un día le escribieron que su pequeña Cosette estaba enteramente desnuda, con el frío que hacía, y que tenía necesidad de una saya de lana, y que era preciso que su madre enviara, al menos, diez francos para ello. Recibió la carta y la estrujó entre sus manos todo el día. Por la noche, entró en casa de un peluquero que habitaba en el extremo de la calle y deshizo su peinado. Sus admirables cabellos rubios le cayeron hasta las caderas.

—¡Qué hermosos cabellos! —exclamó el barbero.

—¿Cuánto me daríais por ellos? —dijo ella.

—Diez francos.

—Cortadlos.

Compró una falda de punto y la envió a los Thénardier.

Aquella falda puso furiosos a los Thénardier. Era el dinero lo que ellos querían. Dieron la falda a Éponine. La pobre Alondra continuó temblando.

Fantine pensó: «Mi niña ya no tiene frío. La he vestido con mis cabellos». Se ponía pequeños gorros redondos que escondían su cabeza rapada y con los cuales estaba aún bonita.

Una lucubración tenebrosa verificábase en el corazón de Fantine. Cuando vio que ya no podía peinarse, empezó a odiar todo lo que la rodeaba. Había participado durante mucho tiempo en la veneración de todos a Madeleine; no obstante, a fuerza

de repetirse que era él quien la había echado, y que era él la causa de su desgracia, acabó por odiarle también. Cuando pasaba por delante de la fábrica, en las horas en que los obreros estaban en la puerta, se esforzaba en reír y cantar.

Una vieja obrera, que la vio una vez cantar y reír de aquel modo, dijo:

—He ahí a una joven que acabará mal.

Tomó un amante, el primero que se le presentó, un hombre a quien no amaba, por despecho, con rabia en el corazón. Era un miserable, una especie de músico mendigo, un ocioso indigente, que le pegaba, y que la dejó como ella le había tomado: con repugnancia.

Fantine adoraba a su hija.

Cuanto más descendía, cuanto más sombrío se iba haciendo todo a su alrededor, más irradiaba en el fondo de su alma aquel dulce angelito. Decía:

—Cuando sea rica, tendré a mi Cosette conmigo.

Y se reía. La tos no la abandonaba, y sentía sudores en la espalda.

Un día, recibió de los Thénardier una carta concebida en estos términos:

Cosette está enferma de una enfermedad que hay en el pueblo. Tiene lo que llaman una fiebre miliar. Son precisas medicinas muy caras. Esto nos arruina y ya no podemos pagar. Si no nos enviáis cuarenta francos antes de ocho días, la pequeña morirá.

Echase a reír a carcajadas y dijo a su anciana vecina:

—¡Vaya! ¡Están buenos! ¡Cuarenta francos! ¡Nada más que eso! ¡Son dos napoleones! ¿De dónde quieren que los saque? ¡Qué estúpidos son estos aldeanos!

No obstante, se dirigió a la escalera cerca de una ventanilla, y leyó de nuevo la carta.

Luego, bajó la escalera y salió corriendo y saltando, riendo aún.

Alguien la encontró y le dijo:

—¿Qué os pasa que estáis tan alegre?

Ella respondió:

—Una gran tontería que acaban de escribirme unos aldeanos. Me piden cuarenta francos. ¡Lugareños al fin!

Cuando cruzaba la plaza, vio a un grupo de gente que rodeaba un coche de forma extraña, sobre el cual, en pie, peroraba un hombre vestido de rojo. Era un charlatán, dentista ambulante, que ofrecía al público dentaduras completas, opiatas, polvos y elixires.

Fantine se mezcló con el grupo y se puso a reír, como todos los demás, de aquella arenga en la que había argot para la canalla y jerga para la gente fina. El charlatán vio a aquella hermosa muchacha que reía y exclamó de repente:

—Tenéis bonitos dientes, joven risueña. Si queréis venderme los incisivos, os daré, por cada uno de ellos, un napoleón de oro.

—¿Qué son los incisivos? —preguntó Fantine.

—Los incisivos —repuso el profesor dentista— son los dientes de delante, los dos de arriba.

—¡Qué horror! —exclamó Fantine.

—¡Dos napoleones! —gruñó una vieja desdentada que estaba allí—. ¡Vaya una mujer afortunada!

Fantine huyó y se tapó las orejas para no oír la voz ronca de aquel hombre que le gritaba:

—¡Reflexionad, hermosa! ¡Dos napoleones son algo! Si el corazón os lo aconseja, id a verme, esta tarde, a la posada de la Cubierta de plata; allí me encontraréis.

Fantine regresó a su casa; iba indignada y contó el caso a su buena vecina Margueritte:

—¿Comprendéis esto?, ¿no es un hombre abominable?, ¿cómo se deja que esta gente ande por el pueblo? ¡Arrancarme mis dientes de delante! ¡Esto sería horrible! Los cabellos vuelven a crecer, pero ¡los dientes! ¡Ah, monstruo! ¡Antes preferiría arrojarme desde un quinto piso de cabeza a la calle! Me ha dicho que estaría esta tarde en la Cubierta de plata.

—¿Y cuánto te ofrecía? —preguntó Margueritte.

—Dos napoleones.

—Eso son cuarenta francos.

—Sí —asintió Fantine—, son cuarenta francos.

Quedó pensativa y se puso a su labor. Al cabo de un cuarto de hora, abandonó su costura y volvió a releer la carta de los Thénardier en la escalera.

Al volver, dijo a Margueritte, que trabajaba cerca de ella:

—¿Qué es una fiebre miliar? ¿Lo sabéis?

—Sí —repuso la vieja—, es una enfermedad.

—¿Y se necesitan muchas medicinas?

—¡Oh!, medicinas terribles.

—¿Y en qué consiste?

—Es una enfermedad como otras.

—¿Ataca a los niños?

—Sí, especialmente a los niños.

—¿Y mueren muchos?

—Muchos —afirmó Margueritte.

Fantine salió y fue a leer una vez más la carta.

Por la tarde, bajó y la vieron dirigirse hacia la calle de París, donde se hallan las posadas.

A la mañana siguiente, como Margueritte entrase en la habitación de Fantine antes del amanecer, pues trabajaban siempre juntas y, de este modo, no encendían más que

una vela para las dos, encontró a Fantine sentada en la cama, pálida, helada. No se había acostado. Su gorro le había caído sobre las rodillas. La vela había ardido toda la noche y estaba casi enteramente consumida.

Margueritte se detuvo en el umbral, petrificada por tan enorme desorden, y exclamó:

—¡Señor, la vela se ha consumido toda! ¿Qué ocurre?

Después miró a Fantine, que volvía hacia ella su cabeza sin cabellos.

Fantine, desde la víspera, había envejecido diez años.

—¡Jesús! —exclamó Margueritte—. ¿Qué tenéis, Fantine?

—No tengo nada —respondió Fantine—, al contrario. Mi niña no morirá de esa terrible enfermedad, por falta de socorro. Estoy contenta.

Al hablar así, mostraba a la vieja dos napoleones de oro, que brillaban sobre la mesa.

—¡Jesús, Dios mío! —dijo Margueritte—. ¡Pero si es una fortuna! ¿De dónde habéis sacado estos luses de oro?

—Los he ganado —respondió Fantine.

Al mismo tiempo, sonrió. La vela alumbraba su rostro. Era una sonrisa sangrienta. Una saliva rojiza surcaba las comisuras de los labios, y en la boca tenía un agujero negro.

Los dos dientes habían sido arrancados.

Envío los cuarenta francos a Montfermeil.

Pero aquello había sido un ardid de los Thénardier para obtener el dinero. Cosette no estaba enferma.

Fantine arrojó su espejo por la ventana. Desde hacía mucho tiempo había abandonado su celda del segundo piso por un tabuco cerrado con un picaporte, debajo del tejado; una de esas buhardillas en que el techo forma ángulo con el suelo, y en que a cada instante tropieza la cabeza. La pobre no podía ir al fondo de su habitación, como al fondo de su destino, sino encorvándose, más y más. Ya no tenía cama, le quedaba sólo un pingo al que llamaba cobertor, un colchón en el suelo y una silla desvencijada. Un pequeño rosal que tenía se había secado, olvidado en un rincón. En el otro rincón se veía un bote de manteca, que servía para poner agua, que se helaba en invierno, y en la cual quedaban marcados, por círculos de hielo, los diferentes niveles del líquido. Había perdido la vergüenza, y perdió la coquetería. Último indicio, salía con gorros sucios. Ya por falta de tiempo, ya por indiferencia, no recosía su ropa. A medida que se rompían los talones, iba metiendo las medias en los zapatos. Ello se descubría por ciertos pliegues perpendiculares. Remendaba su corpiño, viejo y gastado, con pedazos de tela de algodón, que se desgarraban al menor movimiento. Las personas a quienes debía le hacían «escenas», y no le dejaban reposo alguno. Las encontraba en la calle y las volvía a encontrar en la escalera. Pasaba

noches enteras llorando y pensando; tenía los ojos muy brillantes y sentía un dolor fijo en el hombro, hacia lo alto del omóplato izquierdo. Tosía mucho. Odiaba profundamente a Madeleine, y no se quejaba. Cosía diecisiete horas diarias, pero una contratista del trabajo de las cárceles, que hacía trabajar más barato a las presas, hizo de pronto bajar los precios, con lo cual se redujo a nueve sueldos el jornal de las trabajadoras libres. ¡Diecisiete horas de trabajo y nueve sueldos diarios! Sus acreedores eran más implacables que nunca. El prendero, que había recuperado casi todos los muebles, le decía sin cesar:

—¿Cuándo pagarás, pícara?

¿Qué más quería ella, buen Dios? Se sentía acorralada y se iba desarrollando en ella algo de fiera. Por aquel entonces, los Thénardier le escribieron diciendo que, decididamente, habían esperado con demasiada bondad, pero que eran precisos cien francos inmediatamente; de lo contrario, pondrían en la calle a la pequeña Cosette, aún convaleciente de su grave enfermedad, en el frío, en los caminos, y que fuese de ella lo que pudiese, y que reventaría, si tal era su deseo.

«¡Cien francos!», pensó Fantine. Pero ¿dónde hay una ocupación para ganar cien sueldos diarios?

—¡Vaya! —se dijo—. Venderemos el resto.

La infortunada se hizo mujer pública.

¿Qué es esta historia de Fantine? Es la sociedad comprando una esclava.

¿A quién? A la miseria.

Al hambre, al frío, al aislamiento, al abandono, a la desnudez. ¡Pacto doloroso! Un alma por un pedazo de pan. La miseria ofrece, la sociedad acepta.

La santa ley de Jesucristo gobierna nuestra civilización, pero no la penetra todavía. Se dice que la esclavitud ha desaparecido de la civilización europea. Es un error. Existe aún, pero no pesa más que sobre la mujer, y se llama prostitución.

Pesa sobre la mujer, es decir, sobre la gracia, sobre la debilidad, sobre la belleza, sobre la maternidad. Ésta no es una de las menores vergüenzas del hombre.

Al punto al que hemos llegado de este doloroso drama, nada queda ya a Fantine de lo que era en otro tiempo. Se ha convertido en mármol al hacerse lodo. Quien la toca siente frío. Pasa, os soporta, y os ignora; es la figura deshonrada y severa. La vida y el orden social le han dicho su última palabra. Le ha acontecido todo lo que podía acontecerle. Lo ha sentido todo, soportado todo, experimentado todo, sufrido todo, perdido todo, llorado todo. Se ha resignado, con esa resignación que se parece a la indiferencia, como la muerte se parece al sueño. Ya no evita nada. Ya no teme a nada. ¡Que caiga sobre ella todo el nubarrón, y que pase sobre ella todo el océano! ¡Qué le importa! Es una esponja empapada.

Al menos, esto cree ella. Pero es un error creer que la desgracia se agota, y que se toca el fondo de una situación, cualquiera que ésta sea.

¡Ah!, ¿qué son estas vidas que se precipitan desordenadamente?, ¿adónde van?, ¿por qué son así?

El que esto sabe ve en toda oscuridad.

Está solo. Se llama Dios.

Hay en todas las poblaciones pequeñas, y en particular había en Montreuil-sur-Mer, una clase de jóvenes que consumen quinientas libras de renta en provincias con el mismo aire con que sus iguales devoran en París doscientos mil francos por año. Son seres de la gran especie ambigua; impotentes, parásitos, nulos, que tienen un poco de tierra, un poco de tontería, un poco de ingenio, que serían rústicos en un salón y se creen caballeros en una taberna, que dicen: mis prados, mis bosques, mis colonos, que silban a las actrices de teatro para probar que son personas de gusto, que se querellan con los oficiales de la guarnición para probar que son gentes de guerra, que cazan, fuman, bostezan, huelen a tabaco, juegan al billar, contemplan a los viajeros descender de la diligencia, viven en el café, cenan en la posada, tienen un perro que come los huesos debajo de la mesa y una amante que pone los platos encima; que escatiman los cuartos, exageran las modas, admiran la tragedia, desprecian a las mujeres, gastan las botas viejas, copian a Londres a través de París y a París a través de Pont-à-Musson, envejecen, no trabajan, no sirven para nada y tampoco dañan gran cosa.

El señor Félix Tholomyès, si se hubiese quedado en provincias y no hubiera visto nunca París, habría sido uno de estos hombres.

Si fuesen más ricos, se diría de ellos: son elegantes; si fuesen más pobres, se diría: son holgazanes. Son únicamente desocupados. Entre estos desocupados, los hay fastidiosos, fastidiados, extravagantes y, unos pocos, algo chuscos.

Por aquel tiempo, un elegante se componía de un gran cuello, una gran corbata, un reloj con dijes, tres chalecos sobrepuestos, de colores distintos, el azul y el rojo interiores, un frac de color de aceituna, de talle corto y cola de bacalao, con doble hilera de botones de plata juntos unos a otros y subiendo hasta el hombro, y con un pantalón color de aceituna más claro, adornado en sus dos costuras por un número de bandas indeterminado, pero siempre impar, variando de uno a once, límite que nunca era franqueado. Añadid a esto, unos zapatos-botas con pequeñas herraduras en el talón, un sombrero de copa alta y de alas estrechas, unos cabellos formando tupé, un

enorme bastón, una conversación realizada por los retruécanos de Potier. Sobre todo, espuelas y bigotes. En aquella época, los bigotes querían decir burgués, y las espuelas querían decir peatón.

El elegante de provincias llevaba las espuelas más largas y los bigotes más pronunciados.

Era el tiempo de la lucha de las repúblicas de América meridional contra el rey de España, de Bolívar contra Morillo. Los sombreros de alas estrechas eran realistas, y se llamaban morillos; los liberales llevaban sombreros de alas anchas, que se llamaban bolívaes.

Ocho o diez meses después de lo que hemos referido en las páginas precedentes, en los primeros días de enero de 1823, una tarde que había nevado, uno de estos elegantes, uno de estos despreocupados, uno de «buenas ideas», pues llevaba un morillo, cálidamente embozado en una de esas amplias capas que completaban en los tiempos fríos el traje de moda, se divertía en hostigar a una mujer que pasaba, en traje de baile, muy escotada y con flores en la cabeza, por delante de la puerta del café de los oficiales. Este elegante fumaba, pues ello estaba decididamente de moda.

Cada vez que aquella mujer pasaba por delante de él, le arrojaba, con una bocanada de humo de su cigarro, algún apóstrofe que él creía ingenioso y alegre, como: «¡Qué fea eres!», «¡Escóndete!», «¡No tienes dientes!», etc. Este señor se llamaba señor Bamatabois. La mujer, triste espectro disfrazado que iba y venía sobre la nieve, no le respondía, ni siquiera le miraba, y no por esto realizaba con menos regularidad su paseo, que la llevaba cada cinco minutos bajo el sarcasmo, como el soldado condenado que va y vuelve bajo los vergajazos. El poco efecto que causaba picó sin duda al ocioso, que, aprovechando un momento en que ella se volvía, se fue detrás de ella, con paso de lobo, y ahogando la risa se agachó, cogió un puñado de nieve y se lo hundió bruscamente en la espalda, entre los hombros desnudos. La joven dio un rugido, se volvió, saltó como una pantera y se arrojó sobre el hombre clavándole las uñas en el rostro, con las más espantosas palabras que puedan oírse en un cuerpo de guardia. Aquellas injurias, vomitadas con una voz enronquecida por el aguardiente, salían asquerosamente de la boca de una mujer a la cual le faltaban, en efecto, los dos dientes delanteros. Era Fantine.

Al ruido que esto produjo, los oficiales salieron en tropel del café, los transeúntes se agruparon y se formó un gran corro alegre, silbando y aplaudiendo alrededor de aquel torbellino compuesto de dos seres en los cuales apenas se podía reconocer a un hombre y a una mujer, el hombre debatiéndose con el sombrero en el suelo, y la mujer golpeando con pies y puños, despeinada, rugiendo, sin dientes y sin cabellos, lívida de cólera, horrible.

De repente, un hombre de alta estatura salió vivamente de la multitud, agarró a la mujer por el corpiño de satén, cubierto de barro, y le dijo:

—¡Sígueme!

La mujer levantó la cabeza; su voz furiosa se apagó súbitamente. Sus ojos estaban vidriosos; de lívida, se había puesto pálida y temblaba con un estremecimiento de terror. Había reconocido a Javert.

El elegante había aprovechado la ocasión para escapar.

XIII

Solución de algunas cuestiones de policía municipal

Javert apartó a los concurrentes, deshizo el corro y echó a andar, a grandes pasos, hacia la oficina de policía, que estaba al extremo de la plaza, arrastrando a la miserable tras de sí. Ella se dejó llevar maquinalmente. Ni él ni ella decían una sola palabra. La nube de espectadores, en el paroxismo de la alegría, los seguía con sus pupilas. La suprema miseria es siempre ocasión de obscenidades.

Al llegar a la oficina de policía, que era una sala baja, caldeada por una estufa y custodiada por un guardia, con una puerta vidriera enrejada que daba a la calle, Javert abrió la puerta, entró con Fantine y cerró la puerta tras él, con gran descontento de los curiosos, que se empujaron sobre la punta de los pies y alargaron el cuello tratando de ver. La curiosidad es una glotonería. Ver es devorar.

Al entrar, Fantine fue a caer en un rincón, inmóvil y muda, acurrucada como una perra que tiene miedo.

El sargento de guardia trajo una vela encendida y la dejó sobre una mesa. Javert se sentó y de su bolsillo sacó una hoja de papel timbrado, poniéndose a escribir.

Esta clase de mujeres están enteramente abandonadas por nuestras leyes a la discreción de la policía. Hace de ellas lo que quiere, las castiga como le parece, y confisca, según su talante, esas dos tristes cosas que se llaman su industria y su libertad. Javert estaba impasible; su rostro serio no traicionaba emoción alguna. No obstante, estaba grave y profundamente preocupado. Era aquél uno de esos momentos en que ejercía sin sujeción de nadie, pero con todos los escrúpulos de una conciencia severa, su temible poder discrecional. En aquel instante comprendía que su cargo de jefe de policía era un tribunal. Juzgaba y además condenaba. Llamaba en su auxilio a cuantas ideas tenía en su espíritu para el buen desempeño de la gran cosa que estaba haciendo. Cuanto más examinaba el hecho de aquella mujer, más indignado se sentía. Era evidente que acababa de ver cometer un crimen. Acababa de ver, allá en la calle, a la sociedad, representada por un propietario-elector, insultada y

atacada por una criatura excluida de todo derecho. Una prostituta había atentado contra un ciudadano. Él, Javert, lo había visto. Escribía en silencio.

Cuando hubo terminado, firmó, dobló el papel y dijo al sargento de guardia, al entregárselo:

—Tomad tres hombres y conducid a esta mujer a la cárcel. —Luego, volviéndose hacia Fantine—: Ya tienes para seis meses.

La desgraciada se estremeció.

—¡Seis meses! ¡Seis meses de prisión! —exclamó—. ¡Seis meses ganando siete sueldos diarios! ¿Qué será de mi Cosette? ¡Mi hija! ¡Mi hija! Debo aún más de cien francos a los Thénardier, señor inspector, ¿no lo sabéis?

Se arrastró por las baldosas mojadas por las botas fangosas de todos aquellos hombres, sin levantarse, de rodillas, uniendo las manos.

—Señor Javert —dijo—, os pido gracia. Os aseguro que yo no he tenido la culpa. ¡Si hubierais visto el principio! Os juro por Dios que yo no he tenido la culpa. Es el señor, a quien no conozco, quien me ha echado nieve en la espalda. ¿Es que tiene derecho a echarme nieve en la espalda, cuando yo pasaba tranquilamente, sin hacer daño a nadie? Por esto me exalté. Estoy algo enferma, ¡miradlo! Y, además, ya hacía un rato que me estaba insultando: «¡Eres fea! ¡No tienes dientes!». Ya sé yo que no tengo dientes. Yo no hacía nada; me decía a mí misma: «Es un caballero que se divierte». Fui prudente con él, no le hablé. Fue entonces cuando me echó la nieve en la espalda. ¡Señor Javert, mi buen señor inspector! ¿Es que no hay nadie que lo haya visto para poderos decir que es verdad? Quizás he hecho mal enfadándome. Ya sabéis, en el primer instante nadie es dueño de sí. Hay pronto. ¡Además, es cruel sentir sobre sí una cosa tan fría, cuando menos se espera! He hecho mal estropeando el sombrero de aquel caballero. ¿Por qué se ha marchado? Le pediría perdón. ¡Oh, Dios mío!, no me importa tener que pedirle perdón. Dispensadme por esta vez, señor Javert. Mirad, no sabéis esto, en las prisiones se ganan sólo siete sueldos, esto no es culpa del Gobierno, pero no se gana más que esto; y figuraos que yo tengo que pagar cien francos, pues de otro modo echarán a la pequeña. ¡Oh, Dios mío! Yo no puedo tenerla conmigo. ¡Es vergonzoso lo que yo hago! ¡Oh, mi Cosette, mi angelito de la buena Virgen! ¿Qué será de ella? Mirad, los Thénardier, los posaderos, los campesinos, no entienden de razones. Necesitan dinero. ¡No me metáis en la cárcel! Mirad, tengo una niña, a quien pondrán en medio del camino, a la ventura, en pleno invierno; hay que tener piedad de estas criaturas, mi buen señor Javert. Si fuera mayor, podría ganarse la vida, pero no es posible a esta edad. En el fondo no soy una mala mujer. No es la cobardía ni el vicio los que han hecho de mí lo que veis. Si bebo aguardiente, es por miseria. No me gusta, pero me aturde. Cuando era más feliz, si se hubieran examinado mis armarios, se habría visto que yo no era una mujer coqueta y

desordenada. Yo tenía ropa blanca, mucha ropa blanca. ¡Tened piedad de mí, señor Javert!

Ella hablaba así, arrodillada, sacudida por los sollozos, cegada por las lágrimas, desnuda la garganta, retorciéndose las manos, tosiendo con una tos seca, balbuceando en voz baja, con la voz de la agonía. El gran dolor es un rayo divino y terrible que transfigura a los miserables. En aquel momento, Fantine había vuelto a ser hermosa. En ciertos instantes, se detenía y besaba tiernamente el bajo del levitón del polizonte. Hubiera enternecido un corazón de granito, pero no se estremece un corazón de madera.

—¡Vamos! —dijo Javert—. Ya te he escuchado. ¿Has acabado ya? Ahora ya tienes para seis meses; ni el Padre Eterno en persona podría hacer nada en esto.

Cuando oyó estas palabras solemnes, «Ni el Padre Eterno en persona podría hacer nada», comprendió que la sentencia se había dictado. Cayó abatida, murmurando:

—¡Perdón!

Javert volvió la espalda.

Los guardias la cogieron por el brazo.

Algunos minutos antes, había entrado en la sala un hombre, sin que reparasen en él. Había cerrado la puerta y se había aproximado, al oír las súplicas desesperadas de Fantine.

En el momento en que los guardias echaron mano a la desgraciada, que no quería levantarse, dio un paso, salió de la sombra y dijo:

—¡Un momento, por favor!

Javert levantó los ojos y reconoció al señor Madeleine. Se quitó el sombrero y, saludando con cierta especie de torpeza y enfado, dijo:

—Perdón, señor alcalde...

Aquellas palabras, «señor alcalde», produjeron en Fantine un efecto extraño. Se levantó rápidamente, como un espectro que surge de la tierra, rechazó a los guardias con los dos brazos, se dirigió al señor Madeleine, antes de que pudieran contenerla y, mirándole fijamente, con gesto extraviado, exclamó:

—¡Ah! ¡Eres tú el señor alcalde!

Luego, estalló en carcajadas y le escupió en el rostro.

El señor Madeleine se limpió la cara y dijo:

—Inspector Javert, poned a esta mujer en libertad.

Javert creyó que iba a volverse loco. Experimentaba, en aquel instante, una después de otra y casi mezcladas, las emociones más fuertes que había sentido en su vida. Que una mujer pública escupiera al rostro de un alcalde era algo tan monstruoso que, en sus suposiciones más terribles, hubiera considerado un sacrilegio creer en su posibilidad. Por otro lado, en el fondo de su pensamiento, hacía una comparación horrible entre lo que era aquella mujer y lo que podía ser aquel alcalde, y entonces

entreveía con horror que nada había de extraño en aquel prodigioso atentado. Pero, cuando vio a aquel alcalde, a aquel magistrado, limpiarse tranquilamente el rostro y decir: «Poned en libertad a esta mujer», sintió como un deslumbramiento de estupor; le faltaron el pensamiento y la palabra; su asombro había pasado los límites de lo posible. Quedó mudo.

Las palabras del alcalde no habían causado menor efecto en Fantine. Levantó su brazo desnudo y se asió a la llave de la estufa, como una persona que vacila. Miró vagamente a su alrededor, y se puso a hablar en voz baja, como si hablara consigo misma:

—¡En libertad! ¡Que me dejen marchar! ¡Que no vaya a la cárcel por seis meses! ¿Quién ha dicho esto? No es posible que alguien haya dicho esto. He oído mal. ¡No será el monstruo del alcalde! ¿Es usted, mi buen señor Javert, quien ha dicho que me pongan en libertad? ¡Oh! ¡Yo os contaré y me dejaréis marchar! Este monstruo de alcalde, este pícaro viejo es la causa de todo. ¡Figuraos, señor Javert, que me ha despedido a causa de las habladurías de una porción de pícaras que hay en el taller! ¡Si esto no es horroroso! ¡Despedir a una pobre muchacha que cumple honestamente con su deber en el trabajo! Entonces no pude ganar lo suficiente, y de ahí provino mi desgracia. Es necesaria una reforma, que estos señores de la policía podrían hacer; y es impedir a los contratistas de las cárceles que causen perjuicio a las trabajadoras pobres. Voy a explicaros esto. Ganáis, por ejemplo, doce sueldos con las camisas, y baja el precio a nueve sueldos; ya no es posible vivir. Entonces, es preciso ir a donde se pueda. Yo tenía mi pequeña Cosette y me he visto obligada a hacerme una mala mujer. Ahora comprenderéis cómo tiene la culpa de todo el pícaro alcalde. Yo he pisoteado el sombrero de aquel caballero, frente al café de los oficiales, pero antes él me había echado a perder un vestido con la nieve. Nosotras no tenemos más que un vestido de seda para salir por la noche. Ya veis que yo no he hecho daño intencionadamente, de verdad, señor Javert, y por todas partes veo mujeres mucho peores que yo y que son mucho más felices. Oh, señor Javert, vos sois quien habéis dicho que me pongan en libertad, ¿no es cierto? Informaos, hablad a mi casero, pago mi alquiler, y os dirá que soy honrada. ¡Ah! Dios mío, os pido perdón; sin darme cuenta, he tocado la llave de la estufa y ha salido el humo.

El señor Madeleine escuchaba con atención profunda. Mientras ella hablaba, había buscado en el bolsillo de su chaleco, había sacado su bolsa y la había abierto. Estaba vacía. La había guardado de nuevo en el bolsillo. Dijo a Fantine:

—¿Cuánto habéis dicho que debéis?

Fantine, que sólo miraba a Javert, se volvió hacia él y dijo:

—¿Te hablo yo a ti? —Luego, dirigiéndose a los guardias—: ¿Habéis visto cómo le he escupido a la cara? ¡Ah!, bribón de alcalde, vienes aquí para meterme miedo, pero

yo no tengo miedo de ti. Tengo miedo del señor Javert. ¡Tengo miedo de mi buen señor Javert!

Y mientras así hablaba, se volvió hacia el inspector:

—Es preciso, señor inspector, ser justo. Yo comprendo que vos sois justo, señor inspector. De hecho, todo es muy sencillo; un hombre que juega a echar un poco de nieve en la espalda de una mujer; esto hace reír a los oficiales, que tienen ganas de broma, y allí estamos nosotras que sólo servimos para que estos señores se diviertan. Os presentáis, tenéis que restablecer el orden, os lleváis a la mujer que ha faltado; pero luego, al reflexionar, como sois bueno, decís que me pongan en libertad; es por la pequeña, porque seis meses de cárcel me impedirían alimentar a mi niña. Solamente decís: «¡No reincidas, bribona!». ¡Oh!, no reincidiré, señor Javert; aunque hagan conmigo todo lo que quieran; yo no me moveré. Hoy he gritado, porque me hicieron daño; me sorprendió la frialdad de la nieve y, como os he dicho, yo no estoy muy bien, toso, tengo en el estómago como una bola que me quema, el médico me dice que me cuide. Tened, tocad, dadme vuestra mano, no tengáis miedo, es aquí.

Ya no lloraba, su voz era acariciadora; apoyaba en su garganta, blanca y delicada, la gruesa mano ruda de Javert, y le miraba sonriendo.

De repente, arregló el desorden de sus vestidos, dejó caer los pliegues de su traje que, al arrastrarse, se habían levantado casi hasta la altura de las rodillas, y se dirigió hacia la puerta, diciendo a media voz a los guardias, con un amistoso signo de cabeza:

—Vamos, muchachos, el inspector ha dicho que me soltéis, y me voy.

Puso la mano en el picaporte. Un paso más y estaba en la calle.

Javert, hasta aquel momento, había permanecido inmóvil, con la mirada fija en el suelo, en medio de esta escena como una estatua fuera de lugar, que espera que la pongan en alguna parte.

El ruido que hizo el picaporte le hizo despertar. Levantó la cabeza, con una expresión de soberana autoridad, expresión siempre tanto más pavorosa cuanto más baja es la autoridad, feroz en la bestia salvaje, atroz en el hombre que no es nada.

—¡Sargento —gritó—, no veis que esa pícara se va! ¿Quién os ha dicho que la dejéis marchar?

—Yo —dijo Madeleine.

Fantine, al oír la voz de Javert, había temblado y soltado el picaporte, como un ladrón sorprendido suelta el objeto robado. Al oír la voz de Madeleine, se volvió y, sin pronunciar una palabra, sin respirar siquiera, su mirada pasó de Madeleine a Javert y de Javert a Madeleine, según hablaba uno u otro.

Evidentemente era preciso que Javert estuviese, como suele decirse, «fuera de juicio» para que se atreviera a apostrofar al sargento como lo había hecho, después de la invitación del alcalde a poner a Fantine en libertad. ¿Había olvidado que estaba delante del alcalde? ¿Había concluido por decirse a sí mismo que era imposible que

una «autoridad» hubiese dado semejante orden, y que ciertamente el señor alcalde había dicho, sin querer, una cosa por otra? ¿O bien, después de haber oído tantas cosas incomprensibles en dos horas, se decía que debía tomar una resolución suprema, que el pequeño debía hacerse grande, el polizone transformarse en magistrado, el hombre de policía convertirse en hombre de justicia, y que, en aquella situación extrema, el orden, la ley y la moral, el Gobierno y la sociedad entera se personificaban en él, Javert?

Sea lo que fuere, cuando el señor Madeleine pronunció ese «yo», se vio al inspector de policía volverse hacia el señor alcalde, pálido, frío, con los labios lívidos, la mirada desesperada, todo el cuerpo agitado por un temblor imperceptible, y, cosa inaudita, decirle con la vista baja, pero firme:

—Señor alcalde, esto no puede ser.

—¿Cómo? —dijo el señor Madeleine.

—Esta desgraciada ha insultado a un ciudadano.

—Inspector Javert —dijo el señor Madeleine, con un acento conciliador y tranquilo—, escuchad. Sois un hombre honesto y no tengo inconveniente en explicarme con vos. Vais a oír la verdad. Pasaba yo por la plaza cuando os llevabais a esta mujer; había aún algunos grupos, me he informado y lo he sabido todo; el ciudadano es el que ha faltado, y quien hubiera debido ser detenido.

Javert respondió:

—Esta miserable acaba de insultaros, señor alcalde.

—Bien; eso es cuestión mía —dijo el señor Madeleine—. Mi injuria me pertenece, creo yo. Puedo hacer de ella lo que me plazca.

—Perdonad, señor alcalde. Su injuria no os pertenece a vos, sino a la justicia.

—Inspector Javert —replicó el señor Madeleine—, la primera justicia es la conciencia. He oído a esta mujer. Sé lo que hago.

—Y yo, señor alcalde, no comprendo lo que estoy viendo.

—Entonces, contentaos con obedecer.

—Obedezco a mi deber. Mi deber quiere que esta mujer sea condenada a seis meses de cárcel.

El señor Madeleine repuso con dulzura:

—Escuchad esto. No estará en la cárcel ni un solo día.

Al oír estas palabras decisivas, Javert osó mirar fijamente al alcalde, y le dijo, con un sonido de voz siempre profundamente respetuoso:

—Siento muchísimo tener que oponerme al señor alcalde, es la primera vez en mi vida, pero él se dignará permitirme hacerle observar que estoy dentro de los límites de mis atribuciones. Quedo, puesto que el señor alcalde lo quiere, dentro del derecho del ciudadano. Yo lo presencié. Esta mujer se arrojó sobre el señor Bamatabois, que es elector y propietario de esa hermosa casa con balcón que hace esquina a la explanada,

con tres pisos, y toda ella de piedra labrada. Porque... en fin, ¡hay cosas en este mundo! Pero, sea lo que sea, señor alcalde, éste es un hecho de policía, sucedido en la calle, que me corresponde; y por lo tanto retengo a Fantine.

Entonces, el señor Madeleine se cruzó de brazos y dijo, con una voz severa que nadie en la ciudad había oído aún:

—El hecho de que habláis es un hecho de policía municipal. En los términos de los artículos nueve, once, quince y setenta, yo soy el juez. Ordeno que esta mujer sea puesta en libertad.

Javert quiso intentar un último esfuerzo:

—Pero, señor alcalde...

—Os recuerdo, a vos, el artículo ochenta y uno de la ley del 13 de diciembre de 1799, sobre la detención arbitraria.

—Señor alcalde, permitid...

—Ni una palabra más.

—No obstante...

—Salid —ordenó el señor Madeleine.

Javert recibió el golpe en pie, de frente, en medio del pecho, como un soldado ruso. Saludó profundamente al señor alcalde y salió.

Fantine se separó un poco de la puerta y le vio, con estupor, pasar a su lado.

No obstante, también ella era presa de una extraña emoción. Se acababa de ver, en cierta manera, disputada entre dos potencias opuestas. Había visto luchar ante sus ojos a dos hombres, teniendo en sus manos su libertad, su vida, su alma, su hija; uno de estos hombres la arrastraba hacia la sombra, el otro hacia la luz. En esta lucha, a la que su temor prestaba grandes dimensiones, estos dos hombres se le presentaban como dos gigantes; uno hablaba como su demonio, el otro como su buen ángel. El ángel había vencido al demonio y, cosa que la hacía temblar de pies a cabeza, este ángel, este libertador, era precisamente el hombre a quien ella aborrecía, el alcalde que ella había considerado durante tanto tiempo como responsable de todos sus males, ¡Madeleine!, y en el momento mismo en que ella acababa de insultarle de modo terrible, ¡la salvaba! ¿Se habría equivocado? ¿Debía cambiar todos sus sentimientos...? No lo sabía, temblaba. Escuchaba aturdida, miraba atónita, y a cada palabra que decía el señor Madeleine, sentía deshacerse en su interior las horribles tinieblas del odio, y nacer en su corazón algo consolador, inefable, algo que era la alegría, la confianza y el amor.

Cuando Javert hubo salido, el señor Madeleine se volvió hacia ella y le dijo con una voz lenta, hablando con trabajo, como un hombre grave que no quiere llorar:

—Os he oído. No sabía nada de lo que habéis contado. Creo que es verdad, y siento que es verdad. Ignoraba incluso que hubierais abandonado mis talleres. ¿Por qué no os dirigisteis a mí? Pero yo pagaré ahora vuestras deudas, haré venir a vuestra

hija, o que vayáis a buscarla. Viviréis aquí, en París o donde queráis. Yo me encargo de vuestra hija y de vos. No trabajaréis más, si no queréis. Os daré todo el dinero que sea preciso. Volveréis a ser honrada, volviendo a ser feliz. E incluso, escuchad, si todo es como decís, y no lo dudo, no habéis dejado nunca de ser virtuosa y santa a los ojos de Dios. ¡Oh, pobre mujer!

Aquello era mucho más de lo que la pobre Fantine podía soportar. ¡Tener a Cosette! ¡Salir de esa vida infame! ¡Vivir libre, rica, honesta y feliz con Cosette! ¡Ver bruscamente desplegarse, en medio de su miseria, todas estas realidades del paraíso! Miró como atontada al hombre que le hablaba y no pudo más que lanzar dos o tres sollozos.

Dobláronse sus piernas, se puso de rodillas ante el señor Madeleine y, sin que él pudiese impedirlo, le cogió la mano y posó en ella los labios.

Luego, Fantine se desmayó.

LIBRO SEXTO

Javert

El señor Madeleine hizo transportar a Fantine a la enfermería que tenía en su propia casa. La confió a las hermanas, que la acostaron. Había aparecido una fiebre ardiente. Pasó parte de la noche delirando y hablando en voz alta. No obstante, por fin se durmió.

Al día siguiente, al mediodía, Fantine se despertó, oyó una respiración cerca de su cama, separó las cortinas y vio al señor Madeleine en pie y mirando algo por encima de su cabeza. Aquella mirada estaba llena de piedad y de angustia, y suplicaba. Ella siguió su dirección, y vio que se dirigía a un crucifijo clavado en el muro.

El señor Madeleine estaba ahora transfigurado a los ojos de Fantine. Le parecía rodeado de luz. Estaba absorto en una especie de oración. Ella le contempló largo tiempo, sin atreverse a interrumpirle. Por fin, le preguntó tímidamente:

—¿Qué hacéis aquí?

El señor Madeleine estaba en aquel lugar desde hacía una hora. Esperaba que Fantine se despertase. Le cogió la mano, tomó el pulso y dijo:

—¿Cómo estáis?

—Bien, he dormido, creo que estoy mejor. No será nada.

Él respondió, entonces, a la pregunta que ella le había formulado al principio, como si la acabase de oír:

—Oraba al mártir que está allá arriba.

Y añadió, en su pensamiento: «Por la mártir que está aquí abajo».

El señor Madeleine había pasado la noche y la mañana informándose. Ahora lo sabía todo. Conocía, en todos sus dolorosos pormenores, la historia de Fantine. Continuó:

—Habéis sufrido mucho, pobre madre. ¡Oh!, no os quejéis; ahora tenéis la dote de los elegidos. De este modo es como los hombres hacen ángeles. No es por su culpa; no saben obrar de otro modo. Ya veis, el infierno del que salís es la primera forma del cielo. Era preciso empezar por allí.

Suspiró profundamente; pero ella le sonreía con aquella sublime sonrisa que mostraba la falta de los dos dientes.

Javert había escrito aquella misma noche una carta. La entregó él mismo, por la mañana, en la oficina de Correos de Montreuil-sur-Mer. Era para París, y en el sobre decía: «Al señor Chabouillet, secretario del señor prefecto de policía». Como la noticia de lo sucedido entre Javert y Madeleine había corrido por la población, la mujer encargada de la estafeta, y otras personas que vieron la carta antes de salir y que conocieron la letra de Javert en el sobre, creyeron que enviaba su dimisión.

Madeleine se apresuró a escribir a los Thénardier. Fantine les debía ciento veinte francos. Él les envió trescientos, diciéndoles que se cobraran de aquella cantidad y que enviaran inmediatamente a la niña a Montreuil-sur-Mer, en donde su madre enferma la reclamaba.

Aquello deslumbró a Thénardier.

—¡Diablos! —dijo a su mujer—. No soltemos a la chiquilla. Este pajarillo se va a convertir en la gallina de los huevos de oro. Lo adivino. Algún inocente se habrá enamorado de la madre.

Contestó enviando una cuenta de quinientos y pico de francos, muy bien hecha. En aquella cuenta figuraban, por más de trescientos francos, dos documentos incontestables, uno de un médico y otro del boticario, los cuales habían cuidado y medicado, en dos largas enfermedades, a Éponine y Azelma. Cosette, como hemos dicho, no había estado enferma. Todo se redujo a una pequeña sustitución de nombres. Thénardier puso al pie de la cuenta: «Recibido a cuenta, trescientos francos».

El señor Madeleine envió inmediatamente trescientos francos más y escribió: «Apresúrense a enviar a Cosette».

—¡Por Cristo! —dijo Thénardier—. No soltemos a la chiquilla.

No obstante, Fantine no se restablecía. Seguía en la enfermería.

Las hermanas, al principio, habían recibido y cuidado a «aquella mujer» con repugnancia. Quien haya visto los bajorrelieves de Reims, se acordará de la expresión con que sacan el labio inferior las vírgenes prudentes, al contemplar a las vírgenes fatuas. Este antiguo desprecio de las vestales por las cortesanas es uno de los más profundos instintos de la dignidad femenina. Las hermanas lo habían experimentado con el redoblamiento que le añade la religión. Pero, en pocos días, Fantine las había desarmado. Tenía toda suerte de palabras humildes y dulces, y la madre que había en ella enternecía. Un día, las hermanas la oyeron decir presa de la fiebre:

—He sido una pecadora; pero, cuando tenga a mi hija cerca de mí, querrá decir que Dios me ha perdonado. Mientras he sido mala, no he querido tener a Cosette a mi lado, no hubiera podido soportar sus ojos sorprendidos y tristes. No obstante, era por ella por quien yo obraba mal, y por lo cual Dios me perdona. Sentiré la bendición de Dios cuando Cosette esté aquí. La miraré, y me hará bien contemplar a esta inocente.

Ella no sabe nada de nada. Es un ángel; ya veis, hermanas. A esa edad, las alas aún no han caído.

El señor Madeleine iba a verla dos veces diarias y, cada vez, ella le preguntaba:

—¿Veré pronto a mi Cosette?

Él le respondía:

—Quizá mañana por la mañana. Espero que llegue de un momento a otro.

Y el rostro pálido de la madre brillaba por un instante.

—¡Oh —decía—, qué feliz voy a ser!

Acabamos de decir que no se restablecía. Al contrario, su estado parecía agravarse de semana en semana. La nieve que le habían puesto entre los omóplatos había determinado una supresión súbita de la transpiración y, consecuentemente, se había manifestado violentamente la enfermedad que estaba latente desde hacía tantos años. Principiábase, entonces, a seguir en las enfermedades del pecho el tratamiento de Laënnec. El médico auscultó a Fantine y movió tristemente la cabeza.

El señor Madeleine preguntó al doctor:

—¿Y qué?

—¿No tiene un hijo a quien desea ver? —respondió el médico.

—Sí.

—Pues haced que venga pronto.

El señor Madeleine tuvo un estremecimiento.

Fantine le preguntó:

—¿Qué ha dicho el médico?

—Dice que hay que traer pronto a vuestra hija; que esto os devolverá la salud.

—¡Oh —dijo ella—, tiene razón! ¡Pero qué hacen estos Thénardier que no me envían a mi Cosette! ¡Oh, ella va a venir! ¡Por fin veré la felicidad a mi lado!

No obstante, los Thénardier no «soltaron a la niña», y daban para ello mil razones. Cosette estaba delicada para ponerse en camino en invierno; y, además, tenía una porción de pequeñas deudas de alimentos y otras cosas de primera necesidad, cuyas facturas estaban reuniendo, etcétera, etcétera.

—Enviaré a alguien a buscar a Cosette —dijo Madeleine—. Si es preciso, iré yo mismo.

Y escribió, dictándole Fantine, esta carta que le hizo firmar:

Señor Thénardier:

Entregaréis a Cosette al dador.

Se os pagarán todas las pequeñas deudas.

Tengo el honor de saludos con mi consideración,

FANTINE.

Poco después, sucedió un grave incidente. En vano cortamos y labramos lo mejor posible el bloque misterioso de que está hecha nuestra vida; la vena negra del destino reaparecerá siempre en él.

De cómo Jean puede convertirse en Champ

Una mañana, el señor Madeleine estaba en su despacho, ocupado en arreglar, con tiempo, algunos asuntos urgentes de la alcaldía, para el caso de que decidiese hacer el viaje a Montfermeil, cuando fueron a decirle que el inspector de policía, Javert, deseaba hablarle. Al oír pronunciar aquel nombre, el señor Madeleine no pudo evitar una impresión desagradable. Desde la aventura de la oficina de policía, Javert le había evitado más que nunca, y el señor Madeleine no había vuelto a verle.

—Háganle pasar —dijo.

Javert entró.

El señor Madeleine permaneció sentado cerca de la chimenea, con una pluma en la mano y la vista sobre un legajo que estaba hojeando y anotando, y que contenía procesos verbales de varias contravenciones a la inspección de caminos. No se movió cuando entró Javert. No podía menos que pensar en la pobre Fantine y le pareció que debía mostrarse glacial con el inspector.

Javert saludó respetuosamente al alcalde. Éste le volvía la espalda y, sin mirarle, continuaba leyendo su legajo.

Javert dio dos o tres pasos en el gabinete y se detuvo sin romper el silencio.

Un fisionomista familiarizado con el carácter de Javert, que hubiera estudiado durante largo tiempo a aquel salvaje al servicio de la civilización, aquella extraña combinación de romano, espartano, fraile y cabo, aquel espía incapaz de una mentira, aquel polizonte virgen, un fisionomista que hubiera sabido su secreta y antigua aversión al señor Madeleine, su conflicto con el alcalde por motivo de Fantine, y que hubiera observado a Javert en aquel instante, se hubiera preguntado: ¿qué ha pasado? Era evidente, para quien conociera aquella conciencia recta, clara, sincera, proba, austera y feroz, que Javert acababa de experimentar una gran conmoción interior. Javert no tenía nada en el alma que no estuviera pintado en su rostro. Estaba sujeto, como las personas violentas, a bruscas variaciones. Nunca su fisonomía había sido tan extraña e inopinada. Al entrar, se había inclinado ante el señor Madeleine con una

mirada en la que no había ni rencor, ni cólera, ni desconfianza; se había detenido a algunos pasos, detrás del sillón del alcalde; y ahora estaba en pie, en una actitud casi disciplinaria, con la rudeza fría y sencilla de un hombre que no conoce la dulzura y que siempre ha sido paciente; esperaba sin decir una palabra, sin hacer un movimiento, con una verdadera humildad y una resignación tranquila, a que el señor alcalde se volviera; sereno, grave, con el sombrero en la mano, los ojos bajos, con una expresión que era un término medio entre el soldado delante de un oficial y el culpable delante de su juez. Todos los sentimientos, todos los recuerdos que hubiera podido creerse que tenía, habían desaparecido. En su rostro, impenetrable y uniforme como el granito, sólo se descubría una lúgubre tristeza. Su actitud respiraba humildad y firmeza, y algo así como una opresión sufrida con valor.

Por fin, Madeleine dejó la pluma, y se volvió un poco:

—¿Y bien? ¿Qué hay, Javert?

Javert permaneció un instante silencioso, como si estuviera absorto; después, levantó la voz con una especie de triste solemnidad, que no excluía la sencillez:

—Hay, señor alcalde, que se ha cometido un delito.

—¿Cuál?

—Un agente inferior de la autoridad ha faltado al respeto a un magistrado de la forma más grave. Vengo, cumpliendo mi deber, a ponerlo en vuestro conocimiento.

—¿Quién es el agente? —preguntó el señor Madeleine.

—Yo —respondió Javert.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y quién es el magistrado agraviado por el agente?

—Vos, señor alcalde.

El señor Madeleine se enderezó en su sillón. Javert continuó con gravedad y siempre con los ojos bajos:

—Señor alcalde, vengo a pedirlos que propongáis a la autoridad mi destitución.

El señor Madeleine, estupefacto, abrió la boca. Javert le interrumpió:

—Diréis que yo puedo presentar mi dimisión, pero no es suficiente. Presentar la dimisión es un hecho honroso. He faltado, merezco un castigo y debo ser destituido.

Después de una pausa, añadió:

—Señor alcalde, el otro día fuisteis muy severo conmigo, injustamente. Sedlo hoy justamente.

—Pero ¿por qué? —exclamó el señor Madeleine—. ¿Qué es este galimatías? ¿Qué queréis decir? ¿Dónde hay un acto culpable cometido por vos contra mí? ¿Qué me habéis hecho? ¿Qué falta habéis cometido respecto a mí? Os acusáis, queréis ser reemplazado...

—Destituido —rectificó Javert.

—Destituido, sea. Pero no lo entiendo.

—Vais a comprenderlo, señor alcalde.

Javert suspiró profundamente, y continuó con la misma gravedad y tristeza:

—Señor alcalde, hace seis semanas y a consecuencia de la cuestión que tuvimos por aquella joven, estaba furioso y os denuncié.

—¡Denunciado!

—A la prefectura de policía de París.

El señor Madeleine, que no reía mucho más a menudo que Javert, se echó a reír.

—¿Como alcalde que ha usurpado las atribuciones de la policía?

—Como antiguo presidiario —respondió Javert.

El alcalde se puso lívido.

Javert, que no había levantado los ojos, continuó:

—Así lo creía. Hacía algún tiempo que tenía esa idea. Vuestra semejanza, las indagaciones que habéis practicado en Faverolles, vuestra fuerza, la aventura del viejo Fauchelevent, vuestra pericia en el tiro, vuestra pierna que arrastra un poco... ¿qué sé yo?, ¡estupideces!, pero, en fin, os tomé por un tal Jean Valjean.

—¿Un qué, decís...? ¿Qué nombre?

—Jean Valjean. Un presidiario a quien yo había visto hace veinte años, cuando era ayudante de cómitre en Tolón. Al salir del presidio, este Jean Valjean robó, según parece, a un obispo; luego, cometió otro robo, a mano armada y en despoblado, contra un pobre saboyano. Desde hace ocho años, se ha ocultado no sé cómo, y se le perseguía. Yo me había figurado... En fin, lo he hecho. La cólera me impulsó y os denuncié a la prefectura.

El señor Madeleine, que había vuelto a coger el legajo hacía algunos instantes, continuó, con un acento de perfecta indiferencia:

—¿Y qué os han respondido?

—Que estaba loco.

—¿Y vos qué decís?

—Que tienen razón.

—¡Bueno es que lo reconozcáis!

—No había más remedio, porque el verdadero Jean Valjean ha sido encontrado.

La hoja de papel que sostenía el señor Madeleine se le escapó de las manos, levantó la cabeza y miró fijamente a Javert, diciendo, con un acento inexpresivo:

—¡Ah!

Javert prosiguió:

—Voy a referiros lo que ha pasado, señor alcalde. Parece ser que había, en las cercanías de Ailly-le-Haut-Clocher, un hombre a quien llamaban Champmathieu. Era muy miserable. Nadie le prestaba atención. Nadie sabe cómo vive esta gente. Últimamente, este otoño, Champmathieu fue detenido por el robo de manzanas de

sidra, cometido en... ¡en fin, no importa! El hecho es que hubo robo, con el escalamiento de una pared y rotura de algunas ramas de árbol. Fue detenido cuando tenía aún las ramas del manzano en las manos, y le llevaron a la cárcel. Hasta aquí no había más que un asunto correccional; pero ahora veréis lo que hay de providencial en esto. Puesto que la prisión no estaba en condiciones, el juez dispuso que Champmathieu fuese trasladado a la cárcel departamental de Arras. En esta cárcel había un presidiario llamado Brevet, que estaba preso no sé por qué razón, y que desempeñaba el cargo de guardián del calabozo, porque se portaba bien. Apenas hubo entrado Champmathieu, Brevet exclamó: «¡Caramba! Yo conozco a este hombre: hemos sido compañeros, es un antiguo forzado. Miradme, buen hombre; sois Jean Valjean». «¡Jean Valjean! ¿Qué Jean Valjean?». Champmathieu se hacía el desentendido. «¡No te hagas el tonto! —replicó Brevet—. ¡Tú eres Jean Valjean! ¡Tú has estado en la prisión de Tolón! Hace veinte años. Estábamos juntos». Champmathieu niega; pero ya podéis comprender lo que pasó. Se hacen indagaciones, se escudriña el asunto y, al fin, se descubre que, hace unos treinta años, Champmathieu fue podador en Faverolles y en otros puntos. Allí se pierde su rastro. Más tarde, aparece en Auvernia; luego se le vio en París, donde dice haber sido carretero y haber tenido una hija lavandera, pero esto no está probado; y, por último, vino a esta región. Ahora bien, antes de ir a presidio, por robo consumado, ¿quién era Jean Valjean? Podador. ¿Dónde? En Faverolles. Otro hecho: el nombre de pila de Valjean era Jean, su madre se apellidaba Mathieu. Nada más natural que, al salir del presidio, tratase de tomar el apellido de la madre, para ocultarse, y se hiciese llamar Jean Mathieu. Pasa después a Auvernia. La pronunciación de la región cambia el Jean en Chan, y se le llama Chan Mathieu. Nuestro hombre adopta esta modificación, y he aquí transformado en Champmathieu. Me comprendéis, ¿no es verdad? Se hacen indagaciones en Faverolles. La familia de Jean Valjean ha desaparecido; no se sabe qué ha sido de ella. Ya sabéis que en estas clases de la sociedad hay muchas familias que desaparecen. Por más que se indaga, nada se descubre; esta gente, cuando no son lodo, son polvo. Y, además, como el principio de esta historia se remonta a treinta años atrás, no hay nadie en Faverolles que haya conocido a Jean Valjean. Se piden informes a Tolón, donde sólo quedan, con Brevet, dos presidiarios que hayan conocido a Jean Valjean. Son los condenados a cadena perpetua Cochepaille y Chenildieu. Se les saca del presidio y se les hace comparecer; se les pone delante del supuesto Champmathieu. No dudan. Para ellos, como para Brevet, se trata de Jean Valjean. La misma edad, tiene cincuenta y cuatro años, la misma estatura, el mismo aire, el mismo hombre; en una palabra, es él. Precisamente entonces envié yo mi denuncia a la prefectura de París, y me respondieron que había perdido el juicio, pues Jean Valjean está en Arras en poder de la justicia. ¡Ya comprenderéis si esto me

asombraría, a mí que creía tener aquí mismo a Jean Valjean! Escribí al juez de instrucción; me llamó y me presentó a Champmathieu...

—¿Y qué? —interrumpió el señor Madeleine.

Javert respondió con su rostro incorruptible y triste:

—Señor alcalde, la verdad es la verdad. Lo siento, pero aquel hombre es Jean Valjean. También yo le he reconocido.

El señor Madeleine preguntó, en voz muy baja:

—¿Estáis seguro?

Javert se echó a reír, con esa risa dolorosa que surge de una convicción profunda.

—¡Oh, seguro!

Permaneció pensativo durante un instante, tomando maquinalmente, con los dedos, pequeñas cantidades de polvo de la salvadera de secar tinta que estaba sobre la mesa, y añadió:

—E incluso ahora, después que he visto al verdadero Jean Valjean, no comprendo cómo he podido creer otra cosa. Os pido perdón, señor alcalde.

Al dirigir Javert esta frase suplicante al mismo que hacía seis semanas le había humillado en el cuerpo de guardia y le había dicho «¡Salid de aquí!», Javert, aquel hombre altivo, hablaba con sencillez y dignidad. El señor Madeleine no respondió a su ruego más que con esta brusca pregunta:

—¿Y qué dice ese hombre?

—¡Ah, señor! Mal negocio es ése. Si efectivamente es Jean Valjean, hay reincidencia. Trepar a un muro, romper una rama, robar manzanas, para un niño es una falta; para un hombre es un delito; para un forzado es un crimen. Escalada y robo. El asunto no pertenece ya a la policía correccional, sino a la audiencia; no se penará con unos días de cárcel, sino con cadena perpetua. Y, además, tiene sobre sí el robo del pequeño saboyano, que ya saldrá a la luz. ¡Diablo! Tela hay cortada, ¿verdad? Sí, para otro que no fuera Jean Valjean. Pero Jean Valjean es un ladino. También en esto le he reconocido. Otro sentiría cerca el fuego, se agitaría, gritaría como grita el puchero cerca de la lumbre, no querría ser Jean Valjean, etcétera. Pero él parece que no comprende. Dice: «Yo soy Champmathieu, no salgo de ahí». Está como aturdido, embrutecido. ¡Oh!, el papel que representa es bueno, pero no importa, hay pruebas. Ha sido reconocido por cuatro personas; el viejo bribón será condenado. Está ahora en el tribunal de Arras. Debo ir para prestar testimonio. He sido citado.

El señor Madeleine se había vuelto hacia la mesa, había cogido otra vez el legajo y lo hojeaba tranquilamente, leyendo y escribiendo alternativamente, como hombre muy ocupado. Se volvió hacia Javert.

—Basta, Javert. De hecho, todos estos detalles me interesan muy poco. Estamos perdiendo tiempo y tenemos asuntos urgentes. Vais a ir enseguida a casa de la Buseaupied, que vende hierbas allá abajo, en la esquina de la calle Saint-Saulve. Le

diréis que presente su demanda contra el carretero Pierre Chesnelong. Es un hombre brutal que ha estado a punto de atropellar a esa mujer y a su hijo. Es preciso que sea castigado. Iréis luego a casa del señor Charcellay, en la calle Montre-de-Champigny. Se queja de que hay otra gotera en la casa vecina, que vierte agua de lluvia en la suya y socava los cimientos. Después, os informaréis de las infracciones de policía que me han denunciado en la calle Guibourg, en casa de la viuda Doris, y en la calle de Garraud-Blanc, en casa de la señora Renée Le Bossé, e instruiréis proceso verbal. Pero os doy mucho que hacer. ¿No ibais a ausentaros? ¿No me habíais dicho que ibais a Arras, para ese asunto, dentro de ocho o diez días...?

—Mucho más pronto, señor alcalde.

—¿Cuándo, pues?

—Creo haberos dicho que mañana se vería esta causa, y que parto en la diligencia de esta noche.

El señor Madeleine hizo un movimiento imperceptible.

—¿Y cuánto tiempo durará ese asunto?

—Un día, todo lo más. La sentencia se pronunciará, a más tardar, mañana por la noche. Pero yo no esperaré la sentencia. Una vez que haya declarado, volveré aquí.

—Está bien —dijo el señor Madeleine.

Y despidió a Javert con un movimiento de la mano.

Javert no se movió.

—Perdón, señor alcalde.

—¿Qué queréis?

—Señor alcalde, tengo aún que recordaros una cosa.

—¿Cuál?

—Que debo ser destituido.

El señor Madeleine se levantó.

—Javert, vos sois un hombre de honor y yo os estimo. Exageráis vuestra falta. Por otra parte, ésta es una ofensa que me concierne a mí solo. Javert, sois digno de ascender, no de descender. Os aconsejo que conservéis vuestro cargo.

Javert contempló al señor Madeleine con su cándida mirada, a través de la cual parecía descubrirse su conciencia poco iluminada, pero rígida y casta, y dijo con voz tranquila:

—Señor alcalde, no puedo acceder.

—Os repito que este asunto me concierne —replicó el señor Madeleine.

Pero Javert, atento a su propósito, continuó:

—En cuanto a exagerar, no exagero. Oíd cómo yo razono. He sospechado de vos injustamente. En esto no hay nada de particular. Nuestro deber es, precisamente, sospechar, aunque haya abuso en la sospecha, respecto de un superior. Pero, sin pruebas, en un acceso de cólera, con el único objeto de vengarme, os he denunciado

como un forzado a vos, un hombre respetable, un alcalde, un magistrado. Esto sí es grave. Muy grave. He ofendido a la autoridad en vuestra persona, ¡yo, agente de la autoridad! Si uno de mis subordinados hubiera hecho lo que yo he hecho, le habría declarado indigno del servicio y le habría expulsado. Pues bien, esperad un poco, señor alcalde, he sido severo muchas veces en mi vida. Con los demás. Era justo. Hacía bien. Si ahora no fuese severo conmigo, todo lo justo que he hecho se convertiría en injusto. ¿Debo yo ser distinto de los demás? No. ¿Por qué he de ser bueno para castigar a otros y no para castigarme a mí mismo? Sería un miserable, y los que me llaman el bribón de Javert tendrían razón. Señor alcalde, yo no deseo que me tratéis con bondad; vuestra bondad me ha hecho pasar muy malos ratos, cuando se dirigía a los otros; no la quería para mí. La bondad que consiste en dar razón a la mujer pública contra el ciudadano, al agente de policía contra el alcalde, al inferior contra el superior, es lo que yo llamo mala bondad. Con esta bondad, la sociedad se desorganiza. ¡Dios mío! ¡Cuán fácil es ser bueno; pero cuán difícil es ser justo! Si hubierais sido lo que creía, no habría sido bueno para vos. Ya lo hubierais visto. Señor alcalde, debo tratarme como yo trato a otro cualquiera. Cuando reprimía a los malhechores, cuando castigaba a los miserables, me decía a mí mismo: si tropiezas, si alguna vez caes en falta, no habrá compasión para ti. He tropezado, he caído en falta, ¡tanto peor! Vamos, estoy perdido, despedido, expulsado. Está bien, tengo brazos y trabajaré la tierra, poco me importa. Señor alcalde, la conveniencia del servicio exige un ejemplo. Pido, simplemente, la destitución del inspector Javert.

Estas razones fueron pronunciadas con un acento humilde, firme, desesperado, de convicción, que daba cierta grandeza a aquel hombre extraño.

—Ya veremos —dijo el señor Madeleine.

Y le tendió la mano.

Javert retrocedió y dijo, en tono resuelto:

—Perdón, señor alcalde, pero esto no debe hacerse. Un alcalde no tiende la mano a un espía.

Y añadió entre dientes:

—Espía, sí; desde el momento en que he abusado de la policía, no soy más que un espía.

Luego, saludó profundamente y se dirigió hacia la puerta.

Allí se volvió y, con la vista siempre baja, dijo:

—Señor alcalde, continuaré en mi cargo hasta que sea reemplazado.

Salió. El señor Madeleine quedó pensativo, escuchando aquellos pasos firmes y seguros que se alejaban por el corredor.

LIBRO SÉPTIMO

La causa de Champmathieu

Los incidentes que van a leerse no fueron todos conocidos en Montreuil-sur-Mer, pero lo poco que salió a la luz ha dejado en la población tan hondos recuerdos que quedaría una gran laguna en este libro si no los refiriésemos en sus menores detalles.

En estos pormenores, el lector encontrará dos o tres circunstancias inverosímiles, que conservamos por respeto a la verdad.

En la tarde que siguió a la visita de Javert, el señor Madeleine fue a ver a Fantine, como de costumbre.

Antes de entrar a verla, hizo llamar a la hermana Simplicie. Las dos religiosas que se ocupaban de la enfermería, lazaristas como todas las hermanas de la caridad, eran sor Perpétue y sor Simplicie.

Sor Perpétue era una beata de aldea, una tosca hermana de la caridad que había entrado en la casa de Dios como se entra en cualquier empleo. Era religiosa como hubiera podido ser cocinera. Este tipo no es nada raro. Las órdenes monásticas aceptan de buen grado este tosco barro provinciano, que se modela fácilmente, tomando la forma de capuchina o de ursulina. Esta rusticidad se utiliza en las necesidades materiales de la devoción. La transformación de un boyero en un carmelita no es nada sorprendente; se pasa de una profesión a otra sin trabajo; el fondo común de ignorancia de la aldea y del claustro es una preparación adecuada, y pone a un mismo nivel al campesino y al fraile. Un poco más de amplitud al capote de monte, y resulta ya un hábito. Sor Perpétue era una robusta religiosa, de Marines, cerca de Pontoise, que hablaba en dialecto, salmodiaba, refunfuñaba, azucaraba la tisana más o menos, según era mayor o menor la devoción o la hipocresía de los enfermos; los trataba bruscamente, gruñía a los moribundos, dándoles casi con el Cristo en la cara, y atormentaba a los agonizantes con oraciones iracundas; una beata, en fin, atrevida, honrada, rubicunda.

Sor Simplicie era blanca, de una blancura de cera. Al lado de sor Perpétue, era la vela de cera al lado de la vela de sebo. Vicente de Paúl ha descrito divinamente la

figura de la hermana de la caridad, con estas admirables palabras, donde mezcla tanta libertad con tanta esclavitud: «No tendrán por monasterio más que la casa del enfermo; por celda, un cuarto alquilado; por capilla, la iglesia de su parroquia; por claustro, las calles de la ciudad o las salas de los hospitales; por reclusión, la obediencia; por celosías y rejas, el temor de Dios; por velo, la modestia». Sor Simplicie era la realización viva de este ideal. Nadie hubiera podido decir la edad de sor Simplicie; no había sido nunca joven y parecía que nunca sería vieja. Era una persona — no nos atrevemos a decir una mujer— tranquila, austera, bien educada, fría, y que nunca había mentido. Era tan dulce que parecía frágil; y por otra parte era más sólida que el granito. Tocaba a los desgraciados con sus dedos delgados y perfectos. Había, por decirlo así, algo silencioso en su voz, hablaba solamente lo necesario y tenía un sonido de voz que podría edificar en un confesionario y encantar en un salón. Esta delicadeza se encerraba en un sayal de estameña, encontrando en este rudo contacto un recuerdo continuo de Dios y del cielo. Insistamos sobre un detalle. Jamás había mentido, no había dicho nunca, por interés alguno ni aun indiferentemente, una cosa que no fuese verdad, la santa verdad; éste era el rasgo que definía a sor Simplicie, el sello especial de su virtud. Era casi célebre en la congregación por esta veracidad imperturbable. El abad Sicard habla de sor Simplicie en una carta al sordomudo Massieu. Por más sinceros, leales y puros que seamos, tenemos todos sobre nuestro candor la mancha de alguna pequeña mentira inocente. Ella no la tenía. ¿Pequeña mentira? ¿Mentira inocente? ¿Existe acaso? Mentir es lo absoluto del mal. Mentir poco no es posible; el que miente, miente en toda la extensión de la mentira; mentir es el rostro mismo del demonio; Satán tiene dos nombres, se llama Satán y se llama Mentira. Esto es lo que ella pensaba. Y tal como pensaba, obraba. De ello resultaba la blancura de que hemos hablado, blancura que cubría con su irradiación incluso sus labios y sus ojos. Su sonrisa era blanca, su mirada era blanca. No había ni una tela de araña, ni una mota de polvo en el cristal de esta conciencia. Al entrar en la obediencia de San Vicente de Paúl, había tomado el nombre de Simplicie por propia elección. Simplicie de Sicilia, como es sabido, fue aquella santa nacida en Siracusa que prefirió dejarse cortar los dos senos antes que decir que había nacido en Segesta, mentira que la hubiera salvado. Aquel modelo correspondía a esta alma.

Sor Simplicie, al entrar en la orden, tenía dos defectos, de los cuales se había corregido poco a poco; era golosa y le gustaba recibir cartas. No leía nunca más que un libro de oraciones, en gruesos caracteres y en latín. No comprendía el latín, pero comprendía el libro.

La piadosa mujer le había tomado cariño a Fantine, descubriendo en ella una virtud latente, y se había dedicado casi exclusivamente a cuidarla.

El señor Madeleine habló a solas con sor Simplicie y le recomendó a Fantine, con un acento singular del cual la hermana se acordó después.

Luego, Madeleine se acercó a Fantine.

Fantine esperaba cada día la aparición del señor Madeleine como se espera un rayo de calor y de alegría. Decía a las hermanas:

—No vivo sino cuando el señor alcalde está aquí.

Aquel día tenía mucha fiebre. Tan pronto como vio al señor Madeleine, le preguntó:

—¿Y Cosette?

Él respondió, sonriendo:

—Pronto.

El señor Madeleine estuvo con Fantine como de costumbre. Pero permaneció una hora, en lugar de media hora, con gran placer de Fantine. Hizo mil súplicas a todo el mundo, para que nada faltase a la enferma, y pudo notarse que hubo un momento en que su rostro se ensombreció. Pero aquello se explicó cuando se supo que el médico se había inclinado y le había dicho al oído: «Empeora».

Luego, regresó a la alcaldía, y el escribiente le vio examinar con atención un mapa de carreteras de Francia, que estaba colgado en su gabinete. Escribió algunas cifras a lápiz en un papel.

Desde su oficina, fue al extremo de la población, a casa de un flamenco, maese Scaufflaër, o Scaufflaire, como lo escribían en francés, el cual alquilaba caballos y «carruajes a voluntad».

Para ir a la casa de Scaufflaire, el camino más corto era una calle poco frecuentada, en la cual estaba la rectoría de la parroquia donde habitaba Madeleine. El párroco era, según se decía, un hombre digno y respetable, y de buen consejo. En el momento en que el señor Madeleine llegó frente a la rectoría, no había en la calle más que un transeúnte, y éste observó lo siguiente: el señor Madeleine, después de haber pasado por la casa del párroco, se detuvo, permaneció inmóvil; seguidamente, volvió sobre sus pasos, hasta la puerta de la rectoría, que era una puerta tosca con un aldabón de hierro. Puso vivamente la mano en el aldabón y lo levantó; luego, se detuvo nuevamente y permaneció quieto y como pensativo; tras algunos segundos, en lugar de dejar caer el aldabón con fuerza, lo bajó suavemente y volvió a emprender la marcha, con una precipitación que no llevaba antes.

El señor Madeleine encontró a maese Scaufflaire en su casa, ocupado en arreglar un arnés.

—Maese Scaufflaire —le preguntó—, ¿tenéis un buen caballo?

—Señor alcalde —respondió el flamenco—, todos mis caballos son buenos. ¿Qué entendéis vos por un buen caballo?

—Quiero decir un caballo que pueda hacer veinte leguas en un día.

—¡Diablo! —exclamó el flamenco—. ¡Veinte leguas!

—Sí.

—¿Con un cabriolé?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo ha de descansar, después del viaje?

—Es preciso que vuelva a partir al día siguiente.

—¿Para hacer el mismo trayecto?

—Sí.

—¡Diablo! ¡Diablo! ¿Veinte leguas?

El señor Madeleine sacó de su bolsillo el papel en el cual había anotado unas cifras. Las mostró al flamenco. Eran las cifras 5, 6, 8 ½.

—¿Veis? —dijo—. Total, diecinueve leguas y media, o sea, veinte leguas.

—Señor alcalde —continuó el flamenco—, puedo complacerlos. Mi pequeño caballo blanco, que debéis haber visto pasar alguna vez, es un caballito del bajo Boloñés. Es un rayo; quisieron hacerle caballo de silla. ¡Bah! Saltaba y tiraba a todo el mundo al suelo. Creíase que era mañoso, y no se sabía qué hacer por él. Yo lo compré. Y le puse un cabriolé. Precisamente era esto lo que él quería; es dócil como una muchachita, y corre como el viento. Sería imposible montarlo, porque no quiere ser caballo de silla. Cada cual tiene sus ambiciones. Tirar, sí; llevar un jinete, no; esto es lo que, al parecer, piensa este caballo.

—¿Y hará el viaje?

—Correrá las veinte leguas. Siempre al trote largo y en menos de ocho horas. Pero con ciertas condiciones.

—Decidlas.

—En primer lugar, le daréis un descanso de una hora a mitad de camino; le daréis de comer y habrá alguien presente mientras come, para impedir que el mozo de la posada le robe la avena, pues he observado que, en las posadas, la avena suele ser con más frecuencia bebida por los mozos de cuadra que comida por los caballos.

—Lo haré.

—En segundo lugar... ¿Es para el señor alcalde, el cabriolé?

—Sí.

—¿Y sabéis conducir?

—Sí.

—Pues bien, iréis solo y sin equipaje, con el fin de no cargar al caballo.

—Convenido.

—Pero, no yendo nadie con vos, tendréis que cuidar de que no le quiten la avena.

—Aprobado.

—Me daréis treinta francos por día, y pagaréis los días de descanso. Ni un ochavo de menos, corriendo de vuestra cuenta el pienso del caballo.

El señor Madeleine sacó tres napoleones de su bolsa y los puso sobre la mesa.

—Aquí tenéis dos días adelantados.

—En cuarto lugar, para este viaje sería muy pesado un cabriolé y cansaría demasiado al caballo. Es preciso que os avengáis a ir en mi tálburi.

—Consiento.

—Es ligero, pero es descubierto.

—Me es igual.

—Señor alcalde, ¿habéis reflexionado que estamos en invierno?

El señor Madeleine no respondió. El flamenco continuó:

—¿Y que hace mucho frío?

El señor Madeleine guardó silencio.

Maese Scaufflaire continuó diciendo:

—¿Y que puede llover?

El señor Madeleine levantó la cabeza y dijo:

—El tílburí y el caballo estarán mañana delante de mi puerta, a las cuatro y media de la madrugada.

—Está bien, señor alcalde —dijo Scaufflaire; luego, rascando con la uña del dedo pulgar una mancha que había en la mesa, dijo, con ese aire de indiferencia que los flamencos saben mezclar tan bien con su finura—: Pero ¡ahora que se me ocurre! No me habéis dicho adónde vais. ¿Adónde se dirige el señor alcalde?

No pensaba en otra cosa desde el principio de la conversación; pero, sin saber por qué, no se había atrevido a hacer esta pregunta.

—¿Tiene vuestro caballo buenas patas delanteras? —preguntó el señor Madeleine.

—Sí, señor alcalde. Es menester contenerlo un poco en las pendientes. ¿Hay muchas pendientes desde aquí hasta donde os dirigís?

—No olvidéis que ha de estar en mi casa a las cuatro y media en punto —respondió el señor Madeleine; y salió.

El flamenco se quedó inmóvil, «atarugado», según dijo después él mismo.

El señor alcalde había salido hacía dos o tres minutos cuando la puerta se abrió; era de nuevo el señor alcalde.

Tenía el mismo aire impasible y grave.

—Señor Scaufflaire —dijo—, ¿cuánto creéis que valen el caballo y el tílburí que me alquilaréis, uno llevando al otro?

—El tílburí y el caballo que ha de tirar de él, diréis —respondió el flamenco, riendo.

—Bien. Lo mismo da.

—¿Queréis comprarlos?

—No, pero quiero dejar una garantía. A mi vuelta me devolveréis la suma. ¿En cuánto estimáis el tílburí y el caballo?

—En quinientos francos, señor alcalde.

—Aquí los tenéis.

El señor Madeleine dejó un billete de banco sobre la mesa; luego salió y, esta vez, no volvió a entrar.

Maese Scaufflaire sintió entonces no haber dicho mil francos. El caballo y el tílburí, juntos, valían cien escudos.

El flamenco llamó a su mujer, y le explicó lo que había pasado. ¿Adónde diablos podía ir el señor alcalde? Celebraron consejo.

—Va a París —dijo la mujer.

—No lo creo —dijo el marido.

El señor alcalde había dejado sobre la chimenea el papel en donde había trazado algunas cifras. El flamenco lo cogió y lo estudió.

—Cinco, seis, ocho y medio, éstos deben ser los relevos de posta. —Se volvió hacia su mujer—: Ya lo tengo.

—¿Cómo?

—Hay cinco leguas de aquí a Hesdin, seis de Hesdin a Saint-Pol, ocho y media de Saint-Pol a Arras. Va a Arras.

Mientras tanto, Madeleine había regresado a su casa, siguiendo el camino más largo, como si la puerta de la rectoría hubiera sido una tentación para él y hubiera querido evitarla. Había subido a su habitación y se había encerrado allí, lo que no tenía nada de extraño, porque solía acostarse muy temprano. No obstante, la portera de la fábrica, que era al mismo tiempo la única sirvienta del señor Madeleine, observó que su luz se apagó a las ocho y media y se lo dijo al cajero cuando entró, añadiendo:

—¿Está enfermo el señor alcalde? He notado en él algo extraño.

El cajero vivía precisamente en una habitación situada debajo de la del señor Madeleine. No hizo caso alguno de las palabras de la portera, se acostó y se durmió. Hacia medianoche, se despertó bruscamente; había oído un ruido por encima de su cabeza. Escuchó. Eran unos pasos que iban y venían, como si alguien anduviera en la habitación de encima. Escuchó más atentamente y reconoció los pasos del señor Madeleine. Aquello le pareció extraño; habitualmente, no se oía ruido alguno en la habitación del señor Madeleine antes de la hora en que acostumbraba a levantarse. Un momento más tarde, el cajero oyó un ruido como el que se hace al abrir y cerrar un armario. Luego, arrastraron un mueble, hubo un silencio, y después se reanudaron los pasos.

El cajero se sentó en la cama, despertó completamente, miró y, a través de los vidrios de su ventana, vio la pared de enfrente, iluminada por el reflejo rojizo de una luz encendida. Por la dirección de los rayos, no podía ser otra que la ventana del señor Madeleine. La reverberación temblaba, como si proviniese más bien de una llama que de una luz. La sombra del bastidor de las vidrieras no se dibujaba, lo que indicaba que la ventana estaba abierta de par en par. A causa del frío que hacía, resultaba sorprendente que aquella ventana estuviese abierta.

El cajero volvió a dormirse. Una hora o dos más tarde, se despertó de nuevo. El mismo paso, lento y regular, iba y venía por encima de su cabeza.

La reverberación seguía iluminando la pared, pero ahora era pálida y quieta, como el reflejo de una lámpara o de una vela. La ventana seguía abierta.

Veamos ahora lo que sucedía en la habitación del señor Madeleine.

III

Una tempestad bajo un cráneo

El lector habrá adivinado, sin duda, que el señor Madeleine no es otro que Jean Valjean.

Hemos sondeado ya las profundidades de aquella conciencia; ha llegado el momento de sondearlas de nuevo. No lo haremos sin emoción y sin sentir escalofríos. No existe nada más terrible que esta especie de contemplación. El ojo del espíritu no puede encontrar, en ninguna parte, más resplandores ni más tinieblas que en el hombre; no puede fijarse en nada que sea más temible, más complicado, más misterioso y más infinito. Hay un espectáculo más grande que el mar, es el cielo; hay un espectáculo más grande que el cielo, es el interior del alma.

Escribir el poema de la conciencia humana, aunque no fuese más que a propósito de un solo hombre, aunque no fuese más que a propósito del más insignificante de los hombres, sería fundir todas las epopeyas en una epopeya mayor y definitiva. La conciencia es el caos de las quimeras, de las ambiciones, de las tentaciones, el horno de los delirios, el antro de las ideas vergonzosas; es el pandemónium de los sofismas, es el campo de batalla de las pasiones. En ciertos momentos, si se penetra a través de la faz lívida de un ser humano que reflexiona, si se mira detrás de aquella faz, dentro de aquella alma, dentro de aquella oscuridad, se ven allí, bajo el silencio exterior, combates de gigantes como en Homero, peleas de dragones y de hidras y nubes de fantasmas como en Milton, espirales visionarias como en Dante. ¡No hay nada más sombrío que este infinito que el hombre lleva dentro de sí, y con el cual trata desesperadamente de regular las voluntades de su cerebro y las acciones de su vida!

Alighieri encontró un día una puerta siniestra, ante la cual vaciló. Nosotros estamos ahora también en el umbral de una puerta ante la cual vacilamos. Entremos, sin embargo.

Poco tenemos que añadir a lo que el lector ya conoce de lo que le sucedió a Jean Valjean después de la aventura con el pequeño Gervais. A partir de aquel momento

fue otro hombre, como ya hemos visto. El deseo del obispo se vio realizado en él. Fue más que una transformación, fue una transfiguración.

Consiguió desaparecer, vendió la plata del obispo, quedándose únicamente con los candelabros, como recuerdo; se escurrió de pueblo en pueblo, atravesó Francia, llegó a Montreuil-sur-Mer, tuvo la idea que hemos explicado, realizó lo que hemos referido, consiguió hacerse desconocido e inaccesible, y desde entonces, establecido ya en Montreuil-sur-Mer, contento al sentir su conciencia pesados por lo pasado y por ver desmentida la primera mitad de su existencia por la segunda, vivió apacible, confiado, esperanzado, no teniendo más que dos ideas: ocultar su nombre y santificar su vida; escapar a los hombres y volver a Dios.

Estos dos pensamientos estaban tan estrechamente mezclados en su espíritu que no formaban más que uno solo; eran ambos igualmente absorbentes e imperiosos, y dominaban sus más pequeñas acciones. De ordinario, estaban los dos de acuerdo para regir la conducta de su vida; los dos le arrastraban hacia la oscuridad; los dos le hacían benévolo y sencillo; los dos le aconsejaban las mismas cosas. Pero, algunas veces disentían. En tales casos, lo recordamos, el hombre a quien toda la región de Montreuil-sur-Mer llamaba señor Madeleine no dudaba en sacrificar la primera a la segunda, su seguridad a su virtud. Así, a despecho de toda reserva y de toda prudencia, había guardado los candelabros del obispo, había llevado luto por su muerte, había llamado e interrogaba a todos los saboyanos que pasaban, se había informado sobre las familias de Faverolles y había salvado la vida al viejo Fauchelevent, a pesar de las inquietantes insinuaciones de Javert. Parecía, ya lo hemos observado, que pensara, siguiendo el ejemplo de todos aquellos que han sido prudentes, santos y justos, que su primer deber no era para consigo mismo.

Sin embargo, es preciso decirlo, hasta entonces no había pasado nada semejante a lo que le estaba sucediendo. Jamás las dos ideas que gobernaban al desdichado hombre, cuyos sufrimientos vamos relatando, se habían enzarzado en una lucha tan seria. Lo comprendió confusa pero profundamente desde las primeras palabras que pronunció Javert al entrar en su despacho. En el momento en que oyó pronunciar aquel nombre que había sepultado bajo tan espesos velos, quedó sobrecogido de estupor, y como trastornado ante tan siniestro e inesperado golpe de su destino, y a través de ese estupor tuvo el estremecimiento que precede a las grandes sacudidas; se dobló como una encina cuando se aproxima una tempestad, como un soldado cuando se acerca el asalto. Sintió caer, sobre su cabeza, sombras llenas de rayos y de truenos. Mientras escuchaba a Javert, su primer pensamiento fue ir a Arras, denunciarse a sí mismo, sacar a Champmathieu de la cárcel y reemplazarle; esta idea fue para él tan dolorosa y punzante como una incisión en la carne viva; luego pasó, y se dijo: «¡Veamos, veamos!». Reprimió ese primer impulso de generosidad y retrocedió ante el heroísmo.

Sin duda hubiera sido muy hermoso que, después de las santas palabras del obispo, después de tantos años de arrepentimiento y de abnegación, en medio de una penitencia tan admirablemente empezada, aquel hombre, en presencia de una crisis tan terrible, no hubiera vacilado un instante, y hubiera continuado andando, con el mismo paso, hacia aquel precipicio abierto, en el fondo del cual estaba el cielo; aquello hubiera sido hermoso, pero no fue así. Es preciso que demos cuenta exacta de lo que pasaba en aquella alma, y no podemos decir más que lo que en ella había. En el primer momento, fue el instinto de conservación lo que le dominó; recogió apresuradamente sus ideas, ahogó sus emociones, consideró la presencia de Javert, conociendo la magnitud del peligro; difirió toda resolución con la firmeza del espanto, meditó sobre lo que debía hacer y recobró su calma, como un luchador recoge su broquel.

El resto del día lo pasó en este estado, alimentando un torbellino por dentro y aparentando una tranquilidad profunda en el exterior; no hizo más que tomar lo que podemos llamar «medidas de conservación». Todo estaba aún confuso y chocaba en su cerebro; la turbación era tal que no veía claramente la forma de ninguna idea; no hubiera podido decir nada de sí mismo, sino que acababa de recibir un gran golpe. Como de costumbre, se acercó al lecho de dolor de Fantine y prolongó su visita, por un instinto de bondad, diciéndose que era preciso obrar así y recomendarla a las hermanas, por si llegaba el caso de tener que ausentarse. Sintió vagamente que iba a ser preciso, quizás, ir a Arras; y, sin estar decidido en manera alguna a hacer este viaje, se dijo que, estando como estaba al abrigo de toda sospecha, no habría inconveniente en ser testigo de lo que pasase; y mandó preparar el tílburí de Scaufflaire, con el fin de estar preparado para cualquier contingencia.

Cenó con bastante apetito.

Volvió a su cuarto, y se recogió.

Examinó la situación y la creyó inaudita; tan inaudita que, en medio de su meditación, por no sé qué impulso de ansiedad casi inexplicable, se levantó de su silla y cerró la puerta con cerrojo. Temía que entrase alguna cosa; se parapetaba contra todo lo posible.

Un momento después, sopló la luz. Le molestaba.

Le parecía que podían verle.

¿Quién?

¡Ay! Lo que él quería que no entrase, había entrado ya; lo que él quería cegar, le miraba. Su conciencia.

Su conciencia, es decir, Dios.

Sin embargo, en el primer momento, se hizo una ilusión; tuvo una sensación de seguridad y soledad; con el cerrojo echado, se creyó inaccesible; con la vela apagada,

se creyó invisible. Entonces, tomó posesión de sí mismo; apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos, y meditó en la oscuridad.

«¿Dónde estoy? ¿Estaré soñando? ¿Qué me han dicho? ¿Es verdad que he visto a ese Javert y que me ha hablado así? ¿Quién puede ser este Champmathieu? ¿Así, pues, se parece a mí? ¿Es posible? ¿Cuando pienso que ayer estaba yo tan tranquilo y tan lejos de dudar de nada! ¿Qué hacía yo ayer, a estas horas? ¿Qué hay en este incidente? ¿Cuál será su desenlace? ¿Qué haré?».

Éste era el tormento en que se hallaba. Su cerebro había perdido la fuerza de retener sus ideas, pasaban como olas, y se oprimía la frente con ambas manos para retenerlas.

De aquel tumulto que trastornaba su voluntad y su razón, y del cual trataba de obtener una evidencia y una resolución, nada se desprendía más que angustia.

Su cabeza ardía. Fue a la ventana y la abrió de par en par. No había estrellas en el cielo. Volvió a sentarse junto a la mesa.

Así transcurrió la primera hora.

Poco a poco, no obstante, vagas líneas empezaban a formarse en su mente y pudo entrever, con la precisión de la realidad, no el conjunto de la situación, pero sí algunos detalles.

Empezó por reconocer que, por extraordinaria y crítica que fuera aquella situación, era dueño absoluto de ella.

Con esto, lejos de disminuir su estupor, aumentó.

Independientemente de la finalidad severa y religiosa que se proponía en sus acciones, todo lo que había hecho hasta entonces no era otra cosa más que un agujero, que él cavaba para enterrar allí su nombre. Lo que siempre había mayormente temido, en sus horas de recogimiento, en sus noches de insomnio, era oír pronunciar aquel nombre; decíase que aquello sería el fin de todo; que el día en que ese nombre reapareciera, se desvanecería su nueva vida, y quién sabe si también su nueva alma. Se estremecía ante la sola idea de que aquello fuese posible. Ciertamente, si alguien le hubiera dicho en aquellos momentos que llegaría un día en que resonaría ese nombre en sus oídos, que aquellas odiosas palabras, Jean Valjean, saldrían repentinamente de las tinieblas y se erguirían ante él, que aquella luz formidable, encendida para disipar el misterio que le rodeaba, resplandecería súbitamente sobre su cabeza; y que, sin embargo, ese nombre no le amenazaría, semejante luz no produciría sino una oscuridad más espesa, ese velo roto aumentaría el misterio; aquel temblor de tierra consolidaría su edificio, ese prodigioso incidente no tendría otro resultado, si él lo quería así, que hacer su existencia a la vez más clara y más impenetrable, y de su confrontación con el fantasma de Jean Valjean, el bueno y digno ciudadano señor Madeleine saldría más honrado, más apacible y más respetado que nunca; si alguien le hubiera dicho esto, habría movido la cabeza y considerado aquellas palabras como

insensatas. ¡Pues bien!, precisamente todo aquello acababa de suceder; todo este cúmulo de imposibles era un hecho, y Dios había permitido que estos absurdos se convirtieran en realidades.

Su meditación iba aclarándose. Cada vez iba dándose cuenta de su posición.

Le parecía que acababa de despertarse de no sé qué sueño, y que iba resbalando por una pendiente en medio de la noche, en pie, tembloroso, retrocediendo en vano ante la orilla de un abismo. Entreveía distintamente en la sombra a un desconocido, un extraño que el destino tomaba por él y empujaba hacia el precipicio, en lugar suyo. Era preciso, para que el abismo se cerrase, que alguien cayese allí, él o el otro.

No tenía más que ir dejando que los acontecimientos se sucediesen.

La claridad llegó a ser completa, y se confesó que su lugar estaba vacío en las galeras y le esperaba todavía; que el robo al pequeño Gervais le arrastraba, que ese lugar vacío le esperaba y le arrastraría inevitable pero fatalmente hasta que lo ocupase. Luego se dijo que en aquel momento había alguien que le reemplazaba; que parecía que un tal Champmathieu tenía aquella mala suerte, y que él, presente desde entonces en la cárcel, en la persona de Champmathieu, y presente en la sociedad, bajo el nombre del señor Madeleine, no tenía ya nada que temer, con tal de que no impidiese a los hombres sellar sobre la cabeza de Champmathieu esa piedra de infamia que, como la piedra del sepulcro, cae una vez para no volverse a levantar.

Todo aquello resultaba tan violento y tan extraño que se verificó repentinamente en él una especie de movimiento indescriptible que ningún hombre experimenta más allá de dos o tres veces en su vida, especie de convulsión de la conciencia que remueve todo lo que de dudoso tiene el corazón, que se compone de ironía, de alegría y de desesperación, y que podría llamarse una explosión de «risa interior».

Bruscamente, encendió la vela.

«¡Y bien, qué! —se dijo—. ¿De qué tengo miedo? ¿Qué debo pensar de esto? Estoy salvado. Todo ha concluido. No tenía más que una puerta entreabierta, por la cual mi pasado podía irrumpir en mi vida; ¡ahora esta puerta está tapiada! ¡Para siempre! Ese Javert, que me acosa desde hace tanto tiempo, ese terrible instinto que parecía haberme descubierto, que me había descubierto, ¡pardiez!, y que me seguía a todas partes, ese terrible perro de presa, siempre al acecho, quedó definitivamente despistado. Está ya satisfecho y, en adelante, me dejará en paz, ¡ya tiene a su Jean Valjean! ¡Quién sabe si no piensa abandonar la ciudad! ¡Y todo ha sucedido sin intervención mía! ¡Yo no he figurado en ello para nada! ¡Bah! ¿Es por ventura, éste, algún suceso desgraciado? Quienes ahora me viesan, ¡palabra de honor!, ¡creerían que me ha sucedido una catástrofe! Después de todo, si resulta algún daño para alguien, no es por culpa mía. Es la Providencia quien lo ha hecho. ¡Es esto lo que quiere que suceda, al menos aparentemente! ¿Tengo yo derecho a desarreglar lo que ella arregla? ¿Qué quiero yo ahora? ¿En qué voy a mezclarme? Esto no me concierne.

¡Cómo! ¡Y no estoy contento! ¿Qué preciso, entonces? El fin al que aspiro desde hace tantos años, el sueño de mis noches, el objeto de mis oraciones, la seguridad, ¡ya lo he alcanzado! Dios lo quiere. No puedo hacer nada contra la voluntad de Dios. ¿Y por qué lo quiere Dios? ¡Para que yo continúe con lo que he empezado, para que practique el bien, para que un día sea un grande y alentador ejemplo, para que haya, en fin, un poco de felicidad en esta penitencia que he sufrido, en esta virtud a la cual he vuelto! Realmente, no comprendo por qué he tenido miedo, hace poco, de entrar en casa de ese buen cura, contárselo todo como a un confesor y pedirle consejo, cuando, evidentemente, es esto lo que me hubiera dicho. ¡Está decidido, dejemos correr los acontecimientos! ¡Dejemos obrar al buen Dios!».

De este modo se hablaba, en las profundidades de su conciencia, inclinado sobre lo que podría llamarse su propio abismo. Se levantó de su silla y se puso a andar por la habitación.

«Vamos —se dijo—, no pensemos más en ello. ¡Ya he tomado una resolución!», mas no sintió alegría alguna.

Por el contrario.

Querer prohibir a la imaginación que vuelva sobre una idea es lo mismo que querer impedir al mar que vuelva a la playa. Para el marinero, este fenómeno se llama marea; para el culpable, se llama remordimiento. Dios agita las almas lo mismo que el océano.

Al cabo de unos instantes, por más que hizo para evitarlo, reemprendió aquel sombrío diálogo, en el cual era él quien hablaba y él quien escuchaba, diciendo lo que hubiera querido callar y oyendo lo que no hubiera querido oír, cediendo al misterioso poder que le decía: ¡piensa!, igual que le decía hace dos mil años a otro condenado: ¡anda!

Antes de ir más lejos, y para que seamos plenamente comprendidos, insistamos sobre una observación necesaria.

Es cierto que el hombre se habla a sí mismo; no hay ningún ser pensante que no lo haya experimentado. Puede decirse, incluso, que el Verbo no alcanza a ser tan magnífico misterio más que cuando, en el interior del hombre, va del pensamiento a la conciencia y vuelve de la conciencia al pensamiento. Únicamente en este sentido es preciso entender las palabras empleadas a menudo en este capítulo, «dijo», «exclamó». Se dice, se habla, se exclama en la interioridad, sin que sea roto el silencio exterior. Hay un gran tumulto; todo habla en nosotros, excepto la boca. Las realidades del alma, no por no ser visibles ni palpables, son menos realidades.

Se preguntó, pues, dónde se hallaba. Se interrogó sobre la «resolución tomada». Se confesó a sí mismo que todo lo que acababa de arreglar en su espíritu era monstruoso, que «dejar correr los acontecimientos», «dejar obrar al buen Dios», era sencillamente horrible. Dejar consumarse aquel error del destino y de los hombres, no impedirlo, ayudarlo con el silencio, ¡no hacer nada, en fin, era hacerlo todo! ¡Era el

último grado de la indignidad hipócrita! ¡Era un crimen bajo, miserable, solapado, abyecto, vil!

Por primera vez en ocho años, el desdichado acababa de sentir el sabor de un mal pensamiento y de una mala acción.

Lo expulsó con repugnancia.

Continuó preguntándose. Se preguntó severamente qué era lo que había entendido al decirse: «He alcanzado mi objetivo». Reconoció que su vida había tenido un objeto. ¿Pero cuál? ¿Esconder su nombre? ¿Engañar a la policía? ¿Para algo tan pequeño había hecho todo cuanto había hecho? ¿Es que no tenía otra finalidad, grande, la verdadera? Salvar, no su persona, sino su alma. Volver a ser honesto y bueno. ¡Ser un justo! ¿Es que no era esto, sobre todo, esto únicamente lo que él había querido siempre y lo que el obispo le había ordenado? ¿Cerrar la puerta a su pasado? Pero no la cerraba. ¡Gran Dios!, la volvía a abrir con una acción infame. ¡Volvía a ser un ladrón y el más odioso de los ladrones! ¡Robaba a otro su existencia, su paz, su lugar al sol! ¡Se convertía en un asesino! ¡Mataba, mataba moralmente a un pobre miserable, le infligía esa terrible muerte viviente, esa muerte a cielo abierto que se llama prisión! ¡Por el contrario, entregarse, salvar a ese hombre víctima de tan funesto error, recobrar su nombre, volver a ser por obligación el presidiario Jean Valjean, era verdaderamente acabar su resurrección y cerrar para siempre el infierno del cual salía! ¡Y recaer en apariencia, era salir de él, en realidad! ¡Era preciso hacerlo! ¡Nada habría hecho si así no lo hacía! Toda su vida habría sido inútil, toda su penitencia perdida, estéril. Sentía que el obispo estaba allí con él, que estaba tanto más presente cuanto que estaba muerto, que le miraba fijamente, que, si no cumplía con su deber, el alcalde Madeleine con todas sus virtudes le sería abominable y, en su comparación, el presidiario Jean Valjean sería admirable y puro. Que los hombres viesan su máscara, pero que el obispo viese su rostro; que los hombres viesan su vida, mientras el obispo vería su conciencia. Era preciso, pues, ir a Arras, liberar al falso Jean Valjean y denunciar al verdadero. ¡Ah! Éste era el mayor de los sacrificios, la más dolorosa de las victorias, el último paso a franquear; pero era preciso. ¡Doloroso destino! ¡No entraría en la santidad a los ojos de Dios si no entraba de nuevo en la infamia a los ojos de los hombres!

—Pues bien —dijo—, ¡tomemos esta resolución! ¡Cumplamos con nuestro deber! ¡Salvemos a este hombre!

Pronunció aquellas palabras en voz alta, sin darse cuenta de ello.

Tomó sus libros, los verificó y los puso en orden. Echó al fuego un paquete de pagarés atrasados, firmados por comerciantes que le debían. Escribió una carta que selló y en cuyo sobre hubiera podido leer quienquiera que hubiese estado en la habitación en aquel instante: «Al señor Laffitte, banquero, calle d'Artois, en París».

Sacó de un cajón una cartera que contenía algunos billetes de banco y el pasaporte de que se había servido aquel mismo año para ir a las elecciones.

Quien le hubiera visto ejecutar todos estos actos, en medio de tan grave meditación, no hubiera sospechado lo que por él pasaba. Únicamente, a veces, se movían sus labios; en otros instantes, levantaba la cabeza y fijaba su mirada en un punto cualquiera de la pared, como si hubiera precisamente allí alguna cosa que quisiese aclarar, o interrogar.

Una vez terminada la carta al señor Laffitte, la metió en su bolsillo, así como la cartera, y volvió a pasearse.

Sus ideas no habían cambiado. Continuó viendo claramente su deber, escrito en letras luminosas que resplandecían ante sus ojos, y se desplazaban con su mirada: «¡Anda! ¡Da tu nombre! ¡Denúnciate!».

Veía también, como si se moviesen delante de él con formas sensibles, las dos ideas que hasta entonces habían sido la doble regla de su vida: esconder su nombre, santificar su alma. Por vez primera, se le aparecían absolutamente distintas y veía las diferencias que las separaban. Reconocía que una de estas ideas era necesariamente buena, mientras que la otra podía convertirse en mala; que aquélla era el sacrificio, y ésta era la personalidad; que una decía: el prójimo, y la otra decía: yo; que una procedía de la luz y la otra de las tinieblas.

Ambas luchaban entre sí, él las veía luchar. A medida que reflexionaba, iban creciendo ante los ojos de su espíritu; tenían ya colosales dimensiones; y le parecía que veía luchar dentro de sí, en aquel infinito del que hablábamos antes, en medio de oscuridades y resplandores, una diosa y una gigante.

Estaba lleno de espanto, pero le parecía que la buena idea triunfaría.

Comprendía que había llegado al otro momento decisivo de su conciencia y de su destino; que el obispo había señalado la primera fase de su nueva vida, y que aquel Champmathieu le señalaba la segunda. Tras la gran crisis, la gran prueba.

Entretanto, la fiebre, apaciguada un instante, le volvía a invadir poco a poco. Mil pensamientos le asaltaban; pero le fortificaban aún más en su resolución.

En cierto momento se dijo que tomaba el asunto con demasiado calor; que, después de todo, Champmathieu no era nada importante, que en resumidas cuentas había cometido un robo.

Se respondió: Si este hombre ha robado, en efecto, unas cuantas manzanas, tiene un mes de cárcel; lo cual dista mucho de las galeras. ¿Y quién sabe? ¿Ha robado? ¿Ha sido probado? El nombre de Jean Valjean le oprime y parece dispensarle de pruebas. ¿No obran así, habitualmente, los procuradores del rey? Se le cree ladrón porque se le sabe presidiario.

En otro momento pensó que si se denunciaba a sí mismo, tal vez se consideraría el heroísmo de su acción; se tendrían en cuenta sus siete años de honradez y lo que había hecho por la comarca, y se le concedería gracia.

Pero esta suposición se desvaneció bien pronto, y sonrió amargamente, recordando que el robo de los cuarenta sueldos al pequeño Gervais le hacía reincidente; que este crimen reaparecería y, según los términos precisos de la ley, sería condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

Se desprendió de toda ilusión, se desligó más y más de la tierra y buscó el consuelo y la fuerza en otra parte. Se dijo que era preciso cumplir con su deber; que tal vez no sería más desgraciado después de cumplirlo que después de haberlo eludido; y si «dejaba correr los acontecimientos», si se quedaba en Montreuil-sur-Mer, su consideración, su buen nombre, sus buenas obras, la deferencia y la veneración públicas, su caridad, su riqueza, su popularidad, su virtud, estarían sazonadas con un crimen; y ¡qué sabor tendrían todas las cosas santas, mezcladas con esta cosa horrible!, mientras que, si realizaba su sacrificio, al presidio, al potro, a la cadena, al gorro verde, al trabajo sin descanso, a la vergüenza sin piedad, se mezclaría siempre una imagen celestial.

Finalmente, díjose que aquello era necesario, que su destino era ése, que no era dueño de torcer lo que viene dispuesto desde las alturas, que, en cualquier caso, era preciso escoger: o la virtud por fuera y la abominación por dentro, o la santidad por dentro y la infamia por fuera.

Su valor no desfallecía ante la lucha de tan lúgubres ideas, pero su cerebro se fatigaba. A pesar suyo, empezaba a pensar en otras cosas, en cosas sin importancia.

Sus arterias latían fuertemente en sus sienes. Seguía paseando. Dieron las doce en el reloj de la parroquia y luego en el Ayuntamiento. Contó las campanadas en los dos relojes y comparó el sonido de las dos campanas. En aquel momento, recordó que algunos días antes había visto a la venta, en un almacén de chatarra, una vieja campana que tenía grabado este nombre: «Antoine Albin de Romainville».

Tenía frío. Encendió un poco de lumbre. No se le ocurrió cerrar la ventana.

No obstante, había caído de nuevo en el estupor. Le fue preciso hacer un gran esfuerzo para recordar en qué estaba pensando cuando había sonado la medianoche. Por fin lo logró.

«¡Ah, sí! —se dijo—. Había tomado la resolución de denunciarme».

Entonces, de repente, recordó a Fantine.

—¡Ay! —exclamó—. ¿Y esa pobre mujer?

Entonces se declaró una nueva crisis.

Fantine, al aparecer bruscamente en su meditación, fue como un rayo de una luz inesperada. Le pareció que todo cambiaba de aspecto a su alrededor, y exclamó:

—¡Ah! ¡Hasta ahora, sólo me he tenido en cuenta a mí mismo! ¡No he mirado más que mi conveniencia! Me conviene callarme, o denunciarme; esconder mi persona, o salvar mi alma; ser un magistrado despreciable y respetado, o un presidiario infame y venerable; ¡no he salido de mí, yo y sólo yo! ¡Pero, Dios mío, todo esto no es más que egoísmo! ¡Son formas distintas del egoísmo, pero es egoísmo! ¿Y si pensara un poco en los demás? La primera santidad es pensar en el prójimo. Veamos, examinemos. Exceptuado yo, borrado yo, olvidado yo, ¿qué sucederá? Si me denuncio, me prenden, sueltan a ese Champmathieu y me envían a las galeras. ¿Y luego? ¿Qué sucede aquí? ¡Ah, aquí hay una comarca, una ciudad, fábricas, una industria, obreros, hombres, mujeres, ancianos, niños, desvalidos! Yo he creado todo esto, yo hago vivir todo esto; dondequiera que haya una chimenea que humee, soy yo quien ha puesto el leño en el fuego, y la carne en la marmita; yo he creado el bienestar, la circulación, el crédito; antes de mí no había nada; yo he levantado, vivificado, animado, fecundado, estimulado, enriquecido toda la comarca. Si yo desaparezco, todo muere. ¡Y esa mujer que ha sufrido tanto, que tiene tantos méritos en su caída, a la cual he causado, sin querer, toda la desdicha! ¡Y esa niña, que yo quería ir a buscar, que lo he prometido a su madre! ¿Es que no debo también algo a esa mujer, en reparación del daño que le he causado? Si yo desaparezco, ¿qué sucederá? La madre morirá. La niña, sabe Dios qué será de ella. Esto es lo que sucederá si yo me denuncio. ¿Y si no me denuncio? ¿Qué sucederá si no me denuncio?

Después de haberse hecho esta pregunta, se detuvo; durante un momento, le invadió una sensación de duda y de temblor; pero aquel momento duró poco, y se respondió con calma:

—Pues bien, ese hombre irá a presidio, es cierto; pero ¡qué diablos! ¡Ha robado! Por más que yo me diga que no ha robado, ¡ha robado! Yo, yo me quedo aquí, continuo. Dentro de diez años, habré ganado diez millones, los repartiré en la comarca, no tendré nada mío, ¿qué me importa? ¡No es para mí lo que yo hago! La prosperidad de todos irá aumentando, las industrias se despiertan, las manufacturas y las fábricas se multiplican, las familias, ¡cien familias!, ¡mil familias!, son felices; la región se puebla; nacen pueblos donde sólo había granjas, nacen granjas donde no había nada; la miseria desaparece, y con la miseria desaparece el escándalo, la prostitución, el robo, el asesinato, todos los vicios, ¡todos los crímenes! ¡Y esa pobre madre educa a su hija! ¡Toda una comarca rica y honrada! ¡Ah, estaba loco! ¿Qué pensaba cuando hablaba de denunciarme? Es preciso meditarlo bien, y no precipitarme. ¡Qué! ¿Por qué me habría complacido ser grande y generoso? ¡Eso es melodrama, después de todo! ¡Por qué no habré pensado más que en mí, sólo en mí; por salvar de un castigo quizás un poco exagerado, pero justo en el fondo, a no se sabe quién, a un ladrón, a un malhechor indudablemente, ha de perecer una comarca entera! ¡Ha de morir esa mujer en el hospital! ¡Ha de quedar su hija abandonada en la calle! ¡Como si fueran perros!

¡Ah, esto sería abominable! ¡Sin que siquiera la madre haya visto a su hija! ¡Sin que la hija conozca apenas a la madre! Y todo por ese viejo pícaro, ladrón de manzanas, que seguramente merecerá las galeras por otras muchas cosas. ¡Hermosos escrúpulos que salvan a un culpable y sacrifican a inocentes, que salvan a un viejo vagabundo, al cual no le quedan muchos años de vida, a fin de cuentas, y que no será más desgraciado en el presidio que en su casucha, y sacrifican a toda una población, a madres, a mujeres, a niños! ¡Esa pobre Cosette, que no tiene más que a mí en este mundo, y que sin duda estará en este momento tiritando de frío en el tabuco de estos Thénardier! ¡Vaya un canalla el tal Thénardier! ¡Y yo faltaría a mis deberes respecto a todos estos pobres seres! ¡Y yo iría a denunciarme! ¡Y yo cometería esta inepta estupidez! Pongámonos en lo peor. Supongamos que haya una mala acción, de mi parte, en todo esto y que mi conciencia me la reprocha un día; aceptar, por el bien del prójimo, estos reproches que caen sólo sobre mí, esta mala acción, que no compromete más que a mi alma, esto es sacrificio, esto es virtud.

Se levantó y reanudó su marcha. Esta vez le parecía que estaba contento.

Los diamantes se encuentran sólo en las tinieblas de la tierra; las verdades se encuentran sólo en las profundidades del pensamiento. Le parecía que, después de haber descendido a las profundidades, después de haber palpado largo tiempo en lo más negro de las tinieblas, acababa por fin de encontrar uno de esos diamantes, una de esas verdades, y que la tenía en la mano; y se deslumbraba al mirarla.

—Sí —pensó entonces—. ¡Esto es! Ahora estoy en lo verdadero; tengo la solución. Es preciso decidirme por alguna cosa. Mi decisión está tomada. ¡Dejemos correr las cosas! No vacilemos más, no retrocedamos más. Así conviene, en el interés de todos, no en el mío. Yo soy Madeleine, me quedo Madeleine. ¡Desgraciado del que es Jean Valjean! Yo ya no lo soy. No conozco a este hombre; ya no sé quién es; si hay alguno que sea Jean Valjean ahora, que se arregle como pueda; a mí no me concierne. ¡Es nombre de fatalidad que flota en la noche; si se detiene y cae sobre una cabeza, tanto peor para ella!

Se contempló en el pequeño espejo que estaba sobre la chimenea, y dijo:

—¡Toma! ¡Me ha aliviado el tomar una resolución! Ahora me siento otro.

Anduvo aún algunos pasos, luego se detuvo en seco.

«¡Vamos! —se dijo—. No hay que dudar ante ninguna de las consecuencias de la resolución tomada. Hay todavía algunos hilos que me unen a Jean Valjean. ¡Es preciso romperlos! Hay aquí, en esta misma habitación objetos que me acusarían, cosas mudas que serían testigos; es preciso que todo desaparezca».

Metió la mano en el bolsillo, sacó su bolsa, la abrió y tomó una llavecita.

Introdujo aquella llave en una cerradura, cuyo agujero apenas se veía por estar oculto en las sombras más oscuras del dibujo que cubría el papel pegado al muro. Abriose un escondrijo, una especie de falso armario colocado entre el ángulo de la

pared y el cañón de la chimenea. En aquel escondrijo no había más que unos pocos andrajos, un capote de tela azul, un viejo pantalón, un morral y un grueso palo de espino con contera en los dos extremos. Quienes habían visto a Jean Valjean en la época en que pasó por Digne, en octubre de 1815, habrían reconocido fácilmente todas las piezas de aquella miserable indumentaria.

El había conservado como había conservado los candelabros de plata, para recordar siempre su punto de partida. Sólo que escondía aquello que procedía del presidio y dejaba a la vista los candelabros que procedían del obispo.

Lanzó una furtiva mirada hacia la puerta, como si hubiera temido que se abriera a pesar del cerrojo; luego, con un movimiento rápido y brusco, sin echar ni una ojeada a aquellos objetos que había guardado tan celosa como peligrosamente, durante tantos años, lo cogió todo, harapos, bastón, morral, y lo arrojó al fuego.

Cerró el escondrijo y, redoblando sus precauciones, ya completamente inútiles puesto que estaba vacío, ocultó la puerta tras un gran mueble que desplazó.

Al cabo de algunos segundos, la habitación y la pared de enfrente se iluminaron con un gran resplandor rojo y tembloroso. Todo ardía. El palo de espino chisporroteaba y lanzaba chispas hasta el centro de la habitación.

El morral, al consumirse con los harapos que contenía, había dejado al descubierto algo que brillaba entre la ceniza. Examinándolo se hubiera visto fácilmente que era una moneda de plata. Sin duda la moneda de cuarenta sueldos robada al pequeño saboyano.

Pero él no miraba el fuego, y continuaba andando, yendo y viniendo con el mismo paso.

De repente, sus miradas se fijaron en los dos candelabros de plata, que la reverberación hacía brillar vagamente sobre la chimenea.

«¡Ah! —pensó—. Aún está allí Jean Valjean. Es preciso destruir también eso».

Cogió los dos candelabros.

Había aún bastante lumbre para poder deformarlos prontamente, y hacer de ellos un lingote imposible de reconocer.

Se inclinó hacia la chimenea y se calentó un instante. Sintió un agradable bienestar. —¡Qué buen calor! —exclamó.

Removió la lumbre con uno de los candelabros.

Un minuto más tarde, estaban en el fuego.

En aquel momento, le pareció oír una voz que gritaba dentro de él:

«¡Jean Valjean! ¡Jean Valjean!».

Sus cabellos se erizaron y quedó como alguien que oye algo terrible.

«Sí, eso mismo, ¡acaba! —clamaba la voz—. ¡Completa lo que haces! ¡Destruye estos candelabros! ¡Aniquila este recuerdo! ¡Olvida al obispo! ¡Olvidalo todo! ¡Pierde a ese Champmathieu! ¡Todo va bien! ¡Regocíjate! Así, pues, ya está convenido, ya está

resuelto, ya está dicho; he ahí a un hombre, un anciano que no sabe qué quieren, que tal vez no ha hecho nada, un inocente, al cual tu nombre le da toda la desdicha, sobre el cual tu nombre pesa como un crimen, que va a ser condenado por ti, que va a acabar sus días en la abyección y el horror. ¡Está bien! Sé hombre respetable tú. Quédate siendo el señor alcalde, ilustre y honrado, enriquece a la ciudad, alimenta a los indigentes, educa a los huérfanos, vive feliz, virtuoso y admirado; y mientras tanto, mientras tú estás aquí rodeado de alegría y de luz, habrá otro que usará tu casaca roja, que llevará tu nombre en la ignominia y que arrastrará tu cadena en el presidio. Sí. ¡Todo quedará bien arreglado así! ¡Ah, miserable!».

El sudor le resbalaba por la frente. Dirigió una mirada extraviada a los candelabros. Pero lo que hablaba dentro de él no había concluido; la voz continuaba:

«¡Jean Valjean! ¡A tu alrededor habrá muchas voces que harán gran ruido, que hablarán muy alto, y que te bendecirán; y no habrá más que una, que nadie oirá, que te maldecirá en las tinieblas! ¡Pues bien! ¡Escucha, infame! ¡Todas esas bendiciones caerán antes de llegar al cielo, y sólo la maldición subirá hasta Dios!».

Esta voz, débil al principio y que se había elevado desde lo más profundo de su conciencia, había llegado gradualmente a ser ruidosa y formidable, y la oía ahora junto a su oído. Le parecía que había salido de sí mismo, y que le hablaba ahora desde fuera. Creyó oír las últimas palabras tan claramente que miró a su alrededor con una especie de terror.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó en voz alta, asustado.

Luego, añadió con una risa que parecía de un idiota:

—¡Qué estúpido soy! ¡No puede haber nadie!

Había alguien, en efecto; pero quien allí estaba no era de los seres a quienes puede ver el ojo humano.

Dejó los candelabros en la chimenea.

Entonces, volvió a aquel paso monótono y lúgubre que turbaba su meditación, y que había despertado, sobresaltado, al cajero que dormía en la habitación inferior.

Este ir y venir le aliviaba y le abrumaba al mismo tiempo. Parece que, a veces, en las ocasiones supremas, el hombre se mueve para pedir consejo a todo lo que encuentra al paso. Al cabo de algunos instantes, ya no sabía dónde estaba en su meditación.

Retrocedía ahora con igual terror ante las dos resoluciones que alternativamente había tomado. Las dos ideas que le aconsejaban, le parecían tan funestas la una como la otra. ¡Qué fatalidad! ¡Qué coincidencia, ese Champmathieu tomado por él! ¡Verse precipitado justamente por el mismo medio que la Providencia parecía haber escogido para afianzarle!

Hubo un momento en que consideró el porvenir. Denunciarse, ¡gran Dios! ¡Entregarse! Enfrentose, con una inmensa desesperación, con todo lo que sería preciso

abandonar y todo lo que sería preciso recobrar. ¡Sería preciso, pues, decir adiós a aquella existencia tan buena, tan pura, tan radiante, a ese respeto de todos, al honor, a la libertad! ¡Ya no volvería a pasear por los campos, ni volvería a oír cantar a los pájaros en el mes de mayo, ni volvería a dar limosna a los niños! ¡Ya no volvería a sentir la dulzura de las miradas de reconocimiento y de amor, fijas en él! ¡Abandonaría la casa que había construido, aquella habitación, aquella pequeña habitación! Todo le parecía ahora encantador. ¡No volvería a leer aquellos libros y no escribiría más sobre aquella mesita de madera blanca! Su vieja portera, la única sirvienta que tuviera, ya no le subiría más el café por la mañana. ¡Gran Dios! ¡En lugar de esto, el presidio, el grillete, la casaca roja, la cadena al pie, la fatiga, el calabozo, la cama de tablas, todos esos horrores conocidos! ¡A su edad, y después de haber sido lo que era! ¡Si al menos fuese joven! ¡Pero, ya viejo, ser tuteado por todo el mundo, ser humillado por el carcelero, apaleado por el cabo de varas! ¡Llevar los pies desnudos en zapatos herrados! ¡Presentar mañana y tarde su pierna al martillo de la ronda, que examina los grilletes! Sufrir la curiosidad de los extraños, a quienes se diría: «¡Aquél es el famoso Jean Valjean, que fue alcalde de Montreuil-sur-Mer!». ¡Y por la noche, chorreando sudor, abrumado de cansancio, con el gorro verde sobre los ojos, subir de dos en dos, bajo el látigo del sargento, la escala del pontón flotante! ¡Oh! ¡Qué miseria! ¡El destino puede ser malo como un ser inteligente y llegar a ser monstruoso como el corazón humano!

Hiciera lo que hiciera, venía a caer siempre en este punzante dilema que formaba la base de sus reflexiones: «¡Permanecer en el paraíso y ser un demonio! ¡Volver al infierno y ser un ángel!».

¿Qué hacer, gran Dios? ¿Qué hacer?

La tormenta, de la que creía haber salido ya, volvió a desencadenarse sobre él. Sus ideas empezaron nuevamente a mezclarse, y se tornaron estúpidas e incongruentes, lo cual es propio de la desesperación. El nombre de Romainville se presentaba sin cesar a su imaginación, en dos versos de una canción que había oído hacía tiempo. Pensaba que Romainville era un bosquecillo cercano a París, adonde los jóvenes amantes van a coger lilas en el mes de abril.

Vacilaba tanto por fuera como por dentro. Andaba como un niño que empieza a andar solo.

En algunos momentos, luchando contra su cansancio, hacía esfuerzos para ordenar su inteligencia. Trataba de presentarse, definitivamente y por última vez, el problema sobre el cual, por decirlo así, había caído abrumado de fatiga.

—¿Es preciso denunciarse? ¿Es preciso callar?

No conseguía ver con claridad. Los vagos aspectos de todos los razonamientos que se sucedían en el delirio temblaban y se disipaban, sucesivamente, convirtiéndose en humo. Solamente presentía que, cualquiera que fuese la resolución que tomara, necesariamente y sin que pudiera evitarlo, algo en él iba a morir; que iba a entrar en

un sepulcro, tanto por la derecha como por la izquierda; que iba a sufrir una agonía, la agonía de su felicidad o la agonía de su virtud.

¡Ay! Había vuelto a ser presa de sus irresoluciones. No había adelantado nada desde el principio.

Así se debatía, en medio de la angustia, aquella alma desgraciada. Mil ochocientos años antes que este hombre infortunado, el ser misterioso, en quien se resumen todas las santidades y todos los sufrimientos de la humanidad, había también él, mientras los olivos temblaban agitados por el viento salvaje del infinito, apartado con la mano, durante algún tiempo, el terrible cáliz que se le aparecía lleno de sombras y desbordante de tinieblas en las profundidades llenas de estrellas.

IV

Formas que toma el sufrimiento durante el sueño

Acababan de dar las tres de la madrugada, y hacía cinco horas que andaba así, casi sin interrupción, cuando se dejó caer sobre una silla.

Se durmió, y tuvo un sueño.

Este sueño, como la mayor parte de los sueños, no se relacionaba con su situación, sino por algunas remotas conexiones funestas y dolorosas, que le produjeron gran impresión. Aquella pesadilla le afectó tan vivamente que más tarde la escribió. Es uno de los papeles escritos por su mano que nos ha dejado. Nos creemos en el deber de transcribir aquí, textualmente, este relato.

Cualquiera que fuese este sueño, la historia de aquella noche sería incompleta si omitiésemos esta sombría aventura de un alma enferma.

Veámosla. En el sobre decía lo siguiente: «El sueño que tuve aquella noche».

«Estaba en el campo. Un gran campo triste, donde no había hierba. No podía distinguir si era de noche o de día.

»Me paseaba con mi hermano, el hermano de mis años de infancia, ese hermano del cual debo decir que apenas lo recuerdo y que casi nunca pienso en él.

»Hablábamos y encontrábamos algunos paseantes. Hablábamos de una vecina que habíamos tenido y que, desde que vivía en un cuarto bajo, trabajaba con la ventana siempre abierta. Durante nuestra conversación, sentíamos el frío que producía aquella ventana abierta.

»No había árboles en el campo.

»Vimos a un hombre pasar cerca de nosotros. Era un hombre desnudo, de color ceniza, montado en un caballo de color tierra. El hombre no tenía cabellos; se le veía el cráneo y las venas del mismo. En la mano tenía una varilla, flexible como un sarmiento y pesada como hierro. Pasó por nuestro lado y no nos dijo nada.

»Mi hermano me dijo:

»—Vamos por el camino hondo.

»Había un camino hondo, en el cual no se veía ni un matorral, ni una brizna de musgo. Todo era de color de tierra, incluso el cielo. Al cabo de algunos pasos, nadie me respondió cuando hablé. Me di cuenta de que mi hermano ya no estaba conmigo.

»Entré en un pueblo que vi. Supuse que debía ser Romainville (¿por qué Romainville?).

»La primera calle por donde entré estaba desierta. Entré en una segunda calle. Detrás de la esquina que formaban las dos calles, había un hombre de pie, apoyado en la pared. Dije a aquel hombre:

»—¿Qué región es ésta? ¿Dónde estoy?

»El hombre no respondió. Vi la puerta de una casa abierta y entré.

»La primera habitación estaba desierta. Entré en la segunda. Detrás de la puerta de aquella habitación, había un hombre de pie, apoyado en la pared. Le pregunté a aquel hombre:

»—¿De quién es esta casa? ¿Dónde estoy?

»El hombre no respondió. La casa tenía un jardín.

»Salí al jardín. El jardín estaba desierto. Detrás del primer árbol, encontré a un hombre de pie. Dije a aquel hombre:

»—¿Qué jardín es éste? ¿Dónde estoy?

»El hombre no respondió.

»Anduve errante por el pueblo y me di cuenta de que era una ciudad. Todas las calles estaban desiertas. Ningún ser viviente pasaba por las calles, ni se movía en las casas, ni paseaba por los jardines. Pero detrás de cada esquina, de cada puerta, de cada árbol, había un hombre de pie y en silencio. No se veía más que uno a la vez, y todos me miraban al pasar.

»Salí de la ciudad, y me puse a andar por los campos.

»Al cabo de algunos minutos me volví y vi una gran multitud que venía detrás de mí. Reconocí a todos los que había visto en el pueblo. Tenían unas cabezas extrañas. Parecía que andaban muy despacio y, no obstante, marchaban más deprisa que yo. No hacían ruido alguno al andar. En un instante, me alcanzaron y me rodearon. Los rostros de aquellos hombres eran de color de tierra.

»Entonces, el primero que había visto y preguntado al entrar en la ciudad me dijo:

»—¿Adónde vais? ¿Es que no sabéis que estáis muerto desde hace mucho tiempo?

»Abrí la boca para responder, y me di cuenta de que no había nadie a mi alrededor».

Se despertó. Estaba helado. Un viento que era frío, como el viento de la mañana, hacía girar en sus goznes las hojas de la ventana que había quedado abierta. El fuego se había apagado. La vela tocaba a su fin. Era aún noche negra.

Se levantó y se dirigió a la ventana. No se veían estrellas en el cielo.

Desde su ventana se veía el patio de la casa y la calle. Un ruido seco y duro, que resonó de repente sobre el suelo, le hizo bajar la vista.

Vio debajo de él dos estrellas rojas cuyos rayos se alargaban y acortaban extrañamente en la sombra.

Como su pensamiento estaba aún medio sumergido en la bruma de los sueños, exclamó:

—¡Vaya! No están ya en el cielo. Ahora están sobre la tierra.

No obstante, se disipó pronto esta perturbación; un segundo ruido, semejante al primero acabó de despertarle; miró y descubrió que aquellas dos estrellas eran dos faroles de un carruaje, cuya forma pudo distinguir a la luz de aquéllos. Era un tálburi unido a un pequeño caballo blanco. El ruido que había oído era el de los golpes de los cascos del caballo sobre el empedrado.

—¿Qué carruaje es éste? —se dijo—. ¿Quién es el que viene tan temprano?

En aquel momento, llamaron quedamente a la puerta de su habitación.

Se estremeció de pies a cabeza, y gritó con voz terrible:

—¿Quién está ahí?

Alguien respondió:

—Yo, señor alcalde.

Reconoció la voz de la portera.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre?

—Señor alcalde, van a dar las cinco de la mañana.

—¿Y qué?

—Que está aquí el carruaje.

—¿Qué carruaje?

—El tálburi.

—¿Qué tálburi?

—¿Es que el señor alcalde no ha encargado un tálburi?

—No —dijo.

—El cochero dice que viene a buscar al señor alcalde.

—¿Qué cochero?

—El cochero del señor Scaufflaire.

Aquel nombre le hizo estremecer, como si un relámpago hubiera cruzado por delante de su rostro.

—¡Ah, sí! —contestó—, el señor Scaufflaire.

Si la vieja le hubiera podido ver en ese momento, se habría aterrorizado.

Se hizo un largo silencio. Examinaba con aire estúpido la llama de la vela, y cogía la cera ardiente alrededor del pabilo, haciendo con ella bolitas con los dedos. La vieja esperaba. Se aventuró, no obstante, a elevar la voz:

—Señor alcalde, ¿qué debo decir al cochero?

—Decidle que está bien, que ahora bajo.

V

Obstáculos

El servicio de postas de Arras a Montreuil-sur-Mer se hacía, aún en aquella época, en pequeños cabriolés de dos ruedas, como en tiempos del Imperio. Estos cabriolés estaban tapizados de cuero leonado, suspendidos sobre unos muelles y tenían sólo dos asientos, uno para el conductor y otro para el viajero. Las ruedas estaban armadas con esos largos cubos ofensivos que mantienen a distancia a los otros carruajes y que aún se ven por los caminos de Alemania. El cajón de la correspondencia, inmensa caja oblonga, estaba colocado detrás del cabriolé, formando con él un solo cuerpo. Este cajón estaba pintado de negro y el cabriolé de amarillo.

Estos coches, que no tenían semejanza alguna con los de hoy, presentaban un aspecto deforme y giboso; cuando se los veía pasar a lo lejos, subiendo alguna rampa en el horizonte, parecían uno de esos insectos que se llaman termitas, creo yo, y que con un pequeño corsé arrastran un gran apéndice posterior. Por lo demás, se movían con rapidez. El correo que salía de Arras cada noche a la una, después de haber pasado el correo de París, llegaba a Montreuil-sur-Mer un poco antes de las cinco de la mañana.

Aquella noche, el correo que llegaba a Montreuil-sur-Mer por el camino de Hesdin, al volver una calle, cuando entraba en el pueblo, chocó con un tílburí tirado por un caballo blanco, que venía en sentido inverso y en el cual no había más que una persona, un hombre embozado en una capa. La rueda del tílburí recibió un golpe bastante grande. El conductor del correo gritó para que el hombre se detuviese, pero el viajero no escuchó y siguió su camino al trote largo.

—¡Vaya una prisa endiablada que lleva este hombre! —dijo el conductor.

El hombre que así corría era precisamente el mismo a quien hace poco hemos visto debatirse en convulsiones verdaderamente dignas de lástima.

¿Adónde iba? No hubiera podido decirlo. ¿Por qué corría? No lo sabía. Iba al azar. ¿Adónde? A Arras, sin duda; pero podía también ir a otra parte. Dábase cuenta de ello y temblaba.

Se hundía en aquella noche negra como en una gruta. Algo lo empujaba, algo le atraía. Lo que en él pasaba, nadie hubiera sido capaz de decirlo, pero todos lo comprenderían. ¿Qué hombre no habrá entrado, al menos una vez en la vida, en la oscura caverna de lo desconocido?

Por lo demás, no había resuelto nada, no había decidido nada, no había hecho nada. Ninguno de los actos de su conciencia había sido definitivo. Estaba, más que nunca, como en el primer momento.

¿Por qué iba a Arras?

Se repetía lo que se había dicho ya, al alquilar el cabriolé de Scaufflaire, que cualquiera que fuese el resultado, no habría inconveniente alguno en ver y juzgar las cosas por sí mismo; que, además, esto era lo más prudente para saber lo que sucedería; que no podía decir nada sin haber antes observado y escrutado; que, de lejos, los menores objetos parecen montañas; que, a fin de cuentas, cuando hubiera visto al tal Champmathieu, seguramente un miserable, su conciencia quedaría probablemente descargada, dejándole ir a presidio en su lugar; que, aunque estarían allí Javert y los presidiarios Brevet, Chenildieu y Cochepaille, que le habían conocido, a buen seguro ya no se acordarían de él; ¡bah, qué idea!; que Javert estaba muy lejos de toda sospecha; que todas las conjeturas y todas las suposiciones se centraban en ese Champmathieu, y que nada es tan obstinado como las suposiciones y las conjeturas; que no había, pues, peligro alguno.

Sin duda, era un momento crítico, pero saldría de él; después de todo, tenía su destino en la mano, por malo que éste fuese; y él era su dueño absoluto. Se aferraba obstinadamente a esta idea.

En el fondo, para ser sincero, hubiera preferido no ir a Arras.

No obstante, allí iba.

Mientras pensaba en esto, arreaba el caballo, que corría con el trote regular y seguro que hace dos leguas y media por hora.

A medida que el cabriolé avanzaba, sentía algo dentro de él que retrocedía.

Al rayar el día, estaba en campo raso. La ciudad de Montreuil-sur-Mer quedaba ya muy atrás. Miró cómo blanqueaba el horizonte; miró, sin ver, cómo pasaban por delante de sus ojos las frías sombras de una madrugada de invierno. La mañana tiene sus espectros, como la noche. No los veía; pero, por una especie de penetración casi física, las negras siluetas de los árboles y de las colinas aumentaban la tristeza y el estado violento de su alma.

Cada vez que pasaba por delante de una de las casas aisladas que bordean a veces los caminos, se decía: «¡Sin embargo, ahí dentro hay personas que duermen!».

El trote del caballo, los cascabeles de los arneses, las ruedas sobre el pavimento hacían un ruido lento y monótono. Estas cosas son encantadoras cuando uno está alegre y lúgubres cuando se está triste.

Era ya de día cuando llegó a Hesdin. Se detuvo delante de una posada para que el caballo descansase y tomase el pienso.

Aquel caballo era, como había dicho Scaufflaire, de esa pequeña raza bolonesa, que tiene demasiada cabeza, demasiado vientre y poco cuello, pero de pecho abierto, grupa ancha, pata seca y fina y pie firme; raza fea, pero robusta y sana. El excelente animal había corrido cinco leguas en dos horas, y no tenía una gota de sudor en el lomo.

El viajero no había bajado del tílburí. El mozo de cuadra, que traía la avena, se agachó de repente y examinó la rueda izquierda.

—¿Vais muy lejos así? —preguntó.

Él respondió, casi sin salir de sus reflexiones:

—¿Por qué?

—¿Venís de muy lejos? —continuó el mozo.

—Cinco leguas de aquí.

—¡Ah!

—¿Por qué?

El mozo se inclinó de nuevo, permaneció un momento silencioso, con la vista fija en la rueda, y luego se enderezó y dijo:

—Es que traéis una rueda que ha corrido cinco leguas, es posible, pero que seguramente no hará ahora más de un cuarto de legua.

El viajero saltó del tílburí.

—¿Qué estáis diciendo?

—Digo que es un milagro que hayáis hecho cinco leguas sin precipitaros, vos y el caballo, en cualquier foso del camino. Mirad.

En efecto, la rueda estaba seriamente estropeada. El choque con la silla de posta había roto dos radios y destrozado el cubo, que había perdido la tuerca.

—Amigo mío —dijo al mozo—, ¿hay aquí algún carretero?

—Sí, señor.

—Hacedme el favor de ir a buscarlo.

—Ahí está. ¡Eh, maese Bourgaillard!

Maese Bourgaillard, el carretero, estaba en el umbral de su puerta. Se acercó a examinar la rueda e hizo la mueca de un cirujano que contempla una pierna rota.

—¿Podéis componer esta rueda al momento?

—Sí, señor.

—¿Cuándo podré marcharme?

—Mañana.

—¡Mañana!

—Hay trabajo para un día entero. ¿Tenéis prisa?

—Mucha prisa. Es preciso que parta dentro de una hora, todo lo más.

—Es imposible, señor.

—Pagaré cuanto queráis.

—Imposible.

—¡Pues bien! Dentro de dos horas.

—Es imposible para hoy. Es preciso hacer dos radios y un cubo. No podréis marchar hasta mañana.

—Mis asuntos no me permiten esperar a mañana. ¿Y, si en vez de reparar esta rueda, se la reemplazase?

—¿Cómo?

—¿No sois carretero?

—Sí, señor.

—¿Y no tenéis una rueda para venderme? Así podría marcharme enseguida.

—¿Una rueda de recambio?

—Sí.

—No tengo ninguna rueda para vuestro cabriolé. Las ruedas tienen que ser iguales. Dos ruedas no van juntas por casualidad.

—En este caso, vendedme un par de ruedas.

—Señor, es que no todas las ruedas se ajustan a todos los ejes.

—Probad, sin embargo.

—Es inútil, señor. Sólo tengo para vender dos ruedas de carreta. Ésta es una región muy pequeña.

—¿Tendríais un cabriolé para alquilarme?

El maestro carretero, en su primera ojeada, había reconocido que el tílburí era un coche de alquiler. Se encogió de hombros.

—¡Cuidáis muy bien los carruajes que os alquilan! No os alquilaré yo ninguno.

—Pues vendédmelo.

—No lo tengo.

—¡Qué! ¿No tenéis un calesín? Ya veis que me contento con lo que haya.

—Esta región es muy pobre. Yo tengo en casa una calesa vieja de un caballero que me la ha dado para que se la guarde, y que se sirve de ella cada final de mes. Yo os la alquilaría, ¿a mí qué más me da?, pero sería preciso que su dueño no la viera pasar; además, es una calesa y necesita dos caballos.

—Tomaré dos caballos de posta.

—¿Adónde vais?

—A Arras.

—¿Y queréis llegar hoy?

—Sí.

—¿Tomando caballos de posta?

—¿Por qué no?

—¿Es igual que lleguéis a las cuatro de la madrugada?

—No, ciertamente.

—Porque debéis saber que hay algo que hacer, antes de tomar caballos de posta...

¿Tenéis pasaporte?

—Sí.

—Pues bien, tomando caballos de posta, no llegaréis a Arras antes de mañana. Estamos en camino de atajo. Los relevos están mal servidos; los caballos están en el campo. Estamos, además, en la estación de la labranza; se necesitan muchas yuntas y se cogen los caballos de cualquier parte, aunque sean los de posta. Tendríais que esperar, al menos, tres o cuatro horas en cada relevo y, además, iréis al paso, porque hay muchas cuestas en el camino.

—¡Vaya!, iré a caballo. Desenganchad. Me venderán una silla.

—Sí, pero ¿acepta silla este caballo?

—Es verdad; me recordáis que no la acepta.

—Entonces...

—¿Podré encontrar, en el pueblo, un caballo de alquiler?

—¿Un caballo para ir a Arras de una tirada?

—Sí.

—Sería preciso un caballo como no los hay por aquí; y, además, tendríais que comprarlo, porque no sois conocido. ¡Pero, ni para alquilar, ni para vender, ni por quinientos, ni por mil francos lo encontraríais!

—¿Qué haré entonces?

—Lo mejor, a fe de hombre honrado, es reparar la rueda y dejar el viaje para mañana.

—Mañana será demasiado tarde.

—¡Demonio!

—¿No pasa por aquí el correo que va a Arras? ¿A qué hora pasa?

—Por la noche. Los dos correos hacen el servicio de noche, el que va y el que viene.

—¿Y os es necesario todo un día para componer esta rueda?

—¡Todo un día!

—¿Y poniendo dos hombres a trabajar?

—Aunque se pusieran diez.

—Si pudieran atarse los radios con cuerdas...

—Los radios, sí; pero el cubo, no. Además, también la llanta está en muy mal estado.

—¿Hay algún alquilador de coches en el pueblo?

—No.

—¿Hay otro carretero?

El mozo de cuadra y el maestro carretero respondieron a la vez, moviendo la cabeza:

—No.

El viajero sintió una inmensa alegría.

Era evidente que la Providencia influía en esto. Ella había roto la rueda del tálburi y le detenía en el camino. Él no había querido ceder a esta especie de primera intimación, y acababa de hacer cuantos esfuerzos eran posibles para continuar su viaje; había agotado leal y escrupulosamente todos los medios; no había retrocedido ni ante la estación, ni ante la fatiga, ni ante los gastos; no tenía nada que reprocharse. Si no podía ir más lejos, no era culpa suya; no era un hecho de su conciencia, sino obra de la Providencia.

Respiró. Respiró libremente, a pleno pulmón, por vez primera desde la visita de Javert. Le parecía que el puño de hierro que le oprimía el corazón, desde hacía veinte horas, acababa de dejarle en libertad.

Ahora le parecía que Dios estaba con él.

Se dijo que había hecho todo lo que le era posible, y que ahora no tenía más que volver sobre sus pasos, tranquilamente.

Si su conversación con el carretero se hubiese verificado en una habitación del albergue, no habría tenido testigos, nadie la habría oído, todo habría terminado allí, y es muy probable que no tuviésemos que referir ninguno de los acontecimientos que siguen. Pero esta conversación tuvo lugar en medio de la calle. Todo coloquio en la calle produce inevitablemente un corro. Hay siempre personas que sólo desean ser espectadoras. Mientras él interrogaba al carretero, algunos transeúntes se habían detenido a su alrededor. Después de haber escuchado durante algunos minutos, un muchacho, en quien nadie había reparado, se separó del grupo echando a correr.

En el momento en que el viajero, después de haberse hecho la reflexión que acabamos de referir, tomaba la resolución de retroceder, volvió el muchacho acompañado de una anciana.

—Señor —dijo la mujer—, mi muchacho me dice que tenéis deseos de alquilar un cabriolé.

Estas sencillas palabras, pronunciadas por una vieja mujer a quien guiaba un niño, le hicieron sudar copiosamente. Creyó ver la mano que le había soltado reaparecer en la sombra tras él, dispuesta a cogerle de nuevo.

Respondió:

—Sí, buena mujer, busco un cabriolé para alquilar. —Y se apresuró a añadir—: Pero no hay ninguno en el pueblo.

—Sí hay —dijo la vieja.

—¿Dónde está? —preguntó el carretero.

—En mi casa —contestó la vieja.

El viajero se estremeció. La mano fatal le había cogido otra vez.

La vieja tenía, en efecto, bajo un cobertizo, una especie de calesín de mimbre. El carretero y el mozo de cuadra, pesarosos de que se les escapase el viajero, intervinieron. «Es una carreta terrible... Está apoyada sobre el mismo eje... Es verdad que los asientos están suspendidos por correas... Lluve lo mismo dentro que fuera... Las ruedas están mohosas y carcomidas... Eso no iría mucho más lejos que el tílburí... ¡Es un carromato...! Este caballero hará muy mal en servirse de él...», etc., etc.

Todo aquello era cierto, pero aquel carromato, aquella tartana, aquella cosa, fuese lo que fuese, rodaba y podía ir a Arras.

Pagó lo que le pidieron, dejó el tílburí al carretero para que lo reparara; hizo enganchar el caballo blanco en el calesín, subió y reemprendió el camino.

En el momento en que el calesín se puso en marcha, se confesó que había tenido una gran alegría al creer que no podría seguir adelante. Examinó esta alegría con una especie de cólera, y la encontró absurda. ¿Por qué se había de alegrar de volver atrás? Después de todo, hacía aquel viaje libremente. Nadie le forzaba a ello.

Y, ciertamente, no sucedería sino lo que él quisiera.

Cuando salía de Hesdin, oyó una voz que le gritaba:

—¡Parad, parad!

Detuvo el calesín con un movimiento vivo, en el cual había algo febril y convulso, que se asemejaba a la esperanza.

Era el muchacho de la vieja.

—Señor —dijo—, yo he sido quien os he proporcionado el calesín.

—¿Y qué?

—¡Que no me habéis dado nada!

Él, que daba a todos y tan fácilmente, encontró esta pretensión exorbitante y casi odiosa.

—¡Ah, buena pieza! —dijo—. ¡Pues no te daré nada!

Arreó al caballo y partió a buen trote.

Había perdido mucho tiempo en Hesdin, y quería recuperarlo. El caballo era animoso y tiraba como dos; pero era el mes de febrero, había llovido y los caminos estaban muy malos. Además, el calesín era mucho más pesado y duro que el tílburí. Por añadidura, muchas rampas que subir.

Empleó cerca de cuatro horas desde Hesdin a Saint-Pol; cuatro horas para cinco leguas.

En Saint-Pol, hizo desenganchar en la primera posada que encontró, y mandó llevar el caballo a la cuadra. Tal como había prometido a Scaufflaire, estuvo junto al pesebre mientras comía el caballo. Pensaba en cosas tristes y confusas.

La mujer del posadero entró en la cuadra.

—¿Vais a almorzar?

—¡Vaya, es verdad! —dijo—. Tengo buen apetito.

Siguió a aquella mujer, que tenía bonita y alegre figura, hasta una sala baja donde había varias mesas que tenían hules en lugar de manteles.

—Despachad —le dijo—, debo marchar enseguida. Tengo mucha prisa.

Una gruesa criada flamenca puso su cubierto apresuradamente. El hombre miró hacer a la joven, con una sensación de bienestar.

«Esto es lo que yo tenía —pensó—. Que no había almorzado».

Le sirvieron. Cogió el pan, comió un bocado, volvió a dejarlo lentamente sobre la mesa, y no lo tocó más.

Un carretero estaba comiendo en otra mesa. El viajero le dijo:

—¿Por qué es tan amargo este pan?

El carretero era alemán y no le entendió.

Volvió al establo, junto al caballo.

Una hora más tarde, había salido ya de Saint-Pol y se dirigía a Tinkes, que sólo dista cinco leguas de Arras.

¿Qué hacía durante este trayecto? ¿En qué pensaba? Lo mismo que por la mañana, miraba cómo pasaban los árboles, los tejados de las cabañas, los campos cultivados, la perspectiva del paisaje, que variaba a cada recodo del camino. Ésta es una contemplación que a veces satisface al alma, y que la dispensa casi de pensar. Ver mil objetos, por primera y última vez, ¿qué hay más melancólico y más profundo? Viajar es nacer y morir a cada instante. Quizás, en la región más vaga de su espíritu, comparaba aquellos horizontes variables con la existencia del hombre. Todas las cosas de la vida huyen perpetuamente delante de nosotros; se mezclan la claridad y las sombras: después de una viva luz, viene un eclipse; el hombre mira, corre, tiende las manos para coger lo que pasa; cada incidente es un recodo del camino; y, de repente, llega la vejez. Se siente como una sacudida, todo es negro; se distingue una puerta oscura, el sombrío caballo de la vida que nos arrastra se detiene súbitamente, y se ve a un ser, velado y desconocido, que lo desengancha en las tinieblas.

El crepúsculo empezaba ya cuando los niños que salían de la escuela vieron entrar al viajero en Tinkes. Debemos advertir que eran todavía los días más cortos del año. No se detuvo en Tinkes. Cuando salía del pueblo, un peón caminero, que estaba echando piedra en la carretera, alzó la cabeza y dijo:

—¿Qué caballo tan cansado!

El pobre animal, efectivamente, no podía ya ir más que al paso.

—¿Vais a Arras? —preguntó el caminero.

—Sí.

—Pues si seguís esta marcha, no llegaréis muy temprano.

Detuvo el viajero su caballo y preguntó:

—¿Cuánto hay de aquí a Arras?

—Cerca de siete leguas largas.

—¿Cómo es eso? La guía de postas no señala más que cinco leguas y cuarto.

—¡Ah! —respondió el peón—. ¿Es que no sabéis que la carretera está en reparación? La encontraréis cortada a un cuarto de hora de aquí, y no podréis ir más lejos.

—¿Es verdad?

—Allí tomaréis a la izquierda, el camino que va a Carency; pasaréis el río y, al llegar a Camblin, giraréis a la derecha; es el camino de Mont-Saint-Éloy, que conduce a Arras.

—Pero va a caer la noche y me perderé.

—¿No sois de esta región?

—No.

—Pues todo es camino de atajo. Mirad, caballero —continuó el peón—, ¿queréis que os dé un consejo? Vuestro caballo está cansado, quedaos en Tinkes. Hay una buena posada. Acostaos. Iréis mañana a Arras.

—Es preciso que esté allí esta noche.

—Eso es diferente. Entonces, id a la posada y tomad un caballo de refresco. El mozo del caballo os guiará por el camino.

Siguió el consejo del peón caminero, volvió atrás y, media hora más tarde, volvió a pasar por el mismo camino, pero al trote largo de un buen caballo de refresco. Un mozo de establo, que se hacía llamar postillón, iba sentado en la delantera del calesín.

No obstante, notaba que perdía tiempo.

Ya era de noche.

Se adentraron en la trocha. El camino era terrible. El calesín caía de un hoyo en otro. Dijo al postillón:

—Siempre al trote, y doble propina.

En un vaivén, se rompió el balancín.

—Señor —dijo el postillón—, se ha roto el balancín y no sé cómo enganchar mi caballo; este camino es muy malo de noche; si quisierais volver, para dormir en Tinkes, podríamos llegar mañana por la mañana a Arras.

El viajero respondió:

—¿Tienes un cabo de cuerda y un cuchillo?

—Sí, señor.

Cortó una rama de árbol e improvisó un balancín.

Fue una pérdida de veinte minutos; pero partieron al galope.

La llanura estaba tenebrosa. Una niebla baja y oscura se arrastraba por las colinas, desprendiéndose como humo. Las nubes despedían resplandores blanquecinos. Un fuerte viento, que venía del mar, producía los mismos ruidos que hacen los muebles al

ser arrastrados. Todo lo que descubría la vista tenía una actitud de terror. ¡Cuántas cosas tiemblan al impulso de estos soplos de la noche!

El frío le penetraba. No había comido desde la víspera. Recordaba vagamente su otro viaje nocturno por la gran llanura de los alrededores de Digne. Hacía ocho años, y le parecía que había sido ayer.

Sonó una hora en algún campanario lejano. Preguntó al postillón:

—¿Qué hora es?

—Las siete, señor. A las ocho estaremos en Arras. No nos quedan más que tres leguas.

En aquel momento, hizo por vez primera esta reflexión, y le extrañó que no se le hubiese ocurrido antes: quizás era inútil todo el trabajo que se tomaba, pues no sabía la hora de la vista, debía haberse informado antes; era muy ridículo seguir adelante sin saber si aquello iba a servir para algo.

Luego se dijo que ordinariamente las sesiones del tribunal empiezan a las nueve de la mañana; que aquella vista no debía ser larga; que por tratarse de un robo de manzanas, sería muy corta; que, luego, no habría más que una cuestión de identidad; cuatro o cinco declaraciones, poca cosa a decir por parte de los abogados; que iba a llegar cuando todo hubiera concluido.

El postillón arreaba los caballos. Habían cruzado el río, y dejado tras ellos Mont-Saint-Éloy.

La noche se hacía cada vez más profunda.

No obstante, en aquel mismo momento, Fantine estaba llena de alegría.

Había pasado muy mala noche. Tos terrible, aumento de fiebre; había tenido delirio. Por la mañana, cuando la visitó el médico, deliraba. El doctor estaba alarmado y había encargado que le avisaran cuando volviese el señor Madeleine.

Durante toda la mañana, Fantine estuvo triste, habló poco y se entretuvo en hacer pliegues con la sábana, murmurando en voz baja unos cálculos que parecían ser de distancias. Sus ojos estaban hundidos y fijos. Parecían casi apagados; pero, por momentos, brillaban y resplandecían como estrellas. No parece sino que, al aproximarse cierta hora sombría, la claridad del cielo inunda a aquellos a quienes abandona la claridad de la tierra.

Cada vez que sor Simplicie le preguntaba cómo estaba, respondía con las mismas palabras:

—Bien. Quisiera ver al señor Madeleine.

Algunos meses antes, en aquel momento en que Fantine acababa de perder el último resto de pudor, su última vergüenza y su última alegría, era la sombra de sí misma; ahora era su espectro. El mal físico había completado la obra del mal moral. Esta criatura de veinticinco años tenía la frente arrugada, las mejillas marchitas, la nariz afilada, los dientes descarnados, el color plomizo, el cuello huesudo, las clavículas salientes, los miembros demacrados, la piel terrosa, y sus cabellos rubios estaban mezclados con algunos grises. ¡Ay, cómo improvisa la enfermedad el aspecto de la vejez!

A mediodía volvió el médico, recetó algunas prescripciones, se informó de si el señor Madeleine había llegado, y movió tristemente la cabeza.

El señor Madeleine acostumbraba ir todos los días, a las tres, a ver a la enferma. Como la exactitud era, en este caso, bondad, él era puntual.

Hacia las dos y media, Fantine empezó a agitarse. En el espacio de veinte minutos, preguntó más de diez veces a la religiosa:

—¿Qué hora es, hermana?

Dieron las tres. A la tercera campanada, Fantine se incorporó, ella que de costumbre apenas podía moverse en su cama; juntó, en una especie de apretón convulso, sus manos descarnadas y amarillas, y la religiosa oyó que de su pecho brotaba uno de esos suspiros profundos que parece que levantan un gran peso. Luego, Fantine se volvió y miró la puerta.

Nadie entró; la puerta no se abrió.

Ella permaneció así por espacio de un cuarto de hora, con la mirada fija en la puerta, inmóvil y como reteniendo el aliento. La hermana no se atrevía a hablarle. El reloj de la iglesia dio las tres y cuarto. Fantine se dejó caer sobre la almohada.

No dijo nada, y se puso a hacer nuevamente pliegues en la sábana.

Sonó la media hora, luego la hora. Nadie vino. Cada vez que el reloj se dejaba oír, Fantine se incorporaba y miraba hacia la puerta; después se dejaba caer de nuevo.

Descubríase claramente su pensamiento; pero no pronunciaba ningún nombre; no se quejaba; no acusaba a nadie. Solamente tosía de una manera lúgubre. Hubiérase dicho que la iba cubriendo una nube oscura. Estaba lívida; sus labios se habían vuelto azules. Sonreía en algunos momentos.

Dieron las cinco. Entonces, la hermana oyó que decía muy bajo y dulcemente:

—¡Ya que me voy mañana, hace mal en no venir hoy!

La misma sor Simplicie estaba sorprendida del retraso del señor Madeleine.

Entretanto, Fantine miraba al techo. Parecía querer recordar alguna cosa. De repente, se puso a cantar, con una voz débil como un soplo. La religiosa escuchó. He aquí lo que cantaba:

Compraremos muy bonitas cosas,
paseando por donde hay mucha flor.
Azul el aciano, rosadas las rosas,
azul el aciano, amor de mi amor.

Junto a mi hogar, la virgen María
apareció ayer, con manto bordado.
Me dijo: —El niño que tú me pedías
hételo aquí, bajo el velo ocultado.
Corred a la villa; comprad sederías,
también hilo fino y un dedal dorado.

Compraremos muy bonitas cosas,
paseando por donde hay mucha flor.

Buena Santa Virgen, cerca de mi hogar
yo he puesto mi brizo, de seda adornado.
Aunque Dios me diera su mayor estrella,

prefiero yo el niño que Tú me has donado.

—Señora, ¿qué hago, con tela tan bella?

—Haced la ropita para el recién llegado.

Azul el aciano, rosadas las rosas,

azul el aciano, amor de mi amor.

—Lavad esta ropa. —¿Dónde? —En el río.

Hacedlo sin nada romper ni ensuciar.

Una hermosa saya con lindo corpiño

que quiero bordar y de flores llenar.

—Señora, ¿qué hacer? ¡Ya no está el niño!

—Haced un sudario y venidme a amortajar.

Compraremos muy bonitas cosas,

paseando por donde hay mucha flor.

Azul el aciano, rosadas las rosas,

azul el aciano, amor de mi amor.

Esta canción de cuna era un antiguo romance con el cual solía dormir a la pequeña Cosette, y que no se había presentado en su espíritu durante los cinco años que llevaba sin ver a su niña. Fantine cantó aquello con una voz tan triste y un aire tan dulce, que era como para hacer llorar, incluso a una religiosa. La hermana, habituada a las cosas austeras, sintió que le brotaba una lágrima.

El reloj dio las seis. Fantine pareció no oírlo. Daba la sensación de que no prestaba ninguna atención a nada de lo que la rodeaba.

Sor Simplicie envió a una muchacha de servicio a preguntar a la portera de la fábrica si había vuelto el señor alcalde, y si subiría pronto a la enfermería. La muchacha regresó al cabo de algunos minutos.

Fantine seguía inmóvil y parecía atender únicamente a sus ideas.

La sirvienta explicó en voz muy baja a sor Simplicie que el señor alcalde había partido aquella misma mañana, antes de las seis, en un pequeño tálburi con un caballo blanco, a pesar del frío que hacía; que había partido solo, incluso sin cochero, y que no sabían adónde iba; que algunas personas decían haberle visto tomar el camino de Arras, y que otras aseguraban haberle encontrado en el camino de París. Que, al marcharse, había estado como siempre muy amable, y que únicamente había dicho a la portera que no le esperaran aquella noche.

Mientras las dos mujeres, de espaldas a la cama de Fantine, murmuraban en voz baja, la hermana preguntando y la sirvienta conjeturando, Fantine, con esa vivacidad febril de ciertas enfermedades orgánicas que mezcla los movimientos libres de la salud con la terrible delgadez de la muerte, se había puesto de rodillas en su cama, con sus

dos puños crispados sobre la almohada y la cabeza asomando por entre las cortinas, y escuchaba. De repente gritó:

—¡Estáis hablando del señor Madeleine! ¿Por qué habláis tan bajo? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene?

Su voz era tan brusca y tan ronca que las dos mujeres creyeron oír una voz de hombre; se volvieron aterradas.

—¡Responded! —gritó Fantine.

La sirvienta balbuceó:

—La portera me ha dicho que no podría venir hoy.

—Hija mía —dijo la hermana—, estaos quieta y echaos.

Fantine, sin cambiar de actitud, replicó en voz alta y con acento a la vez imperioso y desgarrado:

—¿No podrá venir? ¿Por qué? Vosotras sabéis la razón; os la decíais en secreto. Yo quiero saberla.

La sirvienta se apresuró a decir al oído de la religiosa:

—Responded que está ocupado en el Consejo municipal.

Sor Simplicie enrojeció ligeramente; era una mentira lo que la sirvienta le proponía decir. Por otro lado, le parecía que decir la verdad a aquella enferma sería causarle sin duda un golpe terrible, y aquello era muy grave, dado el estado en que se hallaba Fantine. Aquel sonrojo duró poco. La hermana levantó hacia Fantine su mirada tranquila y triste, y dijo:

—El señor alcalde se ha marchado.

Fantine se irguió y se sentó sobre los talones. Sus ojos brillaron. Una alegría inaudita resplandecía en aquella fisonomía dolorosa.

—¡Ha marchado! —exclamó—. ¡Ha ido a buscar a Cosette!

Luego, levantó sus dos manos hacia el cielo y en su rostro se pintó una expresión inefable. Sus labios se movían; oraba en voz baja.

Cuando hubo terminado la oración, dijo:

—Hermana, voy a echarme otra vez; voy a hacer todo lo que queráis. Hace poco he sido mala; os pido perdón por haber hablado alto; está muy mal hablar alto, lo sé, mi buena hermana, pero ya veis que estoy contenta. El buen Dios es muy bueno, el señor Madeleine también es bueno, figuraos que ha ido a buscar a mi Cosette a Montfermeil.

Se acostó de nuevo, ayudó a la religiosa a arreglar la almohada y besó una cruzecita de plata que llevaba al cuello y que sor Simplicie le había dado.

—Hija mía —dijo la hermana—, procurad descansar ahora, y no habléis más.

Fantine tomó entre sus manos húmedas la mano de la hermana, que sufría sintiendo aquel sudor.

—Ha salido esta mañana para ir a París. En verdad, no tiene necesidad de pasar por París. Montfermeil está un poco a la izquierda, al venir. ¿Os acordáis de cómo me decía ayer, cuando yo le hablaba de Cosette, «Pronto, pronto»? Quiere darme una sorpresa. ¿Sabéis? Me había hecho firmar una carta para recogerla en casa de los Thénardier. No tendrán nada que decir, ¿no es verdad?, y entregarán a Cosette. Puesto que se les paga. Las autoridades no consentirían que se quedasen con la niña, habiéndoles pagado. Hermana, no me hagáis señas de que es preciso que no hable. Soy muy feliz, estoy muy bien, ya no estoy enferma, voy a ver de nuevo a mi Cosette; hasta tengo hambre. Hace cerca de cinco años que no la veo. ¡Vos no podéis figuraros cómo se quiere a los hijos! ¡Estará tan hermosa! ¡Ya veréis! ¡Tiene unos dedos rosados tan pequeñitos! ¡Si supieseis! ¡Tendrá ahora unas manos tan bonitas! Cuando tenía un año, sus manos eran diminutas. ¡Así! Debe estar muy alta, ahora. Tiene siete años. Es una señorita. Yo la llamo Cosette, pero ella se llama Euphrasie. ¡Vaya! Esta mañana estaba yo mirando el polvo que había sobre la chimenea y pensaba que la vería pronto. ¡Dios mío! ¡Qué triste es pasar muchos años sin ver a un hijo! Porque es preciso reconocer que la vida no es eterna. ¡Oh, qué bueno ha sido el señor alcalde al marchar! ¿Es verdad que hace mucho frío? ¿Ha llevado su capa, por lo menos? Vendrá mañana, ¿no es cierto? Mañana será un día de fiesta. Mañana por la mañana, hermana mía, me recordaréis que me ponga la cofia de encaje. Yo he andado el camino de Montfermeil a pie. Me pareció que estaba muy lejos, entonces. ¡Pero las diligencias van muy rápidas! Estará aquí mañana, con Cosette. ¿Cuánto hay de aquí a Montfermeil?

La hermana no tenía idea alguna de las distancias, y respondió:

—¡Oh! Yo creo que podrá estar de vuelta mañana.

—¡Mañana! ¡Mañana! —exclamó Fantine—. ¡Veré a Cosette mañana! Ya veis, buena hermana del buen Dios, ya no estoy enferma. Estoy loca. Hasta bailarías, si quisierais.

Alguien que la hubiera visto un cuarto de hora antes, no habría comprendido nada. Ahora estaba sonrosada, hablaba con una voz viva y natural, y todo su rostro no era más que una sonrisa. A veces reía, hablando consigo misma en voz baja. Alegría de madre, que casi es alegría de niño.

—¡Vamos! —dijo la religiosa—. Ya sois feliz; obedecedme y no habléis más.

Fantine apoyó la cabeza en la almohada, y dijo, a media voz:

—Sí, acuéstate, sé juiciosa, pues vas a tener a tu hija. Sor Simplicie tiene razón. Todos los que están aquí tienen razón.

Luego, sin moverse, sin girar la cabeza, miró a todas partes con sus grandes ojos abiertos y un aire alegre, y no habló más.

La hermana corrió las cortinas, creyendo que se dormiría.

Entre las siete y las ocho, llegó el médico. Al no oír ningún ruido, creyó que Fantine dormía, entró quedamente y se acercó de puntillas a la cama. Entreabrió las cortinas y,

a la luz de la lamparilla, descubrió los grandes ojos de Fantine, que le miraban plácidamente.

La joven le dijo:

—¿Señor, no es verdad que dejaréis que se acueste a mi lado, en una camita?

El médico creyó que deliraba. Ella añadió:

—Mirad, queda sitio suficiente.

El médico llamó aparte a sor Simplicie, quien le explicó de qué se trataba, diciéndole que el señor Madeleine se había ausentado por uno o dos días, que, en la duda, no habían creído conveniente desengañar a la enferma, la cual creía que el señor alcalde había ido a Montfermeil; que, en suma, también aquello podía ser verdad. El médico lo aprobó.

Se acercó al lecho de Fantine, y oyó que decía:

—Ya veréis, cuando despierte por la mañana, daré los buenos días a mi pequeña gatita; y por la noche, como no duermo, la oiré dormir. Su pequeña respiración, tan dulce, me hará un gran bien.

—Dadme la mano —dijo el médico.

Ella extendió el brazo y exclamó, riendo:

—¿No lo sabéis? Ya estoy bien. Cosette llega mañana.

El médico quedó sorprendido. Estaba mejor; la opresión era menor. El pulso había recobrado su fuerza. Una especie de vida nueva reanimaba a aquel pobre ser agotado.

—Señor doctor —dijo la enferma—, ¿os ha dicho ya la hermana que el señor alcalde ha ido a buscar a mi rapazuela?

El médico recomendó silencio y que le fuera evitada cualquier penosa emoción. Recetó una infusión de quinina pura y, para el caso en que volviese la fiebre por la noche, una poción calmante. Al marcharse, dijo a la hermana:

—Esto va mejor. Si la suerte quiere que mañana el señor alcalde se presente con la niña, ¿quién sabe? Hay crisis sorprendentes; se han visto curas por grandes alegrías y, aunque sé que ésta es una enfermedad orgánica muy avanzada, también sé que hay en ello mucho misterio. ¡Tal vez la salvaríamos!

VII

El viajero toma sus precauciones para regresar

Eran cerca de las ocho de la noche cuando el calesín que habíamos dejado en la carretera entró por la puerta cochera de la casa de postas de Arras. El hombre a quien hemos seguido hasta este momento se apeó, respondió con aire distraído a las solicitudes de los criados de la posada, despidió al postillón con el caballo de refresco y llevó al pequeño caballo blanco hasta la cuadra; luego, empujó la puerta de una sala de billar que estaba en la planta baja, se sentó y apoyó los codos en una mesa. Había empleado catorce horas en un viaje que esperaba hacer en seis. Se decía que no era suya la culpa; pero, en el fondo, no estaba disgustado.

La posadera entró.

—¿Queréis comer? ¿Queréis acostaros?

Hizo un signo negativo con la cabeza.

—El mozo de cuadras dice que vuestro caballo está muy cansado.

Aquí rompió el silencio:

—¿No podrá volver a viajar mañana por la mañana?

—¡Oh, señor!, necesita, por lo menos, dos días de descanso.

—¿No es ésta la oficina de correos?

—Sí, señor.

La posadera le llevó al despacho, donde presentó el pasaporte y se informó de si había medios de regresar aquella misma noche a Montreuil-sur-Mer, en el correo; precisamente el asiento junto al postillón estaba desocupado; lo reservó y lo pagó.

—Señor —dijo el empleado—, se parte a la una en punto de la madrugada.

Una vez hecho esto, salió de la posada y comenzó a andar por la ciudad.

No conocía Arras, las calles estaban oscuras y él andaba a la ventura. No obstante parecía obstinarse en no preguntar su camino a los transeúntes. Pasó el riachuelo Crinchon y se encontró en un dédalo de callejuelas estrechas, donde se perdió. Después de algunas dudas, se decidió a dirigirse a un ciudadano que andaba con un

farol, no sin antes haber mirado en derredor, como si temiera que alguien pudiera oír la pregunta que iba a hacer.

—Señor, ¿el Palacio de Justicia, por favor?

—¿No sois de la ciudad, señor? —respondió el transeúnte, que era un hombre bastante anciano—. Pues, bien, seguidme. Voy precisamente hacia el palacio, es decir, hacia la prefectura. Están ahora reparando el palacio y, provisionalmente, los tribunales celebran sus audiencias en la prefectura.

—¿Es allí donde se ven las causas?

—Sin duda, señor. La prefectura era el palacio del obispo, antes de la revolución. Monseñor de Conzié, que era el obispo en el año ochenta y dos, hizo construir una gran sala. Es ahí donde se juzga.

Mientras andaban, el hombre le dijo:

—Si lo que queréis ver es un proceso, es ya un poco tarde. Ordinariamente, las sesiones terminan a las seis.

No obstante, cuando llegaron a la gran plaza, el hombre le señaló cuatro amplias ventanas iluminadas en la fachada de un vasto y tenebroso edificio.

—A fe mía, señor, que llegáis a tiempo; tenéis suerte. ¿Veis esas cuatro ventanas? Son de la sala del tribunal. Hay luz, lo cual significa que no han terminado aún. El asunto se habrá alargado y tendrán audiencia de noche. ¿Tenéis interés en esta causa? ¿Es algún proceso criminal? ¿Sois testigo?

Respondió:

—No vengo a ninguna causa; únicamente tengo que hablar con un abogado.

—Eso es distinto —dijo el hombre—. Ahí está la puerta. Donde está el centinela. No tendréis más que subir la escalera principal.

Siguió las indicaciones del hombre y, algunos minutos más tarde, estaba en una sala donde había mucha gente y varios grupos compuestos en parte de abogados con toga, que cuchicheaban.

Es cosa que oprime el corazón ver estos grupos de hombres vestidos de negro que hablan en voz baja ante la puerta de la sala del tribunal. Es muy raro encontrar caridad y compasión en sus palabras; en cambio, de ellas salen muy a menudo condenas prematuras. Todos estos grupos parecen, al observador que los contempla, sombrías colmenas donde espíritus zumbantes construyen en común toda clase de edificios tenebrosos.

Aquella sala, espaciosa y alumbrada por una sola lámpara, era una antigua antecámara del palacio del obispo, y servía de sala de «pasos perdidos». Una puerta de dos hojas, cerrada en aquel momento, la separaba de la gran sala donde se reunía el tribunal de la audiencia.

La oscuridad era tal que no temió dirigirse al primer abogado que encontró.

—Señor —dijo—, ¿en qué están?

—Ya se acabó —respondió el abogado.

—¡Se acabó!

Esta palabra fue pronunciada con un acento tal que el abogado se volvió.

—Perdón, señor, ¿sois quizás algún pariente?

—No. No conozco a nadie aquí. ¿Ha habido condena?

—Sin duda. No era posible otra cosa.

—¿A trabajos forzados...?

—A perpetuidad.

Continuó, con una voz tan débil que apenas podía oírsele:

—¿Se ha probado la identidad?

—¿Qué identidad? —repuso el abogado—. No había identidad que probar. El asunto era muy sencillo. Esa mujer había matado a su hijo; el infanticidio ha sido probado y el jurado ha desechado el cargo de premeditación; ha sido condenada a presidio de por vida.

—¿Es, pues, una mujer? —dijo.

—Claro, la Limosin. ¿De quién habláis?

—De nadie. Pero, puesto que han acabado, ¿por qué está aún la sala iluminada?

—Por otro proceso que ha empezado hace cerca de dos horas.

—¿Cuál?

—¡Oh! Está muy claro también: un pícaro, un reincidente, un presidiario que ha robado. No recuerdo su nombre; pero tiene cara de bandido, sólo por su rostro le enviaría yo a presidio.

—Señor, ¿no hay medio de penetrar en la sala?

—Creo que no. Hay mucha gente. Sin embargo, se ha aplazado la audiencia; han salido algunas personas y, cuando vuelvan a abrir, podéis probar.

—¿Por dónde se entra?

—Por esa puerta grande.

El abogado lo dejó. En pocos instantes, había experimentado, casi simultáneamente, todas las emociones posibles. Las palabras de aquel indiferente le habían atravesado el corazón como agujas de hielo y como puntas de fuego. Cuando vio que aún no había terminado la causa, respiró; pero no hubiera podido decir si lo que sentía era alegría o dolor.

Se acercó a varios grupos y escuchó lo que hablaban. Había muchas causas, y el presidente había señalado para aquel día dos de las más sencillas y cortas. Habían empezado por el infanticidio y ahora se veía la del presidiario, del reincidente, de «la cabra que siempre tira al monte». Aquel hombre había robado manzanas, pero aquello no estaba bien probado; lo que estaba probado es que había estado ya en las galeras en Tolón. Esto es lo que daba mal giro a su causa. Por lo demás, el interrogatorio del hombre había terminado, y las declaraciones de los testigos también; pero faltaba aún

la acusación del Ministerio Público y la defensa del abogado, con lo cual aquello no terminaría antes de las doce de la noche. El hombre sería probablemente condenado; el abogado fiscal era muy elocuente, y no perdía ninguna causa de éstas; era un joven de talento, que hacía versos.

Cerca de la puerta, de pie, estaba un ujier, a quien preguntó:

—¿Se abrirá pronto la puerta?

—No se abrirá —respondió el ujier.

—¡Cómo! ¿No se volverá a abrir cuando continúe la vista? ¿No está aplazada la audiencia?

—La audiencia acaba de ser reanudada —repuso el ujier—, pero la puerta no se abrirá.

—¿Por qué?

—Porque la sala está llena.

—¡Qué! ¿No hay ni un solo sitio?

—Ni uno. La puerta está cerrada y nadie puede entrar. —El ujier añadió, tras un silencio—: Hay aún dos o tres sitios detrás del señor presidente, pero el señor presidente no admite allí más que a funcionarios públicos.

Una vez dicho esto, el ujier volvió la espalda.

El hombre se retiró, con la cabeza baja; atravesó la antecámara y bajó la escalera lentamente, como dudando a cada peldaño. Es probable que tuviera una especie de consejo consigo mismo. El violento combate que se libraba en él, desde la víspera, no había terminado; a cada momento, entraba en una nueva peripecia. Al llegar al rellano de la escalera, se apoyó en la barandilla y cruzó los brazos. De repente, abrió su levita, cogió su cartera, sacó un lápiz, arrancó una hoja, y escribió rápidamente, a la luz del farol, unas palabras: «Señor Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer». Luego, volvió a subir la escalera a grandes pasos, atravesó la multitud, se dirigió al ujier, le entregó el papel y le dijo, con autoridad:

—Entregad esto al señor presidente.

El ujier cogió el papel, le echó una ojeada y obedeció.

VIII

Entrada de favor

El alcalde de Montreuil-sur-Mer había adquirido, sin él saberlo, una cierta celebridad. Hacía siete años que su reputación y su virtud se extendían por todo el Bas Boulonnais, y había acabado por franquear los límites de tan pequeña comarca, extendiéndose por las dos o tres provincias vecinas. Además del servicio considerable que había hecho a la cabeza de partido, reformando la industria de los abalorios negros, no había ni uno solo de los ciento cuarenta y tres ayuntamientos del distrito de Montreuil-sur-Mer que no le debiera algún beneficio. Había sabido incluso ayudar y fecundar las industrias de los otros distritos. Había sostenido, con su crédito y sus fondos, la fábrica de tul de Boulogne, la hilatura de lino a máquina en Frévent y la manufactura hidráulica de tejidos en Boubiers-sur-Canche. En todas partes se pronunciaba con veneración su nombre. Arras y Douai envidiaban su alcalde a la dichosa pequeña población de Montreuil-sur-Mer.

El consejero de la audiencia de Douai, que presidía la sesión del tribunal en Arras, conocía, como todo el mundo, aquel nombre tan profunda y universalmente honrado. El ujier abrió discretamente la puerta que comunicaba la sala del Consejo con la de la Audiencia, se inclinó detrás del presidente, le dio el papel que acabamos de leer y le dijo:

—Este señor desea asistir a la audiencia.

El presidente hizo un vivo movimiento de deferencia, cogió la pluma, escribió algunas palabras en el mismo papel, y lo devolvió al ujier, diciendo:

—Hacedle entrar.

El desgraciado cuya vida vamos refiriendo se había quedado cerca de la puerta de la sala, en el mismo sitio y con la misma actitud en que el portero le había dejado. Oyó, en medio de sus reflexiones, que alguien le decía:

—¿Quiere el señor hacerme el honor de seguirme?

Era el mismo ujier que un momento antes le había vuelto la espalda, y que ahora se inclinaba hasta el suelo. El ujier le entregó el papel; Madeleine lo desdobló y, como

estaba cerca de la lámpara, pudo leer: «El presidente del tribunal presenta sus respetos al señor Madeleine».

Arrugó el papel entre sus manos, como si aquellas palabras tuvieran para él un sabor extraño y amargo.

Siguió al ujier.

Algunos minutos después, se encontraba solo, en una especie de gabinete artesonado, de aspecto severo, iluminado por dos velas colocadas sobre una mesa cubierta por un tapete verde. Tenía aún en los oídos las últimas palabras del ujier:

—Señor, ésta es la sala del Consejo; no tenéis más que girar el pomo de cobre de esta puerta y os encontraréis en la Audiencia, detrás del sillón del señor presidente.

Estas palabras se mezclaban, en su pensamiento, con un recuerdo vago de corredores estrechos y negras escaleras que acababa de recorrer.

El ujier le había dejado solo. El momento supremo había llegado. Trataba de concentrarse en sí mismo, sin conseguirlo. Es precisamente en los momentos en que se tendría mayor necesidad de ligarlos a las realidades dolorosas de la vida cuando los hilos del pensamiento se rompen en el cerebro. Estaba en el mismo lugar donde los jueces deliberan y condenan. Miraba, con una tranquilidad estúpida, aquella habitación pacífica y temible, donde tantas existencias habían sido rotas, donde su nombre iba a resonar dentro de poco, y que su destino atravesaba en aquel momento. Miraba la pared y luego se miraba a sí mismo, asombrándose de que fuese aquella cámara y de que fuese él mismo.

No había comido desde hacía más de veinticuatro horas, estaba rendido por los vaivenes del calesín, pero no lo sentía; le parecía que no sentía nada.

Se acercó a un marco negro, que estaba colgado de la pared y que contenía, bajo un cristal, una vieja carta autógrafa de Jean-Nicolas Pache, alcalde de París y ministro, fechada, sin duda por error, el 9 de junio del año II, y en la cual Pache enviaba al municipio la lista de ministros y de diputados arrestados en sus casas. Quien hubiera podido observarle en aquel momento habría sin duda imaginado que aquella carta le parecía muy curiosa, porque no apartaba la vista de ella y la leyó dos o tres veces. Leía sin prestar ninguna atención a ello. Pensaba en Fantine y en Cosette.

Sin dejar de meditar, se volvió y sus ojos encontraron el pomo de cobre de la puerta que le separaba de la sala del tribunal. Casi había olvidado aquella puerta. Su mirada, hasta entonces tranquila, se detuvo en aquel pomo, se aferró a él, quedó como enajenada y fría y se fue impregnando poco a poco de terror. Gruesas gotas de sudor salían de entre sus cabellos y resbalaban por sus sienes.

En cierto momento, hizo, con una especie de autoridad mezclada con rebelión, ese gesto indescriptible que quiere decir, y dice tan bien: «¡Pardiez! ¿Quién me obliga a esto?». Luego se volvió con viveza, vio delante de sí la puerta por la cual había entrado, fue hacia ella, la abrió y salió. No estaba ya en aquella habitación, estaba

fuera, en un corredor, un corredor largo, estrecho, alumbrado aquí y allá por reverberos parecidos a lamparillas para velar enfermos; era el corredor por donde había entrado. Respiró; escuchó; ningún ruido tras él, ningún ruido delante de él; huyó, como si le persiguieran.

Cuando dejó atrás algunos recodos del pasillo, escuchó una vez más. Siempre el mismo silencio y la misma sombra que le rodeaba. Estaba sofocado, vacilaba, se apoyó en la pared. La piedra estaba fría y su sudor era helado en su frente; se enderezó estremeciéndose.

Entonces, solo, de pie en aquella oscuridad, temblando de frío, y tal vez también de otra cosa, meditó.

Había meditado durante toda la noche, había meditado durante todo el día; sólo podía oír una voz que le decía: «¡Ay de ti!».

Transcurrió un cuarto de hora. Por fin, inclinó la cabeza, suspiró con angustia, dejó caer los brazos y volvió sobre sus pasos. Andaba lentamente, como oprimido. Parecía que alguien le hubiese cogido en su huida y le condujese.

Entró en la habitación del Consejo. Lo primero que vio fue el pomo de la puerta. Aquel pomo redondo y de cobre pulimentado resplandecía como una estrella terrible. Lo miraba como una oveja miraría el ojo de un tigre.

Sus ojos no podían separarse de él.

De cuando en cuando, daba un paso y se acercaba a la puerta.

Si hubiera escuchado, habría oído una especie de murmullo confuso, el ruido de la sala; pero no escuchaba nada, no oía nada.

De repente, sin que él mismo supiera cómo, se encontró junto a la puerta. Cogió convulsivamente el pomo; la puerta se abrió.

Estaba en la sala de la Audiencia.

IX

Un lugar donde empiezan a formarse las convicciones

Dio un paso, cerró maquinalmente la puerta tras de sí y se quedó de pie, examinando lo que veía.

Era la sala un vasto recinto apenas iluminado; ya silencioso, ya lleno de un vago rumor, donde todo el aparato de un proceso criminal se desarrollaba con su gravedad mezquina y lúgubre, en medio de la multitud.

En un extremo de la sala, precisamente en el mismo en que él estaba, los jueces, con aire distraído, con toga usada, se mordían las uñas o cerraban los párpados; al otro extremo, una multitud desaharrapada; abogados en toda clase de actitudes; soldados de rostro honrado y duro; viejos frisos de madera manchados, un techo sucio, mesas cubiertas con una sarga más amarilla que verde, puertas ennegrecidas por las manos; algunos clavos en el artesonado; quinqués tabernarios que daban más humo que claridad; sobre las mesas, velas en sus candeleros de cobre; oscuridad, fealdad, tristeza; y de todo aquello se desprendía una impresión austera y augusta, pues se presentía esa gran cosa humana que se llama Ley, y esta gran cosa divina que se llama Justicia.

Nadie, de aquella multitud, le prestó atención. Todas las miradas convergían en un punto único, un banco de madera adosado a una puertecilla, a lo largo de la pared, a la izquierda del presidente. Sobre aquel banco, iluminado por varias velas, había un hombre entre dos gendarmes.

Aquel hombre era el hombre.

No le buscó, le vio. Sus ojos se dirigieron allí naturalmente, como si de antemano supiesen ya el sitio que ocupaba.

Creyó verse a sí mismo, envejecido, no exactamente con su mismo rostro, pero con su misma actitud y su mismo aspecto, con los cabellos erizados, con aquella mirada salvaje e inquieta, con aquella blusa que llevaba el día en que entró en Digne, lleno de odio y ocultando en su alma aquel espantoso tesoro de pensamientos terribles, acumulados durante diecinueve años de presidio.

Se dijo, con un estremecimiento: «¡Dios mío! ¿Me convertiré yo en eso?».

Aquel hombre parecía tener por lo menos sesenta años; había en su aspecto un no sé qué de rudeza, de estupidez y de espanto.

Al ruido de la puerta, el presidente volvió la cabeza y, comprendiendo que el personaje que acababa de entrar era el señor alcalde de Montreuil-sur-Mer, le saludó. El abogado fiscal, que había visto al señor Madeleine en Montreuil-sur-Mer, adonde las funciones de su ministerio le habían llamado en algunas ocasiones, le reconoció y le saludó igualmente. Él apenas se dio cuenta. Era presa de una especie de alucinación; miraba.

Jueces, un escribano, gendarmes, una multitud de cabezas cruelmente curiosas; había visto ya una vez aquello, veintisiete años antes. Estas cosas funestas las volvía a encontrar ahora, estaban allí, se movían, existían. No era un esfuerzo de su memoria, ni un espejismo, eran verdaderos gendarmes, verdaderos jueces, una verdadera multitud y verdaderos hombres de carne y hueso. Aquello existía evidentemente; veía reaparecer y revivir a su alrededor, en toda su horrible realidad, los aspectos monstruosos de su pasado.

Todo aquello estaba ante él.

Se sintió horrorizado, cerró los ojos y exclamó, en lo más profundo de su alma: «¡Jamás!».

Y por un juego trágico del destino, que hacía temblar todas sus ideas y casi le volvía loco, tenía delante a otro que era él mismo. Aquel hombre a quien estaban juzgando era conocido por todos como Jean Valjean.

Tenía ante sus ojos, visión inaudita, la escena más horrible de su vida, representada por un fantasma.

Todo era lo mismo, el mismo aparato, la misma hora de la noche, casi las mismas caras de los jueces, de los soldados y de los espectadores. Sólo que encima de la cabeza del presidente había un crucifijo, cosa que faltaba en los tribunales del tiempo de su condena. Cuando le habían juzgado a él, Dios estaba ausente.

Detrás de él había una silla; se dejó caer en ella, aterrado por la idea de que pudieran verle. Cuando estuvo sentado, se aprovechó de un montón de legajos que había sobre la mesa de los jueces para ocultar su rostro a toda la sala. Ahora podía ver sin ser visto. Poco a poco, fue recobrándose. Entró plenamente en el sentimiento de lo real; llegó a esa fase de la calma en la que es posible escuchar.

El señor Bamatabois era uno de los jurados.

Buscó a Javert, pero no le vio. El banco de los testigos quedaba fuera de su vista, tras la mesa del escribano. Además, acabamos de decirlo, la sala estaba apenas iluminada.

En el momento en que entró, el abogado del acusado acababa su defensa. La atención de todos estaba excitada en el más alto grado; la vista duraba desde hacía ya

tres horas. Desde hacía tres horas, aquella multitud veía encorvarse poco a poco, bajo el peso de una verosimilitud horrible, a un hombre, un desconocido, un ser miserable, profundamente estúpido o profundamente hábil. Aquel hombre, como ya sabemos, era un vagabundo que había sido encontrado en un campo mientras llevaba una rama de manzanas maduras, arrancada a un manzano en un cercado vecino, el cercado Pierron. ¿Quién era aquel hombre? Habíase procedido a una investigación; acababan de ser oídos los testigos; éstos habían sido unánimes, y los hechos se habían aclarado. La acusación decía:

—No solamente tenemos aquí a un ladrón de frutos, a un merodeador; tenemos aquí, en nuestras manos, a un bandido, a un relapso, a un antiguo presidiario, a un malvado de los más peligrosos, a un malhechor llamado Jean Valjean, a quien la justicia busca desde hace largo tiempo, y quien, hace ocho años, al salir del presidio de Tolón, cometió un robo en despoblado, a mano armada, contra la persona de un pequeño saboyano llamado Gervais, crimen previsto en el artículo 383 del Código Penal, por el cual nos reservamos acusarle ulteriormente, cuando la identidad sea comprobada judicialmente. Acaba de cometer otro robo. Es un caso de reincidencia. Condenadle ahora por el último hecho; más tarde será juzgado por el antiguo.

Ante esta acusación, Champmathieu parecía sorprendido, especialmente ante la unanimidad de los testigos. Hacía gestos y señas que querían decir no, o bien contemplaba el techo. Hablaba con dificultad, respondía con embarazo; pero, de la cabeza a los pies, toda su persona negaba. Estaba como un idiota en presencia de aquellas inteligencias en formación de batalla a su alrededor, y como un extraño en medio de aquella sociedad que le cercaba. Y, sin embargo, de allí podía salir un porvenir terrible; la verosimilitud crecía por momentos, y toda aquella multitud miraba, con más ansiedad que él mismo, aquella sentencia llena de calamidades que pendía sobre su cabeza. Una eventualidad dejaba incluso entrever como posible la pena de muerte, si la identidad era reconocida y si sobre el robo a Gervais recaía una condena. ¿Qué era, pues, aquel hombre? ¿De qué naturaleza era su apatía? ¿Era imbécil o astuto? ¿Comprendía demasiado o no comprendía absolutamente nada? Cuestiones que dividían a la multitud, y que parecían poner en desacuerdo también al jurado. En aquel proceso había lo que horroriza y lo que intriga; el drama no era solamente sombrío, era oscuro.

El defensor había abogado bastante bien, en esa lengua de provincias que ha sido por mucho tiempo la elocuencia del foro, y que empleaban antiguamente todos los letrados, lo mismo en París que en Romorantin o en Montbrison, y que hoy, habiéndose convertido en clásica, la practican sólo los oradores oficiales del estrado, a quienes conviene por su sonoridad grave y su frase majestuosa; lengua en la que un marido se llama un «esposo»; una mujer, una «esposa»; París, «el centro de las artes y la civilización»; el rey, «el monarca»; monseñor el obispo, «un santo pontífice»; el

abogado fiscal, «el elocuente intérprete de la vindicta pública»; la defensa, «la voz que acaba de oírse»; el siglo de Luis XIV, «el gran siglo»; un teatro, «el templo de Melpómene»; la familia reinante, «la augusta sangre de nuestros reyes»; un concierto, «una solemnidad musical»; el comandante general de la provincia, «el ilustre guerrero que, etc.»; los alumnos del seminario, «esas tiernas levitas»; los errores imputados a los periódicos, «la impostura que destila su veneno en las columnas de estos órganos», etc., etc. El abogado, pues, había comenzado por explicarse sobre el robo de las manzanas, cosa difícil para un buen estilo; pero el mismo Bénigne Bossuet se vio obligado a aludir a una gallina en una oración fúnebre, y lo hizo con elocuencia. El abogado había establecido que el robo de manzanas no estaba materialmente probado. Su cliente, a quien, en su calidad de defensor, persistía en llamar Champmathieu, no había sido visto por nadie escalando el muro o rompiendo la rama. Le habían detenido en posesión de esta rama (a la que el abogado llamaba preferentemente «ramita»), pero él decía haberla encontrado en el suelo y haberla recogido. ¿Dónde estaba la prueba de lo contrario? Sin duda aquella rama había sido rota y robada después de un escalamiento, y luego arrojada por el merodeador atemorizado; sin duda había habido un ladrón. ¿Pero qué probaba que aquel ladrón fuese Champmathieu? Una sola cosa. Su calidad de antiguo presidiario. El abogado no negaba que esta circunstancia no apareciera desgraciadamente bien probada; el acusado había residido en Faverolles; el acusado había sido podador; el nombre de Champmathieu podía muy bien tener por origen el de Jean Mathieu; todo esto era cierto; finalmente, cuatro testigos reconocían, sin dudar y positivamente, que Champmathieu era el presidiario Jean Valjean; a estas indicaciones, a estos testimonios, el abogado no podía oponer más que la negativa de su cliente, negativa interesada; pero, suponiendo que él fuese el forzado Jean Valjean, ¿probaba esto que fuese el autor del robo de manzanas? Esto era una presunción, no una prueba. El acusado, esto era cierto, y el defensor «en su buena fe» debía convenir en ello, había adoptado un «mal sistema de defensa». Se obstinaba en negarlo todo, el robo y su calidad de forzado. Una confesión sobre este último punto hubiera valido más, bien seguro, y le hubiera conciliado la indulgencia de sus jueces; el abogado se lo había aconsejado; pero el acusado se había negado obstinadamente, creyendo que sin duda lo salvaría todo no confesando nada. Era una equivocación; pero ¿no debía tenerse en cuenta su escasa inteligencia? Aquel hombre era visiblemente estúpido. Una larga estancia en presidio, una larga miseria fuera de él, le habían embrutecido, etc., etc. Se defendía mal, ¿era ésta una razón para condenarlo? En cuanto al asunto del pequeño Gervais, el abogado no tenía nada que discutir, porque no estaba en la causa. El abogado concluía suplicando al jurado y al tribunal, si la identidad de Jean Valjean les parecía evidente, que le aplicasen la corrección de policía que se aplica a los transgresores de un bando, no el castigo terrible que cae sobre un forzado reincidente.

El abogado fiscal replicó al defensor. Fue violento y florido, como lo son habitualmente los abogados fiscales.

Felicitó al defensor por su «lealtad», y aprovechó hábilmente esta lealtad. Atacó al acusado por todas las concesiones que el abogado había hecho. El abogado parecía estar de acuerdo en que el acusado era Jean Valjean, y el fiscal tomó buena nota de estas palabras. Aquel hombre era, pues, Jean Valjean. Esta parte de la acusación era, pues, un hecho aceptado y no podía negarse. Aquí, con una hábil antonomasia, remontándose a los orígenes y causas de la criminalidad, el abogado general tronó contra la inmoralidad de la escuela romántica, entonces en su aurora bajo el nombre de escuela satánica, que le habían dado los críticos de *L'Oriflamme*, y de *La Quotidienne*, atribuyó, no sin verosimilitud, a la influencia de esta literatura perversa el delito de Champmathieu, o por mejor decir, de Jean Valjean. Agotadas estas consideraciones, pasó a hablar del propio Jean Valjean. ¿Quién era este Jean Valjean? Descripción de Jean Valjean. Un monstruo vomitado, etc. El modelo de esta clase de descripciones está en el relato de Thérèse, que no es útil en la tragedia, pero que presta diariamente grandes servicios a la elocuencia forense. El auditorio y los jurados «se estremecieron». Una vez terminada la descripción, el fiscal continuó, con un movimiento oratorio hecho para suscitar el más alto grado de entusiasmo, al día siguiente por la mañana, del Diario de la prefectura:

—Y este hombre de tal condición, etc., etc., vagabundo, mendigo, sin medios de existencia, etc., etc., habituado, por su vida pasada, a incurrir en actos culpables, y poco corregido por su estancia en la prisión, como lo prueba el crimen cometido en la persona del pequeño Gervais, etc., etc., es un hombre tal el que, encontrado en la vía pública en flagrante delito de robo, a algunos pasos de una pared escalada, teniendo aún en la mano el cuerpo del delito, todavía niega el robo y el escalo, lo niega todo, niega hasta su nombre, niega hasta su identidad. Además de muchas otras pruebas sobre las cuales no vamos a insistir, cuatro testigos le reconocen, Javert, el íntegro inspector de policía Javert, y tres de sus antiguos compañeros de ignominia, los forzados Brevet, Chenildieu y Cochepaille. ¿Qué opone él a esta unanimidad terrible? Niega. ¡Qué endurecimiento! Señores jurados, haréis justicia, etc., etc.

Mientras el fiscal general hablaba, el acusado escuchaba con la boca abierta, con una especie de asombro no exento de admiración. Estaba indudablemente sorprendido de que un hombre pudiera hablar de aquel modo. De cuando en cuando, en los momentos más «enérgicos» de la acusación, en aquellos instantes en que la elocuencia, que no puede contenerse, se desborda en un torrente de epítetos infamantes y rodea al acusado como una tempestad, movía lentamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como una especie de triste y muda protesta, con la que se contentaba desde el principio de la vista. Dos o tres veces, los espectadores situados cerca de él le oyeron decir, a media voz:

—¡Ved aquí el resultado de no haber preguntado al señor Baloup!

El abogado fiscal hizo observar al jurado esta actitud estúpida, evidentemente calculada, que denotaba, no la imbecilidad, sino la pericia, la astucia, la costumbre de engañar a la justicia, y que ponía a la luz del día «la profunda perversidad de aquel hombre». Terminó haciendo sus reservas para el asunto Gervais, y pidiendo una condena severa.

Esto era, como se recordará, trabajos forzados a perpetuidad.

El defensor se levantó, empezó por complimentar «al Ministerio Público» por «su admirable alocución»; luego, replicó como pudo, pero débilmente; el terreno, evidentemente, se hundía bajo sus pies.

El instante de cerrar el debate había llegado. El presidente hizo levantar al acusado y le dirigió la pregunta de costumbre:

—¿Tenéis algo que alegar en vuestra defensa?

El hombre, en pie, dando vueltas entre sus manos al gorro, pareció no entender la pregunta.

El presidente la repitió.

Esta vez, el hombre entendió. Pareció comprender, hizo un movimiento como si despertase de un sueño, paseó su mirada en derredor suyo, miró al público, a los gendarmes, a su abogado, a los jurados, al tribunal, posó su monstruosa mano sobre el borde de la barandilla que había delante de su banquillo, miró una vez más, y de repente, fijó su mirada en el fiscal general y se puso a hablar. Fue como una erupción volcánica. Pareció, por el modo como las palabras escapaban de su boca, incoherentes, impetuosas, atropelladas, confusas, que acudiesen en tropel a sus labios para salir todas de una vez. Dijo:

—Tengo que decir algo. Yo he sido carretero en París, y he estado en casa del señor Baloup. Es una profesión dura. Los carreteros trabajan siempre al aire libre, en patios, o bajo cobertizos cuando son buenos los amos, pero nunca en talleres cerrados, porque es preciso mucho espacio. En invierno hace tanto frío que nos golpeamos los brazos para calentarnos; pero los dueños no quieren esto, dicen que se pierde tiempo. Manejar el hierro cuando hay hielo en las calles es muy rudo. Esto gasta pronto a los hombres. De este modo se hace uno viejo cuando aún es joven. A los cuarenta años, un hombre está acabado. Yo tenía ya cincuenta y tres, y lo pasaba muy mal. ¡Y, después, son tan malos los obreros! Cuando un hombre ya no es joven, os llaman de todo, ¡pícaro viejo, vieja bestia! Yo no ganaba más que treinta sueldos diarios; los amos me pagaban lo menos que podían, aprovechándose de mi edad. Además, yo tenía una hija que era lavandera en el río. Ganaba un poco, por su lado. Para los dos nos bastaba. Ella también padecía lo suyo. Estaba todo el día metida en

una banca hasta medio cuerpo, con lluvias, con nieve, con vientos que cortaban la cara; cuando hiela no importa, hay que lavar lo mismo; hay personas que no tienen demasiada ropa y están esperando; si no se lavaba, se perdían los parroquianos. Las tablas están mal unidas y os entra el agua por todas partes. Las sayas se mojan del todo, por arriba y por abajo; esto penetra. También ha trabajado en el lavadero de los Niños Expósitos, donde el agua llega por medio de grifos. Allí no hay bancas. Se lava delante del caño y se aclara detrás, en el depósito. Como allí está cerrado, se tiene menos frío en el cuerpo, pero hay una colada de agua caliente que es terrible. Ella regresaba a las siete de la tarde y se acostaba inmediatamente; ¡estaba tan cansada! Su marido le pegaba. Ha muerto ya. No hemos sido nada felices. Era una buena muchacha que no iba a los bailes, que era muy apacible. Me acuerdo de un martes de carnaval, en que estaba ya acostada a las ocho. Ahí tenéis. Yo digo la verdad. No tenéis más que preguntar. ¡Ah, sí, claro, preguntar! ¡Qué estúpido soy! París es un abismo. ¿Quién conoce a Champmathieu? Sin embargo ya os he dicho que el señor Baloup. Preguntad en casa del señor Baloup. Después de esto, no sé qué más queréis.

El hombre se calló y permaneció en pie. Había dicho aquellas cosas en voz alta, rápida, ronca, dura y precipitada, con una especie de ingenuidad irritada y salvaje. En una ocasión, se había interrumpido para saludar a alguien de la multitud. Las afirmaciones que parecían lanzar al azar ante él salían como un hipo violento, y acompañaba cada una con un gesto parecido al que hace un leñador al hendir la madera. Cuando hubo terminado, el auditorio se echó a reír. Miró al público, vio que se reía y, no comprendiendo nada, se echó a reír también.

Aquello era siniestro.

El presidente, hombre atento y benévolo, levantó la voz.

Recordó a los «señores jurados» que «el señor Baloup, antiguo maestro carretero con quien el acusado dice haber trabajado, ha sido citado inútilmente. Está en quiebra, y no se le pudo hallar». Luego, volviéndose hacia el acusado, le conminó a que escuchara lo que iba a decirle.

—Os halláis en una situación en la que hay que reflexionar. Las más graves presunciones pesan sobre vos, y pueden traeros consecuencias capitales. Acusado, en vuestro interés os interpelo por última vez, explicaos claramente sobre estos dos hechos. Primero, ¿habéis franqueado, sí o no, el cercado de Pierron, roto la rama y robado las manzanas, es decir, cometido robo y escalo? Segundo, ¿sois, sí o no, el presidiario liberado Jean Valjean?

El acusado movió la cabeza como un hombre que hubiese comprendido perfectamente y supiese lo que va a responder. Abrió la boca, se volvió hacia el presidente y dijo:

—En primer lugar...

Luego, miró su gorro, miró al techo y se calló.

—Acusado —insistió el abogado fiscal, con voz severa—, prestad atención. No respondéis a nada de lo que se os pregunta. Vuestra turbación os condena. Es evidente que no os llamáis Champmathieu y que sois el forzado Jean Valjean, escondido en principio bajo el nombre de Jean Mathieu, que era el nombre de su madre; que habéis estado en Auvernia, que habéis nacido en Faverolles, donde habéis sido podador. Es evidente que habéis robado, con escaló, manzanas maduras en el cercado Pierron. Los señores jurados apreciarán estos hechos.

El acusado, que había acabado por sentarse, se levantó bruscamente cuando el fiscal general hubo terminado y exclamó:

—¡Sois malvado! Esto es lo que quería decir, y no sabía cómo. Yo no he robado nada. Soy un hombre que no come todos los días. Venía de Ailly, andaba por la región, después de una tempestad que había asolado el campo, hasta el punto de que las charcas se desbordaban y no brotaban de los arenales más que pequeñas briznas de hierba al borde del camino. Encontré una rama con manzanas rota en el suelo y la recogí, sin saber que me traería disgustos. Hace tres meses que estoy en la cárcel y que se me vapulea. Después de esto, no puedo decir nada; se habla contra mí, se me dice: ¡responde! El gendarme, que es un buen muchacho, me da con el codo y me dice en voz baja: «Contesta, pues». Yo no sé explicarme, no he hecho estudios, soy un pobre hombre. Esto es lo que hacéis mal en no ver. Yo no he robado, yo he recogido del suelo lo que encontré. Decís: ¡Jean Valjean, Jean Mathieu! Yo no conozco a estas personas. Serán aldeanos. Yo he trabajado en casa del señor Baloup, en el bulevar del Hospital. Me llamo Champmathieu. Sois muy maliciosos diciéndome dónde he nacido. Yo lo ignoro. No todo el mundo tiene casas para venir al mundo, sería demasiado cómodo. Yo creo que mi padre y mi madre eran personas que iban por las carreteras. No sé más. Cuando era niño, me llamaban pequeño, ahora me llaman viejo. Éstos son mis nombres de pila. Tomadlo como queráis. He estado en Auvernia y he estado en Faverolles, ¡pardiez! ¿Y qué? ¿Es que no se puede haber estado en Auvernia y en Faverolles sin haber estado en las galeras? Os digo que yo no he robado y que soy Champmathieu. ¡He estado en casa del señor Baloup y he vivido allí! ¡Me estáis fatigando con todas estas estupideces! ¿Por qué la gente se encarniza tanto conmigo?

El abogado fiscal había permanecido en pie; se dirigió al presidente:

—Señor presidente, en presencia de negativas confusas, pero muy hábiles, del acusado, que quisiera hacerse pasar por un idiota, pero no lo conseguirá, se lo advertimos, pedimos al tribunal que se sirva hacer comparecer de nuevo a los condenados Brevet, Cochepaille y Chenildieu y al inspector de policía Javert, e interrogarlos por última vez sobre la identidad del acusado.

—Hago observar al señor fiscal general —dijo el presidente— que el inspector de policía Javert, reclamado por sus funciones en la capital de un distrito próximo, ha abandonado la audiencia, y también la ciudad, una vez hecha su declaración. Nosotros

le hemos concedido licencia para ello, con el consentimiento del fiscal general y del defensor del acusado.

—Es cierto, señor presidente —continuó el fiscal general—. En ausencia del señor Javert, creo deber recordar a los señores jurados lo que ha declarado aquí mismo, hace pocas horas. Javert es un hombre estimado, que honra, con su rigurosa y estrecha probidad, un cargo subalterno, pero de importancia. He aquí en qué términos ha declarado: «No tengo siquiera necesidad de presunciones morales, ni de pruebas morales que desmientan las negativas del acusado. Le reconozco perfectamente. Este hombre no se llama Champmathieu; es un antiguo forzado muy perverso y muy temible, llamado Jean Valjean. Se le puso en libertad, al expirar su condena, no sin pesadumbre. Ha sufrido diecinueve años de trabajos forzados, por robo calificado. Trató de evadirse en cinco o seis ocasiones. Además del robo a Gervais y del robo de Pierron, sospecho que cometió otro en casa de su ilustrísima, el difunto obispo de Digne. Le he visto muchas veces, cuando yo era ayudante de cómitre en el presidio de Tolón. Repito que le conozco perfectamente».

Esta declaración, tan precisa, pareció producir una viva impresión en el público y el jurado. El fiscal general terminó insistiendo que, a falta de Javert, fuesen oídos de nuevo e interrogados los tres testigos, Brevet, Chenildieu y Cochepaille.

El presidente transmitió la orden a un ujier y, un momento más tarde, la puerta de la sala de los testigos se abrió. El ujier, acompañado de un gendarme dispuesto a prestarle auxilio, introdujo al condenado Brevet. El auditorio estaba suspenso y todos los pechos palpitaban como si no tuviesen más que una sola alma.

El presidiario Brevet llevaba la chupa negra y gris de las prisiones centrales. Era un hombre de unos sesenta años, que tenía aire de pícaro y facha de hombre de negocios. Estas cualidades van juntas algunas veces. En la cárcel, adonde le habían vuelto a llevar nuevos delitos, había llegado a ser calabocero, o cosa semejante. Sus jefes decían de él: «Quiere ser útil». Los capellanes daban testimonio de sus costumbres religiosas. No hay que olvidar que esto sucedía en tiempos de la Restauración.

—Brevet —dijo el presidente—, habéis sufrido una condena infamante y no podéis prestar juramento...

Brevet bajó los ojos.

—No obstante —continuó el presidente—, incluso en el hombre degradado por la Ley, puede quedar, cuando la misericordia divina lo permite, un sentimiento de honor y de equidad. Apelo a ese sentimiento en este instante decisivo. Si existe aún en vos, como espero, reflexionad antes de responderme; considerad, por un lado, a este hombre a quien puede perder una palabra vuestra, y, por otro lado a la justicia, a la que puede ayudar esta misma palabra. El instante es solemne, y aún es tiempo de retractaros, si creéis haberos equivocado. Acusado, levantaos. Brevet, mirad bien al

acusado, reunid vuestros recuerdos y decid, en vuestra alma y conciencia, si persistís en reconocer en este hombre a vuestro antiguo compañero de prisión Jean Valjean.

Brevet miró al acusado y luego se volvió hacia el tribunal.

—Sí, señor presidente. Yo soy quien le ha reconocido primero y persisto en ello. Este hombre es Jean Valjean. Entró en Tolón en 1796 y salió en 1815. Yo salí al año siguiente. Ahora tiene el aire de un bruto, quizá le haya embrutecido la edad; en el presidio era muy taimado. Le reconozco positivamente.

—Id a vuestro asiento —dijo el presidente—. Acusado, permaneced en pie.

Entró Chenildieu, presidiario a perpetuidad, como lo indicaba su casaca roja y su gorro verde. Sufría su pena en el presidio de Tolón, de donde había salido para declarar en esta causa. Era un hombre bajito, de unos cincuenta años, vivo, arrugado, ruin, amarillo, nervioso, descarado, que tenía en todos sus miembros y en todo su cuerpo una especie de debilidad enfermiza, y en la mirada una fuerza inmensa. Sus compañeros le llamaban Je-nie-Dieu.

El presidente le dirigió, poco más o menos, las mismas frases que a Brevet. Cuando le recordó que su infamia no le permitía prestar juramento, Chenildieu levantó la cabeza y miró al público descaradamente. El presidente le invitó a comedirse y le preguntó, como a Brevet, si persistía en reconocer al acusado.

Chenildieu estalló en carcajadas.

—¡Vaya si le conozco! Hemos estado cinco años sujetos a la misma cadena. ¿Te enfadas, antiguo camarada?

—Id a vuestro asiento —ordenó el presidente.

El ujier trajo a Cochapaille. Aquel otro condenado a perpetuidad, que venía del presidio vestido de rojo lo mismo que Chenildieu, era un campesino de Lourdes y parecía un oso de los Pirineos. Había guardado rebaños en las montañas y, de pastor, había pasado a bandolero. Cochapaille no era menos salvaje y parecía aún más estúpido que el acusado. Era uno de los desgraciados que la naturaleza convierte en bestias salvajes y la sociedad concluye haciéndolos presidiarios.

El presidente trató de conmoverle con algunas palabras patéticas y graves, y le preguntó, como a los otros dos, si persistía en creer, sin duda alguna, que conocía a aquel hombre.

—Es Jean Valjean —dijo Cochapaille—. Se le llamaba también Jean-le-Cric, por lo fuerte que era.

Cada una de las afirmaciones de aquellos tres hombres, evidentemente sinceros y de buena fe, había suscitado en el auditorio un murmullo de mal agüero para el acusado; murmullo que crecía y se prolongaba más cada vez que una nueva declaración venía a dar fuerza a la precedente. El acusado las había oído con la expresión de asombro que, según la acusación, era su principal medio de defensa. Cuando la primera, los gendarmes le oyeron decir entre dientes: «¡Ah, bien! Ahí está

uno». Después de la segunda, dijo un poco más alto y con aire casi de satisfacción: «¡Bueno!». A la tercera, exclamó: «¡Magnífico!».

El presidente le preguntó:

—Acusado, ¿habéis oído? ¿Qué tenéis que decir?

Él respondió:

—¡Magnífico!

En el público estalló un rumor que empezó a extenderse entre el jurado. Era evidente que el hombre estaba perdido.

—Ujieres —dijo el presidente—, imponed silencio. Voy a cerrar la vista.

En aquel momento, alguien se movió al lado del presidente. Se oyó una voz que gritaba:

—Brevet, Chenildieu, Cochepaille, ¡mirad aquí!

Todos los que oyeron aquella voz, quedaron helados, tan lastimero y tan terrible era su acento. Todos los ojos convergieron en el punto de donde había salido. Un hombre, colocado en el lugar de los espectadores privilegiados, detrás del tribunal, acababa de levantarse, había empujado la puertecilla de la baranda que separaba el tribunal de la audiencia y se hallaba en medio de la sala. El presidente, el fiscal general, el señor Bamatabois, veinte personas le reconocieron y exclamaron a la vez:

—¡El señor Madeleine!

Era él, en efecto. La luz del escribano iluminaba su rostro. Tenía el sombrero en la mano; ningún desorden había en su indumentaria; tenía la levita cuidadosamente abotonada. Estaba muy pálido y temblaba ligeramente. Sus cabellos, grises aún cuando llegó a Arras, se habían vuelto completamente blancos. Había encanecido en la hora que estaba allí.

Todas las cabezas se irguieron. La sensación fue indescriptible. Hubo en el auditorio un momento de duda. La voz había sido tan penetrante y aquel hombre parecía tan sereno que, en el primer momento, nadie comprendió lo que había pasado. Preguntáronse todos quién había gritado; no podía creerse que aquel hombre tan tranquilo fuese el que había lanzado aquel grito horroroso.

Esta indecisión no duró más que algunos segundos. Incluso antes de que el presidente y el abogado fiscal pudieran decir una palabra, antes de que los gendarmes y los ujieres pudieran hacer un gesto, el hombre a quien todavía en ese momento todos llamaban el señor Madeleine se había adelantado hacia los testigos Cochepaille, Brevet y Chenildieu.

—¿No me reconocéis? —dijo.

Los tres permanecieron inmóviles e indicaron, con un gesto de cabeza, que no le conocían en absoluto. Cochepaille, intimidado, hizo el saludo militar. El señor Madeleine se volvió hacia los jurados y el tribunal y dijo, con voz dulce:

—Señores del jurado, haced poner en libertad al acusado. Señor presidente, hacedme detener. El hombre que buscáis no es él, soy yo. Yo soy Jean Valjean.

Ni una sola boca respiraba. A la conmoción de la sorpresa había sucedido un silencio sepulcral. En la sala se sentía esa especie de terror religioso que sobrecoge a las muchedumbres cuando algo grande sucede.

No obstante, la cara del presidente reflejaba simpatía y tristeza; había intercambiado una rápida señal con el abogado fiscal, y algunas palabras en voz baja

con los consejeros asesores. Se dirigió al público y preguntó, con un acento que todos comprendieron:

—¿Hay algún médico aquí?

El abogado fiscal tomó la palabra:

—Señores del jurado, el incidente tan extraño e inesperado que interrumpe la audiencia no nos inspira, igual que a vosotros, más que un sentimiento que no tenemos necesidad de expresar. Todos vosotros conocéis, al menos por su reputación, al honorable señor Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer. Si hay algún médico en el auditorio, nos unimos al señor presidente para rogarle que asista al señor Madeleine y le conduzca de nuevo a su casa.

El señor Madeleine no dejó terminar al abogado fiscal. Le interrumpió con un acento lleno de mansedumbre y de autoridad. He aquí las palabras que pronunció, literalmente, tal como fueron escritas inmediatamente después de la audiencia por uno de los testigos de esta escena; tales como están todavía en los oídos de quienes las oyeron, hace hoy cerca de cuarenta años.

—Os lo agradezco, señor abogado fiscal, pero no estoy loco. Vais a verlo. Estabais a punto de cometer un grave error, liberad a este hombre, cumplo un deber, yo soy el desdichado condenado. Soy el único que veo claro aquí, y os digo la verdad. Lo que hago en estos momentos, Dios, que está allá arriba, lo ve, y esto es suficiente. Podéis detenerme, puesto que aquí estoy. No obstante, hice todo lo que pude. Me oculté tras un nombre; he llegado a ser rico, he llegado a ser alcalde; he querido volver entre la gente honrada. Parece ser que no es posible. En fin, hay muchas cosas que no puedo decir, no voy a contaros mi vida, algún día se sabrá. He robado al señor obispo, eso es cierto; he robado al pequeño Gervais, es cierto. Se ha dicho con razón que Jean Valjean era un desdichado muy malvado. Pero no toda la culpa es quizá suya. Oíd, señores jueces, un hombre tan bajo como yo no puede recriminar a la Providencia ni dar consejos a la sociedad; pero la infamia de la cual trataba de salir es algo nocivo. El presidio hace al presidiario. Reflexionad sobre esto, si lo deseáis. Antes del presidio, yo era un pobre campesino muy poco inteligente, una especie de idiota; el presidio me ha transformado. Era estúpido y me volví malvado; era un leño y me hice un tizón. Luego, la indulgencia y la bondad me han salvado, como la severidad me había perdido. Pero, perdón, no podéis comprender lo que digo. Encontraréis en mi casa, entre las cenizas de la chimenea, la pieza de cuarenta sueldos que robé, hace siete años, al pequeño Gervais. No tengo nada que añadir. Detenedme. ¡Dios mío! El señor abogado fiscal mueve la cabeza. Pensáis que el señor Madeleine se ha vuelto loco. No me creéis. Esto es lo triste. Por lo menos, ¡no condenéis a este hombre! ¡Éstos no me reconocen! ¡Me gustaría que Javert estuviera aquí! ¡Él me reconocería!

Nada podría traducir lo que había de melancolía benévola y sombría en el tono que acompañaba a estas palabras.

Volvióse hacia los tres presidiarios:

—¡Pues bien! ¡Yo os reconozco, Brevet! ¿Os acordáis...?

Se interrumpió, dudó unos instantes y dijo:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de punto, a cuadros, que tenías en el presidio?

Brevet tuvo como un estremecimiento de sorpresa y le miró de la cabeza a los pies con expresión de terror. Él continuó:

—Chenildieu, que te llamabas a ti mismo Je-nie-Dieu, tienes toda la parte derecha de la espalda profundamente quemada, porque un día te acostaste sobre un brasero encendido, para borrar las tres letras, T. F. P., que no obstante se distinguen todavía. Contesta, ¿es esto cierto?

—Es cierto —dijo Chenildieu.

Se dirigió a Cochapaille:

—Cochapaille, tú tienes, cerca de la vacuna del brazo izquierdo, una fecha grabada en letras azules con pólvora quemada. Esa fecha es la del desembarco del emperador en Cannes, «1.º de marzo, 1815». Levántate la manga.

Cochapaille levantó su manga y todas las miradas se dirigieron hacia el brazo desnudo. Un gendarme acercó una lámpara; allí estaba la fecha.

El desdichado se volvió hacia el auditorio y hacia los jueces, con una sonrisa que aún sobrecoge a quienes la recuerdan. Era la sonrisa del triunfo, era también la sonrisa de la desesperación.

—Ya veis —dijo—, que soy Jean Valjean.

No había ya en aquel recinto ni jueces, ni acusadores, ni gendarmes; no había más que ojos fijos y corazones emocionados. Nadie recordaba el papel que cada uno podía interpretar; el abogado fiscal olvidó que estaba allí para demandar, el presidente, que estaba allí para presidir, el defensor, que estaba allí para defender. Cosa sorprendente, ninguna pregunta fue formulada, ninguna autoridad intervino. Lo propio de los espectáculos sublimes es apoderarse de todas las almas y hacer espectadores de todos los testigos. Quizá nadie se daba cuenta de lo que sentían; nadie, sin duda, se decía que allí veía resplandecer una gran luz; todos se sentían interiormente deslumbrados.

Era evidente que se tenía ante los ojos a Jean Valjean. Eso resplandecía. La aparición de ese hombre había bastado para llenar de claridad aquel hecho tan oscuro un momento antes. Sin necesidad de ninguna explicación, toda la multitud, como por una especie de revelación eléctrica, comprendió enseguida y de un solo vistazo la sencilla y magnífica historia de un hombre que se entregaba para que otro hombre no fuera condenado en su lugar. Los detalles, las vacilaciones, las posibles pequeñas resistencias se perdieron en ese vasto y luminoso hecho.

Impresión que pasó rápidamente, pero que en aquel instante fue irresistible.

—No quiero turbar más a la audiencia —prosiguió Jean Valjean—. Me voy, ya que no me detienen. Tengo muchas cosas que hacer. El señor abogado fiscal sabe quién soy, sabe dónde voy. Me hará detener cuando lo desee.

Se dirigió hacia la puerta de salida. Ni una voz se levantó, ni un brazo se extendió para impedirselo. Todos se apartaron. Había en aquel instante ese no sé qué de divino que hace que las multitudes retrocedan y se aparten ante un hombre. Salió con pasos lentos. Nunca se ha sabido quién abrió la puerta, pero lo cierto es que ya estaba abierta cuando llegó a ella. Una vez allí, se volvió y dijo:

—Señor abogado fiscal, quedo a su disposición.

Luego se dirigió al auditorio:

—Todos vosotros, todos cuantos estáis aquí me encontráis digno de piedad, ¿no es verdad? ¡Dios mío! Cuando pienso en lo que he estado a punto de hacer, me encuentro digno de envidia. No obstante, hubiera preferido que nada de esto hubiera sucedido.

Salió y la puerta volvió a cerrarse igual que había sido abierta, pues todos aquellos que hacen cosas grandes están siempre seguros de ser servidos por alguien de la multitud.

Antes de una hora después, el veredicto del jurado descargaba de toda acusación al llamado Champmathieu; y Champmathieu, puesto inmediatamente en libertad, se iba estupefacto, creyendo que todos los hombres estaban locos y sin comprender nada de lo que había visto.

LIBRO OCTAVO

Reacción

En qué espejo el señor Madeleine mira sus cabellos

El día comenzaba a despuntar. Fantine había pasado una noche de fiebre y de insomnio, llena, así y todo, de imágenes felices; al amanecer, se durmió. La hermana Simplicie, que había velado, aprovechó este sueño para ir a preparar una nueva poción de quinina. La digna hermana estaba desde hacía unos instantes en el laboratorio de la enfermería, inclinada sobre drogas y redomas, mirando muy de cerca a causa de esa bruma que el crepúsculo esparce entre los objetos. De repente, volvió la cabeza y emitió un ligero grito. El señor Madeleine estaba ante ella. Acababa de entrar silenciosamente.

—¡Es usted, señor alcalde! —exclamó.

Él respondió, en voz baja:

—¿Cómo va esa pobre mujer?

—No va mal, en este momento. Pero hemos estado muy inquietos.

Le explicó lo que había pasado, que Fantine estaba muy mal el día anterior y que ahora se encontraba mejor, porque creía que el señor alcalde había ido a buscar a su hija a Montfermeil. La hermana no se atrevió a preguntar al señor alcalde, pero observó claramente, por su semblante, que no parecía venir de allí.

—Está muy bien —dijo—, habéis obrado perfectamente no desengañándola.

—Sí —prosiguió la hermana—, pero ahora, señor alcalde, ella no verá a su hija, ¿qué vamos a decirle?

Él permaneció pensativo un momento.

—Dios nos inspirará —dijo.

—No obstante, no podremos mentir —murmuró la hermana, a media voz.

El día entraba ya plenamente en la habitación. Iluminaba la cara del señor Madeleine. El azar hizo que la hermana levantara los ojos.

—¡Dios mío, señor! —exclamó—, ¿qué os ha sucedido? ¡Tenéis los cabellos blancos!

—¿Blancos? —se extrañó él.

La hermana Simplicie no tenía ningún espejo; rebuscó en un cajón y sacó un pequeño trozo de luna, del cual se servía el médico de la enfermería para constatar si un paciente respiraba. El señor Madeleine tomó el espejo, examinó sus cabellos y exclamó:

—¡Vaya!

Pronunció esta palabra con indiferencia y como si pensara en otra cosa.

La hermana se sintió helada por algo desconocido que entreveía en todo aquello.

Él preguntó:

—¿Puedo verla?

—¿Es que el señor alcalde no hará que vuelva su hija? —se atrevió a preguntar la hermana.

—Sin duda, pero serán precisos al menos dos o tres días.

—Si ella no viera al señor alcalde hasta entonces —dijo tímidamente la hermana—, no sabría que el señor alcalde está de vuelta, y sería fácil hacerle tener un poco de paciencia y, cuando la niña llegara, pensaría muy naturalmente que el señor alcalde había llegado con ella. No sería necesario emplear ninguna mentira.

El señor Madeleine pareció reflexionar algunos instantes; después dijo con su calma grave:

—No, hermana, es preciso que la vea. Tal vez tendré que darme prisa.

La religiosa no pareció reparar en ese «tal vez» que daba un sentido singular y oscuro a las palabras del señor alcalde. Respondió, bajando los ojos y la voz en forma respetuosa:

—Está descansando, pero el señor alcalde puede entrar.

El señor Madeleine hizo algunas observaciones acerca de una puerta que cerraba mal, que hacía ruido y que podía despertar a la enferma; luego, entró en la habitación de Fantine, se acercó al lecho y entreabrió las cortinas. Dormía. Su respiración salía de su pecho con un ruido trágico que es peculiar de esas enfermedades y que consternan a las madres, cuando velan durante la noche junto a su hijo, condenado y dormido. Pero esta respiración penosa turbaba muy poco una especie de serenidad inefable, esparcida por el rostro, que la transfiguraba en su sueño. Su palidez se había convertido en blancura; sus mejillas estaban encarnadas. Sus largas pestañas rubias, la única belleza que le había quedado de su virginidad y de su juventud, palpitaban en los ojos cerrados. Toda su persona temblaba por un extraño despliegue de alas a punto de entreabrirse y de llevársela, alas que no eran visibles pero cuya vibración podía oírse. Al verla así, no se hubiera nunca creído que era una enferma casi desahuciada. Más que morir, parecía que iba a echar a volar.

Cuando una mano se acerca para arrancar una flor, la rama se estremece y parece a la vez que huye y que se entrega. El cuerpo humano tiene algo de este

estremecimiento cuando llega el instante en que los dedos misteriosos de la muerte van a coger el alma.

El señor Madeleine permaneció durante algún tiempo inmóvil cerca de la cama, mirando sucesivamente a la enferma y al crucifijo, como había hecho dos meses antes, el día en que había ido por primera vez a verla en aquel asilo. Los dos estaban aún allí, en la misma actitud, ella durmiendo, él rezando, sólo que ahora, transcurridos aquellos dos meses, ella tenía cabellos grises y él cabellos blancos.

La hermana no había entrado con el señor alcalde. Éste permanecía cerca de aquella cama, en pie, con el dedo sobre los labios, como si en la habitación hubiera habido alguien a quien hacer callar.

Ella abrió los ojos, y dijo apaciblemente, con una sonrisa:

—¿Y Cosette?

II

Fantine feliz

Ella no hizo un movimiento de sorpresa, ni tampoco de alegría; ella era la alegría misma. Esta simple pregunta, «¿Y Cosette?», fue hecha con una fe tan profunda, con tanta certidumbre, con tal ausencia de inquietud y de duda, que él no pudo encontrar una sola palabra. Ella prosiguió:

—Sabía que estabais aquí. Dormía, pero os veía. Hace mucho tiempo que os veo. Os he seguido con la mirada durante toda la noche. Estabais en la gloria y alrededor vuestro había toda clase de figuras celestiales.

Él elevó su mirada hacia el crucifijo.

—Pero decidme dónde está Cosette. ¿Por qué no la habéis puesto sobre mi cama, para el momento en que me despertara?

Él respondió, maquinalmente, algo que después no logró recordar.

Por suerte, el médico, advertido, había llegado. Vino en ayuda del señor Madeleine.

—Hija mía —dijo el médico—, calmaos. Vuestra niña está aquí.

Los ojos de Fantine se iluminaron y cubrieron de claridad todo su rostro. Juntaba las manos con una expresión que tenía todo lo que a veces la oración puede tener de más violento y de más dulce.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Traédmela!

¡Emocionante ilusión de madre! Para ella, Cosette era siempre la criaturita que se lleva en brazos.

—Todavía no —contestó el médico—, no en este momento. Aún tenéis algo de fiebre. La vista de vuestra hija os agitaría y os sería perjudicial. Antes es preciso curaros.

Ella le interrumpió impetuosamente:

—¡Pero si estoy curada! ¡Os digo que estoy curada! ¡Será asno este médico! ¡Quiero ver a mi hija!

—Ya veis —dijo el médico— cómo os agitáis. Mientras estéis así, me opondré a que veáis a vuestra hija. No basta con verla, hay que vivir para ella. Cuando seáis razonable, os la traeré yo mismo.

La pobre madre inclinó la cabeza.

—Señor médico, os pido perdón, os pido verdaderamente perdón. Antes no hubiera hablado como acabo de hacerlo, pero he sufrido tantas desgracias que algunas veces ya no sé lo que digo. Ya comprendo, usted teme la emoción; esperaré tanto como queráis, pero os juro que ver a mi hija no me hará ningún daño. La veo, no la pierdo de vista desde ayer por la noche. ¿Sabe usted? Si ahora me la trajeran, me pondría a hablar con dulzura. Esto es todo. ¿Acaso no es natural que desee ver a mi hija, a la que han ido a buscar expresamente a Montfermeil? No estoy enfadada. Sé muy bien que seré feliz. Durante toda la noche he visto cosas blancas y personas que me sonreían. Cuando el señor médico lo quiera, me traerá a Cosette. Ya no tengo fiebre, puesto que estoy curada; siento que ya no tengo nada; pero voy a hacer como si estuviera enferma y no me moveré, para agradar a estas señoras que me atienden. Cuando vean que estoy bien sosegada, dirán: «Hay que traerle a su hija».

El señor Madeleine se había sentado en una silla que había cerca de la cama. Fantine se volvió hacia él; hacía visibles esfuerzos para parecer calmada y «buena chica», como decía ella, en ese estado de debilidad que se asemeja a la infancia. Sin embargo, a pesar de que intentaba contenerse, no podía dejar de hacer al señor Madeleine mil preguntas.

—¿Ha tenido usted un buen viaje, señor alcalde? ¡Oh! ¡Qué bueno habéis sido al ir a buscármela! Decidme solamente cómo es ella. ¿Ha soportado bien el camino? ¡Ay, no me reconocerá! Después de todo este tiempo me habrá olvidado, ¡pobrecilla! Los niños no tienen memoria. Son como los pájaros. Hoy ven una cosa y mañana ven otra, y no piensan en nada más. Al menos, ¿tenía ropa blanca? Esos Thénardier, ¿la mantenían limpia? ¿Cómo la alimentaban? ¡Oh, si supierais cómo he sufrido, al hacerme todas estas preguntas, durante la época de mi miseria! Ahora todo ha pasado. Estoy contenta. ¡Oh, cómo me gustaría verla! Señor alcalde, ¿la encuentra usted guapa? ¿No es cierto que mi hija es hermosa? Debéis haber tenido bastante frío en esa diligencia. ¿No podrían traerla siquiera un momento? Se la podrían llevar enseguida. ¡Vos que sois el dueño, si quisierais...!

Madeleine le cogió la mano.

—Cosette es bonita —dijo—. Está muy bien, la veréis pronto, pero calmaos. Habláis demasiado vivamente y, además, sacáis los brazos fuera de la cama, y esto os hace toser.

En efecto, los accesos de tos interrumpían a Fantine a cada momento.

Fantine no objetó nada, pues temía haber comprometido, con algunos lamentos demasiado apasionados, la confianza que quería inspirar; empezó a hablar de cosas sin importancia.

—Es bastante bonito Montfermeil, ¿no es así? En verano, se va allí para hacer excursiones. Esos Thénardier, ¿hacen buenos negocios? No hay mucha gente por allí. Aquel albergue es una especie de figón.

El señor Madeleine seguía sosteniendo su mano y la examinaba con ansiedad; era evidente que había venido para decirle cosas que ahora le hacían vacilar. El médico, una vez acabada la visita, se había retirado. La hermana Simplicie era la única que había quedado cerca de ellos.

De pronto, en medio del silencio, Fantine gritó:

—¡La oigo! ¡Dios mío, la oigo!

Extendió el brazo para imponer silencio a su alrededor, retuvo el aliento y escuchó con alborozo.

Había una niña que jugaba en el patio; la hija de la portera o de una obrera. Era una de esas circunstancias que siempre parecen formar parte de la misteriosa puesta en escena de lúgubres acontecimientos. La criatura iba, venía, corría para calentarse, reía y cantaba en voz alta. ¡Ay, en qué no se mezclan los juegos de los niños! Era esa niña la que Fantine oía cantar.

—¡Oh! —prosiguió—. ¡Es mi Cosette! ¡Reconozco su voz!

La niña se alejó como había venido, la voz se apagó. Fantine escuchó aún durante algún tiempo, después su cara se ensombreció y el señor Madeleine la oyó decir, en voz baja:

—¡Qué malvado es este médico, no permitirme ver a mi hija! ¡Tiene un aspecto desagradable este hombre!

No obstante, el fondo risueño de sus ideas volvió. Continuó hablándose a sí misma con la cabeza sobre la almohada.

—¡Qué felices vamos a ser! ¡Tendremos, en primer lugar, un pequeño jardín! El señor Madeleine me lo ha prometido. Mi hija jugará en el jardín. Ahora ya debe conocer las letras. La haré deletrear. Correrá por la hierba, persiguiendo las mariposas. Yo la miraré. Y, más tarde, hará su primera comunión. ¡Ah! ¿Cuándo hará su primera comunión?

Se puso a contar con los dedos.

—Uno, dos, tres, cuatro... tiene siete años. Dentro de cinco años. Tendrá un velo blanco, medias, tendrá el aire de una verdadera mujercita. ¡Oh!, mi buena hermana, no sabéis qué tonta soy, ¡estoy ya pensando en la primera comunión de mi hija!

Y se puso a reír.

Él había dejado la mano de Fantine. Escuchaba estas palabras como se oye el viento que sopla, los ojos clavados en el suelo, el espíritu sumergido en reflexiones sin

fondo. De repente, ella cesó de hablar y esto le hizo levantar automáticamente la cabeza. Fantine estaba en un estado espantoso.

Ya no hablaba ni respiraba; se había incorporado a medias, sus escuálidos hombros salían de su camisón, su rostro, radiante un momento antes, estaba pálido, y parecía fijar sus ojos, agrandados por el terror, en algo formidable que hubiera frente a ella, al otro extremo de la habitación.

—¡Dios mío! —gritó él—. ¡Fantine!, ¿qué tenéis?

No respondió, ni tampoco quitó sus ojos del objeto que parecía ver, pero le tocó el brazo con una mano y, con la otra, le hizo una seña para que mirara detrás de él.

Se volvió, y vio a Javert.

He aquí lo que había sucedido.

Acababan de dar las doce y media de la noche cuando el señor Madeleine salió de la sala de Audiencia de Arras. Había regresado a su albergue con el tiempo justo para salir con el coche-correo, en el que, según se recordará, había reservado su plaza. Un poco antes de las seis de la mañana había llegado a Montreuil-sur-Mer, y su primer cuidado fue el de poner en el correo su carta al señor Laffitte y, después, entrar en la enfermería y ver a Fantine.

No obstante, apenas había abandonado la sala de Audiencia cuando el abogado fiscal, repuesto de la primera sorpresa, había tomado la palabra, para deplorar el acto de locura del señor alcalde de Montreuil-sur-Mer, y declarado que sus convicciones no se habían modificado en nada por aquel extraño incidente, que se aclararía más tarde, esperando la condena de aquel Champmathieu, que evidentemente era el verdadero Jean Valjean. La insistencia del abogado fiscal estaba visiblemente en contradicción con el sentimiento de todos, del público, del tribunal y del jurado. El defensor tuvo poco trabajo en refutar esta arenga y establecer que, debido a las revelaciones del señor Madeleine, es decir, del verdadero Jean Valjean, el aspecto de la cuestión había cambiado profundamente, y que el jurado no tenía ante sus ojos más que a un inocente. El abogado había utilizado algunos epifonemas, desgraciadamente poco nuevos, sobre los errores judiciales, etc., etc., el presidente, en resumen, se había unido al defensor, y el jurado, en pocos minutos, había liberado a Champmathieu.

Sin embargo, al abogado fiscal le hacía falta un Jean Valjean y, como ya no tenía a Champmathieu, se asió a Madeleine.

Inmediatamente después de la puesta en libertad de Champmathieu, el abogado fiscal se reunió con el presidente. Conferenciaron acerca «de la necesidad de apoderarse de la persona del señor alcalde de Montreuil-sur-Mer». Esta frase, en la que se repite muchas veces la palabra «de», es del abogado fiscal, enteramente escrita por su propia mano en la minuta de su informe al procurador general. Pasada la

primera impresión, el presidente apenas puso objeciones. Era preciso que la justicia siguiera su curso. Y, además, ya que todo debe decirse, aunque el presidente fuera un hombre bueno y bastante inteligente, era también partidario del rey, y acérrimo, y se había sorprendido de que el alcalde de Montreuil-sur-Mer, hablando del desembarco de Cannes, dijera «el emperador» en vez de «Bonaparte».

Así pues, la orden de detención fue expedida. El abogado fiscal la envió a Montreuil-sur-Mer por un expreso, a galope tendido, y dirigida al inspector de policía Javert.

Se sabe que Javert había vuelto a Montreuil-sur-Mer inmediatamente después de haber hecho su declaración.

Javert se acababa de levantar cuando le entregaron la orden de arresto y mandato de comparecencia.

El enviado era un competente policía que, en dos palabras, puso al corriente a Javert de lo que había sucedido en Arras. La orden de arresto, firmada por el abogado fiscal estaba concebida en estos términos: «El inspector Javert hará prisionero al señor Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer, quien, en el curso de la audiencia de hoy, ha declarado ser el presidiario liberado Jean Valjean».

Cualquiera que no hubiese conocido a Javert y le hubiera visto en la antecámara de la enfermería, no habría podido adivinar lo que ocurría, y le habría encontrado el aire más normal del mundo. Estaba frío, tranquilo, grave, tenía sus cabellos grises perfectamente alisados sobre las sienes y acababa de subir las escaleras con su lentitud habitual. Pero alguien que le hubiese conocido a fondo y le hubiese examinado atentamente, se habría estremecido. La hebilla de su cuello de cuero, en lugar de estar sobre la nuca, estaba bajo su oreja izquierda. Esto revelaba una agitación inaudita.

Javert era todo un carácter, y no permitía ninguna irregularidad en su deber ni en su uniforme; metódico con los maleantes, rígido con los botones de su traje.

Para que hubiera puesto mal la hebilla de su cuello, era preciso que existiera una de esas emociones que podrían llamarse temblores de tierra internos.

Había requerido un cabo y cuatro soldados del puesto más próximo, había dejado los soldados en el patio y se había hecho guiar hasta la habitación de Fantine por la portera, que no desconfió, acostumbrada a ver gente armada preguntar por el señor alcalde.

Una vez llegado a la habitación de Fantine, Javert hizo girar la llave, empujó la puerta con una suavidad de enfermo o de polizonte y entró.

Hablando con propiedad, no entró. Permaneció en pie en la puerta entreabierta, el sombrero sobre la cabeza, la mano izquierda en su redingote cerrado hasta el mentón. En el pliegue del codo se podía ver la empuñadura de plomo de su enorme bastón, que desaparecía detrás de él.

Permaneció así cerca de un minuto, sin que nadie se apercibiera de su presencia. De repente, Fantine levantó los ojos, le vio e hizo volverse al señor Madeleine.

En el instante en que la mirada de Madeleine se encontró con la de Javert, éste, sin moverse, sin cambiar de postura, parecía espantoso. Ningún sentimiento humano logra ser tan horrible como la alegría.

Fue el rostro de un demonio que vuelve a encontrar a su condenado.

La certeza de tener por fin a Jean Valjean hizo aparecer en su fisonomía todo lo que contenía su alma. El fondo removido subió a la superficie. La humillación de haber perdido un poco la pista, y de haber desperdiciado algunos minutos con aquel Champmathieu, se borraba bajo el orgullo de haber adivinado tan bien al principio, de haber tenido un instinto certero. La alegría de Javert estalló en su actitud soberana. La deformidad del triunfo se abría en su frente estrecha. Fue todo el despliegue de horror que puede dar un rostro satisfecho.

Javert, en aquellos momentos, se encontraba en la gloria. Sin que se diera exacta cuenta, pero no obstante con una intuición confusa de su necesidad y de su éxito, personificaba él, Javert, la justicia, la luz y la verdad en su función celeste de aplastamiento del mal. Tenía detrás de él y a su alrededor, a una profundidad infinita, la autoridad, la razón, la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, todas las estrellas; él protegía el orden, él hacía salir el rayo de la ley, él vengaba a la sociedad; había en su victoria un resto de desafío y de combate; en pie, altivo, resplandeciente, ostentaba la bestialidad sobrehumana de un arcángel feroz; la sombra temible de la acción que ejecutaba hacía visible, en su puño crispado, el imaginario flamear de la espada social; feliz e indignado, tenía bajo sus pies el crimen, el vicio, la rebelión, la perdición, el infierno; él resplandecía, exterminaba, sonreía, y había una incontestable grandeza en aquel monstruoso San Miguel.

Javert, aun terrible, no tenía nada de innoble.

La probidad, la sinceridad, el candor, la convicción, la idea del deber, son cosas que, al errar, pueden ser horribles, pero que, incluso horribles, siempre son grandes; su majestuosidad, propia de la conciencia humana, persiste en el horror. Son virtudes que tienen un vicio, el error. La despiadada alegría honrada de un fanático en plena atrocidad conserva no se sabe qué brillo lúgubremente venerable. Sin que él lo sospechara, Javert, en su formidable felicidad, era digno de lástima como todo ignorante que triunfa. Nada era tan angustioso y terrible como aquel rostro en el cual se ponía de manifiesto aquello que podría llamarse toda la maldad de la bondad.

IV

La autoridad recupera sus derechos

Fantine no había visto a Javert desde el día en que el alcalde la había librado de él. Su cerebro enfermo no se daba cuenta de nada, pero no dudó de que Javert había vuelto por ella. No pudo soportar aquella espantosa figura, se sintió morir, escondió su cara entre sus manos y gritó, con angustia:

—¡Señor Madeleine, salvadme!

Jean Valjean —ya no lo llamaremos, en adelante, de otro modo— se había levantado. Dijo a Fantine, con su voz más serena y suave:

—Estad tranquila. No es por vos por quien viene.

Luego, se dirigió a Javert y le dijo:

—Sé lo que queréis.

Javert respondió:

—¡Vamos, pronto!

En la inflexión que acompañaba estas dos palabras había un no sé qué salvaje y frenético. Javert no dijo: «¡Vamos, pronto!», lo que dijo fue: «¡Vamsprto!». Ninguna ortografía podría representar el acento con que esto fue pronunciado; no era una palabra humana, era un rugido.

No hizo como acostumbraba; no entró enseguida en materia, no exhibió orden de arresto. Para él, Jean Valjean era una especie de luchador misterioso e inalcanzable, un combatiente temeroso al que él acosaba desde hacía cinco años, sin poder derribarle. Este arresto no era un comienzo, sino un fin. Se limitó a decir: «¡Vamos, pronto!».

Mientras hablaba, no había dado un solo paso; lanzó sobre Jean Valjean una mirada que arrojaba como un garfio, y con la que tenía la costumbre de arrastrar a los miserables violentamente hacia él.

Era ésta la mirada que Fantine había sentido penetrar hasta la médula de sus huesos, hacía dos meses.

Al grito de Javert, Fantine había vuelto a abrir los ojos. Pero el señor alcalde estaba allí. ¿Qué podía temer ella?

Javert avanzó hasta el centro de la habitación y gritó:

—¿Vas a venir?

La desdichada miró a su alrededor. Sólo estaban allí la religiosa y el señor alcalde. ¿A quién podía estar dirigido ese abyecto tuteo? Solamente a ella. Se estremeció.

Entonces vio una cosa inaudita, tan inaudita que nunca nada semejante se le había aparecido ni en los más negros delirios de la fiebre.

Vio al polizone Javert atrapar por el cuello del redingote al señor alcalde; vio al señor alcalde inclinar la cabeza. Le pareció que el mundo se desvanecía.

Javert, en efecto, había cogido a Jean Valjean por el cuello.

—¡Señor alcalde! —gritó Fantine.

Javert estalló en carcajadas, con una risa atroz que mostraba todos los dientes.

—¡Aquí ya no hay más señor alcalde!

Jean Valjean no trató de apartar la mano que sujetaba el cuello de su redingote. Dijo:

—Javert...

Javert le interrumpió:

—Lláname señor inspector.

—Señor —prosiguió Jean Valjean—, quisiera deciros algo en privado.

—¡En voz alta! ¡Habla en voz alta! —respondió Javert—. ¡A mí se me habla en voz alta!

Jean Valjean continuó, bajando la voz:

—Se trata de un ruego que tengo que haceros...

—Te digo que hables en voz alta.

—Pero es que nadie más que vos debe oírlo...

—¿Y a mí qué me importa? ¡No te escucharé!

Jean Valjean se volvió hacia él y le dijo rápidamente y muy quedo:

—¡Concededme tres días! ¡Tres días para ir a buscar a la hija de esta desdichada mujer! Pagaré lo que sea necesario. Vos me acompañaréis, si lo deseáis.

—¡Tienes ganas de bromear! —exclamó Javert—. ¡No creí que fueras tonto! ¡Me pides tres días para irte! ¡Dices que es para ir a buscar a la hija de esta muchacha! ¡Ah! ¡Ah! ¡Esto es bueno! ¡Esto sí que es bueno!

Fantine tuvo un temblor.

—¡Mi hija! —gritó—. ¡Ir a buscar a mi hija! ¡No está, pues, aquí! ¡Hermana, respondedme! ¿Dónde está Cosette? ¡Yo quiero mi hija! ¡Señor Madeleine! ¡Señor alcalde!

Javert dio un golpe con el pie.

—¡He aquí la otra, ahora! ¡Cállate, mujerzuela! ¡Miserable país donde los condenados a galeras son magistrados y donde las mujeres públicas son cuidadas como condesas! ¡Ah! ¡Pero todo esto va a cambiar! ¡Ya era hora!

Miró fijamente a Fantine y añadió, mientras asía firmemente a Jean Valjean por la corbata y el cuello de su abrigo:

—Te digo que ya no hay más señor Madeleine y que tampoco hay más señor alcalde. Hay un ladrón, hay un bandido, hay un forzado llamado Jean Valjean. ¡Es el que yo tengo! ¡Esto es lo que hay!

Fantine se incorporó sobresaltada, apoyada en sus brazos rígidos; miró a Javert, miró a la religiosa, abrió la boca como si fuera a hablar, un estertor surgió de su garganta, sus dientes castañetearon, extendió los brazos con angustia, abriendo convulsivamente las manos y buscando a su alrededor como alguien que se ahoga; luego se abatió súbitamente sobre la almohada. Su cabeza golpeó contra la cabecera de la cama y volvió a caer sobre su pecho, la boca abierta, los ojos abiertos y apagados.

Estaba muerta.

Jean Valjean puso su mano sobre la mano de Javert que le tenía cogido, y la abrió como hubiera abierto la mano de un niño; después, dijo a Javert:

—Habéis asesinado a esta mujer.

—¡Acabemos! —gritó Javert, furioso—. No estoy aquí para escuchar discursos. Ahorrémonos todo esto. La escolta está abajo. Vámonos enseguida, ¡o usaré las esposas!

En un rincón de la habitación había una vieja cama de hierro en bastante mal estado, que servía de lecho a las hermanas, cuando debían velar. Jean Valjean se dirigió hacia la cama y, en un abrir y cerrar de ojos, arrancó un travesaño que estaba ya algo deteriorado, cosa fácil para músculos como los suyos; cogió con su puño aquella barra maciza y se enfrentó a Javert. Éste retrocedió hacia la puerta.

Jean Valjean, empuñando su barra de hierro, se dirigió hacia el lecho de Fantine. Cuando llegó a él, se volvió y dijo a Javert, con una voz que apenas podía oírse:

—Os aconsejo que no me molestéis en estos momentos.

Lo que es cierto es que Javert temblaba.

Tuvo la idea de llamar a la escolta, pero Jean Valjean podía aprovechar aquel minuto para escapar. Se contuvo, pues, cogió su bastón por el extremo de la contera y se adosó a la jamba de la puerta, sin dejar de mirar a Jean Valjean.

Éste puso su codo sobre un adorno de la cabecera de la cama, apoyó su frente en su mano, y contempló a Fantine, extendida e inmóvil. Permaneció así, absorto, mudo y no pensando ya en ninguna cosa de esta vida. No había en su rostro y en su actitud más que una indescriptible piedad. Después de algunos instantes de meditación, se inclinó hacia Fantine y le habló en voz baja.

¿Qué le dijo? ¿Qué podía decir el réprobo a la muerta? ¿Qué palabras eran? Nadie en la tierra las oyó. ¿Las oyó la muerte? Hay ilusiones emocionantes que son, quizá, realidades sublimes. Lo que está fuera de duda es que la hermana Simplicie, único

testigo de lo que pasaba, ha contado a menudo que, en el momento en que Jean Valjean hablaba al oído de Fantine, vio claramente florecer una inefable sonrisa en aquellos labios pálidos y en aquellas vagas pupilas, llenas de la sorpresa de la tumba.

Jean Valjean tomó entre sus dos manos la cabeza de Fantine y le arregló la almohada, como una madre lo hubiera hecho con su hijo, ató el cordón de su camisa y puso sus cabellos dentro de la cofia. Hecho esto, le cerró los ojos.

El rostro de Fantine parecía en ese instante extrañamente iluminado.

La muerte es la entrada en el gran fulgor.

La mano de Fantine colgaba fuera de la cama. Jean Valjean se arrodilló ante esa mano, la levantó suavemente y la besó.

Luego, se levantó y, se volvió hacia Javert.

—Ahora —dijo— estoy a vuestra disposición.

Javert recluyó a Jean Valjean en la cárcel de la ciudad.

El arresto del señor Madeleine produjo en Montreuil-sur-Mer una sensación o, por mejor decir, una conmoción extraordinaria. Nos causa verdadera pesadumbre no poder ocultar que con estas solas palabras: «Era un presidiario», casi todo el mundo le abandonó. En menos de dos horas, todo el bien que había hecho quedaba ya olvidado, y ya no era más que «un presidiario». Es justo decir que no se conocían todavía con detalle los acontecimientos de Arras. Durante todo el día, se oían en todos los lugares de la ciudad conversaciones como éstas:

—¿No lo sabéis? ¡Era un presidiario liberado!

—¿De quién habláis?

—Del alcalde.

—¡Bah! ¿El señor Madeleine?

—Sí.

—¿Es cierto?

—No se llamaba Madeleine, tiene un nombre espantoso, Béjean, Bojean, Boujean.

—¡Ah, Dios mío!

—Está detenido.

—En la cárcel, en la cárcel de la ciudad, esperando a que le trasladen.

—¿Que le trasladen? ¡Van a trasladarle! ¿Adónde van a trasladarle?

—Va a ir a los tribunales por un robo que cometió en otro tiempo.

—Ya lo sospechaba. Este hombre era demasiado bueno, demasiado perfecto, demasiado almibarado. Había rehusado la Cruz, daba dinero a todos los pequeños perillanes que encontraba. Siempre he pensado que, detrás de todo eso, habría alguna historia sucia.

«Los salones», sobre todo, abundaron en esta opinión.

Una anciana, abonada al Drapeau Blanc, hizo esta reflexión, de la cual es completamente imposible sondear la profundidad:

—Yo no estoy indignada. ¡Esto enseñará a los partidarios de Bonaparte!

Fue así como aquel fantasma llamado Madeleine se dispó en Montreuil-sur-Mer. Solamente tres o cuatro personas, en toda la población, permanecieron fieles a su memoria. La anciana portera que le había servido estaba entre ellos.

En la noche de aquel mismo día, esa digna vieja estaba sentada en su garita, todavía despavorida y reflexionando tristemente. La fábrica había sido cerrada durante toda la jornada, la puerta cochera estaba con los cerrojos puestos, la calle estaba desierta. No había en la casa más que dos religiosas, la hermana Perpétue y la hermana Simplicie, que velaban cerca del lecho de Fantine.

Cuando llegó la hora en que el señor Madeleine acostumbraba a regresar, la fiel portera se levantó maquinalmente, sacó de un cajón la llave de la habitación del alcalde y cogió una palmatoria de la que se servía todas las noches para subir a su dormitorio; luego, colgó la llave en un clavo, donde él generalmente la cogía, y puso la palmatoria al lado, como si la buena mujer le esperara. Volvió a sentarse en su silla y siguió pensando. La pobre buena vieja había hecho todo aquello inconscientemente.

Fue al cabo de casi dos horas cuando ella salió de su ensimismamiento y exclamó:

—¡Mi buen Dios Jesús! ¡Y yo que he puesto su llave en el clavo!

En aquel momento, el cristal de la garita se abrió, una mano pasó por la abertura, tomó la llave y la palmatoria y encendió la vela en la candela que ya ardía.

La portera levantó los ojos y quedó boquiabierta, con un grito retenido en la garganta.

Ella conocía esa mano, ese brazo, esa manga de redingote.

Era el señor Madeleine.

Antes de poder hablar, estuvo algunos segundos «embargada», como ella misma decía más tarde, al contar su aventura.

—¡Dios mío, señor alcalde! —exclamó, al fin—. Os creía...

Se calló; el final de la frase hubiera sido una falta de respeto. Jean Valjean seguía siendo para ella el señor alcalde.

Él terminó su pensamiento.

—En prisión —dijo—. Allí estaba. He roto el barrote de una ventana, me he dejado caer desde lo alto de un techo, y aquí estoy. Voy a mi habitación; id a buscar a la hermana Simplicie. Debe estar junto a esa pobre mujer.

La anciana se apresuró a hacerlo.

No le hizo ninguna advertencia; estaba seguro de que ella le guardaría mejor que él mismo.

Nunca se llegó a saber cómo logró entrar en el patio sin hacerse abrir la puerta cochera. Él llevaba siempre consigo una llave maestra que abría una pequeña puerta lateral; pero debían haberle registrado y quitado aquella llave. Este punto no ha sido aclarado.

Subió las escaleras que conducían a su habitación. Una vez arriba, dejó la vela en los últimos peldaños, abrió la puerta sin hacer ruido, y fue a cerrar a tientas la ventana y los postigos; después, volvió a buscar la vela y entró en la habitación.

La precaución no era inútil; se recordará que su ventana podía verse desde la calle.

Echó un vistazo a su alrededor, a su mesa, su silla, su cama, que no había sido deshecha en tres días. No quedaba ninguna huella del desorden de la penúltima noche. La portera había «hecho la habitación». Ella había recogido las cenizas y había colocado sobre la mesa las dos conteras de hierro del bastón y la pieza de cuarenta sueldos, ennegrecida por el fuego.

Tomó una hoja de papel sobre la cual escribió: «He aquí las dos puntas de hierro de mi bastón y la pieza de cuarenta sueldos robada al pequeño Gervais y de las que hablé en la sala de Audiencia». Sobre la hoja, puso la pieza de plata y las dos conteras de hierro, de forma que fuera lo primero que se viese al entrar en la habitación. De un armario, sacó una vieja camisa suya, que rompió. Con ello obtuvo varios trozos de tela con los cuales envolvió los dos candelabros de plata. Desde luego, no mostraba tener prisa ni agitación y, mientras embalaba los candelabros del obispo, iba mordiendo un trozo de pan negro. Probablemente el pan de la cárcel, que se había llevado al evadirse.

Esto fue comprobado por las migas que fueron encontradas en el suelo de la habitación, cuando más tarde la justicia hizo sus pesquisas.

Llamaron a la puerta con dos pequeños golpes.

—Entrad —dijo.

Era la hermana Simplice.

Estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos, el candil que llevaba vacilaba en su mano. Las violencias del destino tienen la particularidad de que, por íntegros o por indiferentes que seamos, nos hacen salir del fondo de las entrañas la naturaleza humana y la obligan a mostrarse. Con las emociones de aquella jornada, la religiosa había vuelto a ser mujer. Había llorado y estaba temblando.

Jean Valjean acababa de escribir unas líneas en un papel, que tendió a la religiosa, diciéndole:

—Hermana, entregaréis esto al señor cura.

El papel estaba sin doblar. Ella echó una mirada.

—Podéis leerlo —dijo.

Ella leyó: «Ruego al señor cura que cuide todo lo que dejo aquí. Se servirá pagar, de ello, los gastos de mi proceso y el entierro de la pobre mujer que ha muerto hoy. El resto será para los pobres».

La hermana quiso hablar, pero apenas pudo balbucear algunos sonidos inarticulados. No obstante, logró decir:

—¿El señor alcalde no desea ver de nuevo a esa pobre mujer?

—No —respondió él—, están persiguiéndome, y podrían detenerme en su habitación; esto turbaría aquella paz.

Casi no había terminado cuando de la escalera llegó un gran alboroto. Oyeron una confusión de pasos que subían, y a la anciana portera que decía con su voz más alta y penetrante:

—Mi buen señor, os juro por el buen Dios que nadie ha entrado aquí en todo el día y que tampoco he dejado mi puesto en la puerta.

Un hombre contestó:

—Sin embargo, hay luz en aquella habitación.

Reconocieron la voz de Javert.

La habitación estaba dispuesta de tal forma que, al abrir la puerta, ésta escondía el rincón de la pared de la derecha. Jean Valjean sopló la vela y se colocó en ese rincón.

La hermana Simplicie cayó de rodillas cerca de la mesa.

La puerta se abrió.

Javert entró.

Se oían los murmullos de diversos hombres y las protestas de la portera en el corredor.

La religiosa no levantó los ojos. Estaba rezando.

El candil estaba sobre la chimenea y daba muy poca luz.

Javert vio a la hermana y se detuvo sobrecogido.

Se recordará que el fondo mismo de Javert, su elemento, su ambiente respirable, era la veneración hacia toda autoridad. Lo era íntegramente y no admitía ni objeción ni restricción. Para él, desde luego, la autoridad eclesiástica era la primera de todas. Era religioso, superficial y correcto en esto, como en todo. A sus ojos, un sacerdote era un espíritu que no se equivoca nunca, una religiosa era una criatura que nunca peca. Eran almas amuralladas para este mundo, con una sola puerta que no se abría más que para dejar salir la verdad.

Al ver a la hermana, su primer movimiento fue el de retirarse.

No obstante, había también otro deber, que le dominaba y que le empujaba imperiosamente en sentido contrario. Su segundo movimiento fue el de quedarse y, al menos, aventurar una pregunta.

Se trataba de la hermana Simplicie, que no había mentido en su vida. Javert lo sabía y la veneraba particularmente a causa de esto.

—Hermana —dijo—, ¿estáis sola en esta habitación?

Hubo un momento espantoso, durante el cual la pobre portera se sintió desfallecer.

La hermana levantó los ojos y dijo:

—Sí.

—Perdonadme que insista —prosiguió Javert—, pero es mi deber; ¿no habéis visto aquí, esta noche, a una persona, a un hombre? Se ha evadido y le estamos buscando; es ese Jean Valjean, ¿no le habéis visto?

La hermana respondió:

—No.

Había mentido. Mintió dos veces seguidas, una tras otra, sin dudar, con rapidez, como en un holocausto.

—Perdón —dijo Javert. Y se retiró, saludando profundamente.

¡Oh, santa mujer! No sois de este mundo desde hace muchos años, os habéis unido en la luz a vuestras hermanas las vírgenes y a vuestros hermanos los ángeles; que esta mentira os valga en el paraíso.

La afirmación de la hermana fue para Javert algo tan decisivo que ni siquiera reparó en la singularidad de aquella bujía que acababan de soplar y que aún humeaba encima de la mesa.

Una hora después, un hombre, marchando por entre los árboles y las brumas, se alejaba rápidamente de Montreuil-sur-Mer, en dirección a París. Ese hombre era Jean Valjean. Se ha establecido, por el testimonio de dos o tres carreteros que le vieron, que llevaba un paquete y que iba vestido con una blusa. ¿De dónde había sacado esta blusa? Nunca se ha sabido. No obstante, hacía algunos días que había muerto un viejo obrero, en la enfermería de la fábrica, y no había dejado más que su blusa. Quizá fuera aquélla.

Una última palabra sobre Fantine.

Todos nosotros tenemos una madre, la tierra. Fantine fue devuelta a esta madre.

El cura creyó obrar bien, y posiblemente obró bien, al reservar, de lo que había dejado Jean Valjean, la mayor parte posible para los pobres. Después de todo, ¿de quiénes se trataba? De un presidiario y de una mujer pública. Ésta es la razón por la cual simplificó el entierro de Fantine, y lo redujo a ese estricto necesario que se llama fosa común.

Fantine fue, pues, enterrada en el rincón gratuito del cementerio que es de todos y no es de nadie y donde se pierde a los pobres. Por fortuna, Dios sabe dónde encontrar el alma. Se depositó a Fantine en las tinieblas, entre los primeros huesos encontrados; sufrió la promiscuidad de las cenizas. La arrojaron a la fosa pública. Su tumba fue semejante a su lecho.

[FIN DE LA PRIMERA PARTE]